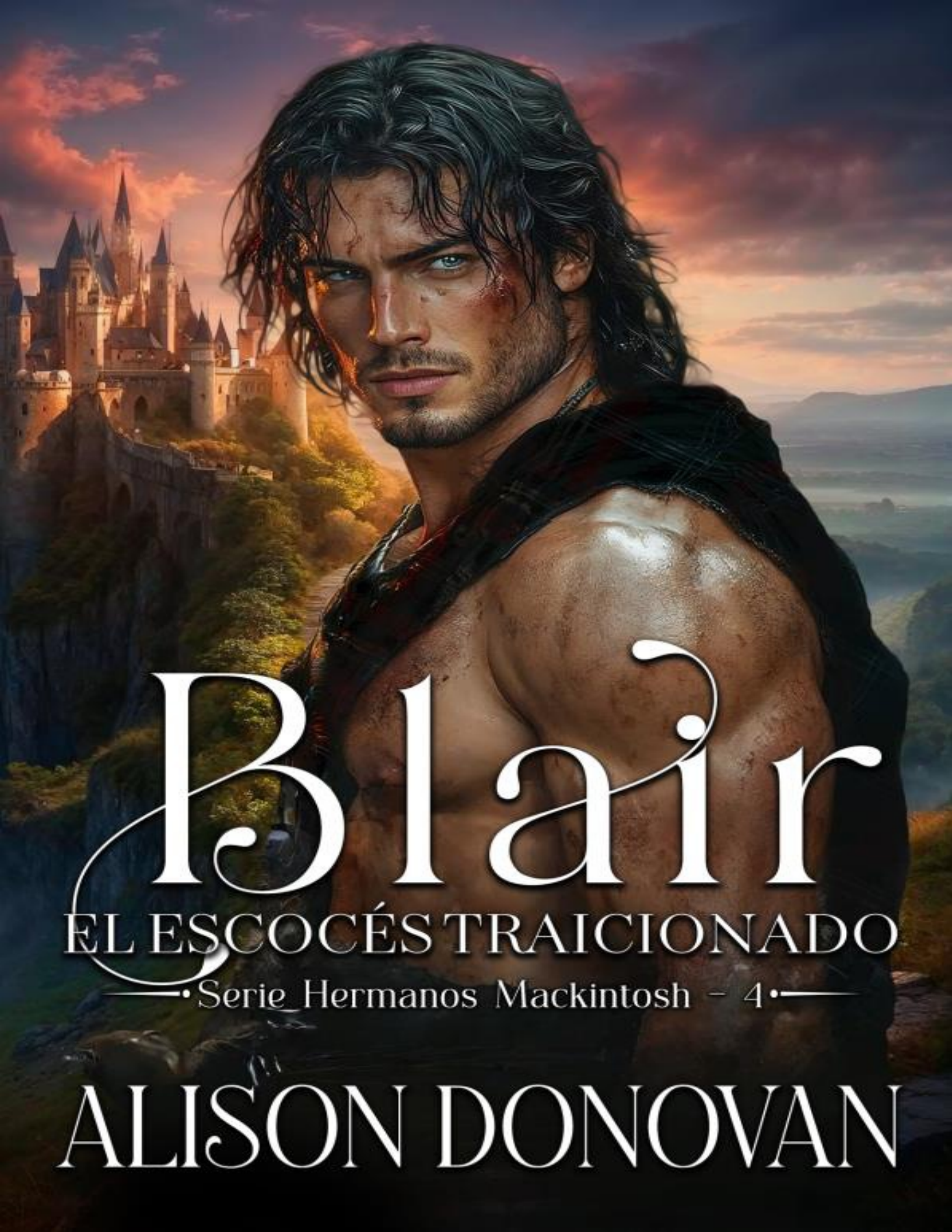

Blair
EL ESCOCÉS TRAICIONADO
Serie Hermanos Mackintosh - 4
ALISON DONOVAN

Blair

EL ESCOCÉS TRAICIONADO

ALISON DONOVAN



Copyright 2025 de Alison Donovan

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Su misión era capturarlo. Para conseguirlo se hizo pasar por una mujer que necesitaba su ayuda, pero no imaginó que sería ella quien acabara cayendo en la trampa.

Nadie podría creer que una mujer de apariencia tan dulce como la de Arabelle Cranley sería en realidad una mercenaria inglesa. Acostumbrada a asesinar, a mentir y desvalijar en nombre de la corona, no tiene reparos en aceptar su nueva misión. Debe robar un importante documento a un rebelde y, qué mejor marera de conseguirlo que hacerse pasar por una muchacha escocesa en apuros.

Pero esta misión no será tan sencilla como ella esperaba.

Blair MacKintosh tubo que fingir su muerte para proteger a su familia. Ahora es el rebelde conocido con el nombre de Dubh Duer y hará cualquier cosa por Escocia. Aunque primero debe poner a salvo a una muchacha, mientras le persiguen los ingleses impidiendo que entregue una importante misiva.

El tiempo va en su contra mientras se ven involucrados en una aventura cargada de mentiras y amenazas, y de un deseo que pondrá en peligro sus vidas. Incluso cuando él empieza a sospechar que ella le está mintiendo.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Notas

Capítulo 1

Escocia, julio de 1297

El grito aterrorizado de una mujer rasgó el aire.

Sir Blair Cleary MacKintosh se revolvió. El sudor producido por el paseo de esa mañana de verano empapaba su piel mientras escudriñaba la maraña de olmos, fresnos y abetos.

—¡No, no me toque! ¡Por favor! —suplicó la mujer.

Las toscas risas de los hombres resonaban cerca; ásperas, feas y cargadas de amenaza.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Blair mientras tocaba el escrito que llevaba guardado bajo su túnica a buen recaudo. Debía llegar al obispo Wishart sin demora.

Su siguiente grito, crudo por el terror de la brutalidad que estaba por llegar, lo atravesó como una espada bien dirigida. Golpeó más hondo, en el pozo de su alma.

El silencio envainó sus pasos mientras avanzaba por el bosque hacia las súplicas desesperadas de la mujer. Con el suelo escocés plagado de bastardos ingleses, solo un necio se precipitaría solo en ayuda de la muchacha. Sin embargo, ahí estaba él.

—Mírala, está deseándolo —afirmó una voz ronca con acento inglés. La risa áspera de otro hombre sonó cerca.

¡Malditos bastardos! Blair contuvo su furia y se acercó, escudriñando el bosque en busca de cualquier señal de trampa.

Las sombras parpadeaban frente a sus ojos.

Se agachó detrás de un árbol caído. Con el pulso acelerado, echó un vistazo alrededor de la maraña musgosa de corteza erosionada.

Atrapada entre dos caballeros ingleses, una esbelta mujer pataleaba y se retorcía para liberarse. Su pelo castaño, alborotado por culpa de la lucha, le ocultaba el rostro.

La ira de Blair se intensificó.

—Es una luchadora —se rio un fornido inglés—. Será perfecto montarla.

Ella se lanzó hacia delante en un intento de liberarse.

—¡No!

Con una sonrisa lasciva en el rostro, otro caballero extendió la mano y le rasgó las vestiduras. La carne desnuda onduló bajo el revoloteo de la tela. De un tirón, liberó la prenda haciéndola jirones.

Desnuda, la mujer luchó con más fuerza.

—¡No, se lo ruego!

Los recuerdos de ver cómo violaban a su madre escaldaron la mente de Blair. La oscuridad lo consumía, una negrura tan espesa que asfixiaba su alma. Con la mano temblorosa, retiró su espada y se adelantó. No tocarían a la muchacha, ni volverían a respirar. Rastreó la zona en busca de otros hombres. Luego volvió a centrarse en los caballeros.

Eran cuatro bastardos.

Espada en alto, Blair se puso en pie y saltó al claro.

—¡Suelten a la muchacha!

El vestido hecho jirones cayó al suelo mientras el atacante que estaba más cerca se giraba, desenvainando su espada.

Ante la distracción de los caballeros ingleses, la mujer tiró de una mano para liberarse.

Sin vacilar, giró y le dio un rodillazo en la ingle al otro caballero.

Con el rostro distorsionado por la agonía, el hombre cayó al suelo.

La mujer lo arañó mientras Blair cargaba contra ellos y llevaba su espada al encuentro de la hoja del caballero más cercano.

Ante el golpe, el inglés retrocedió tambaleándose.

Blair acuchilló la garganta del caballero. Ante el chorro de sangre, giró para enfrentarse a los otros tres guerreros que quedaban. Con la furia desatada en su pecho, sacó la daga y la lanzó contra el otro caballero que estaba más cerca. Su hoja se hundió en el pecho de este.

El shock ensanchó los ojos del hombre. La sangre brotó de la herida. El hombre dio un paso hacia él, desplomado.

El caballero al que la mujer había atacado maldijo y se puso en pie, tambaleándose, con la indignación grabada en el rostro.

Con las fosas nasales encendidas, Blair clavó su espada en el pecho del inglés, y luego se giró para enfrentarse al último guerrero.

—Las probabilidades están igualadas. Como no lo estaban para la mujer que intentaste violar.

—Morirás por esto —escupió el inglés.

Blair arqueó una ceja y escrutó a los caballeros que estaban desparramados a su alrededor.

—Es la sangre inglesa la que mancha la tierra.

—Una vez que trinche tu inútil culo, encontraré a la puta escocesa. Escoria, todos vosotros. —El caballero inglés apuntó con su espada—. Si ella me complace, tal vez le permita vivir esta noche.

Blair contuvo su furia. Su oponente quería que se enfadara, quería que sus pensamientos se nublaran con una emoción temeraria. No, tenía demasiadas batallas a sus espaldas como para cometer un error tan crítico.

Con un rugido, su agresor se lanzó hacia delante.

Blair se dejó caer y rodó. El acero de la espada zumbó por encima de su cabeza, rozándole el pelo.

La sorpresa por haber fallado se transformó en indignación en el rostro del caballero mientras giraba.

Blair se puso en pie y se volteó. Su espada se encontró con la carne, cortando la garganta del hombre. El chorro color carmesí que empezó a manar de él le era satisfactorio.

Con las rodillas temblando, el caballero se hundió en el suelo; sus palabras, cargadas de odio, gorgoteaban a través de la sangre.

—Muere, bastardo —siseó Blair—. ¡Púdrete en el Hades, donde un día yacerá tu rey inglés!

Con el pecho agitado, ignoró los gemidos de los moribundos mientras rastreaba la espesura en busca de la muchacha. Había huido. ¡Maldita sea!

El acero siseó contra el cuero cuando Blair aseguró de nuevo su espada. Sacudió la daga para liberarla del moribundo, recogió su andrajosa prenda y siguió las suaves hendiduras de tierra que delataban su paso.

Con sus gritos de terror, el choque de espadas y el bosque abarrotado de ingleses, sería cuestión de tiempo que llegaran más bastardos. Tenía que encontrar a la muchacha antes de que ellos lo hicieran. Dada la gravedad de su misión, la idea de abandonarla parpadeó en su mente, un pensamiento que abandonó con la misma rapidez. Mientras respirara, jamás la escoria inglesa tocaría a una escocesa a la que pudiera proteger.

Las hojas crujieron en la densa espesura que tenía delante.

Blair se detuvo. Examinó su atuendo e hizo una mueca. Su túnica y sus *trews*[1] estaban salpicados con la sangre de los ingleses lo que, seguro, estaba lejos de aliviar el miedo de la muchacha.

—Lass —la llamó, manteniendo la voz suave mientras escuchaba cualquier señal de que pudieran estar acercándose más hombres—. Sé que está por aquí, y que está asustada.

Silencio.

Se acercó más.

—No me conoce, pero el bosque está repleto de ingleses. Con la refriega, vendrán más caballeros. Debemos irnos. Ahora.

Una hoja tembló.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? —Sus palabras, suaves y temblorosas, contenían valor.

Le tendió su vestido andrajoso.

—Le doy mi palabra, la de un caballero escocés.

Pasaron largos minutos. Sintió su silencioso escrutinio, luchó por contener su impaciencia. Su misión era crucial; cuanto antes se ocupara de su seguridad, más rápido podría entregar la orden.

—Coloque el vestido cerca del arbusto.

Con pasos lentos, Blair avanzó y depositó la maltrecha prenda entre las sombras como ella le había pedido.

—Aléjese. —Retrocedió.

Un brazo delgado se extendió, arrebató la vestimenta desgarrada y luego desapareció. Las hojas se agitaron. Insinuaciones de piel cremosa contra las sombras se deslizaron, a la vista, mientras ella se vestía.

Oteó sus alrededores.

—Debemos darnos prisa. —Las hojas se aquietaron.

Se agitó un viento fresco, marcado por el calor del día que se acercaba, espeso por la tensión que infundía el momento.

—Lass…

La mujer se puso en pie.

Blair se quedó de golpe sin aire. Aunque iba ataviada con una bata desgarrada y atada con unos nudos apresurados, y su rostro estaba estropeado por culpa de las magulladuras que le habían propiciado los hombres, a la luz parecía una mujer hecha a mano por los fey[2].

No, esa era una descripción demasiado mísera para la hermosa mujer que se alzaba ante él.

Un espeso cabello castaño con toques de bronce enmarcaba unas mejillas suavemente talladas, una boca con labios gruesos, que tentaría a un santo, y unos ojos color esmeralda que no albergaban más que desconfianza. Sus ojos. Como si de un hechizo se tratara, no pudo apartar la mirada. Lo retenían, lo hipnotizaban, lo atraían como ningún otro.

Avergonzado por sorprenderse a sí mismo mirándola fijamente, se aclaró la garganta.

—Lass, no te haré daño —dijo, manteniendo el tono suave—. Lo juro.

—¿Su nombre?

El susurro suave de su voz lo envolvió como un lujo peligroso. Hizo una breve reverencia.

—Sir Blair Cleary a su servicio. —El arrepentimiento lo conmovió. Ya no era Sir Blair Cleary MacKintosh, había perdido el derecho a pronunciar este último nombre.

En un barrido nervioso, se fijó en su atuendo.

—¿Es usted leal a Escocia? —Comprendió la duda en su voz.

—Sí.

—¿Y los caballeros ingleses? —Lanzó una mirada hacia donde sus captores la habían desnudado poco antes.

—Están muertos.

Como si fuese posible, su rostro palideció aún más.

—Eligieron su destino —afirmó sin remordimientos.

Se frotó el pulgar sobre las yemas de los dedos en un vacilante nerviosismo.

—Lo hicieron. —Le temblaba la respiración—. Le agradezco que me rescatara. Si no hubierais…

—Nuestra preocupación actual es irnos. Debemos estar lo más lejos posible de aquí antes de que los ingleses encuentren a sus camaradas muertos.

—Por supuesto. —Unos dedos nerviosos tiraron de una corbata raída mientras ella lo evaluaba.

¿Qué había visto? Con la sangre del inglés manchando su túnica, ¿se preguntaba si era tan despiadado como los hombres que habían intentado violarla? ¿Le asaltaba la duda de por qué él acudiría a rescatarla?

—Me llamo Caitlin Dunham.

Sus suaves palabras borraron sus oscuros pensamientos. Una extraña calidez lo conmovió al ver que, a pesar de la violencia que había sufrido, ella le ofrecía una pizca de confianza. En este país, asolado por la guerra, un nombre mal dado podía significar la muerte.

Extendió la mano hacia ella.

—Venga.

Con pasos vacilantes, ella salió de entre los arbustos. La suciedad se aferraba a su vestido, los botones estaba lejos de proteger el lujoso barrido de su piel cremosa, tampoco las magulladuras provocadas por manos brutales. Se quedó mirando la mano de Blair y luego apartó la vista.

Dejó caer la mano.

—Nunca sienta vergüenza. La vergüenza es de ellos. Que se pudran con Hades.

Las gruesas pestañas castañas se alzaron.

—No me violaron.

Si les hubieran dado unos instantes más, habrían consumado la hazaña, un hecho que ambos sabían. Él permaneció en silencio; comprendió su batalla contra el terror que arañaba su mente y permitió que la muchacha se centrara en su inocencia retenida.

—¡Los han masacrado! —rugió cerca una voz de hombre.

—¡Maldita sea! —Blair la cogió de la mano y tiró de ella para acercarla a él. Las ramas crujieron bajo sus pies, las extremidades azotaron su cuerpo mientras la empujaba delante de él, y luego la siguió a la carrera.

—Sus sangres aún están calientes —bramó otro hombre—. Quienquiera que los haya matado está cerca. ¡Encontradlos!

Un caballo relinchó.

—Tienen monturas —jadeó Caitlin mientras saltaba por encima de un tumulto de maleza baja.

Despejó la espesura, pisándole los talones.

—Sí. —Y los alcanzarían con facilidad. La familiaridad que tenía con el terreno era su única esperanza. Girando a la derecha, la guio a través de la maraña—. Deprisa.

El cuero de sus zapatos de suela plana golpeaba la tierra mientras corrían. Al cabo de unos instantes, el denso follaje del bosque dio paso a un campo salpicado de mechones de hierba fresca, brotes de flores y barridos de brezo.

Caitlin soltó la mano de un tirón.

Blair se giró, con la respiración acelerada.

—No podemos parar.

Miró fijamente el rollo de colinas que conducían al formidable campo, a la montaña que no era más que una de las muchas que había al norte.

—Las zarzas que tenemos ante nosotros no esconderían ni a un ratón de campo.

—Y eso es lo que estarán pensando también los ingleses —convino—. Pero conozco un lugar donde podemos escondernos. Confíe en mí.

¿Confiar en él?

Los penetrantes ojos avellana de Sir Blair la miraron. Era un guerrero, desde sus musculosos brazos hasta sus pómulos tallados y su profunda voz de barítono. Un hombre acostumbrado a dar órdenes. Un hombre al que muchos temían.

Un hombre al que ella también sería tonta si lo despreciaba.

Se volvió en la dirección por la que habían venido y escudriñó el bosque oculto. Las sombras salpicaban el denso follaje, mostrando numerosos lugares donde ocultarse.

Un escalofrío la recorrió. ¿Por qué los exponía? Si alguien escudriñaba el campo, los verían. No, era demasiado tarde para cuestionar su decisión. Se había comprometido con el viaje mucho antes de este día.

Se volvió hacia el apuesto escocés, un hombre tan intrigante como peligroso. Un hombre que, si se enteraba de la verdad —que su verdadero nombre era Arabelle Cranley, una mujer aclamada como una de las mejores mercenarias de Inglaterra—, la mataría.

Capítulo 2

El rebelde cabello arenoso enmarcaba los ojos de un guerrero mientras Sir Blair la observaba; los de un hombre seguro de sus decisiones, los de un hombre que mataba sin vacilar. La barba que ensombrecía el rostro del rebelde otorgaba otra capa a su peligrosa aura, la de un hombre inflexible, un hombre al servicio de muchas injusticias y un hombre que había enviado con Hades a muchos adversarios. La sangre derramada sobre su espada ese día no era más que una miseria para el legendario escocés.

Dubh Duer

Un héroe oscuro, en realidad, si la mitad de las leyendas que detallaban las hazañas de Sir Blair resultaban ser ciertas. Arabelle se estremecía ante las historias que había oído, ante los relatos de su total crueldad cuando se proponía alcanzar un objetivo.

El verdadero nombre de Dubh Duer había eludido a los ingleses, pero el hombre que la había contratado, Sir Hugh de Cressingham, tesorero del rey Eduardo de la administración inglesa en Escocia, era un hombre tan decidido como viciosamente inventivo a la hora de lograr sus objetivos.

Después de perder a muchos caballeros por la espada de Dubh Duer, Sir Cressingham había declarado públicamente que atraparía, torturaría y luego mataría a su enemigo escocés, un hombre al que otros escoceses admiraban, un hombre cuyo nombre estaba desatando la rebelión además del de otro formidable escocés, Sir William Wallace.

En un ataque contra otro poderoso escocés, Sir Andrew de Moray, los caballeros ingleses habían capturado a varios seguidores del rebelde líder de las Highlands. Para deleite de Sir Cressingham, uno de los rebeldes se había quebrado bajo su cruel tortura. Con la promesa de perdonar a la familia del hombre, había revelado con su último aliento que Dubh Duer era Sir Blair Cleary. Dubh Duer, un escocés que se ocultaba en las sombras, un rebelde que se había integrado con Sir Andrew de Moray y el obispo de Wishart.

Desconfiando desde el principio de la lealtad del obispo a Inglaterra, un hombre que fue uno de los guardianes originales de Escocia, Sir Cressingham se había impuesto como tarea personal atrapar a Sir Blair, así como desvelar las pruebas de la perfidia de Wishart.

El rey Eduardo creía que la resistencia de Escocia no era más que brotes de resentimiento sin sentido, fácilmente sofocables, y había dirigido su atención hacia la guerra con Francia y el desarrollo de la alianza flamenca. El rey ofreció poca respuesta a las advertencias de Sir Cressingham sobre el creciente malestar de Escocia.

Furioso por el despido del rey inglés y al enterarse de que alguien cercano al rey estaba pasando de contrabando información militar a Wishart, Sir Cressingham había contratado a Arabelle. Entonces, se había enterado de que el corredor utilizado para enviar los mensajes

encubiertos era Dubh Duer.

Con alegre malicia, Sir Cressingham le había ordenado que se hiciera amiga de Sir Blair, que recuperara el escrito que portaba y que descubriera quién estaba enviando información traidora al obispo. Una vez obtenida la información, debía asegurarse de la captura del rebelde.

Confiada en sus habilidades, atraída por la cantidad de monedas que le ofrecía, Arabelle había dado crédito a la fábula sobre la vileza de Dubh Duer y aceptó la misión. Había aprendido por las malas que nunca debía dejarse dominar por las emociones. Tras elaborar el nombre escocés de Caitlin Dunham junto con el pasado andrajoso de su personaje, había utilizado sus contactos secretos para descubrir el paradero de Blair. Ahora, enfrentada al sobrecogedor hombre en cuya vida había decidido infiltrarse, la enormidad de la tarea de Arabelle se le vino encima.

Un reto, pero no una imposibilidad.

Ella asintió.

—Usted dirija, yo lo seguiré—. Nunca debía enterarse de que Sir Hugh de Cressingham la había contratado ni de su verdadera identidad. Una vez que Sir Blair bajara la guardia, ella podría descubrir dónde había escondido el escrito y, con las preguntas adecuadas, también el nombre del traidor a Inglaterra que había engendrado la misiva.

Con confianza, el peligroso escocés dio media vuelta y la condujo a paso ligero por la empinada cuesta. Alcanzaron la cresta; entonces la guio hacia una gran roca que sobresalía de la marea verde.

Ella se quedó mirando con incredulidad.

—¿Debemos escondernos detrás de esta roca?

—No.

Los sonidos de los caballeros ingleses moviéndose por el bosque se hicieron más cercanos.

El hombre estaba loco.

—¿Entonces dónde? Nunca lograremos cruzar el campo sin ser vistos.

—Lo haremos—. El rebelde se arrodilló y separó los robustos mechones de hierba que bordeaban la enorme piedra. Apareció una estrecha rendija. Las sombras cayeron en la negrura.

No, no era negrura, sino un agujero lo bastante grande como para que un hombre se arrastrara dentro.

Sorprendida, Arabelle levantó la vista.

—¿Es una entrada?

—Sí, a una tumba.

Una tumba. Tragó saliva con fuerza. Oscuridad, espacio cerrado, huesos curtidos y carne en descomposición.

—No veo a nadie —retumbó la voz de un hombre desde el linde del bosque. Sir Blair la agarró del hombro.

—¡Vamos!

Arabelle medio trepó, medio tropezó en la oscuridad. Los antiguos escalones hacía tiempo

que se habían erosionado hasta convertirse en un tobogán de piedra. Se negó a pensar en las paredes estrechas y desiguales que se encontraban a ambos lados; una negrura tan oscura que sofocaba cualquier luz. O en la presión de la tierra, una fría bienvenida para los cuerpos que había dentro.

—Usa las manos para guiarte y sigue avanzando —la instó desde arriba.

Como si fuera tan fácil. La suciedad se deslizó sobre ella. ella su espalda, en la voluta de luz solar rota, distinguió el armazón medio doblado de Sir Blair.

—Sigue avanzando —le dijo—. Estaré justo detrás de ti.

Medio arrastrándose, avanzó. Cuando la luz se desvaneció, la voz firme de Sir Blair la guio; cada paso que daba hacia la negrura era una gran victoria. Las paredes a ambos lados se desplomaron. Arabelle se deshizo de su miedo al entrar en la caverna que albergaba las tumbas.

El retumbar de los cascos se hizo más cercano y el suelo comenzó a temblar. Rocas sueltas repiquetearon contra el suelo.

Un relincho resonó cerca.

Se giró y abrió la boca para gritar.

Sir Blair le tapó la boca con la mano.

—Son los caballeros que se acercan.

Con esfuerzo, asintió. El rebelde le soltó la mano.

—Están recorriendo el campo.

—Sí, así es —confirmó sus palabras con orgullo—. Y están locos al hacerlo.

Con cuatro de sus camaradas muertos, los caballeros estarían furiosos. Dios santo, si la capturaban a ella y a Sir Blair ahora, destruiría el frágil vínculo adquirido.

Un vínculo formado solo tras semanas de cuidadosa planificación.

La ira la conmovió por la muerte de los hombres implicados. Había sopesado todos los factores, había trazado los detalles específicos de la supuesta violación. Al igual que ella, los caballeros que se habían ofrecido voluntarios para esta tarea habían creído que la posibilidad de sufrir daños era mínima, que los peligros que los aguardaban eran suyos.

Y todos se habían equivocado.

Sir Cressingham estaría furioso cuando se enterara de la pérdida de sus hombres, pero no más de lo que ella lo estaba consigo misma. Se enorgullecía de su pericia, en la habilidad por la que le pagaban bien quienes la contrataban. Por mucho que se hubiera preparado, había subestimado a Sir Blair Cleary. Un error de juicio que no volvería a cometer.

Arabelle empezó a avanzar.

—Espera, muchacha.

Se detuvo a trompicones, apoyándose contra una roca; le temblaba la mano. Concéntrate en la misión. Nada más que eso importaba.

—¿Qué pasa?

—Voy a tomar la delantera.

Frustrada por las emociones que la embargaban, hizo a un lado los pensamientos molestos; los sentimientos que hacían débil a una persona. Se apoyó contra la fría roca. Conocía bien la elección en la guerra, los riesgos que se corrían, al igual que los caballeros.

El rebelde pasó junto a ella, los músculos trabajados de su cuerpo rozaron su brazo. El calor la invadió.

Ella jadeó, se apartó.

Él se acercó, la agarró.

—No me tema.

Al oír su suave tono, otra ráfaga de calor la invadió. No, no era calor, era conciencia. Con el corazón latiéndole con fuerza, se quedó paralizada, aturdida. Cuando él había saltado al claro para rescatarla, de todas las descripciones que había recibido, ninguna la había preparado para el impacto de aquel hombre.

Arabelle aplacó sus nervios. ¿Acaso no prosperaba ella en las tareas que otros temían? ¿Acaso no se precipitaba cuando otros retrocedían? No tenía la costumbre de preocuparse, ni de creer que algo que no fueran sus propias decisiones guiara su vida. Habían pasado demasiados años desde que se había entretenido con la idea de creer en los demás.

O de que le importaran.

Una piel cálida se deslizó sobre su mano. Intentó ignorar la fuerza de los dedos de Sir Blair mientras se enroscaban alrededor de su palma. Creía que la ayudaba. Puede que lo hiciera con el odio que sentía por los lugares cerrados, pero en nada más.

—Venga. —La tiró hacia delante.

—La hierba por aquí está aplastada —bramó con rabia una voz a lo lejos. Los cascos retumbaban por encima de sus cabezas.

—¡Nos atraparán! —susurró ella.

—No.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Verán nuestras huellas en la hierba y las seguirán.

Delante de ella, Sir Blair se detuvo.

—Espere. —Le soltó la mano. La piedra rechinó. Con un gruñido, raspó la piedra, que hizo resquebrajar de nuevo el silencio.

—¿Qué está haciendo?

—Más allá hay un túnel. Cuando encuentren nuestra entrada, debemos estar dentro y la entrada asegurada.

¿Un escondite rebelde? Un detalle que ella pasaría por alto.

—¿Cuánto falta? —Dejó que el nerviosismo invadiera su voz. Necesitaba que él creyese que la inquietud inspiraba su pregunta, aunque en parte era verdad.

—No se preocupe. La guiaré por él. —La suciedad y las pequeñas piedras repiquetearon en la lejana abertura. Sir Blair la condujo hacia delante.

Un temblor se deslizó a través de Arabelle mientras se deslizaba dando tumbos tras él. Se

negaba a pensar en las arañas o roedores que habría ahí dentro, o en cualquier otra cosa que viviera en esta cripta ennegrecida. Gracias a Dios pronto saldrían de aquella negrura que adormecía la mente.

—Espere aquí —le susurró Sir Blair. La piedra raspaba; estaba cerrando la entrada.

El cuero se acolchaba contra la tierra. La tela se movía mientras él lo hacía junto a ella. El calor de su cuerpo envolvió el de ella.

—No diga nada.

—¿Ves algo? —preguntó una voz apagada desde el otro lado. Arabelle dio un respingo.

Blair posó una mano tranquilizadora sobre la muchacha. Aunque los ingleses registraran el túmulo, no encontrarían más que piedras y los huesos de los que una vez amaron.

Los caballeros no sabían nada del pasadizo secreto de los rebeldes; un túnel excavado en la tierra hacia un laberinto de cámaras naturales que conducía al otro lado del campo. Para cuando él y la muchacha hubieran llegado a la salida norte, los caballeros deberían estar lejos, y una vez que la hubiera dejado con unos amigos en una aldea cercana, podría volver a su misión.

Tocó la escritura que seguía bajo su túnica y volvió a maldecir su retraso. Demasiadas vidas estaban en juego para que fracasara.

—¿Sir Blair?

Ante el miedo en el susurro de la muchacha, dejó a un lado sus preocupantes pensamientos.

—Todo irá bien. —La atrajo hacia sí y la encontró temblando. Después de los horribles acontecimientos que había sufrido, era normal que estuviera en shock.

Aunque la situación era peligrosa, pisaba terreno conocido. Conocía demasiado bien el retorcido entretenimiento de los bastardos. Cada vez que derramaba sangre inglesa era un día de celebración.

Las voces de los hombres al otro lado de la piedra se hicieron más fuertes. Ella se puso rígida contra él.

—No han hecho más que entrar en la cueva —susurró Blair para ofrecerle seguridad.

—Verán dónde has deslizado la piedra.

—No. La entrada al túnel está bien escondida. Tras una rápida comprobación dentro de la negrura, creerán que, si realmente nos escondimos dentro, permanecimos ahí poco tiempo.

Pasaron largos minutos. El murmullo de voces airadas resonó desde el otro lado; una maldición apagada, gruñidos de disconformidad y, por fin, el dichoso silencio.

Blair soltó un suspiro.

—¿Se han ido?

—Por ahora. Cuando no encuentren otras huellas que los alejen, regresarán. Para entonces, ya nos habremos ido. —Y el pasadizo secreto de los rebeldes permanecería a salvo de los ojos ingleses. Dudó. A pesar de haberla salvado, ¿le contaría a alguien la ruta de escape? Dadas las circunstancias, él creía que no. Aun así, la vigilaría.

Blair la soltó y se puso en pie.

—Espere aquí.

—¿Qué hace?

—Si los caballeros regresan con antorchas, debo asegurarme de que se borre cualquier rastro de nuestro paso dentro de la cueva. —Con movimientos rápidos y eficaces, deslizó las manos por la pared hasta tocar la vela y el montículo de hierba seca allí colocado. Sacó su daga y su pedernal. En cuestión de segundos, surgió una llama. Blair encendió la mecha.

La luz amarilla de su vela parpadeó y luego creció en la negrura, dejando al descubierto las paredes desgastadas por el tiempo, la capa de tierra irregular que las rodeaba y los túneles que había más allá.

Ella jadeó.

—Hay numerosos túneles.

—Sí. —Sofocó el fuego y luego repuso la yesca restante para futuros viajeros—. Cualquiera que entre debe conocer la ruta o se perderá.

Bajo la luz parpadeante, su rostro palideció.

—No se preocupe, muchacha. Conozco bien los pasadizos. —Parecía lejos de estar convencida—. Quédese aquí. Solo será un momento.

Apartó la piedra, volvió rápidamente sobre sus pasos y barrió cualquier señal de su paso. Agradecido por haber terminado la tarea, deslizó la piedra en su sitio.

La luz de las velas parpadeaba en la penumbra, el suave y penetrante aroma del sebo se fundía con el aire mohoso. Extendió la mano.

—Venga. —Caitlin lo miró fijamente con una expresión de desconfianza en su rostro manchado de suciedad y llamas—. A menos que desee permanecer aquí.

Se puso en pie. El vestido hecho jirones le colgaba como una burda broma, un duro recordatorio de los peligros que había corrido ese día y una sobria advertencia de que fuera amable con ella.

Bien sabía él del dolor interior, del tiempo necesario para encontrar un terreno estable cuando la vida de uno yacía destruida. Los recuerdos de los MacKintosh, a los que una vez había reclamado como familia, de un apellido que ya no usaba, para mantenerlo oculto, subieron al primer plano de su mente. Guardó el dolor; el dolor de tres hermanos perdidos, compañeros rebeldes que durante el año pasado lo creyeron muerto.

Una creencia que había sido para bien.

Sus acciones irreflexivas habían cortado su vínculo, habían destruido un puente que no podía reconstruirse. Pero ese conocimiento no acabó con su deseo de estar con su familia adoptiva. Maldición. ¿Por qué pensaba en su pasado, o deseaba los lazos que había perdido? Los recuerdos no invitarían sino a más miseria.

Blair se centró en la mujer, en lo que por el momento podía controlar.

—Estamos a salvo.

Unos ojos escépticos lo estudiaron.

—¿Por qué me ha salvado? —Frunció el ceño.

—¿No es evidente la razón?

—Los ingleses vagan por Escocia masacrando en nombre de su rey. Nadie está seguro de interferir en sus acciones, independientemente de la brutalidad servida. —Ella vaciló—. Podría haber ignorado fácilmente mi situación.

—¿Por qué habría hecho algo así? —Blair estudió a la mujer que parecía creada por los *fey*, pero que veía el mundo con ojos de guerrera.

—Le aseguro que no todos los escoceses se habrían preocupado por una mujer. No todos los hombres viven con honor.

Unos ojos tan furiosos como cínicos lo observaron, escrutando los suyos como si buscaran en ellos una señal de que lo que decía era mentira. Dios bendito, alguien la había herido de forma terrible y no tenía nada que ver con lo sucedido ese día.

—Cualquiera que se aleje de una mujer necesitada es un cobarde o está en el bando de los ingleses. No tolero ninguno de los dos casos.

Ante sus palabras, su cuerpo se relajó.

—Comparto su aversión por los traidores a nuestro país.

Él asintió.

—Sí, pronto aprenderán que han cometido un grave error. Los fieles a Escocia lucharán hasta que nuestro país sea libre.

Una sonrisa parpadeó en sus labios. Caitlin agachó la mirada, luego levantó la vista. Sus ojos estaban ocultos tras unas espesas pestañas.

—Sin su ayuda... —Su cuerpo temblaba—. Lo siento.

—No lo sienta. Ha sufrido mucho hoy.

—Yo… —Sacudió la cabeza.

¡Maldita sea! Blair se acercó y la atrajo contra él; el tacto, la suavidad de su cuerpo se le antojaba como un lujo extraño, uno que se había negado a sí mismo durante mucho tiempo. Ignoró la conciencia, las necesidades que ella le inspiraba y la estrechó contra sí. La muchacha necesitaba consuelo, encontrar la fe en el bien, comprender que no todos los hombres eran unos bastardos movidos por la lujuria carnal.

Le acarició el pelo.

—Deje que broten las lágrimas, muchacha. Necesitan ser derramadas. —Tras un largo momento, con un suspiro tembloroso, Caitlin se apartó de su agarre.

Las lágrimas brillaban en sus ojos, pero ninguna resplandecía en sus mejillas.

—Lo siento. Hace tiempo que aprendí que llorar no resuelve nada y traiciona las debilidades que se tienen.

Él también lo creía. Por otra parte, era una mujer. Le dedicó una suave sonrisa.

—Ha sido un día difícil. —Sí, la muchacha había soportado mucho, pero ante él se mantenía firme. ¿Quién era? Aunque era una mujer, le recordaba a sí mismo.

Tampoco podía entender por qué estaba sola en un bosque repleto de ingleses.

—Venga. —Blair se puso en marcha. Ya contestaría a sus preguntas. Demasiadas cosas estaban en riesgo como para permitir que quedaran sin respuesta.

Pasaron junto a una tosca columna de piedra que atravesaba el bajo techo, una de las muchas que había en el laberinto de cavernas. La desigual extensión de tierra sobre el suelo jugaba a ser cómplice de los cilindros desgastados por el tiempo; torpes pilares que creaban sombras espeluznantes a la luz vacilante de la vela.

Inhaló el aire fresco, impregnado del tenue aroma del sebo.

—Cuando salgamos del túnel, te llevaré con unos amigos.

Sus pasos a su lado se ralentizaron.

—¿Unos amigos? ¿No puedo ir a casa?

Se le oprimió el pecho. Por supuesto. Con su belleza, Caitlin se habría casado hacía tiempo.

—No se preocupe, mis amigos se asegurarán de que se reúna con su marido.

En la luz apagada, el parpadeo de la llama dejó al descubierto su angustia.

—¿Mi ma… marido?

—¿Qué pasa? —Por el dolor fresco de su voz, la rigidez de su cuerpo, él lo supo.

Y rezó para equivocarse.

Capítulo 3

-Los caballeros ingleses ase.. asesinaron a mi marido.

La angustia de la confesión de Caitlin envolvió a Blair como una manta arrojada, sus palabras susurradas no eran más que un punteo de dolor.

—Por Dios santo, muchacha.

Ella cruzó los brazos, una medida defensiva que no ocultaba nada de la agitación interior.

—¿Cuándo?

Pasó un tenso segundo.

—Hace dos años, mientras Nigel y yo dormíamos, los ingleses incendiaron nuestra casa. Nos despertamos con risas groseras y el hedor del humo. —Cerró los ojos y luego los abrió despacio, con la expresión atormentada por las pesadillas que asolaban su mente—. Nigel me gritó que escapara. —Sacudió la cabeza—. Me negué a dejarle. Mientras me empujaba de nuestra cama, los ingleses destrozaron la puerta y lo redujeron. Así que hui.

El odio brotaba de entre sus palabras, se acumulaba sobre la furia que sentía mientras Blair imaginaba su brutal conmoción al presenciar el asesinato de su marido. Aunque habían pasado dos años, ella estaba lejos de recuperarse. Un destino que él comprendía bien.

—Lo siento —dijo.

—Después de que los caballeros casi… —Inspiró con dificultad—. Mi concentración está en la de superar este día. El mañana y sus decisiones llegarán pronto. —Se volvió hacia el telar de la oscuridad. —¿Cuánto tardaremos en llegar al otro lado?

—Más de un día. —Alabó su fortaleza, un coraje que rara vez había visto en una mujer.

Excepto en Marjorie.

El remordimiento lo recorrió al pensar en la noble inglesa que su hermano, Neilan, había secuestrado. De un momento en que había elegido proteger a su familia, de una decisión mal tomada, y de una decisión demasiado tarde para repararla.

A fuerza de voluntad, Blair purgó los oscuros recuerdos, potentes recordatorios de la familia que había perdido. Uno pensaría que, con un año transcurrido, el dolor se aliviaría.

Contempló a la hermosa mujer que tenía ante él. Parecía que Caitlin compartía su dolor. ¿Y qué había de sus sentimientos por su marido perdido? ¿Era su amor tan grande que tal vez nunca se recuperaría?

Con la mandíbula apretada, se volvió hacia los túneles ennegrecidos que tenía delante, agradecido de que ella ignorara sus cavilaciones. La imagen de sus labios carnosos y sus ojos

color esmeralda llenaron su mente, pero fue el dolor en estos lo que más lo había cautivado.

Frunció el ceño. Nunca una mujer había incitado en él más que el deseo de un revolcón lujurioso, pero con Caitlin sintió algo más. Algo en ella lo atraía.

La inquietud se filtró en su interior. No, su carácter protector reforzaba sus sentimientos, le hacía ser consciente de ella como de ninguna mujer antes. Ambos habían sufrido la pérdida de su familia a manos de los ingleses. ¿Cómo podía no sentir una conexión con la muchacha? Aun así, la intensidad de las emociones que Caitlin le inspiraba lo dejaban en vilo.

Su misión no había cambiado. Debía entregar el escrito al obispo Wishart con la noticia de que John de Warenne se disponía a partir hacia Berwick para reunirse con Hugh de Cressingham antes de finales de julio. Cada día perdido robaba otro que los rebeldes necesitaban para prepararse para el inminente ataque. En cuanto a Caitlin, debía mantener en perspectiva sus sentimientos por aquella mujer a la que había rescatado.

—¿Este pasadizo nos lleva por debajo vende la cueva? —preguntó ella.

—Sí. —Hizo una mueca. Al menos uno de ellos tenía la mente en la realidad.

—No tienes más que una sola vela.

La preocupación en su voz hizo que Blair la mirara.

—Hay otras escondidas por el camino. —No explicó nada más. Independientemente de la circunstancia que los había unido, él no sabía nada de ella. Aunque decía ser escocesa, una mujer cuya vida había sido destrozada, era una extraña y la libertad de su país, así como innumerables vidas, estaban en juego.

Después de recuperarse de su supuesta muerte un verano pasado, había cabalgado hasta Glasgow para hablar con el obispo Wishart, había confesado sus pecados y pedido perdón. Luego, de rodillas ante uno de los dos guardianes que quedaban en Escocia, había suplicado seguir siendo parte integrante del movimiento rebelde para recuperar la libertad de su país.

Unos ojos sabios lo habían estudiado, la mueca del obispo era un oscuro presagio. Entonces, como si de un regalo caído del cielo se tratara, Wishart le había concedido ambas cosas. Tras informar a Blair de los escondites secretos de los rebeldes, aquellos que solo conocían unos pocos elegidos, el obispo le había pedido que fuera su enlace especial entre él y Sir Andrew de Moray, un líder rebelde de las Tierras Altas. Esa había sido su vida, salvo algunos viajes para recibir misivas de su informante dentro de los muros del rey Eduardo, una tarea que le mantenía bien al norte de sus hermanos.

A sugerencia del obispo, había aceptado arriesgarse a ser descubierto para seguir usando el apellido MacKintosh. El nombre Dubh Duer había sido creado por Wishart como una tapadera añadida para asegurarse de que no se establecía ninguna conexión entre él y los hermanos MacKintosh.

Blair exhaló. Poco tiempo le quedaba para reflexionar sobre el pasado o las malas decisiones tomadas. Él no podía cambiar ni lo uno ni lo otro.

—Vamos, deberíamos estar a salvo dentro de las cuevas, pero quiero poner más distancia detrás de nosotros.

Aliviada por la falta de preguntas de Sir Blair, Arabelle lo siguió. Había aceptado su historia como cierta. Tampoco le había pasado desapercibida la furia en su rostro ante el relato

del supuesto asesinato de su marido. Su mención de la familia había inspirado su relato, así como las falsas lágrimas. Más importante aún, la historia explicaba por qué estaba sola en el bosque.

Y desprotegida.

En cuanto a viajar hasta sus amigos, ella debía encontrar una manera de retrasar ese viaje. Necesitaba tiempo a solas con la rebelde, tiempo para ganarse más confianza y tiempo para recopilar toda la información rebelde posible para pasársela a Sir Cressingham. Además, necesitaba encontrar dónde había guardado Sir Blair el escrito.

Aun así, la compasión del escocés la había pillado por sorpresa. El hombre que Sir Cressingham había descrito no tenía ninguna, el rebelde no era más que un guerrero frío y duro con el que pocos se atrevían a cruzarse. Aunque el hombre era a la vez formidable y retraído, ella captó sombras en los ojos de Sir Blair; las de un hombre que había presenciado demasiado, las de un hombre que se negaba a permitirse preocuparse, a arriesgar emociones que el destino podría destruir.

Una perspectiva que ambos compartían.

Arabelle hizo a un lado la punzada de aprensión. Sus similitudes no cambiaban nada. Como en todas las demás misiones que había emprendido, se negaba a implicarse personalmente, a permitir que los sentimientos traspasaran sus barreras emocionales.

Su apuesto rostro ejercía un gran atractivo. Con sus músculos afilados, su agilidad y su seguridad, no dudaba de que su destreza con la espada igualaba su intensidad como amante. Intimidades de las que había oído hablar a otras mujeres. Intimidades que se negaba a permitir en su vida.

¿Permitir? No, aceptar. Bien conocía el tacto de un hombre, la forma tan brutal en la que tomaban a una mujer. Bien recordaba la violación que sufrió en su juventud, cómo había yacido después en el estrecho callejón, húmeda por el hedor de la lluvia agria, deseando la muerte.

Por muy atraída que se sintiera por Sir Blair, dudaba que él pudiera borrar los demonios que rondaban su mente.

Vela en mano, el escocés se movía con una gracia felina; la de un guerrero, el cuerpo tenso, la mano aferrada a la espada, preparado para el peligro. Ella comprendía a los de su clase, la férrea voluntad con la que guerreros como él perseguían cada una de sus decisiones.

Los recuerdos de él atacando a los caballeros ingleses ahogaron sus pensamientos de admiración. Nunca podría olvidar su despiadado asalto. Más allá de la habilidad con la que lo había hecho, ella había sido testigo de su ira. Una animosidad largamente alimentada.

No, con él debía mantenerse en guardia. Tampoco sería tan tonta como para encender ninguna emoción hacia él. Fomentar sentimientos por Sir Blair a cualquier nivel invitaría al riesgo.

La luz amarilla vacilaba sobre un laberinto interminable. Más adelante, la cueva empezó a estrecharse. Inquieta, Arabelle siguió el contorno fluido del resplandor de la vela medio apagada, demasiado consciente de la negrura que la abrazaba. Si la llama moría se perderían en una oscuridad interminable.

—¿Cuánto falta para llegar a la siguiente vela?

—Todavía un trecho —contestó, su profunda voz rebaba ofreciendo poco consuelo.

—¿Cuánto tardaremos?

El rebelde se detuvo y se volvió. La luz amarilla proyectaba sombras duras contra unos ojos que veían demasiado.

—Estamos a salvo.

Con la boca seca, anheló no tener luz. Calor. Una señal de vida. No esta negrura aterradora que erosionaba su calma.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—No era más que curiosidad.

¿Curiosidad? La muchacha estaba petrificada, pero decidida a no demostrarlo. Pero, mientras viajaran juntos, no se enfrentaría sola a sus demonios. Blair se volvió de nuevo y echó a andar.

Pasaron horas mientras caminaban bajo el túnel. Aunque él captaba sus respiraciones aceleradas, la muchacha nunca se dejó llevar por el pánico.

La roca se curvaba. Más adelante, el túnel descendía en pendiente hasta una estrecha abertura lo bastante ancha para que pasara una sola persona. La luz de las velas dejaba al descubierto unas paredes desgastadas por el tiempo y embadurnadas en colores marrones y dorados y en algunos lugares con toques de rojo.

—Tendremos que pasar gateando —informó.

—¿Arrastrarnos?

Miró hacia atrás. A través del juego de luces, vio cómo sus labios se apretaban y sus ojos se abrían de miedo.

—Es la única forma de atravesarlo. Puede hacerlo.

Caitlin inclinó la barbilla.

—Claro que puedo. Solo estaba esperando a que fuera usted primero.

Se dio la vuelta antes de que ella captara su sonrisa. Dios Santo, la muchacha era una mujer digna de admiración. Una ráfaga de aire fresco lo golpeó cuando se arrodilló y luego se arrastró por la estrecha abertura. La luz de las velas parpadeaba en una danza loca. Avanzó a tientas, la negrura se desvanecía a medida que el tenue resplandor que había delante se hacía más brillante.

—¿Huelo aire fresco?

Blair avanzó un poco.

—Sí, nos acercamos al centro del túnel.

—¿El centro? ¿Por qué íbamos a encontrar aire fresco tan dentro de la montaña?

Una sonrisa tocó su rostro al recordar su primera vez a través de los complejos túneles, su conmoción cuando había llegado a esta caverna.

—Ya lo verá.

—¿Ver? Nuestra huida no es un enigma.

—No, muchacha, no lo es. —Sombrío, empujó hacia adelante. El túnel se abrió. Apagó la vela y se puso en pie.

El sonido de la ropa arrastrándose por la tierra resonó tras él mientras ella avanzaba.

—¿Cómo puedo ver cuando...? —jadeó—. Oh, Dios... es... —Caitlin se quedó de pie en el suave rocío de luz resplandeciente, como un niño que vislumbra un regalo por primera vez—. Es maravilloso.

El asombro en su voz lo conmovió. Y como él había sospechado, su miedo se hizo a un lado ante el asombro al vislumbrar este lugar mágico.

—Sí, cuando vi por primera vez esta caverna, sentí lo mismo.

—Hay… —Ella se giró lentamente, como si tratara de asimilarlo todo. Luego se detuvo, con el rostro lleno de asombro—. Es como si...

—Como si hubiéramos encontrado el pasadizo secreto al Otro Mundo. —Al ver que ella fruncía el ceño, se dio cuenta de que había hablado en voz alta de los *feéricos*: deseos en los que sería un tonto si creyera.

—¿El Otro Mundo?

Frunció el ceño. La muchacha era escocesa, su suave rebuzno un testamento de su herencia. ¿Cómo podía no haber oído hablar del hogar de los *fey*?

Ante la mirada confusa de Sir Blair, Arabelle se quedó helada. Ante su ignorancia del Otro Mundo, había cometido un error. Lo último que quería era invitar a la duda. Hizo temblar su cuerpo y luego sus rodillas cedieron ligeramente.

Sir Blair la atrapó.

—¿Qué ocurre?

Con dedos temblorosos, ella se tocó la frente.

—No es nada. Me ha sobrevenido una oleada de mareo.

Compuso una mueca.

—No es de extrañar, después de todo lo que ha soportado este día. Necesita comida y descanso.

La culpa la invadió ante su sincera preocupación.

—Se lo agradezco —dijo ella, demasiado consciente de él, de la fuerza que había detrás del hombre, y de que por primera vez en su vida había conocido a alguien que la desafiaba a todos los niveles. Con suave fuerza, él la guio hacia delante. Por mucho que deseara separarse, debía mantener la apariencia de que estaba mareada.

Rayos de sol fragmentados brotaron de una fractura en el inmenso techo y se extendieron en un magnífico resplandor, dejando al descubierto una enorme caverna horadada por lanzas de roca que se arqueaban hacia el suelo. El color impregnaba las grandes piedras, desde el marrón más profundo hasta una miríada de naranjas.

A lo largo del borde de la caverna se extendía un estanque, espejo de la magnificencia, cuya quietud reflejaba una imagen idéntica de la inmensa belleza que había frente a sus ojos.

—El agua está caliente.

El suave ronroneo de Sir Blair la envolvió. Se volvió para encontrarlo de pie a su lado, y el calor barrió sus mejillas. Era demasiado consciente de su presencia, atraída por un hombre que solo invitaba al peligro.

—¿Caliente? —repitió. El nerviosismo en su voz era muy real—. Bajo la piscina hay manantiales naturales. Nadie sabe el porqué. —Blair hizo una pausa—. Después del día de hoy, estará deseando darse un baño. —A la suave luz, vio que el color rojo ruborizaba sus mejillas. ¿Vergüenza? Por supuesto. Le soltó la mano y dio un paso atrás—. Tendrá total intimidad.

El rubor en su cara creció.

—Muchas gracias.

—Si me necesita, llámeme. Estaré cerca haciendo guardia.

La expresión de Caitlin se volvió seria. Lo miró fijamente durante un rato.

—No estoy segura de por qué, pero creo que usted me protegerá.

Conmovido por sus palabras, más de lo que era prudente, asintió.

—Tómese el tiempo que necesite. Prepararé algo de comida. No me verá, pero estaré cerca.

—Pero...

—Lass, ambos estamos cansados y hambrientos.

Ella buscó en su rostro.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Este día también ha sido duro para usted. Debería bañarse primero.

Él se puso rígido, disgustado por el calor que su consideración le infundía. Había pasado demasiado tiempo desde que alguien se preocupaba por él.

—Me bañaré cuando hayamos comido. —Blair dio un paso atrás.

—Muchas gracias —contestó Arabelle, analizando la miríada de emociones que parpadeaban en su expresión. Sorpresa. Repliegue. Frialdad. Se centró en esta última, intrigada por la completa retirada del rebelde. Sus cambios de emoción eran leves, tan débiles que, si no hubiera estado atenta a ellas, se las habría perdido por completo.

Sin duda, era un hombre complejo. Cuando ella creía que empezaba a ver al verdadero hombre, a comprenderlo un poco, él se retraía. La violencia que había experimentado de niño, escondiéndose mientras veía cómo los ingleses masacraban a su familia, podía haber creado el odio que ennegrecía su alma, pero había algo más ahondado en el dolor que yacía en su interior.

La información que había reunido sobre Sir Blair, aunque útil, distaba mucho de ser completa. La lógica le aseguraba que las lagunas de sus últimos años le proporcionarían el conocimiento que buscaba.

Descubrir lo que lo atormentaba no formaba parte de su tarea. Sin embargo, sentía curiosidad por saberlo, atraída por la complejidad de este intrigante escocés. Por fuera, un

guerrero que se mantenía firme, un hombre que intimidaba al competidor más feroz, pero en el fondo, un hombre de intensa pasión.

Sir Blair giró sobre sus talones y rodeó un gran pilar.

Arabelle miró el estanque inmóvil, luego hacia el techo erizado de enormes rocas colgantes que brillaban en el baño de luz. Atraída, se acercó. Al llegar al borde, se volvió. A lo largo de la franja exterior, la maravillosa extensión de luz solar se desvaneció en una completa negrura.

El silencio.

La ansiedad la recorrió. ¿La había dejado sola?

—¿Sir Blair?

—¿Sí? —Su profunda voz resonó desde detrás del pilar.

—Nada. —Avergonzada, se volvió hacia el agua. Parecía hacerle señas, la atraía a entrar y relajarse. Como si para ella estar en paz hubiera sido alguna vez posible... Se quitó la bata. El agua ondulaba mientras ella se adentraba en la piscina de espejos.

Un lujo cálido y sedoso la abrazaba a cada paso, la arena era un suave bálsamo contra sus doloridos pies. Arabelle se sumergió en las aterciopeladas profundidades y una sensación de completa relajación la invadió. Era como si sus problemas se hubieran borrado de su mente y no existiera nada más que este momento.

Con un suspiro, saboreó los destellos de la luz del sol sobre la roca que la rodeaba, los fragmentos de colores proyectados por su juego como si fuera magia.

¿Magia?

Una sonrisa rozó sus labios. La fatiga de los pensamientos la hizo girar. Nunca había creído en la magia ni en nada tan caprichoso. La vida en un orfanato le había enseñado que no existían ni la esperanza ni la magia.

Con otro suspiro, cogió un puñado de arena y lo frotó contra su piel, dudando que alguna vez se sintiera verdaderamente limpia. Por increíble que fuera, la belleza de esta cámara no podía borrar la realidad. Este era un día más, uno para lograr un objetivo y, una vez cumplido, alejarse.

Sombría, Arabelle terminó de lavarse y luego vadeó hasta la orilla. Se puso la bata hecha jirones, un duro recordatorio de su papel, de los peligros que aún tenía que afrontar y de la penitencia por una decisión mal tomada.

—He terminado —gritó, sin que su voz revelara nada de su agitación interior.

Unos pasos sólidos resonaron en la caverna. Sir Blair entró en la franja de luz dispersa. Se detuvo, con expresión sombría.

Ella se tensó.

—¿Qué ocurre?

¿Que qué ocurría? Blair sofocó la indeseada oleada de deseo. La muchacha no sabía que estaba de pie con la luz prismática como telón de fondo. Los rayos enmarcaban su esbelto contorno con una claridad que incitaba a la lujuria. Y su vestido húmedo se ceñía a sus curvas llenas, un cuerpo que haría suplicar a un hombre adulto.

—He colocado tortitas de avena y queso al otro lado de la roca. Come mientras me baño.

—Ignoró la sorpresa que vio en su rostro ante su brusquedad mientras pasaba a su lado. Con el cuerpo duro y dolorido, no era tan tonto como para permanecer a su lado y permitir que ella notara su interés. Ya había soportado bastante este día como para añadirle más preocupaciones.

Irritado por su inesperado deseo, se dirigió a la fusión de arena y agua y se desnudó. Tras arrojar sus ropas en un montón revuelto, se zambulló en la parte profunda de la piscina. El calor se agitó a su alrededor, lo abrazó mientras nadaba toda la longitud. Salió a la superficie, giró y nadó con fuerza hacia la orilla opuesta. El azote del agua y el ardor de los músculos hicieron poco por disminuir la necesidad de su cuerpo.

Al llegar al final, se puso de pie y maldijo mientras la seductora imagen de Caitlin permanecía grabada en su mente.

Un calor le tocó el pecho.

Sorprendido, miró hacia abajo. La malaquita partida por la mitad que colgaba de su cuello brillaba. Frunció el ceño y salió del agua. ¿Es que nada tenía sentido en este maldito día? ¿Por qué llevaba siquiera la gema? No era como si aún perteneciera a los MacKintosh. Tras su traición un año atrás, había renunciado al derecho a usar su nombre o a ser llamado «su hermano».

Excepto que el recuerdo de un orgulloso día ya pasado se agitó en la mente de Blair. Un tiempo en el que había estado junto a Keylan, Neilan y Keir. Keylan, que ahora era conde. Lord Crampton. Una sonrisa asomó a su rostro, desvanecida. Qué orgulloso estaba el día en el que Keylan reclamó el título. Pero el día era agridulce porque su padre, el hombre que lo había adoptado, yacía ahora frío bajo la tierra.

Un duro fallecimiento. Sabía que su hermano mediano, Neilan, cargaba con la culpa por ello porque la flecha que derribó a su padre había estado destinada a él.

Blair tampoco podía olvidar al hermano menor. Keir había perdido a sus dos padres, su madre murió durante su parto, pero ocultaba su dolor tras un velo de alegría.

Blair agarró la piedra preciosa, un regalo que le habían hecho, como se lo había hecho a cada uno de los hermanos su abuela cuando fueron nombrados caballeros. Cada piedra preciosa partida por la mitad era única, cada una, una insignia de honor. Tras su traición, era un honor que ya no merecía. Maldita sea. Debería arrojarla al agua.

Sus dedos se apretaron con fuerza sobre ella; luego dejó caer la mano. No podía cortar el último lazo con su pasado.

Agotado, se secó, se colocó la túnica sobre la gema y luego, como un hombre sentenciado, caminó hacia donde estaba comiendo la muchacha.

Dobló la esquina y se detuvo. Sobre la manta que había extendido, sin la comida que le había dejado, Caitlin yacía hecha un ovillo, dormida. Lo invadió la dulzura. No había sido decisión de ella aparecer en su vida, verse forzada por este peligroso camino, ni haber suscitado la atención no invitada de los caballeros ingleses.

En lugar de codiciarla como un asno, debía recordar que estaba asustada, sola y que necesitaba su protección.

Blair se sentó a su lado. Comió en silencio, ignorando el sedoso pelo castaño que se derramaba alrededor de su cara y el persistente impulso de atraerla contra él. Una vez hubo terminado de comer, guardó el resto de las tortas de avena y el queso en su saco de cuero y lo

dejó a un lado.

El cansancio lo invadió. El descanso les vendría bien a ambos. El alba y el duro viaje que tenían por delante llegarían demasiado deprisa. Con una última mirada a la muchacha, tendió otra manta cerca y cerró los ojos.



El cuerpo yacía desplomado ante ella. Las vestiduras cubrían la figura sin vida como un sudario macabro. Un grito se agolpó en la garganta de Arabelle, pero no llegó.

Intentó dar un paso atrás. Como lastrados por piedras, sus pies se negaron a moverse.

La sangre se derramó de debajo de la tela finamente hilada para cuajar contra la suciedad y la mugre que manchaban el suelo.

Por voluntad propia, su mano temblorosa se estiró y levantó la vestidura.

Unos ojos que no veían se clavaron en el pálido rostro del padre Lawrenz. Grotescas magulladuras estropeaban la piel del sacerdote, el único hombre en el que había confiado, el único que le había mostrado compasión, el único que le había enseñado la fe.

¡No! Se tambaleó hacia atrás, miró hacia abajo. Su sangre manchaba sus manos, goteaba a través de sus dedos hasta estancarse a sus pies.

Ella gritó.

—¡Caitlin!

—No. —Luchó por liberarse de las manos que la sujetaban con fuerza—. ¡Suéltame!

—Despierta. Estás teniendo una pesadilla.

La voz preocupada de un hombre la llamaba desde la distancia. Presa del pánico, luchó contra el tirón y abrió los ojos de golpe.

En la luz turbia, Sir Blair la miraba fijamente.

Capítulo 4

Otro temblor recorrió a Arabelle mientras miraba fijamente a Sir Blair. Bajo el parpadeo de la luz de las velas, miró y estudió sus dedos, que momentos antes dentro de su mente habían goteado sangre. Había sido un sueño, nada más.

—¿Estás bien?

Con la boca seca, se volvió hacia el escocés. La preocupación que había en su rostro le robó el aliento.

—Sí, yo... —Arabelle se puso rígida. Se apartó de su contacto, estremecida al descubrir que echaba de menos la suavidad de sus manos, una fuerza tranquila que prometía protección. Dios de los cielos, ella no podía decirle nada.

—¿Tu marido?

—¿Mi marido?

—¿Has soñado con su muerte?

Por supuesto que Sir Blair iba a pensar eso. Un marido que no existía. El engaño le sabía mal en la punta de la lengua. No, engaño no, una fábula elaborada para ganarse su confianza, un hecho que ella debía recordar. Su tiempo aquí no era más que un trabajo que tenía que hacer, una misión que cumplir. Después, pasaría al siguiente trabajo, sin volver a pensar en este rebelde.

Y si creía que podía simplemente borrar a este intrigante escocés de sus pensamientos, era una tonta.

Sir Blair deslizó el dorso de su mano por su mirada mientras la miraba de forma tierna.

Arabelle se estabilizó, luchó por sofocar la conciencia, las sensaciones que ningún hombre le había inspirado jamás. Fueron los planes torcidos de ayer los que produjeron estos sentimientos no deseados, y el saber que por muy frío o peligroso que fuera, Sir Blair era un hombre leal en sus creencias. Una forma de vida que comprendía bien, un camino que seguía sin piedad. Excepto que su lealtad era hacia un país al que amaba, mientras que la de ella era solo hacia sí misma.

¿Cómo sería sentir pasión por aquello por lo que luchabas? ¿Cuidar tanto a los que amabas que, para protegerlos, sacrificarías tu vida?

—¿Caitlin?

Caitlin. Una mujer que no existía. Un potente recordatorio de que esto no era más que una farsa. Maldito Sir Blair por hacerla desear otra cosa que lo que tenía. Su vida le convenía. Cada decisión era elección suya. Y cuando terminara, se marcharía. Sin pérdidas. Sin arrepentimientos.

Ante la idea de dejarlo, un dolor agudo se acumuló en su interior, un anhelo de fuerza

inesperada.

—Márchate.

—Ignorar el dolor solo lo prolonga aún más, como un fuego guardado en tu interior. Es abrir la puerta al dolor, trabajar más allá de la herida lo que hace que se desvanezca.

Sus reflexivas palabras la hicieron sentir aún más fraude de lo que se sentía.

—¿No ves que no quiero hablar? ¿Que deseo estar sola? —A solas estaba bien. A solas estaba segura. A solas no diría más mentiras.

—Sí —respondió él—, y veo el dolor, el de una muchacha que retiene su miseria demasiado profundamente, se enfanga en la pena y se olvida de vivir.

Arabelle le lanzó una dura mirada.

—Déjame en paz.

—Si lo hiciera, sería como todos los demás.

La sinceridad que teñía su voz le llegó al alma. Su ira se desvaneció. Maldito fuera por ser tan noble. Él creía que su dolor se debía a un marido perdido, a una familia destruida, cuando era la constatación de que su vida no contenía más que la promesa del vacío.

—Estoy cansada. —Sus tranquilas palabras resonaron entre ellos.

Un músculo se contrajo en su mandíbula.

—Nunca te tomé por una cobarde. —Ella apretó la mandíbula.

—No me conoces.

—¿No? Sé que eres una mujer que está sola, una mujer temerosa y que duerme con pensamientos perturbadores, pero también una mujer lo bastante valiente como para mantenerse firme cuando la mayoría se desmoronaría.

Inquieta, se frotó el pulgar contra la punta de los dedos. Veía demasiado, la hacía sentir más de lo estrictamente prudente.

—¿Siempre interrogas a las mujeres que salva?

Un atisbo de sonrisa tocó su boca, una demasiado seductora, una que debería haber parecido fuera de lugar con la brutal vida que llevaba. En cambio, hizo más atractivo un rostro que era demasiado apuesto.

—No. No suelo ir salvando a muchachas ni preocuparme por ellas. Pero parece que contigo he hecho ambas cosas.

—No puedes preocuparte por mí. —El pánico le oprimió el pecho. No había querido decir eso en voz alta.

—¿Por qué?

«Porque no soy la maltratada escocesa que crees, sino una de las mejores mercenarias de Inglaterra, una mujer cuyo verdadero nombre seguro que conoces… y odias».

Ante su aguda mirada, un escalofrío la recorrió, uno que tenía poco que ver con el frescor de la cueva y todo que ver con este peligroso escocés.

Arabelle se frotó los brazos, deseando distancia, estar lejos de un hombre que poseía la capacidad de leerla tan bien.

—¿Por qué te importaría?

Una pregunta justa, una que también confundía a Blair. Sin embargo, cuando se había despertado con sus gritos, con su rostro retorcido por la pena, una parte de él había querido abrazarla, salvarla de cualquier demonio que atormentara su mente.

¿Salvarla? Un dolor crecía en su pecho mientras estudiaba a Caitlin, tumbada contra el telón de fondo de la caverna ennegrecida, el débil parpadeo de la llama sobre su rostro, como una caricia dorada. Su cuerpo se endureció de necesidad.

Frustrado, envió el deseo a un lado, las ganas de tocarla, de saborearla por todas partes. Ella no era suya, ni podría serlo jamás. Su vida estaba dedicada a ganar la libertad de Escocia, no a cavilaciones sobre después de la batalla, de dejar su espada y caminar hacia los brazos de una muchacha. Su creencia en la permanencia había muerto hacía un año, cuando sus hermanos estaban junto a su tumba en el castillo de Rivenlochs. Sin embargo, parecía que, con esta mujer, la lógica no existía.

No, sus sentimientos por Caitlin nacían de algo más que de un rostro tan bello que podría haber pertenecido a las *féyes,* o de un cuerpo que haría llorar a un hombre. En sus ojos yacía la tristeza, el mismo tormento que se reflejaba en él cada vez que miraba dentro de un estanque en calma.

Independientemente de las razones, el problema que se gestaba en su interior lo atraía. Blair hizo una mueca. Como si necesitara amontonar más sobre las cargas que derrumbaban su vida. Además de entregar la cédula, anhelaba recuperar a una familia que lo creía muerto. El remordimiento pesaba sobre él. ¿Era posible tal hazaña? ¿Podría encontrar alguna vez el perdón de los MacKintosh?

Debería decirle a la muchacha que se fuera a dormir, luego tumbarse en su jergón y apartarla de su mente. Su tiempo juntos no sería más que días. Una vez que la dejara con sus amigos, que vivían en una humilde aldea cercana, ellos se encargarían de llevarla a un lugar seguro. Entonces, ella seguiría con su vida, al igual que él.

Con su rostro, sus tentadores labios, a un palmo de distancia, la muchacha lo observaba expectante, esperando una respuesta. Una que él no debía dar.

Exhaló un áspero suspiro.

—Me importa porque entiendo lo que es aferrarse a cosas que no podemos cambiar y hacer penitencia por las malas decisiones tomadas.

La ira que había en su expresión se convirtió en curiosidad.

Maldita sea, ¿por qué había añadido esto último? No deseaba hablar de su pasado ni involucrarse más con la muchacha. Ambas cosas eran inquietantemente fáciles de prever.

Buscó su rostro con frágil sinceridad.

—¿Qué ha pasado?

La imagen del cautivo de su hermano Neilan llenó su mente. Una cautiva que ahora era la esposa de su hermano.

—Permití que la amargura de mi pasado sesgara mi juicio.

La emoción parpadeó en su rostro; comprensión, dolor y aceptación.

—Es fácil cuando la vida no te ofrece más que dolor para guiar tus decisiones.

Por Dios, ¿qué había tenido que soportar esta muchacha? Sí, la pérdida de su marido la había devastado, pero por la sabiduría que había en sus respuestas, era más que evidente que el dolor de su muerte tallaban sus palabras.

—¿Y qué daño te ha ofrecido la vida?

—Te he hablado de mi marido.

Él captó su vacilación, así como un destello de incertidumbre una fracción de segundo antes de que ella hablara. Caitlin se frotó el pulgar sobre las yemas de los dedos, un rasgo que él notaba que hacía cuando se ponía nerviosa o se alteraba. El instinto se encendía. Ella retenía algo. Como si él tampoco ocultara secretos.

Blair se puso en pie.

—Vete a dormir. Partimos al amanecer. —Se dio la vuelta. El roce del cuero contra la arena lo alertó de que ella estaba de pie.

—Sir Blair.

Se detuvo, pero no miró atrás.

El corazón de Arabelle latía con fuerza. No quería que el escocés se fuera, pero tampoco deseaba seguir mintiéndole. Así que le diría la verdad. O tanta como pudiera.

—Me crie en un orfanato. —El rebelde se volvió—. Bajo su intensa mirada, ella luchó por encontrar las palabras adecuadas—. Pocos quieren cuidar a una niña abandonada.

Silencio.

—Cuando tenía diez años y dos veranos, me escapé. —Ante la tristeza que vio en los ojos de Sir Blair, se puso rígida—. No necesito su compasión. Me las arreglé muy bien. Entonces, conocí a Nigel. —Su voz se quebró cuando sus pensamientos no se dirigieron a un marido imaginario, sino al padre Lawrenz—. No quería importarme. Yo era dura, pero él ignoró mis impertinencias. Se tomó tiempo para ayudarme y, por raro que parezca, me hizo reír. —Y había muerto. Asesinado por un penique. Tragó saliva con fuerza—. Así que sí, entiendo lo que es la amargura y el odio. Sé que la Biblia dice que hay que perdonar, pero por los ingleses que acabaron con la vida de Nigel, no puedo.

Las imágenes de aquel día aciago rodaron por su mente; de haber terminado sus estudios y su emoción por compartir con el padre Lawrenz sus lecciones aprendidas. De cómo había corrido desde la capilla para encontrarse con el sacerdote cuando volvía de su ronda diaria de oraciones con los ancianos.

Había tomado un atajo por un callejón y había tropezado con un montón de tela negra. Cuando miró hacia abajo, se dio cuenta de que era un hombre. Horrorizada, se acercó. En lugar de un borracho durmiendo tras una larga noche de copas, había reconocido al padre Lawrenz.

Aterrada, había visto la sangre.

La asignación de fe que había escrito con orgullo había caído al suelo, la página arrastrada

por la brisa llena de hedor.

Y la frágil esperanza que el sacerdote le había dado de que podría vivir una vida normal se había hecho añicos.

No, nunca podría perdonar a quien había asesinado al padre Lawrenz. Ni olvidar.

Sir Blair permaneció en silencio, la comprensión en su expresión la instó a continuar. Por primera vez en su vida, quiso compartir su tragedia, relatarle su dolor a otra persona que había sobrevivido a semejante tormento.

—Tras la muerte de Nigel, sufrí mucho. Hui, quería estar sola, deseaba no volver a ver a nadie que me recordara a Nigel o la vida que habíamos tenido. —El dolor de encontrar al padre Lawrenz asesinado la llenaba, respaldaba sus palabras—. Juré no volver a preocuparme por nadie. Con cada día que pasa, me he hecho más fuerte. Y lo que es más importante, he mantenido mi promesa.

Hasta ahora.

—Llega un momento —dijo Sir Blair—, en que debemos mirar atrás si queremos sanar.

—¿Por qué? —preguntó ella, asombrada de que después de todo lo que había sufrido, el rebelde le ofreciera semejante consejo, pero también intrigada. Nunca había esperado tanta profundidad del hombre brutal que Sir Cressingham había descrito.

Las dudas sobre las afirmaciones de Sir Cressingham de que Sir Blair era un asesino a sangre fría la invadieron, como si debiera sorprenderse de que el tesorero escocés mintiera para lograr su objetivo. Sir Blair no era un asesino, sino un hombre atormentado, un hombre inteligente que anhelaba estar completo.

—¿Por qué debemos mirar atrás? —preguntó Sir Blair, sacándola de sus pensamientos—. Porque el odio mata el alma, le niega a uno la curación que ofrece el tiempo.

—¿Curación? —La ira se deslizó en sus palabras—. Cuando a uno le rompen el corazón, ¿se cura de verdad alguna vez?

—Creo que es posible.

—Entonces, eres mejor que yo. Nunca olvidaré, ni dejaré ir, el odio. —Él suspiró, un sonido largo y solitario, pero Arabelle se mantuvo firme. En esto ella le daría la verdad. Si él se apartaba de ella, que así fuera. Ya la hacía sentir más de lo que era prudente.

—¿Y de qué te ha servido el odio? —preguntó Sir Blair—. La capacidad de vivir, de seguir adelante cada día.

—¿Y qué hay de la felicidad?

—¿La felicidad? Nuestro país está asolado por la guerra. Los que amamos, masacrados bajo la espada del inglés, ¿y tú te atreves a preguntarme por la felicidad? —Arabelle hizo una pausa—. Dime, ¿eres feliz? ¿Lo es alguien?

La tristeza parpadeó en sus ojos.

—Mis preguntas han sido hechas para ayudarte con tu pena.

—No quiero tu ayuda.

Pero Blair captó el temblor de Caitlin, así como el atisbo de necesidad que nunca

abandonaba del todo sus ojos. Tenía miedo. Dios sabía lo que había soportado durante su época de huérfana, o desde el asesinato de su marido. El ataque de los caballeros ingleses era solo la última de las atrocidades a las que había sobrevivido.

Compartían un pasado maltrecho cada uno con una segunda oportunidad. Él, los MacKintosh que lo habían adoptado y criado como propio. Ella, un marido para sanar su alma.

Y ambos habían perdido a las personas que amaban.

Contempló la red de oscuridad dentro de la caverna con el corazón dolorido. No era la persona adecuada para guiar a la muchacha a alejarse de su miseria mientras la suya estaba aún tan cruda.

—¿En qué estás pensando?

La dulzura de su voz lo animó a responder, pero no quiso revelar nada más. No la conocía más que de hacía pocas horas. Bien comprendía los peligros de dar confianza. Lo que había expuesto sobre su vida personal lo perturbaba. Nunca había compartido tales intimidades con una mujer.

—Los dos tenemos que descansar —dijo Blair—. El amanecer y las leguas que debemos recorrer nos esperan.

Ella vaciló.

—¿Serás capaz de dormir?

—Una pregunta que debería hacerte yo a ti.

Una leve sonrisa tocó la boca de Caitlin, y descubrió que le gustaba saber que él la había puesto ahí. Mientras la observaba, sus ojos se suavizaron.

El momento cambió.

La negrura que rodeaba el escaso parpadeo de la llama parecía abrazarlos, acentuar el hecho de que estaban muy solos. Los destellos dorados de la luz acariciaban sus rostros, lo atraían a rastrear su piel, a probar la exuberante plenitud de su boca y descubrir si cumpliría su silenciosa promesa. Casi podía saborearla, una potente sensualidad que lo atraía a más.

Inquieto por sus cavilaciones, Blair dio un paso atrás.

—Descansa, estaré cerca. —Se alejó, condenando sus pensamientos amorosos.

Cuando la figura de Sir Blair se desvaneció en la oscuridad, Arabelle exhaló. ¿Qué acababa de pasar entre ellos? Nada. Todo. Había sido testigo de su deseo, una emoción que el guerrero también había despertado en ella.

Que Dios la ayudara, había deseado que él la besara. Desde su violación a los doce años, nunca había anhelado el tacto de un hombre. Pero algo en el escocés hacía que los horribles recuerdos se desvanecieran, la dejaba deseosa.

«Vete a dormir. Déjalo en paz. Era seguro».

Sin embargo, estaba dolido, atormentado por un pasado que él también había superado. Un pasado que él creía que ella ignoraba. Arabelle se levantó, necesitando hablar con él, ayudarle. No por su misión, sino porque era un hombre al que en otras circunstancias podría haber llamado amigo.

¿Amigo? Le entraron ganas de reír. Ella no hacía amigos, solo contactos. O enemigos.

Se apartó de la vela hacia donde Sir Blair se había desvanecido en la penumbra. Armándose de valor, se adentró en la oscuridad. Sus ojos se ajustaron lentamente. Dentro del débil derrame de la luz de la vela, captó indicios de formas dentro de la caverna.

Un suave chapoteo resonó en la distancia.

Captó la débil silueta del rebelde. Estaba sentado sobre un peñasco, con los pies colgando en el agua.

La soledad irradiaba de él como si fuera un hombre sentenciado. Un sentimiento que ella conocía demasiado bien. Un sentimiento que sus duros comentarios habían inspirado.

En silencio, se acercó y se sentó.

Miró fijamente hacia delante.

—Deberías estar dormida.

—Debería. —Arabelle se quitó las zapatillas, las dejó a un lado y luego deslizó los pies en el calor del agua—. Me asombra cómo la lejana luz de las velas aún juega sobre las columnas de piedra.

—¿Por qué has venido?

La aspereza de su pregunta la alertó de que luchaba contra el hecho de desearla. La calidez inundó a Arabelle.

—Me hiciste preguntas, preguntas con las que lucho. Mi frustración me hizo arremeter contra ti cuando tú solo intentabas guiarme en mi dolor.

—Fuiste sincera.

—Lo fui, pero eso no hace que mi brusquedad sea correcta.

—¿Correcta? —preguntó Sir Blair—. ¿Existe tal cosa?

—No lo sé. —Una sonrisa triste tocó su boca.

—No pienses demasiado, sonarás como yo.

Entre las volutas de luz de las velas, un atisbo de humor rozó su rostro, y luego se desvaneció.

—Sí, qué tristes somos. —Arrastró el pie por el agua—. Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Seguir adelante, creer que nuestras vidas pueden ser mejores.

—¿Es eso lo que has hecho?

Sir Blair dibujó un círculo en el agua.

—Lo estoy intentando.

—¿Cómo puedes ser tan positivo?

La miró, su rostro era un juego de sombras y determinación.

—Ser de otro modo es renunciar a la esperanza.

¿Era eso lo que ella había hecho? ¿Renunciar a la esperanza para evitar que la hirieran?

Tenía sentido, pero nunca había considerado su retraimiento como otra cosa que evitar el dolor.

La pesadez de sus pensamientos la abrumó.

—Me equivoqué al venir. —Arabelle hizo ademán de levantarse, pero el rebelde le agarró la muñeca.

—Quédate. Siéntate un rato. Conmigo. —La suave yema de su pulgar rozó la sensible piel del interior de su muñeca—. Me complacería mucho.

El calor se derramó por su cuerpo ante su tacto.

—Sir Blair, yo...

—Blair.

—¿Qué?

—Llámame por mi nombre de pila.

Ella tragó con fuerza, luchó por no sentir nada. Fracasó.

—Es indecoroso. —Dejó de mover el pulgar.

—Es mi deseo.

—Blair —murmuró Arabelle, probando el uso familiar de su nombre en su lengua, como si quisiera saborear lo prohibido.

Con un suave movimiento, la atrajo contra él, le acercó la cabeza al pecho y empezó a acariciarle lentamente el pelo.

Ella exhaló de forma temblorosa.

—Creía que ibas a besarme.

—Deseo hacerlo, pero ahora mismo no es lo que necesitas.

Ante su consideración, las lágrimas le quemaron los ojos. No, ella no podía sentir tanto por él. Por Dubh Duer. No importaba que por el momento su tarea no fuera más que un borrón en su mente, que ahora mismo solo estuvieran él y ella luchando contra los pesares de la vida.

—¿Por eso dejaste los jergones? —preguntó ella—, ¿porque querías besarme?

Sus dedos se detuvieron dentro de su cabello, luego continuó acariciando con lentitud la longitud desatada.

—Sí. Un pensamiento que no me enorgullece admitir. Has conocido suficiente angustia.

—Como tú.

Ella se acurrucó más contra él, saboreando la sensación de protección, humillada por su honor. Sentimientos que había perdido desde la muerte del padre Lawrenz. Excepto que los pensamientos del sacerdote eran de Dios, de educarla y ayudarla a encontrar un camino hacia la estabilidad y la fe. Blair se dedicaba a la guerra, pero un guerrero que la quería como un hombre.

—Gracias.

Como respuesta, le dio un casto beso en la frente.

—Ambos deberíamos descansar.

—Deberíamos. —Pero ella se recostó contra él entristecida porque este frágil momento, como su excursión a la normalidad, terminaría demasiado pronto.



La suave pisada sobre la tierra resonó en el silencio mientras Arabelle seguía a Blair por el túnel, con la vela en alto. Desde que habían salido de la caverna esa mañana, él había hablado poco, lo que a ella le sentaba bien.

Mejor que la víspera pasada, cuando había cometido el error de desenterrar las emociones de su pasado. Sí, daban credibilidad a su supuesta casi violación de ayer, y le habían valido la protección de Blair, pero habían desencadenado sueños horribles durante toda la noche.

Debía ganarse la confianza de Blair, pero existían otras formas de hacerlo que no fueran exponer sus debilidades, emociones que el escocés podría utilizar en su contra. ¿Acaso sus años como mercenaria no le habían enseñado nada?

Gracias a Dios que él no había intentado besarla mientras estaban sentados junto al agua. Si lo hubiera hecho... No, era mejor no pensar en cómo se sentiría su boca sobre la suya. Excepto que su cuerpo se calentó al pensarlo, su mente acogió con satisfacción la intimidad de su abrazo.

Más adelante, una tenue brizna de luz fracturó la negrura.

La esperanza se encendió.

—¿Hemos llegado al otro lado?

—Sí —respondió Blair.

Su alivio por estar libre de este complejo de túneles dejado de la mano de Dios se desvaneció. ¿Cómo de cerca estaban de sus amigos? Necesitaba descubrir quién era el traidor al rey Eduardo antes de que llegaran.

A medida que se acercaban a la salida, la luz del sol raspaba las paredes desiguales, dejando al descubierto telarañas translúcidas tejidas en las grietas de arriba. El aire fresco, impregnado de un toque de flores y tierra, se mezclaba con el viciado.

Arabelle exhaló. Sumida en la oscuridad durante tantas horas, se deleitaba con la cordura de la luz.

En la abertura tallada, Blair apagó la vela, la guardó dentro de un agujero tallado en la pared y luego miró a través del escudo de hojas y ramas.

—No veo a nadie.

Ella asintió, estudiando el meticuloso tejido de ramas y hojas que protegía el túnel. Con la entrada tan bien oculta, resultaría difícil de encontrar para el ojo inexperto.

—Tenemos dos días de viaje antes de llegar hasta mis amigos.

Eso respondió a la pregunta de cuánto tiempo tenía para completar su tarea.

Blair apartó una rama y salió a la luz del sol.

—Aunque no veo a nadie por aquí, debemos viajar con precaución. Los caballeros ingleses podrían estar cerca. —Avanzó a grandes zancadas.

Arabelle lo siguió, protegiéndose los ojos contra el resplandor del sol de la tarde. Miró hacia atrás, recorrió el espeso follaje a su paso. Salvo por la subida y bajada del terreno, no distinguió señal alguna de la entrada. Increíble.

—¿Caitlin?

—Ya voy. —Robó una última mirada hacia donde, en algún lugar dentro de la densa maraña, se encontraba la abertura del túnel. Sir Cressingham estaría encantado. El tesorero inglés podría aconsejar a John de Warenne, conde de Surrey, que situara sus fuerzas en cualquiera de las dos entradas para emboscar a los rebeldes.

La culpabilidad la invadió al pensar que, al final, traicionaría a Blair. Apartó la emoción a un lado. Había pasado un año desde que el rey Balliol había abdicado de su trono en Brechin, renunciando a su Reino de Escocia en favor del rey Eduardo. A pesar de los deseos de los escoceses, un rey inglés gobernaba su tierra. Era decisión de los rebeldes continuar esta guerra infructuosa, no su culpa.

Si Blair la odiaba cuando supiera su verdadera identidad, que así fuera. Para entonces, ella ya se habría ido con su misión cumplida hacía tiempo. Y él no encontraría jamás a una escocesa llamada Caitlin Dunham.

Un grito resonó en la distancia.

Blair la cogió de la mano y la arrastró bajo la densa maleza.

—¡Quédate aquí!

Con el cuerpo pegado al suelo, subió por el terraplén hasta el sendero que habían recorrido momentos antes. Tras una rápida búsqueda, se puso en pie de un salto y utilizó una rama para borrar cualquier señal de su paso. Arrojando esta a un lado, se apresuró bajo el escudo de hojas y luego cubrió el cuerpo de ella con el suyo.

—No digas nada —le susurró.

Como si con su cuerpo a ras del de ella fuera posible pensar. Arabelle escrutó sus alrededores en busca de cualquier señal de movimiento, intentó ignorar la dura longitud de su cuerpo, la sensación de este apretado contra el de ella.

Y fracasó.

El viento agitó las hojas en lo alto.

Un cuervo revoloteó en el árbol de arriba y luego se alejó volando. Sonaron pasos cerca.

Un palo crujió, esta vez más cerca, seguido de una maldición murmurada en voz baja. La mano callosa de Blair cubrió la suya con sorprendente suavidad.

Ella se quedó mirando la maraña de cicatrices que golpeaban su piel, la mano musculosa sobre la suya. Debería apartarse, no alimentar esa ilusión de que él la protegía. En lugar de eso, Arabelle saboreó su tacto, su protección en un mundo que no le ofrecía ninguna.

El cuerpo de Blair se tensó, su rebelde pelo arenoso enredado entre la maraña de hojas, pero su mano sobre la de ella se mantuvo firme, la daga en su otra mano preparada.

—Han encontrado a los cuatro muertos —dijo una voz ronca.

A través de la maleza retorcida, distinguió a un caballero inglés con el atuendo embadurnado de suciedad, prueba del duro viaje. Apareció otro guerrero. El paso firme dejó al descubierto a varios caballeros del contingente.

—Los bastardos rebeldes —maldijo otro hombre—. Ni siquiera tienen un rey que los respalde y, aun así, siguen luchando. ¿Y para qué?

Otro hombre gruñó.

—Wallace los incita a hacerlo.

—Mató al sheriff Heselrig como si ese fuera su derecho —escupió con disgusto el primer caballero—. Y Sir William Douglas corriendo con el traidor.

—Serán detenidos —prometió el segundo hombre—. Sir Cressingham no es un hombre al que se le pueda hacer enfadar.

Sus voces se desvanecieron a medida que pasaban, pero Blair permaneció quieto. Había contado cinco hombres. Si hubiera estado solo, los habría matado a todos.

Pasaron unos segundos preciosos.

Silencio.

Convencido de que los caballeros se habían marchado, envainó su daga, con el cuerpo duro por el contacto íntimo. Hizo una mueca.

«Concéntrate en el peligro, muchacho».

Blair se movió a su lado.

—Se han ido.

Los ojos esmeralda se volvieron hacia él, oscuros, marcados por la preocupación.

—¿Volveremos a la cueva?

—No. 3Comprendía su preocupación, pero conocía la tierra en la que estaban. Tampoco sería tan tonto como para demorarse y caer en la tentación de tocarla más—. Nos adentraremos más en el bosque antes de girar hacia el norte.

—¿Al norte? ¿Tus amigos viven en las Tierras Altas? —Sacudió la cabeza.

—Es la ruta más segura.

Caitlin vaciló; luego, su mano se relajó dentro de la de él, sus ojos rebosaban confianza.

—¿Cuándo partiremos?

Él observó su boca, el sutil movimiento, e imaginó que saqueaba las suaves profundidades.

—Ahora. —Blair se puso en pie y la ayudó a levantarse, con la sangre hirviéndole. Maldición, no debía pensar en la muchacha, sino en el peligro que los acechaba.

Los ojos de ella se encontraron con los de él. La conciencia se encendió. El calor le atravesó.

—¿No nos vamos? —La ronquera de su voz lo atrajo.

—Sería prudente. —Ella no se movió.

Maldita sea, ¿tenía que mirarlo fijamente con esa mezcla destructora de necesidad e inocencia? ¿Inocencia? No. Había estado casada y yacido con un hombre muchas noches. Había probado los placeres de la unión.

Entonces, ¿por qué dudaba? Necesitaban marcharse, irse antes de que él hiciera una tontería como besarla.

La luz del sol rozó el suave brillo de su boca.

¡Maldita sea! Como guiadas, sus manos le ahuecaron la cara.

—Dime que quieres que pare.

Le tembló el labio inferior.

—Si lo hiciera, estaría mintiendo.

Con un gemido, Blair le cubrió la boca. Una sensación de calor se derramó por su cuerpo ante su sensual sabor. Alargó el beso, saboreó la abrasadora intensidad. Ante su estremecimiento, la atrajo contra él, arrastró la mano desde su cara hasta la curva de su cuello, inclinó la boca y profundizó el beso.

Ella gimió cuando su cuerpo se apretó contra el suyo. Se estremeció.

—Ah, muchacha —murmuró él mientras mordisqueaba la curva de su mandíbula. Por mucho que deseara hacer el amor con ella, no era el momento ni el lugar. La sangre le latía caliente, Blair levantó la cabeza.

Un rubor le calentó la cara.

—Yo… —Ella miró a un lado. Frunció el ceño—. ¿Qué es eso?

Blair miró hacia allí.

A un paso de distancia, desparramado entre la maraña de hierba y hojas, yacía el escrito.

Capítulo 5

¡Por todos los santos! Con la sangre palpitándole y dándole calor, y la bruma de la necesidad por seguir besándola todavía abrasándole el cuerpo, Blair se apartó, agarró el pergamino encuadernado en cuero y lo apartó de su vista.

Caitlin se incorporó y miró hacia donde él había guardado el escrito con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso? —repitió.

—No es de tu incumbencia. —El dolor marcó su rostro.

—Ya veo.

No lo sabía, pero eso no podía evitarse. Bien sabía de su responsabilidad, de la importancia de que entregara la cédula al obispo Wishart. Había perdido más de un día de viaje, tiempo del que mal podía prescindir, pero no se arrepentía.

Le tendió la mano.

—Debemos irnos.

Ella ignoró su ofrecimiento y se puso en pie. Hojas y ramitas ensuciaban su pelo y, por si eso fuera posible, haciéndola aún más seductora.

—Por favor, dime qué está pasando. —Silencio—. ¿Blair?

Su suave súplica lo incitó aún más. Era su penitencia por haber besado a la muchacha. ¿En qué había estado pensando? No, pensar era exactamente lo que no había estado haciendo. Si lo hubiera hecho, se la habría llevado sin tocarla. Tampoco su sabor persistente en su boca lo ayudaban un ápice.

—Vamos. —Blair se dio la vuelta y se dirigió hacia el norte.

El susurro de las hojas resonó mientras ella lo seguía.

—¿Qué hay en el cuero encuadernado?

—Déjalo. —Despreció la frialdad de su tono; su enfado era consigo mismo.

—¿Te he molestado de alguna manera? —Giró sobre sus talones.

Caitlin se detuvo, su rostro pálido, en desacuerdo con sus labios hinchados por el beso que se habían dado. Dios, cómo la deseaba.

—No debería haberte tocado. Estuvo mal.

Frunció el ceño, confusa.

—¿Qué tiene que ver que me besaras con la misiva?

—Nada. —Inspiró y la soltó—. Estoy estropeándolo todo.

Ella vaciló.

—¿No disfrutaste besándome?

Maldita sea.

—No, muchacha, disfruté mucho con el beso. Demasiado.

—Como yo. —La inquietud apareció en sus ojos mientras lanzaba una mirada hacia donde él había guardado el documento encuadernado en cuero—. ¿Te buscan?

Blair soltó una risa áspera.

—Como rebelde, sí. Longshanks desea mi cabeza en una pica.

El rojo acuchilló sus mejillas.

—Yo…

—Caitlin, la misiva que llevo es de gran importancia. Si cayera en las manos equivocadas… —Sacudió la cabeza—. Que Dios nos ayude a todos. Por eso debo velar por tu seguridad cuanto antes. Mientras estés conmigo, estás en peligro, más de lo que podrías llegar a creer.

—¿Es por eso que estabas cerca ayer cuando los caballeros casi… —Su respiración se entrecortó y apartó la mirada.

Blair la volvió hacia él.

—Te protegeré.

La emoción inundó a Arabelle ante su desinteresado ofrecimiento de protección. Sir Cressingham estaría complacido. Parecería que se había ganado la confianza de Blair, un logro necesario para cumplir el resto de su tarea.

—Su voto es innecesario —dijo ella.

—Ojalá pudiera hacer más. —Le quitó una ramita del pelo y la tiró a un lado—. Pero no puedes importarme, muchacha. Tengo secretos, más que los que contiene el documento que llevo. No puedo hacerle promesas a ninguna mujer. Sin embargo, contigo sí. Y lo que es más inquietante, no encuentro remordimientos en mi corazón al hacerlo.

A ella le dolió su ternura. Él hablaba desde su alma, mientras que ella no esgrimía más que mentiras.

—No pido ninguna promesa.

Una sonrisa triste rozó sus labios.

—No con palabras, pero veo la pregunta en tus ojos.

Ella sacudió la cabeza, el movimiento perfecto para el papel que estaba interpretado, y despreció su engaño.

—Eres arrogante.

—¿Lo soy? —Él le acarició el labio inferior con la yema del pulgar—. Dime, muchacha, ¿acaso no te importo nada?

Sus palabras, cuidadosamente elegidas, se desvanecieron.

—Blair...

—Maldita sea. Mis sentimientos no pueden tener importancia. Tengo un deber.

Como ella, pero su papel de mercenaria yacía en vergonzosos jirones. De algún modo, en la maraña de un día, habían conectado mucho más allá de lo que ella hubiera podido imaginar. Sus atribulados pasados, ambos ennegrecidos por la tragedia y el horror, los habían unido de una forma que traspasó sus defensas.

Arabelle permaneció en silencio mientras él se daba la vuelta y avanzaba. Blair no comprendía que era a ella a quien odiaría. No, odiar era una palabra demasiado amable. Tras su beso y el supuesto intercambio de confianza, la maldeciría hasta el Hades y ordenaría que su alma ardiera por la eternidad.

El arrepentimiento se agitó en su interior. Ella había dado su palabra de completar esta misión. Si ella se alejaba, la furia de Sir Cressingham no tendría límites. Un hombre como él, frío y despiadado la encontraría, costase lo que costase. Durante el resto de su vida estaría huyendo.

En silencio, siguió a Blair, intentando perder sus preocupaciones en el borrón de verde, en el rico aroma a bosque grabado con pino. Destellos de luz solar iluminaban el camino por delante, confiriendo inocencia a este día.

¿Inocencia? Como si ella o Blair pudieran fingir tal cosa.

El rumor del agua resonaba en la distancia. Con cada paso, el tumulto aumentaba hasta convertirse en un rugido atronador y el aire se hizo pesado, rico en el sabor de la humedad.

Cuando doblaron la siguiente curva, aparecieron a la vista varios peñascos de gran tamaño. La niebla flotaba sobre la piedra, abrazando la roca desgastada por el tiempo en una funda resbaladiza.

Arabelle se protegió los ojos al mirar hacia arriba.

—¿Una cascada?

—Sí.

Intrigada por el torrente vertical y la nube de niebla resultante, se acercó a su lado.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en recorrerla?

—No lo haremos. —Se subió al peñasco más cercano y le tendió la mano. Arabelle vaciló —. ¿Confías en mí?

¿Tenía realmente elección? Arabelle puso su mano sobre la de él, saboreando su tacto, deseando que su razón para estar con él fuese otra.

—Cuidado, las rocas son resbaladizas.

Con cuidado, se abrieron paso por el resbaladizo pedregal, por encima de las ramas de los árboles que se atrevían a entretejerse entre la áspera piedra.

—Agárrate. —La arrastró hasta un saliente.

El rollo blanco de abajo chocó con el negro; el furioso revuelo potente en su fuerza.

—Es magnífico —le gritó ella al oído.

Blair le dio un suave apretón en la mano y luego la condujo hacia el enorme aguacero. El agua chapoteaba cerca de sus pies y el vaho ondeaba a su alrededor como una nube. Con ella a remolque, se movió en paralelo al agua que corría y luego se inclinó hacia una cortina más pequeña. Se detuvo y levantó una piedra cercana, delgada y plana, del tamaño de un caldero y la sostuvo sobre sus cabezas.

—Agárrate —gritó.

¿Estaba loco? ¡Serían arrastrados por la borda!

—Yo…

La arrastró con él mientras se adentraba en el torrente de agua. Esta golpeaba con fuerza, acallando todo menos su pánico. Cerró los ojos al dar un paso hacia delante y se preparó para precipitarse por los escarpados acantilados hacia su muerte.

En lugar de eso, con su agarre firme contra el de ella, su pie se posó sobre la piedra seca. Con el pulso acelerado, abrió los ojos. El agua se derramaba ante ella en un trueno de blanco, una poderosa cortina que pasaba a toda velocidad.

—¡Es la parte trasera de las cataratas! —gritó encantada.

Una sonrisa ensanchó su rostro. Asintió y dejó la piedra plana a un lado.

Arabelle se volvió. La luz del sol se asomaba por el borde de las cataratas, la niebla astillaba la luz en un arcoíris de colores que salpicaban la escarpada roca. Se rio a carcajadas. Era realmente asombroso.

Y otro escondite rebelde.

La magia del descubrimiento se desvaneció.

Ignorante de su turbación, Blair la condujo hacia la parte trasera de la roca escarpada, hasta donde el golpe del agua no resonaba más que como un suave rumor.

—Descansaremos aquí esta noche. Por la mañana, partiremos por el otro lado. Deberíamos llegar hasta mis amigos antes de que se ponga el sol.

—¿Tan pronto? —La vergüenza fue palpable en su rostro.

Blair permaneció en silencio, encontrándose en conflicto sobre llegar a su destino. El matiz de sombra contra el suave color de la cascada era un recordatorio de la noche que se avecinaba, la última que él y Caitlin compartirían.

Con expresión sombría, escudriñó la piedra circundante. Se puso rígida.

—Alguien más ha estado aquí.

Siguió su mirada. Los restos carbonizados de una hoguera yacían cerca del fondo de la caverna. Blair se acercó y, con la bota, empujó las brasas.

El rojo flameó entre las brasas.

En alerta, dejó su mochila y sacó su espada.

—Espera aquí. —Caitlin asintió.

Se arrastró por el sendero que llevaba al otro lado de las cataratas. Maldición. Estaba tan

atrapado por la muchacha que había descuidado asegurarse de que el camino detrás de las cataratas fuese seguro. Solo los rebeldes conocían su existencia. Aun así, era una tontería bajar la guardia.

Tras un minucioso barrido de todo el escondite, estaba seguro de que no había nadie.

—El que encendió el fuego se ha ido.

La preocupación esculpió su rostro.

—¿Crees que volverán?

—No estoy seguro. Los únicos que conocen este lugar son los rebeldes. Si alguien regresa, será un escocés. —Lanzó una mirada nerviosa a la entrada contraria—. Confía en mí.

Los ojos verdes esmeralda se posaron en él y luego se suavizaron.

—Confío.

La calidez lo conmovió por la fe que tenía en él, y se encontró deseando que ella pudiera ser para él algo más que un breve interludio, otro deseo que debía dejar pasar.

—Vamos —dijo—. Tengo más tortitas de avena.

—Eres un hombre preparado.

—Siempre. —Excepto que ella no sonrió a su burla, sino que loe observó; su pelo castaño despeinado, su vestido andrajoso digno de una mendiga. Para él parecía hermosa.

—Mientras estabas fuera, encontré esto entre las cenizas. —Ella extendió la mano. Un trozo de madera tallada descansaba sobre su palma.

Con el ceño fruncido, Blair levantó entre sus manos el trozo de madera tallada y lisa. Donde antes había plumas, no había más que líneas carbonizadas.

—Es el resto de una flecha. —Levantó el brazo para arrojar el inútil fragmento a las brasas, luego dudó. Cortadas en el astil, a la distancia de un pulgar, había dos muescas. La técnica le parecía familiar. De hecho, conocía a muchos escoceses que fabricaban flechas y dejaban su marca única en cada una de ellas.

—¿Qué es?

—Nada, yo... —Dios mío, era la flecha de Keir. Las muescas, la marca de Neilan.

El dolor lo recorrió entero mientras miraba el fragmento carbonizado. El tiempo retrocedió hasta cuando él y Keir habían seguido a Neilan hasta el lago cercano al castillo de Rivenlochs. Preocupados por un hombre al que consideraba su hermano, él y Keir lo habían vigilado desde detrás de varios arbustos.

Tras asegurarse de que Neilan no necesitaba su ayuda, Keir había sacado una botella de vino. Mientras Neilan se había ido a nadar, ellos habían robado la ropa de Neilan. Escondidos, y con la mente nublada por la bebida, habían convencido a Neilan de que estaba rodeado por los ingleses. Un hecho que él había creído, hasta que Keir había disparado una flecha cerca y Neilan había reconocido su marca en el astil.

Las mismas dos muescas talladas en la madera carbonizada que acunaba entre sus dedos.

Miró hacia la otra entrada. ¿Seguía Keir cerca? ¿Y sus otros hermanos?

—¿Qué ocurre?

Blair arrojó la flecha a las brasas.

—Necesitamos más leña. —Incapaz de sacudirse la sensación de inquietud, se dio la vuelta y se alejó.

Arabelle notó su rígido paso. Cuando él dobló la esquina, ella cogió un palo y liberó la flecha medio quemada. Acunó la cálida madera en la palma de su mano. Por su reacción, este fragmento pertenecía a alguien que conocía. Pertenecería a otro rebelde, así que ¿por qué iba a disgustarle? Al menos, la flecha no indicaba a una mujer.

La madera repiqueteó cerca.

Se puso en marcha y miró hacia donde apilaba la madera.

—No te he oído volver.

Blair permaneció en silencio mientras se arrodillaba ante las brasas calientes, con el rostro tenso. Con cuidado, introdujo musgo, ramitas y otra yesca seca. Luego, se inclinó cerca y sopló suave sobre las brasas. El rojo parpadeó, atenuándose hasta volverse negro. Sopló de nuevo con firmeza en el centro. Las brasas brillaron bajo la ceniza gris. Momentos después, una brizna de humo se coló entre el musgo. Se encendió una llama.

Con cuidado, Blair alimentó el fuego, pequeños trozos al principio, luego ramas angulosas que se prenderían con facilidad y, por fin, trozos más grandes que arderían toda la noche. Con un suspiro, se sentó.

Se acomodó a su lado, con la tensión a flor de piel.

—¿Reconoció el astil de la flecha?

Un músculo se tensó en su mandíbula.

Arabelle dudó en presionarle, pero acababa de ocurrir algo importante. Puso el largo carbonizado ante él.

—Esta persona significa algo para ti, ¿verdad?

Durante un largo momento, él permaneció en silencio. Luego, con los dedos temblorosos, cogió la madera tallada y la colocó en la palma de su mano.

Una parte de ella lamentó el dolor que invocaban los recuerdos. Por favor, ¿estaba permitiendo que las emociones afectaran a su misión? Temblorosa, luchó por lidiar con la comprensión de que, en algún momento de su tiempo juntos, Blair se había vuelto demasiado importante para ella, incluso más que su misión.

—¿A quién pertenece la flecha? —preguntó con voz temblorosa.

Unos ojos duros, como los de un animal herido, se encontraron con los suyos. Arrojó la madera carbonizada a la ceniza.

—A mi hermano.

¿Un hermano? La irritación estalló en su pecho. Nadie le había revelado que Blair tuviera un hermano. Sir Cressingham, así como otro hombre a su servicio, le habían explicado cómo los caballeros ingleses habían asesinado a la familia de Dubh Duer. Un odio resultante guiaba su mano dentro de la batalla, un salvajismo que había dado lugar a las leyendas del despiadado

escocés Dubh Duer. Pero no había nada sobre otro hermano que había vivido.

¿Por qué?

¿Le había tendido Sir Cressingham una trampa? Eso no tenía sentido. El tesorero de Escocia odiaba a Blair, salivaba ante la idea de ver cómo destripaban al escocés y luego convertían la muerte del rebelde en un ejemplo para todos los que osaran desafiarle.

Entonces, ¿por qué ni su hombre ni él le habían hablado del hermano de Blair? ¿Quizás su hermano había jugado poco o ningún papel en el levantamiento escocés? ¿O es que su lealtad estaba con el rey Eduardo? ¿Y si ninguno de los dos hombres sabía que Blair tenía un hermano que había sobrevivido?

Por la cruda pena que se reflejaba en el rostro de Blair, estaba claro que este se debatía ante los pensamientos que le inspiraba su hermano. Si su hermano era realmente leal al rey inglés, eso explicaría la contienda de Blair.

Su lucha, pero no su creciente disgusto por su misión.

—Lo siento. Te he disgustado. —Más de lo que él nunca sabría. Había bajado sus defensas, una confianza que ahora ella explotaría de forma vergonzosa.

Unos dedos llenos de cicatrices cogieron un palo para liberar una brasa. Luego enterró la madera caliente entre la tierra. Unos ojos color avellana llenos de angustia se alzaron hacia los de ella.

—¿La flecha pertenece a tu hermano?

—Sí. —Un músculo se contrajo en su mandíbula mientras levantaba el palo. Contra el alegre estallido del fuego, apartó el montón de ceniza, dejando al descubierto los restos de la flecha. Levantó de nuevo el astil, lo hizo rodar lentamente entre sus dedos. Quedaba una línea carbonizada de hollín. La miró con fijeza, cerró los ojos y luego los abrió—. A veces, un hombre es tonto y no puede ver el precioso regalo que posee hasta que lo pierde.

La intensidad de sus palabras la desconcertó. Bien comprendía ella el dolor de perder a alguien a quien se amaba, el vacío y la pérdida que eso te dejaba. Excepto que a la vida no le importaba tu dolor, ni tu herida, sino que seguía adelante. Eras tú quien elegía dar un paso adelante o permanecer enterrado en tu dolor.

—¿Mataron a tu hermano?

Blair dejó el asta carbonizada a su lado.

—No. Pero para ellos estoy muerto.

¿Ellos? ¿Tenía más de un hermano vivo?

Los ojos de Caitlin se abrieron de par en par con preguntas, pero Blair permaneció en silencio. Era un tonto por contarle a la muchacha algo de los MacKintosh. Apenas la conocía. Pero mientras sostenía la flecha, las emociones lo habían asaltado, produciéndole un dolor inmenso. Y se había dado cuenta de que admitir la verdad ante ella le había traído una brizna de alivio.

Maldita sea, quería recuperar a sus hermanos, quería usar el apellido MacKintosh desesperadamente. Con su amor y apoyo durante los años en los que había luchado por encontrar la estabilidad tras la muerte de su familia, ¿cómo no iba a hacerlo?

La pena lo inundó mientras estudiaba a Caitlin. ¿Una extraña? Tal vez, teniendo en cuenta el tiempo que hacía que la conocía, pero algo en ella lo atraía, lo había hecho desde el principio. No podía negar su belleza ni los deseos que la inspiraban, pero lo que le atraía era algo más que la intriga de la carne. Por los retazos de su vida que había compartido, intuyó que cargaba con un enorme dolor, un dolor labrado por años de sufrimiento, emociones que solo comprendían quienes habían sobrevivido a ordalías similares.

¿Una extraña?

Tal vez, pero no para su alma. ¿Pero podía confiar en ella?

Un dolor le oprimió el pecho ante la idea de abandonarla al día siguiente. No podía ser de otra manera. Lo que ella le hacía sentir, desear, tenía poco sentido. Sin embargo, por primera vez desde que había despertado de su roce con la muerte, se encontró deseando compartir con alguien el oscuro secreto de la familia que deseaba recuperar.

No, con alguien no, con Caitlin.

Sin embargo, por mucho que ella lo conmoviera, ceder a sus anhelos complicaría aún más una situación ya de por sí confusa.

—Pero ¿qué pasa con...?

Le tendió una torta de avena.

—Come.

Tras una breve vacilación, ella aceptó su ofrecimiento, sus ojos oscureciéndose por la comprensión. Caitlin se recostó contra un gran peñasco y dio un mordisco.

Blair siguió su ejemplo, el suave estruendo del agua era un eco apropiado para su estado de ánimo. A través de la pausa al final de las cataratas, la oscuridad robaba los últimos fragmentos del día. Muy pronto llegaría el amanecer y se desplegarían las realidades del mañana.

Estudió la flecha de Keir. Dado el calor de la brasa, su hermano había estado ahí hacía solo unas horas. ¿Qué le había hecho pasar por ahí? ¿Se habían apoderado los ingleses del castillo de Rivenlochs?

No, su hermano mayor, el conde de Crampton, contaba con una fuerza importante. Sus caballeros, combinados con la situación estratégica del castillo de Rivenlochs, rodeado por tres lados por un lago, formaban una fuerte defensa. Aun así, algo importante debió ocurrir para enviar a Keir tan al sur. No es que él fuera a descubrir el porqué ahora. Cuando se reuniera con el obispo Wishart, sabría la razón.

La muchacha terminó lo que quedaba de su torta de avena. Blair le alcanzó el agua.

—Toma.

—Muchas gracias. —Ella aceptó el frasco de cuero. Tras un largo trago, se la devolvió.

Blair sació su sed, aseguró la tapa y la dejó a un lado.

Lanzó una mirada nerviosa a la entrada.

—¿Crees que alguien más buscará refugio dentro esta noche?

—Tal vez, pero solo una vez ha entrado alguien mientras yo descansaba aquí.

—Entonces, ¿me está diciendo que no me preocupe?

—Así es. Cualquiera que entre en este escondite son rebeldes. A diferencia de los ingleses, no cambiamos nuestra lealtad bajo amenazas.

La culpa desgarró a Arabelle al pensar en los hombres torturados para obtener el nombre de Blair y la identidad de Dubh Duer.

—Toma. —Blair le tendió otra torta de avena.

Asqueada, sacudió la cabeza. No merecía estar en compañía de un hombre tan honorable.

—Estoy cansada. —Cansada de las mentiras, de la traición que ella pretendía para un hombre que no daba más que valor y lealtad a los que amaba.

Sir Cressingham le había mentido sobre Blair, sobre que era un desalmado al que era necesario destruir. Si alguien encajaba en esa descripción, era Sir Cressingham, un hombre al que incluso los ingleses despreciaban. ¿En qué más la había engañado el tesorero?

—Caitlin…

—¿Dónde dormiré? ——Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Todo. ¿Cómo se confesaba una mentirosa? ¿Cómo hería a la persona que le había hecho consciente de deseos y anhelos que se había negado a creer que pudieran existir?

Se puso en pie.

—Estoy cansada.

—¿Lo estás? —Se puso en pie y dio un paso hacia ella, sin apartar sus ojos de los suyos.

—No...

—¿No, qué? —dijo él, cogiéndole la mano—. ¿No puedo tocarte?

Ella cerró los ojos con el pulso demasiado acelerado.

—No puedo hacerlo.

—Dime por qué.

Dolida, abrió los ojos y miró fijamente al hombre que había jurado, si era necesario, matar. Como si pudiera levantar una espada contra Blair.

Despreciaba su indefensión emocional, lo había hecho desde que había visto el último montón de tierra arrojado sobre la tumba del padre Lawrenz. Siendo apenas una niña de doce años, había jurado que nunca más se vería en semejante situación. Un juramento que había mantenido.

Hasta ahora. Hasta Blair.

Abrumada, Arabelle intentó apartarse. El agarre de Blair se mantuvo firme.

—Apóyate en mí.

—No puedo.

—Sí puedes. Inténtalo. Por mí.

—No entiendes lo que pides. —Ni los peligros a los que invitaba. Contra toda lógica, contra lo que le ordenaba su mente, dio un paso adelante y apoyó la cabeza contra su musculoso

pecho. Demasiado consciente de él, reconfortada por el latido constante de su corazón, cerró los ojos.

—Me das miedo.

Él le acarició el pelo con suavidad.

—Lo sé.

—También eres arrogante. —No levantó la vista, no se atrevió. Una risita retumbó en la garganta de Blair.

—Sí, me han llamado así un par de veces.

—No tiene gracia.

Blair se echó hacia atrás, desapareciendo el humor de su rostro.

—No, muchacha, no encuentro nada divertido en lo que me haces sentir.

Como si su admisión ayudara en algo.

—Blair…

Le cogió suavemente la cara, le levantó la barbilla hasta que sus ojos se encontraron, hasta que fue como si pudiera ver directamente hasta su alma.

—He intentado entender el porqué de esto, averiguar qué me intriga de ti, y me he dicho a mí mismo que me equivoco al desearte cuando aún lloras la pérdida de un marido. Y a cada paso, fracaso. —Sacudió la cabeza—. Mis sentimientos por ti tienen poco sentido, sobre todo teniendo en cuenta el escaso tiempo que hace que te conozco. —Hizo una pausa—. Por muy equivocado que esté, te deseo, quiero hacer el amor contigo.

Su cuerpo tembló ante su confesión mientras su mente le pedía a gritos que se liberara. Ya había cruzado líneas que nunca podría reparar.

Le acarició el labio inferior con el pulgar.

—No tengo derecho a pedírtelo, a desearte tanto, pero maldita sea, lo hago. —Blair buscó sus ojos—. Dime que no quieres esto y te dejaré en paz.

Las lágrimas le quemaban los ojos. Después de haber sido violada durante su juventud, Arabelle había creído que el único hombre por el que se sentiría atraída era el padre Lawrenz. Ahora, comprendía que sus sentimientos por el sacerdote eran los de una chica en busca de ser aceptada. Nada comparado con la profundidad de una mujer deseando el tacto de Blair.

Pasaron largos minutos en silencio. Aun así, él aguantó, esperó, dándole a ella todas las oportunidades para alejarse.

Y si lo hacía, si permitía que su asalto a los doce años guiara su decisión, sofocara lo que él le hacía sentir, nunca conocería la alegría de estar con un hombre que la hacía sentir deseo.

Se equivocaba al considerar intimar con él, sobre todo cuando esa intimidad estaría enredada en mentiras. Pero el deseo que había en sus ojos, la necesidad que sentía por ella, llenaba un vacío interior que nunca había creído que nadie pudiera tocar.

Malditas fueran las consecuencias. Por equivocada que estuviera, por esa única noche, ella sostendría lo que el destino le negara.

Con la respiración agitada, Caitlin se acercó para besarlo.

Capítulo 6

Blair se encontró con la boca de Caitlin a medio camino, suave, firme. La apoyó con suavidad contra la pared lisa y apretó su cuerpo contra el de ella. El calor explotó en su interior, se derramó por él, lo envolvió hasta que fue como si su cuerpo ardiera.

Gimió cuando el cuerpo de Caitlin se moldeó contra el suyo. Dios santo, su beso anterior solo había insinuado la amplitud de la mujer que llevaba dentro, de su deseo. Era una mujer creada para saciar las fantasías de muchos hombres.

Con la sangre palpitándole caliente, atrajo su lengua, saboreó su sabor.

¿Sería suficiente esta noche? Sí, él haría que lo fuera.

Profundizó el beso, deseando escuchar sus gemidos de pura necesidad, sus maullidos de placer mientras le hacía el amor lentamente.

La fuerza por lo mucho que la necesitaba hizo que sus dedos le temblasen mientras deslizaba la mano por la seda de su garganta. Con un lento goce, desató el primer lazo y luego ahuecó la curva de su pecho.

Ante su jadeo de placer, el deseo lo desgarró. Ignoró el impulso de desnudarla, de tomar lo que su cuerpo le pedía. Había querido hacer el amor con ella, pero su unión sería más que encontrar la liberación. Más de lo que jamás había esperado.

Como si la vida le hubiera dado alguna vez lo que esperaba.

Ahora, había recibido el regalo de esta mujer, una mujer a la que debía dejar marchar al día siguiente.

Con infinito cuidado, acarició su capullo, rozó con sus dedos la carne tensa mientras reclamaba sus labios. Saboreó la suavidad de su boca, asombrado de cómo ella le devolvía cada beso, más de lo que jamás hubiera creído.

El cuerpo de ella temblaba, se movía inquieto contra el suyo.

Él se endureció de forma dolorosa. Blair le ahuecó la nuca, giró con ella hasta que su espalda presionó contra la pared. Cogió su mano y la posó sobre su dura longitud para mostrarle cuánto lo complacía.

Caitlin se puso rígida, soltó la mano de un tirón.

Atónito, Blair rompió el beso. Dentro de su pasión, captó un atisbo de miedo.

—Estás a salvo conmigo. —Mantuvo sus palabras suaves, amables, para no alarmarla más.

Con la boca hinchada por sus besos, ella lo miró fijamente. Era fácil ver que estaba nerviosa.

—Pensé que querías hacer el amor conmigo. —Maldito fuera, la había presionado demasiado—. Te deseo, nunca lo dudes. Pero lo que compartamos esta noche es decisión tuya. Ambos estamos cansados, nuestros deseos enredados con la fatiga. —Ella se humedeció los labios; su cuerpo temblaba de lo que la deseaba—. Tampoco puedo olvidar el ataque de hace dos días, ni la pérdida de tu marido, un hombre al que amabas. Por mucho que te desee en mi cama, nunca me he aprovechado de una mujer, y no empezaré a hacerlo ahora.

—Yo… —Caitlin apartó la mirada.

Con todo el cuerpo dolorido, la soltó.

—Recuperaré las mantas para hacer un jergón.

—Blair...

Él se detuvo, no la miró.

—No digas nada a menos que lo digas en serio. No soy más que un hombre.

Temblando por lo que casi había permitido, dolorida por las necesidades insatisfechas, Arabelle luchó por admitir lo que su cuerpo deseaba, lo que su corazón anhelaba sentir. ¿Cómo explicaba que la conmoción de un roce íntimo encendía destellos de la violación de su juventud? Y de las interminables horas posteriores, cuando había yacido abandonada, sangrando en las sombras sobre la fría y sucia piedra.

Ante su silencio, Blair asintió.

—Que así sea. —Se acercó a un escudo de rocas y sacó unas mantas ocultas tras ellas. En el claro, las extendió.

Estaba disgustado, ¿cómo no iba a estarlo? Se había creído lo bastante fuerte para estar con un hombre y se equivocaba.

—Lo siento.

Unos ojos llenos de tormenta se encontraron con los suyos.

—No lo sientas. Que yo te desee no hace que sea el momento adecuado.

—Como si alguna vez fuera a haber un momento adecuado para alguno de los dos. Las palabras salieron de ella antes de que ella pudiera detenerlas—. Perdóname, no debería haber hablado.

—¿Por qué? Mañana nos separaremos, nunca más volveremos a vernos. No debería haberte empujado a opciones para las que no estás preparada. —Cabeceó—. Por eso lo siento.

Se refería a su supuesta violación por parte de los caballeros ingleses. La culpa la invadió.

Blair se acercó y depositó un suave beso en sus labios.

—Duérmete, Caitlin. Si quieres hablar, soy conocido por ser un buen oyente. —Caminó hacia el fuego y se sentó ante las llamas, de espaldas a ella.

¡Maldito fuese él y sus maneras honorables!

—Yo también te deseo. —Se tensó—. Nunca un hombre me ha besado como tú. —Ante su silencio, la ira pisoteó la cautela—. Quiero que hagas el amor conmigo, pero no sé si podré.

Blair se puso en pie. Con pasos tranquilos se acercó a ella. Unos ojos oscuros la evaluaron,

se suavizaron.

—Cuéntame qué pasa. —Ella quería hacerlo de forma desesperada. Arabelle se retorció las manos y estudió el parpadeo de las llamas—. Mírame.

Arabelle levantó los ojos. La sinceridad que vio en su mirada le robó el aliento. Si le hablaba de la violación durante su juventud, explicaría sus vacilaciones, y a la vez suscitaría preguntas sobre las caricias de su marido. Pero ella necesitaba que él la comprendiera.

¿Y ofrecerle otra mentira más?

No, en esto ella le diría la verdad.

—Después de que mi marido fuese asesinado —luchó por encontrar las palabras correctas —. uno de los caballeros ingleses me atrapó y fui violada.

La furia quemó sus ojos.

—El hombre... —Se quedó mirando el lejano torrente de agua; los años que llevaba recordando las manos codiciosas del mercader, sintiendo el dolor de su asalto—. Intenté correr, escapar. No pude. —Se le escapó un sollozo, luego otro. Las emociones que había retenido, que nunca había compartido con otra persona, se liberaron. Unas manos, fuertes y tiernas, la atraparon, la atrajeron contra él, la sostuvieron como si fuera algo precioso.

—Dios, muchacha —susurró—. Lo siento mucho.

Sus lágrimas cayeron con más fuerza, en parte por los recuerdos, en parte porque incluso en su horror invitaba al engaño. Sacudió la cabeza.

—Ya no lloro.

Blair le secó la mejilla.

—Las lágrimas no te hacen débil, sino viva.

—Duele sentir. —Resopló—. Juré que nunca más me importaría.

—Es un voto irrazonable —dijo él, sus palabras sin censura—. No nos corresponde dictar nuestros sentimientos.

Ella luchó por dedicarle una sonrisa, fracasó.

—Me iba bien hasta que te conocí.

Su boca se abrió como si fuese a decir algo más. En lugar de eso, la acercó, el latido constante de su corazón la tranquilizó, haciendo que quisiera quedarse allí para siempre.

—Necesitas descansar. —Sus palabras tranquilas contenían un borde de tensión, y también de necesidad.

Arabelle levantó la vista.

—Pero te deseo.

En lugar de calor, la ternura invadió su mirada.

—Como yo a ti, nunca lo dudes. Pero con tus emociones tan vivas, no estás preparada.

—Yo…

Él presionó con un dedo sobre sus labios.

—En esto no cederé.

Ante su consideración, amenazaron nuevas lágrimas. Aunque nunca lo admitiera, ambos comprendieron que, tras los acontecimientos de ese momento, el vínculo entre ellos había cambiado, se había profundizado.

—Ven. —La condujo hasta donde había hecho un jergón—. Ambos estamos cansados y necesitamos dormir.

Ella asintió, con las emociones asaltándola mientras caminaba a su lado. Se detuvieron ante el fuego, pero ella se encontró incapaz de dejarlo marchar.

—¿Blair?

—¿Sí?

—¿Me abrazarás?

La ternura arrugó su rostro.

—Sería estupendo.

La timidez la conmovió. Se sintió ridícula después de pedirle que le hiciera el amor, más aún después de su acalorado beso cuando él la había tocado, cuando había hecho que su cuerpo cobrara vida.

La ayudó a acomodarse, luego le rodeó la cintura con la mano y la atrajo contra él. Un calor la rodeó, una satisfacción que nunca había esperado sentir.

Arabelle se acurrucó contra él.

—Gracias. —Él le besó la frente.

—Duérmete.

Su cuerpo musculoso se apretó contra el de ella, inspirándole más deseo que sueño, pero entre sus brazos se sintió segura, protegida, sensaciones que nunca había experimentado. Cerró los ojos y se permitió el lujo de quedarse dormida.

En un suspiro, Blair se movió y la escritura la golpeó.

La culpa cortó la calidez del momento. Cerró los ojos y rezó para que cuando Blair supiera la verdad, de algún modo, pudiera encontrar la forma de perdonarla.



Ante el suave roce contra su mejilla, Arabelle se acercó más a la calidez y luchó por recuperar la bruma del sueño.

Un suave rasguño le hizo cosquillas en la oreja.

Frustrada, dio un manotazo al molesto irritante, pero una firme presión detuvo su mano. Confundida, abrió los ojos y miró fijamente la cara de Blair.

La diversión calentaba sus ojos color avellana.

—Estaba dormida.

—Así que lo estabas. —Él reclamó su boca suave, cálida, seduciéndola hasta que su mente revuelta por el sueño chocó con una emoción espesa.

Con un gemido, él la hizo rodar sobre su espalda con su cuerpo encima del de ella. Sostuvo su peso sobre los codos mientras su boca continuaba su asombrosa incursión. El calor la recorría, ardiente, seductor, erosionando sus pensamientos.

Blair levantó la cabeza y le dedicó una tierna sonrisa.

—Un beso de una hermosa muchacha es una buena forma de empezar la mañana.

—Es placentero —respondió ella, luchando por evitar que el revolcón de la realidad le robara este fragmento de dicha.

—¿Placentero? —Una sonrisa perversa tocó su rostro mientras se acomodaba de forma más íntima contra ella—. Si mi beso es meramente placentero, estoy haciendo un mal trabajo. Descuida, que voy a arreglarlo.

—Blair…

Él sofocó sus palabras, destruyó sus pensamientos con una intensidad alucinante. Utilizó los dientes y la lengua, tomando, saboreando, sus manos acariciándola hasta que su mente se sumió en una neblina dichosa.

Blair le pellizcó la curva de la mandíbula.

—Dime, muchacha, ¿ha sido simplemente placentero?

Sin aliento, con el cuerpo vivo por su contacto, Arabelle tembló. Su expresión de suficiencia le aseguró que sabía exactamente cómo la hacían sentir sus besos. ¿Estaría tan mal disfrutar de este tiempo con él, tomar lo que no podía ser? Nunca había deseado a un hombre ni creído que pudiera encontrar el deseo. Pero Blair, con la profundidad de su cariño, con su sinceridad y su pasión, lo había cambiado todo.

La culpa la desgarró. Si él se enteraba de su engaño, la odiaría. ¿Pero cómo pesaba su odio frente a la soledad? Las lágrimas le quemaban la garganta. Por equivocada que estuviera, ella aprovecharía este momento, lo guardaría en su mente para conservarlo. Si sus acciones la condenaban al infierno, era un camino por el que andaría feliz.

Se quedó mirando el fuego que ardía cerca, la oscuridad que había más allá, una negrura que durante demasiado tiempo cubrió su alma. Demasiado pronto reclamaría la negrura que llamaba su vida.

Una vida en la que estaba sola.

—Tu beso es un poco mejor que agradable —sentenció Arabelle.

Los ojos color avellana se entrecerraron con pícaro deleite.

—¿Un poco mejor? Me siento herido.

—Quizá tu ego, pero poco más.

—¿Te burlas de mí, muchacha?

—No, te adoro. —Sus palabras juguetonas cayeron en un susurro ronco, lejos de la burla que había pretendido que fuesen.

La sonrisa de su rostro se hizo sobria. Le acarició la mejilla con la yema del pulgar.

—Estamos enredando mucho esta situación.

—Lo estamos —respondió ella, consciente de lo que él quería decir exactamente. Excepto que no comprendía que la mujer escocesa que él creía que era no existía. No, ella no podía hacerle esto.

—Debo levantarme.

Ante su suave empujón, Blair aflojó el agarre, pero no la soltó. Cuando se había despertado con Caitlin acurrucada a su lado, había tenido la intención de robarle un beso antes de que comenzaran su viaje. En lugar de su intención desenfadada, la había hecho pensar en su violación.

—No te haré daño —dijo, manteniendo la calma en su voz a pesar de la violencia que golpeaba su corazón contra un hombre que atacaba a una mujer.

—Lo sé.

Pero él vio el miedo, los nervios que ella luchaba por ocultar. Con el mísero tiempo que quedaba entre ellos, si esperaba a que ella acudiera a él, quizá nunca se atreviera.

—Quiero besarte.

—Yo…

—Confía en mí. —La respuesta de ella le pareció importante, deseosa, con ansias de que ella le diera su confianza. En apenas unos días, la muchacha se había convertido en alguien importante para él.

Los ojos esmeralda se oscurecieron de emoción.

—Lo hago.

La enormidad de la responsabilidad que ella le había dado pesaba en su mente. La violación tras la muerte de su marido le había dejado pesadillas, la brutalidad de lo que casi sufre ayer, otro duro recordatorio.

Su irritación aumentaba. Con la fe que ella tenía en él, si la dejaba con el miedo en los ojos, estaría lejos de ser el hombre que ella necesitaba que fuera. Reprimió la ira. Por Dios, purgaría el vil acto del bastardo de su mente, dejándole solo recuerdos de la belleza del tacto de un amante.

Al límite, deseándola con cada aliento, Blair reclamó con suavidad sus labios. La conciencia chispeó en su mirada, creció, pisoteó los nervios que ensombrecían sus ojos. Complacido, acarició la curva de su mandíbula mientras volvía a mover con lentitud su boca sobre la de ella.

—Devuélveme el beso —susurró.

Caitlin vaciló, y luego obedeció, sus movimientos cautelosos avivando el calor que ya sentía. Pero él le permitió marcar el ritmo, soportó la nerviosa presión de su boca, su tanteante pasión mientras sus labios exploraban vacilantes los suyos. Entonces, como si los demonios que rondaban su mente se desvanecieran, ella tomó su boca en una hambrienta demanda.

La intensidad de su beso lo asaltó. Su cuerpo se endureció con una intención feroz. Su

respiración se volvió agitada, pero contuvo el impulso de desnudarla y hundirse hasta el fondo en su calor. Ahora era el momento de curarse, de librarse de la oscuridad que se apoderaba de su mente.

Blair le hizo el amor con la boca, tomando, dando, saboreando cada pequeño suspiro que salía de ella, cada jadeo de placer. Cuando su cuerpo se ablandó contra el suyo, deslizó las manos por sus curvas, apreciando cada temblor que le robaba, la conciencia que evocaba, la necesidad a la que su tacto había sido invitado.

Con un gemido, ella se movió inquieta contra él.

Con cuidado de no empujarla demasiado rápido, rozó con sus dedos su carne sedosa, soltando los lazos de su bata. Apartó la tela y la expuso a su vista. Si ella hacía algún intento por cubrirse, por mucho que él la deseara, se detendría.

En lugar de eso, ella continuó besándole, su boca exigiendo, tomando sin piedad lo que quería. Así que profundizó en el beso, saboreó el oleaje de su pecho contra su mano, disfrutó de cada uno de sus estremecimientos mientras jugueteaba con el sensible pezón.

Ante su gemido, apretó los besos contra su mejilla, luego bajó más, dejó que sus dientes rozaran la curva de su mandíbula. La mordisqueó suave, disfrutando de su estremecimiento, del rubor sensual que se deslizaba por su garganta.

—Voy a hacer el amor contigo —susurró. Su calor, su aroma, lo volvían loco—. Quiero verte, tocarte por todas partes.

La preocupación brilló en su mirada.

Él se serenó, reprimió el destello de ira.

—No. —Sus palabras era suaves—. No pienses en nadie más que en mí. Aquí no hay nadie más que tú y yo.

—Lo sé.

—Estás a salvo conmigo. Nunca te haría daño.

La ternura suavizó su expresión, su delicado rubor llamó su atención.

—Estoy siendo tonta.

—No. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. En todo caso, deberías estar enfadada, furiosa de que un hombre se atreviera a tocarte, a marcar tu mente contra lo que debería ser asombroso.

Caitlin se dio la vuelta.

—Mírame, obsérvame mientras te hago el amor. —El miedo revoloteó en sus ojos, pero se encontró con su mirada.

Con cuidado, recorrió su tentadora carne, se detuvo en la elegante curva de su cuello y luego en su sensible base.

—Eres una mujer increíble y hermosa.

Su rubor se hizo más intenso.

Ella debía saberlo. ¿No se lo había dicho su marido muchas veces? Si no lo había hecho, es que era un tonto. ¿O quizás se había negado a considerarse guapa desde su ataque?

Con suavidad, él le acarició el pecho.

—¡Blair! —jadeó ella.

El placer se disparó en todas direcciones ver cómo el cuerpo de ella se tensaba bajo su contacto. Con lentitud, acarició con el dedo la piel sedosa, saboreando la sorpresa que vio en ella y luego el puro asombro que reconoció en su rostro. Mientras seguía acariciándola, la respiración de ella se hizo más rápida. Nunca había conocido a una mujer tan sensible.

Se inclinó y se llevó el pezón a la boca. Ella gimió mientras él continuaba su sensual asalto, y disfrutó de su exuberante sabor, del deslizamiento de su boca contra la piel. Atrapó su otro pezón entre los dedos y apretó.

Sin previo aviso, el cuerpo de ella empezó a temblar.

Atónito, se apartó, observando el torrente de emociones que bañaba su rostro. Dios santo, apenas había tocado a la muchacha y ella casi se había desmoronado. Si no supiera que había estado casada, pensaría que era virgen.

Su mente se aferró a ese pensamiento, a la idea de su supuesta inocencia. En cierto sentido era virgen; con su mente temerosa, Caitlin estaba insegura, nerviosa de lo que le esperaba. Bajo su tacto, estaba volviendo a aprender lo que era la intimidad ante la caricia de un hombre.

La excitación crecía en su interior, un calor tan ardiente que amenazaba con fracturar su control.

«Despacio, muchacho, si la tomas ahora, destruirás la confianza que te has ganado».

Su vientre tembló contra la mano de él. Ella cerró los ojos.

—Caitlin.

Las pestañas vacilantes se abrieron.

—Eres preciosa. —Lentamente, atrapó su pecho dentro de la boca, succionó, capturando la punta con los dientes—. Voy a tocarte —dijo, preparándola, necesitándola lista para él en todos los sentidos—. Por todas partes.

Se humedeció los labios y asintió.

Blair bajó la mano. La humedad lo recibió, una calidez resbaladiza que hizo que el cuerpo le doliese. Se concentró en darle placer, en crearle una necesidad, en observarla mientras la llevaba al límite.

Con lentas caricias, acarició sus suaves pliegues, disfrutó del modo en que su cuerpo se estremecía a cada roce suyo. Sus jadeos se convertían en quejidos entrecortados.

—Déjate llevar, muchacha. Deja que tu mente siga las necesidades de tu cuerpo. —Deslizó el dedo en su humedad.

El pánico se deslizó por su rostro. Todo su cuerpo se puso rígido.

—Soy yo —la tranquilizó—, nadie más. —Él esperó, comprendía sus nervios, el terror por lo que pudiese estar recordando. Con una lentitud insoportable, la acarició, apretó los dientes al ver cómo sus resbaladizas paredes lo estrechaban con fuerza. Cuando el cuerpo de ella empezó a relajarse, aumentó el ritmo. Cuando ella empezó a arquearse ante sus caricias, él se inclinó más hacia abajo.

Con los ojos muy abiertos, ella se aquietó.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a saborearte.

La angustia palideció en su rostro mientras ella se sacudía hacia atrás.

—¡No!

—Shhh, muchacha. —Volvió a acercarse a ella—. Nunca haría algo que tú no deseas.

Con los ojos muy abiertos, ella lo observó, el pulso en su garganta era errático.

—¿Por qué quieres...? —Ella cerró los ojos.

¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Qué pasa?

Ella abrió los ojos.

—Querías…

—¿Saborearte? —El rubor de su rostro se hizo más intenso.

—Sí. —Su marido era un completo idiota.

—Muchos hombres disfrutan saboreando a una mujer. —La incredulidad parpadeó en su rostro.

—¿De verdad?

Respiró hondo.

—Sí. Si me dejas, te juro que solo te proporcionará placer.

Ella asintió vacilante. Con el cuerpo dolorido, volvió a inclinarse. Su aroma de mujer lo atraía.

Probó lentamente. Caitlin se estremeció.

—¿Disfrutas con eso? —Él emitió un gemido silencioso.

—Muchísimo. —Blair ignoró su escepticismo. Después de su tormento, que ella le permitiera tal intimidad lo dejó humillado y también excitado. Con lentas y sabrosas caricias, succionó, su lengua siguiendo despacio el ritmo de su dedo en la resbaladiza cavidad de ella.

Un gemido brotó de sus labios, pero esta vez en lugar de nervios, sus ojos brillaron de placer.

Complacido, se concentró en su sensual tarea, disfrutó de la forma en que el temblor crecía bajo su tacto.

—¡Blair! —gimió ella.

—Sí. —Él aumentó el ritmo—. Suéltate, entrégate a mí.

Un estremecimiento la recorrió, luego otro. Con un grito, su cuerpo se puso rígido contra el suyo y luego se desplomó hacia atrás.

Tras un último lametazo, se colocó encima de ella, más concretamente en su resbaladiza entrada. Con un golpe certero, se hundió hasta el fondo. Su cuerpo lo envió.

Caitlin se quedó helada.

Maldita sea, ¡no la perdería ahora! Blair sedujo su boca con la lengua, tomando, exigiendo, tocándola en los lugares que sabía que la dejarían dolorida. Cuando ella empezó a devolverle el beso, él marcó un ritmo constante. Su resbaladiza calidez palpitaba a su alrededor, recién liberada, una mezcla de cielo e infierno. Él mantuvo sus caricias lentas, sus besos calientes, y lentamente, tan lentamente, ella le respondió. En la siguiente caricia, ella arqueó las caderas para encontrarse con él.

Por fin.

Aumentó el ritmo, inclinándose para agarrarle el pecho mientras penetraba en ella. Su cuerpo se tensó en torno al suyo, sus jadeos se convirtieron en gritos de necesidad. Perdido para todos menos para ella, bajó la mano y acarició el nódulo oculto entre los pliegues de la mujer.

Caitlin gritó mientras se deslizaba de nuevo sobre el borde.

Ya cerca, con su cuerpo caliente, Blair se abalanzó sobre ella. La potencia de su liberación lo aturdió. Con el cuerpo temblando, recostó la cabeza junto a la de ella.

¿Qué demonios acababa de ocurrir? Había hecho el amor con muchas mujeres, pero nunca había experimentado una unión que lo hiciera sentirse tan completo. Le acarició el pelo. Entonces, nunca había conocido a alguien como Caitlin.

Ante su suspiro, le acarició el cuello, complacido por su liberación, por haberle proporcionado tal satisfacción.

—Creo que he muerto —gimió ella.

Él rio entre dientes.

—Es la mejor manera de morir.

—Eres arrogante.

—Sí.

—Y desvergonzado —dijo ella con una sonrisa saciada.

—Con todo el derecho. —Su afirmación anterior resonó en su mente—. Ahora dime, ¿fue ese beso mucho mejor que placentero?

Se le escapó una risa áspera hilvanada de felicidad.

—Sí, fue increíble.

—Sí que lo fue. —Él comenzó a moverse dentro de sus resbaladizas paredes, su cuerpo ya se estaba duro de nuevo—. Y solo el primero de muchos momentos asombrosos.



Horas más tarde, Arabelle apartó una rama baja y siguió a Blair mientras este continuaba subiendo por el sendero boscoso. Por delante, el sol de primera hora de la tarde se filtraba a través de la hilera de hojas y rociaba de luz la tierra. Una sonrisa bordeó su boca, cálida por los

recuerdos del tacto de Blair, por la forma tan increíble en que la había hecho sentir. El calor resbaló por sus mejillas ante las cosas íntimas que él había hecho, ante lo que ella le había permitido hacerle. Habían pasado solo una mañana haciendo el amor. ¿Cómo se sentiría si podía tener varios días?

La tristeza marchitó sus pensamientos. En unas horas llegarían a casa del amigo de Blair. Días antes, había estado decidida a averiguar qué traidor del círculo íntimo del rey Eduardo le había entregado la cédula. Ahora, no tenía ningún deseo de traicionar a Blair ni de dejarlo atrás, todo porque se había permitido tontamente que le importara, porque, maldita sea, además de ser un amante increíble, le había demostrado lo que era tener un amigo.

—¿Caitlin?

Arabelle miró al frente, sobresaltada al descubrir que Blair la observaba.

—¿Sí?

—Te habías parado —dijo él, observándola con intensidad.

—Estoy bien.

—¿Por qué no te creo? —Retrocedió, la atrajo hacia sí y posó su boca sobre la de ella en un beso feroz.

El calor la recorrió y cedió a cada una de sus exigencias, deseándolo por lo que nunca podría ser.

Tras unos minutos, él levantó la cabeza.

—Piensa solo en mí, en el amor que hemos hecho esta mañana.

Las emociones le ahogaron la garganta. ¿Cómo podría olvidarlo?

Él le acarició la mejilla.

—No dejes que el toque de ese bastardo ensucie lo que es hermoso.

El calor se desvaneció. Por supuesto, él creía que su retraimiento se debía a que recordaba al hombre que la había violado. Excepto que ese hombre la había violado cuando era una niña, no una mujer.

—Nunca te olvidaré. —Sus palabras le salieron con pasión, una tristeza que no pudo detener.

Blair atrapó su rostro entre sus manos.

—Quiero... —Su respiración siseó a través de los dientes apretados—. Quiero lo que nunca podré tener, lo que nunca podré darte.

El dolor tocó su corazón ante los sueños que él le ofrecía. Permitirle sentirlos era un error.

—Ambos tenemos nuestras propias vidas, diferentes caminos que tomar.

—Los tenemos. —Pero sonaba lejos de estar convencido—. Después de que mis amigos te pongan a salvo, ¿qué harás?

Su pregunta la cogió desprevenida.

—¿Hacer?

—¿Cuáles son sus planes? ¿Te quedarás con la familia de tu marido?

¿Familia? Buscó una respuesta, titubeó. No podía decirle que, una vez que hubiera entregado la orden y revelado el escondite rebelde, buscaría la siguiente tarea que hacer. Pero, por primera vez en su vida, la idea de enfrentarse a otra peligrosa misión no le producía ninguna emoción.

—Aún no lo he decidido. —No podía responder a sus preguntas—. —¿Y tú?

La decepción apagó su mirada.

—¿Qué pasa?

Blair la miró fijamente, la agitación que asolaba su mente era fácil de leer.

—Debemos irnos.

Después de todo lo que habían compartido, que él pudiera apartarla con tanta facilidad le dolió.

—Estás evitando la pregunta.

—¿No estás haciendo tú lo mismo?

La frialdad se reflejó en el rostro de Arabelle mientras daba un paso atrás.

—Nada ha cambiado en realidad entre nosotros, ¿verdad? Somos dos extraños, nada más. Me salvaste la vida y por eso te estoy agradecida. —Exhaló—. Pero pronto nos separaremos. Es mejor así.

—¿Para quién?

Su cólera la sorprendió, le dio un codazo a la suya.

—Esta mañana dijiste que no podías ofrecerme nada. ¿Ha cambiado eso?

El rostro de Blair se tensó.

—No.

—Eso creía. —Ella suavizó sus palabras. Él no merecía su ira. Ella le había hecho daño, más de lo que él nunca sabría—. Yo tampoco puedo prometerte nada a cambio.

—No tienes adónde ir. —No era una pregunta.

—Yo no he dicho eso.

—No —respondió—. Pero dijiste que no estabas segura, lo que viene a ser lo mismo.

En esto ella debía andarse con cuidado.

—Blair —dijo ella, incapaz de evitar que le temblara la voz—. No se trata de mí ni de ti.

—No estoy de acuerdo.

Maldito sea.

—No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Su mirada se oscureció, se endureció hasta convertirse en la de un depredador. Le cogió la cara entre las manos.

—Ya es demasiado tarde.

Capítulo 7

Caitlin sacudió la cabeza.

Furioso por negar lo que existía entre ellos, Blair atrapó su boca en un beso exigente. Cuando ella por fin le devolvió el beso, él se apartó, con la sangre palpitándole en los oídos.

—Independientemente de lo que queramos cualquiera de los dos, esto se trata de nosotros. —Giró sobre sus talones, subió por el estrecho sendero y murmuró una maldición. No debería haber dicho nada. Ella tenía razón, él no podía ofrecerle nada, un hecho que lo irritaba.

Durante todo el día, mantuvo su paso firme. El rodar por el escarpado terreno era exigente, el calor del verano los obligaba a detenerse para rellenar su bolsa de agua en los arroyos cercanos muchas veces.

Horas más tarde, el áspero sendero que seguían se estrechaba, el deslizamiento de tierra a su izquierda hacía el camino traicionero, pero no imposible. Una vez superado este estrechamiento, nada excepto un campo se interponía entre ellos y sus amigos. Después de explicarles la situación, partiría de inmediato para entregar la orden.

Un hecho que le había ocultado a Caitlin.

La bofetada de la inminente pérdida lo aturdió. «Concéntrate, muchacho. Ahora no es el momento de pensar en la muchacha, ni en lo que nunca podrá ser».

Un saliente de árboles sombreaba el camino por delante, las sombras eran un fresco alivio del sol de la tarde. El viento se agitaba en el bosque mientras la luz del sol se derramaba a través de las hojas como piedras preciosas.

Un golpe silencioso sonó cerca. Blair se detuvo y levantó la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Caitlin mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

Él escudriñó los árboles y las rocas que tenía delante.

—He oído algo. —Señaló un grupo de arbustos—. Escóndete detrás de ellos. Cuando esté seguro de que no hay nadie, volveré.

Vaciló.

—Cuídate.

—¿Te preocupas por mí?

Un rubor bañó su mejilla.

—Tal vez.

Él acarició con el pulgar la mancha de tierra de su barbilla, demasiado consciente del paso del día, del poco tiempo que le quedaba antes de partir y no volver a verla.

Con un suspiro quitó la mano.

—Ve. —Ella asintió con solemnidad y se escabulló en la espesura.

Blair contempló el cielo, el lavado de naranja embadurnado por toques de rojo. Pronto se pondría el sol. Si había alguien más adelante, debía darse prisa mientras aún pudiera ver.

Acompañado por el traqueteo de las hojas, avanzó sigiloso. Un murmullo bajo resonó más adelante.

¿Se habían atrincherado los malditos ingleses para pasar la noche? ¿O eran sus hermanos, que conocían estas colinas y podrían estar en una misión rebelde?

El arrepentimiento le oprimió el pecho. Si sus hermanos estaban delante, por mucho que deseara verlos, se llevaría a Caitlin de allí y daría marcha atrás por otra ruta. Se negaba a permitir que ella presenciara lo que, seguramente, sería un airado enfrentamiento.

¿Enfrentamiento? No, después de haber intentado matar a la mujer de Neilan, Marjorie, su hermano lo querría muerto.

Esta vez para siempre.

Con una última mirada hacia donde se escondía Caitlin, se acercó. Las ramas temblaban sobre él, el rico aroma de la tierra y el bosque espeso en cada respiración.

Un caballo resopló en la distancia. La voz de otro hombre llegó hasta él, esta vez más cerca.

Blair escudriñó a su alrededor. A lo lejos, captó la silueta de un hombre oculto entre el pliegue de los árboles. No pudo distinguir si el guardia era amigo o enemigo. Se arrodilló. Utilizando la maleza como cobertura, se arrastró hacia delante.

La luz del fuego parpadeaba delante.

Un naufragio se instaló en sus entrañas. Ningún escocés se atrevería a encender un fuego. Varios pasos más cerca, echó un vistazo a través de las hojas cubiertas de sombra.

En el claro ardía una hoguera. Envueltos en el parpadeo de luz amarilla, distinguió a varios caballeros ingleses.

Maldita sea. Por supuesto que los bastardos acamparían al aire libre, una hoguera no les preocupaba. Creían que los rebeldes no eran más que unos pocos escoceses fácilmente sofocables. No sabían nada de la orquestación secreta de los acontecimientos por parte del obispo Wishart, de sus reuniones encubiertas y su correspondencia con hábiles estrategas como Andrew de Moray y James Stewart, o de la obtención de apoyos para Wallace por parte del obispo.

Blair contó diez hombres, demasiados para que los matara de una sola vez. Tampoco el tiempo le permitía esperar y acabar con ellos de uno en uno. La única forma de evitar a los caballeros era retroceder. Esa era la razón por la que los ingleses habían elegido esta posición en el camino, para impedir que ningún rebelde pasara de largo.

Blair escudriñó el cielo cada vez más oscuro. Un poco más atrás había otro sendero. Les llevaría a leguas de la casa de su amigo, pero más cerca de llegar al obispo.

Con una maldición murmurada, se arrastró hacia atrás. A una distancia segura, se puso de pie y echó a correr. Cuando se acercaba a donde se escondía Caitlin, ella salió de entre los

arbustos. Como siempre, su belleza le robó el aliento.

—¿Qué has encontrado?

—Los caballeros ingleses están acampados delante. Vi a un centinela y sospecho que hay otros apostados.

Ella frotó su pulgar sobre las puntas de sus dedos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tomaremos otra ruta. —Hizo una pausa—. Tendrás que quedarte conmigo.

—Ya veo.

Pero él escuchó la preocupación que ella intentaba ocultar. Le cogió la mano.

—No tenía intención de retenerte conmigo. Será peligroso. —Por mucho que deseara que estuviera a salvo, una parte de él apreciaba el tiempo extra que tendrían.

Los condujo con cuidado de vuelta, utilizando lo que quedaba de luz para seguir el camino. Mientras rodeaban una enorme roca, divisó a cuatro caballeros ingleses que subían a grandes zancadas por el sendero. Agarró a Caitlin, le tapó la boca y la arrastró detrás de un árbol.

—Caballeros ingleses —susurró Blair.

—Tú, ahí —retumbó una voz grave—. Bajad de los árboles. —Quizá sólo lo habían visto a él.

Caitlin se volvió hacia él.

—¡Sal, ahora! —le exigió otra voz áspera.

«Los bastardos no la tocarían», se juró. Pero con los gritos del caballero resonando a su alrededor, pasarían solo unos pocos minutos antes de que los otros hombres que había junto a la hoguera los oyeran.

Blair le hizo una señal a Caitlin para que se quedara quieta, liberó su espada y se adentró en el claro.

El guerrero inglés más cercano a él lanzó una mirada al árbol.

—Hay otro.

Maldita sea, había visto a Caitlin. No, tal vez en la creciente oscuridad había creído que un hombre se escondía ahí.

—No quiero nada más que pasar la noche.

Los ojos del guerrero se entrecerraron.

—Quien se esconda dentro debe salir.

Maldición, una vez que vieran a Caitlin, la querrían para ellos. Apretó con fuerza su espada. Los bastardos nunca la tocarían. Contra cuatro, la sorpresa era su única esperanza. Antes de que el caballero más cercano a él se diera cuenta de su intención, Blair hundió su daga profundamente en el guerrero.

Con un grito ahogado, el caballero retrocedió tambaleándose al retirar su espada, sus piernas se derrumbaron bajo él.

Blair se volvió. Las espadas chocaron. Blair maldijo cada rasguño, cada eco del acero.

Un caballero se dirigió hacia donde se escondía Caitlin.

¡No! Blair clavó su espada profundamente en el pecho del inglés más cercano, tiró y giró para enfrentarse al siguiente atacante. Con dos estocadas rápidas, entregó al hombre a su suerte. Mientras el caballero se desplomaba en el suelo, Blair pateó al herido hacia atrás y se lanzó a la cabeza del guerrero que se dirigía a grandes zancadas hacia las rocas.

Los pasos golpeaban a su paso.

Cuando Blair empezó a girar, el caballero herido lo abordó por detrás. Su espada cayó al suelo cerca del arma del caballero. La furia lo impulsó hacia delante. El impulso primario de proteger a Caitlin abrasaba su mente.

—Sal —ordenó el cuarto hombre mientras se acercaba a los árboles.

Blair golpeó con el puño la cara del caballero herido, lo apartó de una patada, luego agarró su espada y se puso en pie de un salto.

En la luz turbia, Blair captó a Caitlin saliendo del escudo de los árboles. ¡Maldita sea!

—Atrás.

Ella aguantó, con la mirada clavada en el guardia. El caballero se abalanzó sobre ella.

Maldita sea, ¡iba a conseguir que la mataran!

El caballero estaba a solo dos pasos, pero ella aguantó.

—¡Déjala! —gritó Blair.

El guerrero giró hacia él.

Agradecido, Blair levantó su espada y deseó que la muchacha se escondiera.

—Blair, detrás de ti —advirtió Caitlin.

Se giró cuando el caballero herido al que había echado cargó contra él. En una hábil maniobra, Blair rodeó su espada y le asestó un golpe mortal. Se dio la vuelta.

El caballero se alzaba sobre Caitlin con la espada en alto.

El pánico lo desgarró, la distancia entre él y el caballero era demasiado grande.

—¡No!

Como a cámara lenta, el caballero que atacaba a Caitlin miró a Blair.

Con el caballero de espaldas a ella, Caitlin levantó su espada y la clavó con precisión metódica en su carne.

Los ojos del caballero brillaron de asombro. Tropezó hacia delante y se desplomó. Con el rostro retorcido por la agonía, arañó la daga clavada en la parte baja de su espalda, un lugar que los guerreros expertos utilizaban para una muerte rápida y segura.

¿Qué demonios? Blair levantó la mirada.

Con un control asombroso, Caitlin avanzó con paso tranquilo y retiró su espada, con la punta resbaladiza por la sangre del hombre. Se volvió hacia Blair y se quedó quieta.

Sus miradas chocaron. La de ella oscura, ilegible.

Todo el suceso había durado apenas unos segundos, su acción había sido ejecutada con hábil seguridad. Ella nunca había vacilado, nunca había mostrado el terror que debía sentir.

Abrió la boca para preguntarle qué demonios estaba pasando.

Una rama crujió. Los sonidos furiosos de los hombres resonaron en la distancia, así como el golpeteo de los pasos.

¡Se acercaban los ingleses! Él aseguró sus armas mientras ella guardaba las suyas. Él la cogió de la mano.

—¡Corre!

El golpeteo de las hojas lo azotó, la maraña de piedras amenazó con derribarlo mientras la arrastraba a su lado. Siguió adelante, utilizando cada brizna de luz para guiarse, con Caitlin pisándole los talones.

El sonido de los pasos de los hombres resonó tras ellos como una maldición.

Jadeando a su lado, Caitlin empezó a flaquear. A este paso, era solo cuestión de tiempo que los caballeros los alcanzaran.

Comenzaron a subir la siguiente pendiente. En la penumbra, un escudo de maleza y peñascos se alzaba a su izquierda.

Blair tiró de ella hacia la pendiente y la ayudó a esconderse tras la roca más grande.

—No te muevas.

Con el pulso acelerado, Arabelle captó las sombras de los caballeros ingleses corriendo por el sendero.

—Se fueron por aquí —gritó un hombre.

—¿Cómo puedes estar seguro? —gruñó otro—. Apenas puedo ver nada.

—Nos dividiremos —apuntó el primer hombre—. Sir Henry, llévate a cuatro de los hombres y sigue el camino hacia el sur. No pueden haberse ido muy lejos.

Los pasos resonaron cuando los hombres se apresuraron a pasar, luego el golpeteo del cuero sobre la tierra se desvaneció.

El silencio resonó como una tumba mientras los acontecimientos de momentos antes se repetían en su mente. Había querido permanecer oculta, pero cuando se había asomado y había visto al caballero avanzando a grandes zancadas hacia ella, se había expuesto con la intención de distraer al guerrero para darle tiempo a Blair a acabar con los otros tres caballeros. Pero el caballero se había acercado demasiado, la sed de sangre en sus ojos le aseguraba su intención de matarla.

Entonces, el otro caballero había atacado a Blair, y ella se había quedado sin elección. Sus años como mercenaria se habían apoderado de ella. No había pensado, solo había reaccionado.

Excepto que ella nunca había querido que Blair la viera.

Preguntas. Él las tendría. ¿Cómo podría no tenerlas? La había presenciado matar a un hombre con hábil precisión. ¿Cómo las respondería ella?

Blair se movió a su lado, su daga lista si eran descubiertos. Poco sabía él que, con su afilada habilidad, su espada era igual de letal.

Lentamente, su cuerpo se relajó.

—Se han ido. —Sin saber qué decir, Arabelle permaneció en silencio. Le echó un vistazo —. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Debemos permanecer ocultos hasta que los caballeros hayan regresado a su campamento —susurró Blair—. Entonces, daremos marcha atrás y tomaremos un camino diferente.

Su cuerpo vibraba de tensión y ella bien podía imaginar las preguntas que bailaban en su mente. Le convenía a ella dictar el rumbo de su discusión.

—Aprendí a manejar un cuchillo de niña. —Sus tranquilas palabras cayeron en la noche, la luna se deslizó en el cielo, llenando el bosque de un brillo espeluznante.

—No te he pedido explicaciones.

—Lo sé, pero necesito explicarme. —Se dio cuenta de que el aprecio que él le tenía a ella era más importante de lo que nunca hubiera creído—. Crecer en un orfanato enseña a un niño muchas cosas sobre la vida, incluidos los peligros.

—¿Quién te enseñó a manejar una espada con tanta destreza?

—El padre Lawrenz.

—¿Un sacerdote?

—Estaba preocupado por mí.

Blair se volvió hacia Caitlin, encontrando solo indicios de su rostro entre las sombras.

—¿Qué ocurrió para que un hombre de Dios te enseñase a blandir una espada?

El silencio creció a su alrededor, roto por el grito de un búho lejano.

—A pocos les importa lo que le ocurra a una niña no deseada. La seguridad de los arrojados a un orfanato no es más que una ilusión.

Le vino a la mente la imagen de Caitlin de niña. Una niña sin familia, sin nadie que la quisiera. Había encontrado la salvación en las enseñanzas de un sacerdote.

En su juventud, Blair había tenido a su familia, sus primeros años estaban repletos de cálidos recuerdos. Y cuando su familia fue asesinada, había conocido el amor y el apoyo de los MacKintosh, hombres a los que una vez había llamado hermanos. Pero Caitlin no había conocido más que la crueldad y la soledad.

Y pronto, él también, como todos los demás que formaban parte de su vida, la abandonaría a su suerte.

Aun así, la imagen de ella hundiendo la daga en la parte baja de la espalda del caballero le obsesionaba. Pocos poseían tal pericia con un arma. Puede que un sacerdote le hubiera enseñado a usar el cuchillo, pero Blair se preguntaba si un hombre de la aristocracia le habría impartido tal habilidad.

Observó a la mujer que tenía ante sí, una mujer que, a cada paso, demostraba no ser la persona que él creía que era. Pero ella tampoco sabía la verdad sobre él. Cualesquiera que fueran sus secretos, dudaba que pudieran ser tan oscuros como las acciones de Dubh Duer.

Capítulo 8

Con ojo avezado, Blair escudriñó el sendero ennegrecido más allá de los árboles.

La luna no ofrecía más que escasas briznas de luz.

—No hemos visto a nadie en mucho tiempo —susurró Caitlin.

—Sí, pero sin duda han dejado guardias escondidos a lo largo del sendero. La pregunta es, ¿cuántos y a qué distancia? Por arrogantes que sean, los ingleses no son tontos.

—No —respondió ella, con la voz en tensión—, aunque sus métodos son a veces burdos.

La furia se apoderó de él. Ella se refería a su violación.

—No me equivocaría subestimando a los ingleses, pero ni yo ni otros rebeldes permitiremos que tomen un país que es nuestro.

—¿Y cómo los detendrás tú o los demás escoceses? El ejército del rey Eduardo es tremendo.

La tristeza resonó en sus palabras, revelando el agotamiento de una mujer que había soportado demasiado.

—Puede que sea tremendo —estuvo de acuerdo Blair—, pero es un ejército sin corazón.

—¿Y qué hay de los arqueros Welch y sus refuerzos de infantería? Muchos escoceses, los que no han jurado lealtad al rey Eduardo, están mal entrenados y luchan por pura determinación. —Sacudió la cabeza—. Y más. No es solo es un ejército formidable al que se enfrentan los rebeldes, sino el engaño que hay en su interior.

—¿De quién hablas? —preguntó él, sorprendido tanto por su afirmación como por el conocimiento que tenía de las defensas inglesas.

—Del conde de Carrick. Se rumorea que la esperanza de los rebeldes de que se convierta en su futuro rey puede ser vana, pues está considerando abandonar la causa de Escocia para jurar de nuevo lealtad al rey Eduardo.

La ira brotó ante su mención de Robert Bruce, conde de Carrick.

—No importan los susurros, el corazón de Robert Bruce es fiel a Escocia.

—¿Y esto se demuestra cómo, por las numerosas veces que Lord Carrick ha cambiado sus lealtades a cualquier país que perciba que tiene más que ofrecerle?

—La estrategia es el punto fuerte de Lord Carrick. Aunque es el legítimo rey de la corona escocesa, se le niega. Así que se dedica a convertirse en el rey de Escocia como si jugara una partida de ajedrez. Con nuestras fuerzas muy mermadas, considera si es prudente pasar desapercibido en el campamento enemigo. —A pesar de su explicación, el comportamiento de

Carrick corroía a Blair como una herida supurante, y fue la razón por la que él y otros escoceses apoyaron a William Wallace, un hombre cuya lealtad a Escocia nunca vaciló, independientemente del peligro.

—Por las muchas veces que Robert Bruce ha cambiado su apoyo entre Inglaterra y Escocia —apuntó Caitlin—, dudo que el rey inglés crea en la lealtad de Lord Carrick.

—En efecto —coincidió Blair—. Y esa es la razón por la que el rey ya no envía a lord Carrick para supervisar nada de gran importancia. —De nuevo, la muchacha lo había sorprendido por su conocimiento de la política escocesa, pero su sinceridad y la frustración de su voz le aseguraron que luchaba con las decisiones de Robert Bruce tanto como él.

—Entonces, ¿por qué el rey Eduardo finge aceptar la lealtad de lord Carrick? ¿Por qué no ha acusado a Robert Bruce de traidor y ordenado su ahorcamiento?

Blair escudriñó el cielo iluminado por la luna y luego sus alrededores en busca de alguna señal de los ingleses.

—Siendo Lord Carrick un fuerte competidor por el trono escocés, un movimiento tan audaz podría invitar a una mayor disensión hacia el rey Eduardo. Muchos de los nobles escoceses han jurado lealtad al rey inglés bajo coacción. *Longshanks* acepta la lealtad de Lord Carrick para vigilarlo.

—*Longshanks*. No estoy familiarizada con él.

¿Le era desconocido? ¿Cómo podía ser? Era un apodo conocido por muchos escoceses. Soltó un suspiro. Habiendo vivido sola, debía de haber pasado por alto el término. Un hecho en desacuerdo con su perspicacia sobre el estado político de Escocia e Inglaterra; sus conocimientos eran enormes comparados con los de la mayoría de los plebeyos.

—El nombre se lo da al rey inglés por su altura.

—No es un apodo demasiado agradable.

Aunque hablaba en voz baja, él capó su nerviosismo. ¿Por qué?

—Hay otros que el rey inglés se ha ganado, pero no son aptos para hablar ante una muchacha.

—Eso puedo creerlo. Aunque el rey Eduardo tolera a lord Carrick, dudo que encontrara tanta indulgencia para sir Wallace.

Blair soltó una áspera carcajada.

—Sí, con el trastorno que Wallace ha servido al rey inglés, si nuestro líder rebelde fuera capturado alguna vez, el rey Eduardo le daría un escarmiento. —Un escalofrío le recorrió la espalda—. Un día que rezo para que nunca llegue. —Keylan, su hermano mayor, era un consejero de confianza de Wallace, y cortejaba el peligro por la mera conexión.

—¿Cuánto tiempo crees que Wallace podrá evadir al rey?

—Hasta que Escocia sea libre. —Una pregunta surgió en la mente de Blair—. ¿Dónde has oído que Robert Bruce está considerando de nuevo jurar lealtad al rey Eduardo?

Aunque Blair había hecho la pregunta con tranquilidad, Arabelle captó la peligrosa curiosidad que había bajo esta. Maldita fuera su mente cansada. Lo que él nunca debía saber era que ella se había enterado del hecho mientras era informada para su misión por Sir Hugh de

Cressingham.

La inquietud la estremeció. Su encuentro con el tesorero de la administración inglesa en Escocia parecía haber tenido lugar hacía toda una vida. Una época en la que su corazón yacía muerto y su mayor deseo era afrontar el siguiente reto. Una misión que le traería la moneda que le permitía existir.

Pero, en pocos días, por culpa de Blair, todo había cambiado.

—Hace una semana, entré en una taberna para comprar pan y carne ahumada —mintió Arabelle, odiando cada palabra que salía de su boca—. Varios caballeros ingleses estaban en una mesa cercana bebiendo y hablando en voz alta. Como no quería llamar su atención, me mantuve en las sombras. Los oí jactarse de que Robert Bruce estaba considerando de nuevo abandonar a los rebeldes.

Blair permaneció en silencio.

¿Le creía? Permanecer aquí solo le daría a él más tiempo para pensar y a ella más tiempo para escabullirse y revelar algo que levantara aún más sus sospechas.

Se frotó los brazos como si tuviera frío.

—¿Nos iremos pronto de aquí? —Dudó.

—Sí. Permaneceremos cerca del sendero, pero no me atrevo a usarlo. —Se puso en pie—. Si ves u oyes algo, tócame el hombro.

El alivio invadió a Arabelle. Un desliz no tenía importancia, pero si Blair empezaba a recomponerlos, podría hacer más preguntas, exigiendo unas respuestas que ella nunca podría darle. Peor aún, si se enteraba de que Sir Cressingham la había contratado, Blair creería que sus escarceos amorosos no habían sido más que otra herramienta para engañarle.

Avergonzada de que su engaño hubiese manchado la intimidad que había entre ellos, se recordó a sí misma que si él se enteraba de la verdad, Blair utilizaría todos los medios que tenía a su alcance para encontrarla.

Y pronto descubriría que la escocesa llamada Caitlin Dunham no existía.

Por mucho que deseara permanecer junto a Blair, no podía demorarse. Esta noche, una vez que él se hubiera dormido, ella tomaría el escrito y se marcharía. Después de reunirse con Sir Cressingham y pasarle el escrito, junto con la información que había recogido, podría lavarse las manos de esta maldita situación.

Dios bendito, se había metido en un buen lío. Por mucho que Blair le hiciera sentir cosas, nunca podría olvidar que era un hombre que había entregado su corazón a la causa escocesa.

La frialdad la recorrió mientras apartaba otra rama.

—¿Hasta dónde llegaremos esta noche?

—Un poco más lejos. No podemos arriesgarnos a viajar hacia mis amigos. Este desvío nos ha hecho ganar un día de tiempo juntos, si no más.

Ella lo miró.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—A un campamento rebelde. —Blair mantuvo su respuesta vaga. Ella estaría a salvo

mientras él se reunía con el obispo Wishart y sus amigos la vigilarían.

Que él creyera necesario tenerla vigilada lo dejaba inquieto. Era una extraña, una muchacha a la que no conocía más que de días, a pesar del vínculo que se había formado entre ellos.

Si no hubieran compartido más que sexo, podría haberlo descartado, pero la muchacha le había dado su confianza. Había sido testigo de su descubrimiento cuando la había tocado, de su genuina sorpresa al desmoronarse, lo que confirmaba lo que ella había compartido sobre su vida. Muchas mujeres podían actuar, pero una muchacha no podía fingir la primera vez que tocaban su cuerpo.

¿La primera vez? No, no su primera vez con un hombre, sino su primera vez con un amante que se preocupaba por complacerla.

Una roca se movió bajo su pie y la tierra cedió. Se agarró a una extremidad, evitando resbalar hacia atrás.

—¿Blair?

—Estoy bien. —Oteó el cielo. La luna se cernía sobre él—. Hemos viajado una buena distancia hacia el oeste y deberíamos estar bien lejos de los caballeros, pero continuaremos un poco más lejos. No correré riesgos.

—¿Crees que las fuerzas inglesas con las que nos cruzamos fueron enviadas para buscarnos después de que encontraran a los cuatro caballeros que mataste cuando me rescataste?

—Tal vez. —Pero sospechaba que había otra razón. Mientras un grupo de ingleses se preparaban para ir al norte a apoderarse del castillo de Stirling, por otra parte, se estaban enviando bandas más pequeñas de caballeros para debilitar a la oposición. Así, cuando la fuerza principal llegara a las puertas del castillo, los escoceses no tendrían más que los muros de la fortaleza y las raciones como defensa.

Y como Caitlin había observado, con los arqueros Welch a remolque, si el conde de Surrey conducía a los caballeros hasta el puente levadizo, los muros serían quemados, si no destruidos. Esta era la razón por la que las fuerzas rebeldes debían hacerles retroceder en el puente de Stirling.

Una brizna de luz de luna atravesaba el bosque, débil contra la obstinada oscuridad, pero suficiente para esbozar las sombras de cansancio que delineaban el rostro de Caitlin.

La angustia que se agitaba en su interior se suavizó.

—Descansaremos y continuaremos mañana.

—¿Dónde?

—A nuestra derecha hay un gran peñasco, la parte superior está plana.

Estudió la mezcla de sombras y luz.

—Es una larga caída desde el acantilado.

—Sí, pero la altura nos da la ventaja de oír a cualquiera que se acerque.

—Y para ver sus contornos a la luz de la luna.

Él asintió, impresionado por su calma. Después de la lucha que habían sufrido, la mayoría

de las mujeres se habrían estremecido ante la idea de permanecer en el desierto. Además, la mayoría de las mujeres no habrían sido capaces de matar a un hombre con tanta habilidad.

—Ven. —Sombrío, se dirigió hacia la hilera de piedra. Al llegar a la llanura, limpió cualquier resto extraño—. Sin manta, pasaremos frío.

—Al menos no es invierno.

—Cierto. —Hizo una pausa—. Y podemos usar el cuerpo del otro para calentarnos.

—Es una posibilidad.

El calor sensual de su voz hizo que los pensamientos sobre los caballeros y el enfrentamiento de este día se desvanecieran. Se acercó a ella y le acarició la mejilla con la yema del pulgar.

—Voy a echarte de menos, Caitlin Dunham. —Él había esperado una sonrisa suave, una mirada de ternura, no que ella intentara apartarse. La estrechó contra él, sospechando la razón—. Piensas en tu marido.

Ella se puso rígida.

—Tu marido está muerto, eso no puedo cambiarlo, y lamento que mis palabras te hayan hecho pensar en él. No era mi intención.

—Lo sé. —Su cuerpo se relajó contra el suyo—. Estoy cansada.

Y preocupada, todavía atormentada por los recuerdos de su marido. Él podía darse cuenta de ella por la tristeza que había en sus ojos cuando ella creía que él no estaba mirando. ¿Cómo se sentiría una mujer al pensar tanto en él, al anhelarlo y, llegado el momento, llorar su muerte?

—Caitlin, mírame.

Tras un momento de vacilación, ella se volvió.

Él acarició con el pulgar su mejilla iluminada por la luna.

—Han pasado dos años desde la muerte de tu marido. No puedes vivir en el pasado para siempre. Te robará el tiempo que tienes por delante y te arrebatará la felicidad que aún está por encontrar.

Una lección que había aprendido solo después de que sus hermanos lo creyeran muerto. Una representación que les había permitido creer que era real. Una penitencia adecuada por su intento de matar a la mujer de su hermano, Marjorie, cuando su único delito era el de ser inglesa. Si tan solo pudiera volver atrás aquel día.

Durante demasiado tiempo había permitido que su odio hacia los ingleses empañara su vida. A lo largo de los meses, mientras se recuperaba, había tenido tiempo para pensar. Tiempo para arrepentirse.

Un suspiro triste brotó de su boca.

—¿Crees que alguien encuentra de verdad la felicidad?

Pensó en sus padres, en su risa durante sus años de juventud.

—Sí. ¿Tú no?

—No.

La simple convicción de la respuesta de Caitlin lo perturbó más que si hubiera sido apasionada. Resurgieron las preguntas sobre cuánto la había amado realmente su marido. Cuanto más aprendía Blair sobre ella, más se convencía de que su matrimonio había sido concebido para protegerse. La ternura que sentía hacia Nigel era aprecio, no amor. Ese pensamiento lo complació.

—Háblame de cómo conociste a tu marido.

Ante la pregunta de Blair, Arabelle se tensó.

—No quiero hablar de él. —Un eufemismo, ya que no existía.

—Han pasado dos años desde que murió.

Con el corazón palpitante, luchó por encontrar las palabras. ¿Qué debía decir? Ya se había inventado más cosas de las que podía contar que fuesen ciertas.

Blair se sentó en la piedra, la llamó para que se sentara a su lado y luego guio su cabeza contra su pecho.

—Deseo saberlo.

—Ojalá fuese tan sencillo.

Recordó a un mendigo de las calles cercanas al orfanato durante su juventud, un hombre que un día había desaparecido. No había desaparecido, lo habían asesinado. El hecho de que su cuerpo nunca hubiese sido descubierto podía significar dos cosas: el asesino había sido astuto o, lo más probable, a nadie le importaba lo suficiente ese hombre como para intentar encontrarlo.

Pero ella le daría al mendigo un papel en su vida o, al menos, hablaría de él como de alguien que hubiera importado de verdad.

—Un día me lo encontré en la calle.

—¿Cuando vivías en el orfanato?

—No. Me había escapado. Me ofreció comida y una sonrisa. No confié en ninguna de las dos cosas. Blair permaneció en silencio.

Dando vueltas a las opciones en su mente, eligió el sueño que nunca se había atrevido a pronunciar, una idea que nunca sería cierta.

—Permaneció en la ciudad varios días. Cada uno de esos días, venía a donde yo trabajaba y hablaba conmigo. Nada más. Solo hablar.

—¿Sobre qué?

—Del día. Los olores que venían del mercado. Hacia dónde viajarían los barcos del puerto. —Una brizna de sus sueños se coló en su voz, el anhelo de que, de algún modo, esos sueños se hiciesen realidad.

—¿Deseabas viajar?

Una risa fría se le dibujó en los labios.

—En aquel momento, mi visión era más bien escapar.

—Por tu vida en el orfanato. —La burbuja de su imaginación estalló.

—Sí.

—¿Así que te casaste con él?

Arabelle vaciló.

—¿Qué?

—Cuando el desconocido te pidió que fueras su esposa, ¿aceptaste?

—Sí —mintió ella.

—¿Pero nunca lo amaste?

Esa respuesta era tan sencilla como que el marido no existía. —

No. —Exhaló.

—Me alegro.

Confundida, se volvió hacia él. A la luz de la luna, lo encontró observándola.

—¿Por qué?

—El amor es algo que uno no debe dar tan a la ligera.

Con la boca seca, lo miró fijamente, demasiado consciente, deseándolo demasiado.

—¿Has amado alguna vez a una mujer? —¿Por qué lo había preguntado? Esa noche, una vez que él se durmiera, ella le robaría el escrito y luego se iría. Rompería la confianza que tanto apreciaba. Aun así, su respuesta le parecía importante.

Blair miró fijamente al cielo, pero ella captó las sombras de tristeza en su rostro. Su mirada se encontró con la de ella.

—Nunca una muchacha me había hecho sentir los tiernos anhelos de un corazón. —Le levantó la barbilla con el pulgar, dedicándole una suave sonrisa—. Pero era porque nunca había conocido a una mujer como tú.

Su aliento, suave como un susurro, se burló de ella. Su suave apretón lo sentía como una caricia. Arabelle se estremeció.

—¿Tienes frío?

—No.

La satisfacción brilló en su mirada.

—Dime lo que sientes.

—Ya lo sabes.

—¿Lo sé? —Él rozó con su boca la curva de su mandíbula—. Dímelo. —Su pulso se aceleró.

—Quiero que me beses.

Lentamente, levantó la cabeza; su mirada caliente y su boca a un suspiro de distancia.

Por Dios santo, no le había besado los labios, pero el cuerpo de Arabelle ardía como si la hubieran arrojado a un pozo ardiente. Mientras la miraba fijamente, el deseo que había en sus ojos alimentó el suyo propio.

—Ahora —susurró—, te saborearé. —Le cubrió la boca con la suya. Su beso, caliente y

duro, borró todo pensamiento coherente de su mente. En un hábil movimiento, se echó hacia atrás y la puso encima de él, apretando su cuerpo contra el suyo.

El calor la recorrió mientras él se apretaba de forma íntima contra ella.

—¡Blair, es indecente!

—Sí —dijo él, con una sonrisa en los ojos—, porque ambos estamos vestidos. Un hecho del que me ocuparé enseguida.

—¿Y si no lo deseo? —preguntó ella, la pura lascivia de su intención seduciéndola aún más.

Su expresión se volvió seria.

—Entonces, no te tocaría.

—Y me dolería terriblemente de deseo —confesó ella.

—Ay, muchacha. —Con un gemido, él le acarició la curva de la cara con el pulgar, luego la atrajo contra él para darle un beso suave, uno lento y sencillo. Un beso que le desgarró el alma y que la hizo desear lo imposible, que la dejó deseando esta última unión, recuerdos que llevarse, que atesorar en los años estériles que se avecinaban.

—Hazme el amor, Blair —murmuró ella contra su boca—. Te necesito desesperadamente.

Unos ojos oscuros buscaron los suyos, crudos de deseo.

—¿Ahora sí? —bromeó él, la dureza de su cuerpo evidenciaba que no estaba bromeando.

—Sí.

El desafío brilló en sus ojos.

—¿Qué te gustaría que te hiciera? —Le estaba cediendo el control. Ella se estremeció ante el regalo que le brindaba.

—Tócame.

—¿Dónde?

Los recuerdos de dónde sus manos y su boca le habían hecho el amor llenaron su mente; los besos fáciles, la necesidad frenética.

—En todas partes.

Él gimió, pero ella captó el borde de una sonrisa en su boca.

—Parece que esto podría llevarnos toda la noche.

Una sonrisa le iluminó la boca.

—Me parece bien.

Capítulo 9

Una boca suave rozó su piel, saboreando, mordisqueando, demorándose hasta que su cuerpo le dolió por culpa de la necesidad.

—Blair —respiró ella con los ojos abiertos.

—Buenos días, muchacha.

Su profundo gemido se enroscó a su alrededor como si fuese un manto sensual. Arabelle se hundió en el calor, y luego se congeló. ¿Mañana? No podía ser. Intentó sentarse, algo imposible con el musculoso cuerpo de Blair sobre el suyo.

—No te muevas —murmuró este mientras su boca rozaba la columna de su garganta y más abajo, a lo largo de la sensible hinchazón de sus pechos—. Estás interrumpiendo el asedio de un guerrero.

—Blair…

Le cubrió el pezón con la boca.

Miles de sensaciones estallaron en su interior, las palabras de ella se perdieron en un suave gemido. Utilizó las manos y la lengua, acariciándola, deslizando oleada tras oleada de delicioso calor sobre su piel ya sensibilizada. Ella jadeó, se arqueó contra su juego erótico, luchando por un pensamiento coherente.

Él no lo entendía. Ella había planeado coger el coche y marcharse esa noche. Excepto que, con la oscuridad cubriéndolos, él la había tocado, saboreado. La había saboreado más de lo que ella jamás hubiera creído posible. Saciada, exhausta y contenta entre la seguridad de sus brazos, se había quedado dormida.

Incluso ahora, su cuerpo zumbaba con los acalorados recuerdos de lo que había pasado entre ellos.

—Después de lo de anoche —dijo Arabelle gimiendo mientras él se acodaba sobre ella de forma íntima—, deberías estar muerta.

—Eres una guerrea.

Una suave carcajada brotó de su garganta. La dureza que sentía en su vientre le aseguró que estaba más que preparado para intimar con ella.

—No soy una batalla.

—Sí que lo eres. Tan digna de reclamar como cualquier fortaleza de la que apoderarse.

—¿Me está comparando con un castillo? No estoy segura de si debería sentirme honrada o insultada.

—Creo que estás pensando demasiado, un error que voy a enmendar. —Le tapó la boca con la suya una fracción de segundo antes de hundirse profundamente dentro de ella, arrastrándola de nuevo a un embriagador éxtasis.

Un largo rato después, Blair rodó sobre su costado, la atrajo contra él, con el cuerpo aún tembloroso por su liberación. La dulzura de su abrazo, como si sostuviera un regalo precioso, le desgarró el alma. Nunca nadie la había tratado como algo preciado.

Sin proponérselo, las lágrimas acudieron a sus ojos. Una lágrima traicionera resbaló y cayó sobre su pecho.

En el parpadeo del alba, la preocupación endureció el ceño de Blair.

—¿Te he hecho daño?

—No.

Se echó hacia atrás, la miró de nuevo, quitándole la lágrima con la yema del pulgar.

—¿Qué te pasa? —Ante su silencio, frunció el ceño con suavidad—. Dímelo.

—Es embarazoso.

—Después de que hiciéramos el amor casi toda la noche, conmigo tocándote, saboreando tu cuerpo por todas partes, ¿te da vergüenza?

El calor acarició las mejillas de Arabelle.

—Me haces parecer tonta.

—No. —Le inclinó la barbilla con el pulgar—. No hago más que intentar comprender lo que te ha disgustado.

Le dolió el corazón.

—Lo que compartimos fue tan hermoso... Nunca había imaginado que estar con un hombre pudiera ser así.

La satisfacción masculina marcó su rostro, pero también la ternura.

—La unión no siempre es tan intensa, ni está impregnada de tanta emoción o satisfacción.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Al hacer el amor, si uno se preocupa por el otro, el acto es algo más que la unión de los cuerpos.

«Es una unión del alma», remató en silencio. Arabelle permaneció callada, agradecida cuando él no dijo más. Las lágrimas amenazaban con salir. Por pura voluntad, ella no las dejó salir.

Blair miró a los cielos, donde se vislumbraban toques de oro, y luego suspiró.

—Nos hemos demorado demasiado. —Le lanzó un guiño juguetón—. Algo que parece que estamos convirtiendo en costumbre.

—Yo…

La silenció con un duro beso y luego se apartó. Frunció el ceño; su cuerpo se había

endurecido de deseo.

—Serás mi muerte. —Ella se rio a su pesar.

Él frunció el ceño, aunque en su rostro solo se dibujaba un perverso deleite.

—Vamos, muchacha, debemos darnos prisa.

Arabelle se vistió rápidamente, echó un último vistazo a su musculoso cuerpo antes de que él se lo protegiera con unas correas y una túnica. Un día más. Uno más que compartirían juntos. Un día que ella no había planeado. De algún modo, antes del próximo amanecer, ella debía tomar la orden y marcharse.



A lo largo de la mañana, Blair evitó cualquier señal de sendero o claro, sin importarle el viaje extra que ello suponía. Las hojas susurraban sobre su cabeza mientras él miraba a Caitlin. A un paso, ella siguió adelante en silencio.

La muchacha era un misterio. Cuatro días con ella no habían hecho más que abrirle el apetito por saber más, cada cosa que ella hacía no hacía más que remodelar a la mujer que él creía que era.

Después de su casi violación, cuando había salido por primera vez del arbusto y se había presentado ante él con su vestido hecho jirones, había parecido emocionalmente fuerte, aunque asustada. Pero, a veces, desde entonces, dentro de sus ojos seguros, él había captado sombras.

El relato de su pasado explicaba una parte de lo que había puesto allí la oscuridad, pero persistían las preguntas sobre qué más ocultaba. Aún no podía entender cómo Caitlin nunca había oído hablar de los *fey* o del Otro Mundo, la patria mágica de las hadas. La explicación que le había dado de que nadie se había preocupado lo suficiente por ella como para tomarse el tiempo de explicarle semejante capricho, sonaba cierta. Aun así, después de haberse independizado, ¿cómo era posible que nunca hubiera oído hablar de los *fey*?

Y, aunque el sacerdote la hubiera instruido sobre cómo manejar un cuchillo, el instinto le aseguraba que otro le había enseñado las habilidades que había presenciado durante el combate.

Más inquietante aún, ¿dónde había adquirido ella un conocimiento militar tan profundo tanto de los ingleses como de los escoceses?

Blair pensó en el obispo Wishart, en su inmensa influencia, así como en el conocimiento que tenía de las luchas militares en todo el mundo. Sí, su sacerdote podría haber tenido amplios conocimientos militares, pero según ella, había muerto hacía años. La información que Caitlin compartía sobre la tambaleante lealtad de Lord Carrick era reciente. A Blair le asaltaron dudas de que, en efecto, hubiera oído hablar a los guardias sobre Robert Bruce.

Por todos los dioses, con el importante escrito que llevaba encima, las vidas que este afectaba, no podía permitirse tener dudas de nadie que hubiese a su alrededor. Entonces, ¿qué había en ella que lo atraía, que le hacía traspasar límites que no tenía derecho a romper?

El calor palpitaba en su pecho.

Miró la gema partida por la mitad y frunció el ceño. Se había calentado, como lo había hecho dentro de la cueva cuando había luchado con sus sentimientos hacia Caitlin. Una imagen de la abuela de los hermanos MacKintosh regalándole la malaquita partida por la mitad al ser nombrado caballero vaciló en su mente, al igual que los susurros de que ella tenía la segunda vista.

La inquietud se apoderó de él. No eran más que susurros. En cualquier caso, ella estaba muerta, sus habilidades habían desaparecido hacía tiempo.

Un palo chasqueó en la distancia.

Blair sacó su daga mientras miraba hacia donde había salido el sonido. Una mancha de color rojo parduzco parpadeaba entre la maleza. Un zorro. Su cuerpo se relajó y aseguró su espada.

En la siguiente elevación, Blair contempló el sol deslizándose desde su cenit. Se detuvo entre las sombras, escudriñó el rollo de bosque que tenía delante.

Caitlin se detuvo a su lado.

—Hay humo al norte. —Oteó el cielo arbolado. Maldito.

—¿Un campamento inglés?

—Dudo que se detuvieran tan temprano.

—¿Crees que los ingleses han incendiado la casa de otro escocés?

—Sí. Es probable. —La ira brotó en su interior ante la imagen de una escena que había contemplado con demasiada frecuencia. Respiró hondo—. Si es obra de los caballeros ingleses, debo ver si aún vive alguien.

Le lanzó una mirada sombría.

—¿Y si no ha sobrevivido nadie?

—Enterraré a los muertos. —Él echó a andar hacia delante; ella se puso a su lado—. Cuando estemos cerca, te esconderás hasta mi regreso.

—Iré contigo.

Él le lanzó una mirada fría.

—No lo harás. Si sé que estás a salvo, no me preocuparé.

Ella inclinó la cabeza.

—Pero no siempre estarás aquí para protegerme.

—No, pero ahora sí lo estoy.

Los ojos esmeralda se oscurecieron, pero ella no dijo nada más.

Condenó la imagen en su mente de ella matando al caballero. ¿La confianza en su voz insinuaba que el acto de ayer no era más que un ejemplo de su habilidad? De ser así, ¿cuán bien entrenada estaba exactamente? ¿O estaban sus dudas alimentando complicaciones que no existían?

Aun así, ella tenía un arma, una que había mantenido oculta hasta ayer.

—¿Dónde está tu daga?

Su paso no vaciló.

—Asegurada en mi muslo.

—Me la ocultaste.

—No me disculparé por haber aprendido a protegerme ni por ocultar un arma.

—Cuando te vi por primera vez rodeada por los ingleses, no vi señal alguna de una correa.

—Antes de que llegaras, los hombres me habían encontrado y despojado de mi arma. Cuando los atacaste, aproveché la distracción para agarrar la daga antes de huir.

Que ella pudiera pensar con tanta claridad a pesar de su pánico lo impresionó, pero también ahondó sus sospechas.

—¿Dónde estaba tu arma cuando hicimos el amor? Te desnudé y debería haberla encontrado.

—Detrás de una roca cercana. Y por poco. —Una sonrisa bordeó su boca—. Sir Blair Cleary, es un hombre que se mueve muy rápido.

Aunque ella se burlaba de él, él no podía evitar la sensación de que había algo en la muchacha que se le escapaba.

La voz de un hombre resonó a unos pasos de distancia.

Blair arrastró a Caitlin detrás de un matorral. Con la sangre palpitando en sus oídos, escudriñó el denso bosque.

—Quédate aquí.

—Déjame ir contigo.

—No. Volveré en un santiamén. En cuanto vea quién está delante, volveré. —La preocupación ensombreció su rostro y asintió.

Se escabulló de la espesura.

En la siguiente loma, miró hacia atrás. La densa mancha verde ocultaba a Caitlin. Manteniéndose en las sombras, utilizando los espesos arbustos como escudo y avanzó.

Más adelante, una ruptura entre los árboles dejaba al descubierto un campo abierto. En medio del mar de verde, intercalado con manchas de brezo y roto por flores silvestres, se alzaba una cabaña de campesino. El humo que habían visto no procedía de restos carbonizados, sino que salía de la chimenea.

Aun así, no se arriesgaría. Aunque normalmente era el hogar de escoceses, no sabía ni a quién juraban lealtad, ni si había caballeros ingleses en su interior.

Un golpe seco lo hizo mirar hacia el este. Otro le hizo deslizarse por el linde del bosque hacia el sonido. A poca distancia, un hombre corpulento blandía un hacha sobre un árbol talado. Por la vestimenta del hombre, era escocés. Aun así, no supondría nada.

Blair permaneció escondido un rato más para asegurarse de que el hombre estaba solo.

Luego, con la mano en la empuñadura de su espada, salió del bosque.

El hombre corpulento se dispuso a dar su siguiente golpe y se detuvo. Con los ojos entrecerrados, bajó su hacha, pero no la soltó.

—Eh, ahí. —La cautela era patente en sus palabras.

—Que tengas un buen día —dijo Blair.

El pelirrojo hizo un rápido escrutinio de las palabras que había tras el saludo de Blair, luego lo estudió con ojos cautelosos. Su mirada se desvió hacia su espada.

—¿Eres escocés?

—Sí.

—Un contingente de caballeros ingleses cabalgó por aquí esta mañana. Buscaban a un hombre y a una mujer.

Así que los ingleses aún los perseguían. No era sorprendente, ya que había dejado a cuatro de sus hombres muertos.

—¿Qué les dijiste?

Apoyó las manos sobre la punta del hacha. —Que no había visto a nadie.

—¿Y ahora? —preguntó Blair.

—Lo mismo.

—¿Eres leal a Escocia?

—Sí, aunque los ingleses crean lo contrario. —Unos ojos duros le observaron—. ¿Y tú?

—Hasta que mi última gota de sangre manche la tierra.

El escocés escudriñó el lindero del bosque y luego se encontró con la mirada de Blair.

—¿Y la muchacha?

—Escondida.

Gruñó.

—Como bien debe estar. Me llamo Fergus. Tráela a cenar. Mi esposa podrá disfrutar de otra mujer con quien hablar. Y también tengo una hija.

—¿Los ingleses te han dejado ileso? —preguntó Blair, atónito.

El hombre fornido se cruzó de brazos y gruñó.

—Con cada visita que he recibido, he mantenido a mi familia fuera de la vista. Hasta ahora, los caballeros solo han dado de beber a sus caballos y se han llevado una o dos ovejas cuando pasaban. —Hizo una pausa—. Pero temo por la seguridad de mi familia.

El pelirrojo prosiguió.

—Trae a tu muchacha, ambos podéis pasar aquí la noche.

—Te lo agradezco. Si tu esposa puede permitírselo, necesitaría una bata. El escocés arqueó una ceja. Un músculo se contrajo en la mandíbula de Blair—. Unos caballeros ingleses intentaron violarla. Los maté.

—Esos malditos bastardos merecen morir. —Asintió—. Se le dará una toga.

—Te lo agradezco.

Blair se volvió y se deslizó entre los árboles.



Con el corazón palpitante, Arabelle observó a la robusta mujer en la puerta de la cabaña del labrador; su pálido cabello dorado trenzado a la espalda, su piel curtida en desacuerdo con la sonrisa que había en sus ojos. No había encontrado ninguna razón sólida que darle a Blair de por qué no podían quedarse con los escoceses durante la noche.

—Bienvenida sea. Me llamo Marie —dijo la mujer, pero la calidez de su voz distaba mucho de tranquilizar a Arabelle. Esa noche, ella había tenido la intención de escapar. Rodeada de una familia resultaría una hazaña casi imposible, sobre todo porque primero debía liberar a Blair de la orden. Maldita fuese toda la situación.

La mujer arqueó una carcajada.

—Siento lo de esos malditos ingleses que te atacaron. Tengo un vestido para ti.

Arabelle asintió.

—Muchas gracias. —Un movimiento desde el borde de la puerta captó su atención.

El pelo rojo, brillante como una llama, caía sobre la mejilla de una joven que ella se dio cuenta de que había conocido hacía cinco años. Unos amplios ojos verdes la miraban fijamente; una mezcla de curiosidad y timidez.

A Arabelle se le derritió el corazón.

Al oír el golpe contra su pierna, la mujer miró hacia abajo y sonrió. Cogió la mano de la niña y la atrajo hacia sí.

—Esta es mi hija, Joneta.

Agarrando una muñeca desaliñada, la niña miró a Arabelle con asombro.

—¿Eres un hada del Otro Mundo?

Poco acostumbrada a los niños, Caitlin buscó a tientas una respuesta.

—Sí que lo es, muchacha —afirmó Blair mientras pasaba junto a Arabelle y se arrodillaba ante la niña—. ¿Y quién puede ser esta bella muchacha?

La alegría brilló en el rostro de la niña, superando su tímida sonrisa.

—Joneta. —Le guiñó un ojo.

—Y un bonito nombre.

Soltó una risita y luego miró a Arabelle.

—¿Has venido de verdad del Otro Mundo?

—No estoy seguro —respondió Blair—, pero sospecho que sí. La encontré debajo de un lirio.

Sus ojos se abrieron aún más.

—¿De verdad?

—Sí —dijo él en un susurro conspirativo—. Y ahora que la he encontrado, estoy pensando en quedármela.

Los ojos de Blair se encontraron con los de Arabelle. La verdad que había en ellos le robó el aliento.

La niña se retorció en el abrazo de su madre.

—¿Puedo ver al hada?

—Se llama Caitlin —dijo Blair mientras se levantaba—. Es tímida. El pánico en los ojos de Caitlin lo pilló por sorpresa. La muchacha había acabado con la vida de un hombre sin dudarlo, pero cuando se enfrentaba a una simple niña, se quedaba helada. Su corazón se ablandó. Se avergonzó de su vestido hecho jirones. Excepto que a través de los ojos de una niña, los trozos de bata hecha jirones parecían de hecho el vestido mágico de las *fey*.

—Joneta —dijo su madre—. Ve y termina de barrer el suelo.

La niña frunció los labios.

—¿Te vas a quedar esta noche? —preguntó a Blair.

—Si me aceptas —respondió él.

Ella se llevó las manos a la espalda y se meció de un lado a otro.

—¿Y ella? La diablilla robaría el corazón del hombre más robusto.

—Sí.

Con un chillido de placer, la muchacha se precipitó dentro, su pelo rojo fuego rebotando a su paso.

Marie se rio.

—Nunca sé lo que dirá mi hija. —Se volvió hacia Caitlin y su expresión se volvió sombría —. En estos días, rara vez vemos a alguien aparte de los ingleses. Será agradable tener otra mujer con quien hablar. Entra cuando estés lista. —Entró en la casa.

Los dedos de Caitlin se preocuparon por el costado de su andrajosa bata.

—¿Los conoce?

—No. Le cogió la mano y le frotó el pulgar por la suave curva de la palma.

Ella se apartó, lanzando una mirada nerviosa hacia la puerta.

—¿Entonces cómo puedes confiar en ellos?

Él volvió a cogerle la mano, la mantuvo firme.

—Son escoceses. Es nuestra forma de ayudarnos unos a otros sin cuestionarlo. —Un hecho que ella debería saber. Por otra parte, Caitlin había dicho que nunca había oído hablar de los fey. La muchacha lo confundía—. Ven. —La atrajo consigo mismo a entrar en la cabaña del

campesino. El rico aroma de la carne de venado hirviendo a fuego lento los saludó, al igual que la fragancia de las cebollas y las hierbas.

La mujer sonrió.

—Estamos comiendo estofado. Fergus mató ayer un corzo. Qué suerte tienen.

—Sí. —Blair asintió con la cabeza, pero el rostro de Caitlin había palidecido. ¿Por qué? Fuera, él había creído que su retraimiento se debía a su vergüenza por el estado andrajoso de su vestido, así como por haber informado a Fergus y Marie del ataque del caballero inglés. Pero, entonces, se había tambaleado ante la atención de la niña.

Hasta ese momento, habían viajado solos. Ahora, sospechaba que había algo más en su torpeza. Después de la fracturada vida del orfanato, ¿la había mantenido recluida el marido de Caitlin? ¿No le había permitido conocer a otras personas ni entablar amistad con ellas?

Eso explicaría muchas cosas. Parecería que la atención de su marido era poco más que la de un jabalí en celo. Su inocencia en el arte de hacer el amor demostraba que él no le había prestado la atención adecuada, ni se había asegurado de que ella encontrara su placer.

¿Qué otras crueldades había soportado la muchacha bajo la mano de su marido? Le parecía bien que el bastardo yaciera pudriéndose bajo tierra. Un hombre que trataba tan mal a una mujer no merecía nada mejor.

Permanecerían ahí solo una noche. Otro vestido le daría confianza, pero tal vez las próximas horas alrededor de una familia le mostrarían otro lado de la vida, uno con risas, sinceridad y amabilidad. Deseaba poder darle más, pero al día siguiente su tiempo juntos terminaría.

La idea de dejar a Caitlin le dejó un vacío en el corazón. ¿Su corazón? No. Eso nunca podría dárselo. Tenía demasiados secretos por delante. Incluso sin la incertidumbre de la guerra, su vida personal seguía siendo un lodazal.

Hizo una mueca. Fangoso era quedarse corto cuando pensaba en su relación con los hombres que deseaba desesperadamente recuperar como hermanos. ¿Existía la posibilidad de reconstruir un vínculo con los MacKintosh?

Blair dio una sacudida. Ahora no era el momento para tales cavilaciones.

—Iré a ayudar a su marido con la leña. Gracias por el alojamiento de esta noche.

Un rubor se extendió por las mejillas de Marie.

—El placer es nuestro. —Con una inclinación de cabeza, Blair se marchó.

La mujer se secó el sudor de la frente, puso el paño en una clavija cercana para que se secara. Lanzó una mirada preocupada a Arabelle.

—¿Cómo te va? —Hablaba de la supuesta casi violación.

—Estoy bien. —La mentira se retorció en las entrañas de Arabelle. Marie asintió.

—Ven, déjame darte la bata.

—Agradezco tu generosidad.

—Tonterías, es una oferta que hago con mucho gusto. —La robusta mujer rebuscó entre una pila de batas dobladas pulcramente dentro de un baúl—. Aquí está la que estaba buscando.

—Sacó una suave bata verde bordada con hilos de oro en el cuello—. Mi madre me la regaló cuando era más joven. —Una sonrisa curvó su boca mientras ponía la mano sobre su estómago —. Después de varios bebés, ya no me queda bien, ni creo que me quede bien nunca. Iba a utilizar retazos para empezar a coser una manta, pero prefiero verla puesta sobre ti.

La belleza del atuendo dejó atónita a Arabelle. Nunca había poseído nada tan regio.

—Estaré de viaje. Un vestido tan fino está lejos de ser apropiado para ese uso.

—Es mejor que sentarse en la oscuridad y acumular remordimientos.

Arabelle anhelaba tocar el intrincado tejido, la hermosa hechura.

—¿Está segura?

La sonrisa de la mujer se ensanchó. Marie le tendió el vestido.

—Pruébatelo. —Momentos después, Arabelle pasó la mano por el delicado bordado, siguiendo el dibujo de las hojas—. Tenías razón, el vestido te favorece. —Marie suspiró—. Y pensar que una vez me quedaba bien, pero dudo que alguna vez me viera tan bien. —Hizo una pausa—. ¿Te importa si te arreglo el pelo?

Arabelle vaciló. Nunca una mujer le había prestado atención, a menos que fuera una niña a la que regañar.

—Te he avergonzado —dijo Marie—. No era mi intención.

Conmovida, Arabelle le dedicó una tímida sonrisa.

—No, es solo que me he quedado sin palabras para corresponder a tu amabilidad.

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—No hay necesidad de hacer tal coa. Toma asiento y te arreglaré el pelo para tu marido.

¿Su marido? ¿Creía que Blair era su marido? Arabelle debería corregir a la mujer, pero dejó que la afirmación perdurara, que pasara por su mente como un deseo mientras la mujer le peinaba y trenzaba el pelo con destreza.

Poco después, Marie dio un paso atrás con una expresión de satisfacción en el rostro.

—Tu hombre estará encantado.

El calor acarició el rostro de Arabelle. Por equivocada que estuviera, por esta noche viviría el sueño de que Blair era suyo.

—Te lo agradezco.

Una sonrisa iluminó el rostro de la mujer.

—El placer es mío. —Guardó el cepillo en una desgastada caja de madera, luego se acercó y removió el guiso—. Tengo una tarea más antes de comer. ¿Te gustaría acompañarme?

—Sí —respondió Arabelle.

Los rayos dorados envueltos en naranja se hundieron en un lavado de púrpura cuando salieron al exterior.

Marie suspiró.

—Disfruto tanto de las largas horas del verano. Hay algo en la duración de la luz del día

que calienta el alma.

Arabelle escudriñó el cielo lleno de color. Nunca se había fijado en la duración de las horas del día, y mucho menos en cómo la afectaban. Ahora, contemplaba la extensión de los campos salpicados de brezo y una miríada de flores silvestres a las que antes había prestado poca atención.

—Es hermoso —suspiró Arabelle.

El sonido de unas pisadas resonó tras ella.

—Mamá, ¿puedo ir?

Una sonrisa cálida y fácil tocó el rostro de Marie.

—Sí. —Cogió la mano de su hija, acunando los pequeños dedos entre los suyos mientras caminaba hacia el oeste.

Arabelle las siguió. Sobre una pequeña elevación, resguardada bajo las ramas retorcidas de un roble macizo, distinguió tres pequeñas cruces blancas. Insegura, se detuvo en el borde exterior.

La mujer se detuvo ante las cruces. La tristeza tocó su rostro.

—Estos son mis hijos. Uno murió durante el parto, los otros dos de fiebre. Gauwyn… —Una sonrisa le curvó la boca—. Tenía la sonrisa más grande. Y su risa podía robarte el corazón. —La suya vaciló.

Sin saber qué decir, qué hacer, Arabelle se acercó a su lado.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Sí. Son mis hijos. —Marie se arrodilló junto a las tumbas. Una a una, arrancó las diminutas malas hierbas que se arrastraban por el suelo, dejando que las flores silvestres que florecían se balancearan ante las cruces talladas como una promesa de esperanza.

La emoción invadió a Arabelle mientras Marie atendía a aquellos a los que había dado a luz, solo para verlos morir.

Como si percibiera su dolor, Joneta se acercó y le tendió la mano.

Arabelle estrechó la mano de la joven con el corazón llorando por dentro. La imagen de sostener al hijo de Blair parpadeó en su mente. Un niño al que ella apreciaría. Pero, ¿y si perdía a su bebé? Enfrentada a tal adversidad, ¿podría ser tan fuerte como Marie? ¿Habría elegido seguir adelante? Aunque vivía una vida llena de peligros, los retos a los que se enfrentaba no exigían nada de su corazón.

Aunque le temblaban las rodillas, soltó la mano de la niña, se arrodilló junto a la mujer y tiró de una maleza obstinada.

—¿Cómo puedes venir aquí y enfrentarte a tales pérdidas cada día?

—¿Pérdidas? Sí, en cierto sentido lo son. —La ternura calentó el rostro de Marie—. Pero, durante un tiempo, tuve la bendición de compartir su tiempo en este mundo.

Arabelle se concentró en su tarea, humilde ante la fe de esta mujer. Los recuerdos de su juventud en el orfanato se agolparon en su mente. A lo largo de los años, pocos trabajadores se habían preocupado por los niños que había allí dentro. La mayoría de las veces, los que dirigían

el orfanato lo hacían por las monedas que ganaban. A sus ojos, la muerte de un niño hacía una boca menos que alimentar, una orden menos que dar, un llanto menos que escuchar por la noche.

—Toma, mamá. —Arabelle echó un vistazo.

Joneta tendió una ramita de brezo a su madre.

Esta atrajo a su hija a sus brazos y le dio un fuerte abrazo.

—Y tú también eres un regalo.

La niña besó a su madre en la mejilla y luego se acercó a Arabelle. Sacó la otra mano de detrás de su espalda. Una flor amarilla yacía en su palma.

—Para ti.

Las lágrimas empañaron los ojos de Arabelle mientras contemplaba los delicados pétalos. A algunos les parecería un simple regalo, pero nunca había recibido una ofrenda tan amable de nadie.

—Gracias.

Ignorante de su lucha emocional, Joneta se arrodilló ante ella, con sus grandes ojos verdes llenos de deleite.

—Colócatelo en el cuello.

Arabelle frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Refleja el amarillo en tu piel si te gustan los chicos.

—¿Y si no hay reflejo? —preguntó encantada.

Un ceño se frunció en la frente de la chica.

—No estoy segura, pero le preguntaré a mi padre. Él fue quien me habló de la flor.

¿Su padre? Nunca había creído que un hombre pudiera tener pensamientos tan caprichosos. Tampoco había conocido a una familia tan bondadosa. ¿Era esto lo que provocaba un verdadero matrimonio?

—Hazlo —le instó Joneta.

Con la garganta apretada, Arabelle se llevó la flor a la curva de esta.

—Lo sabía —chilló la niña—. Es amarillo por lo que veo.

Su madre le guiñó un ojo a Arabelle.

—Supongo que le gusta el hombre con el que vino.

El deleite brilló en los ojos de la niña.

—¿Te gusta?

—Sí —contestó Arabelle riendo. La emoción la inundó al pensar en Blair, en la enormidad de lo que le hacía sentir. El momento alegre se hizo añicos.

Ignorante del pánico de Arabelle, Marie rio entre dientes.

—Como el muchacho es su marido, estaría de acuerdo.

—Toma. —La niña depositó la muñeca entre las manos de Arabelle.

Abrumada por los pensamientos sobre Blair, sobre la creciente importancia que tenía en su vida, se quedó mirando la muñeca sin ver nada en realidad.

¿Qué sentía exactamente por Blair? No podía sentir amor. No sabía cómo era. Aun así, una dura presión le oprimía el pecho, una presión que se negaba a estudiar demasiado.

—No dices nada —dijo la chica.

Con dedos temblorosos, Arabelle agarró la muñeca, concentrándose en ella. Madera tallada hacía el robusto cuerpo. Una bola de tela sin teñir hacía la cara, los ojos dos piedras negras, sus centros tallados y asegurados con un pequeño trozo de cáñamo. El pelo largo y castaño yacía sujeto a la cabeza. Arabelle tocó un trozo.

—Es de nuestro caballo —proclamó Joneta.

Arabelle forzó una sonrisa.

—Así es. Y tienes una muñeca preciosa. ¿Por qué la compartiste conmigo?

—Parecías triste —respondió la niña—. Quería hacerte sonreír.

El aire la abandonó de golpe. Miró a Marie y descubrió que la mujer la observaba con curiosidad.

—Toma. —Arabelle le devolvió la muñeca—. Te echa de menos.

Una enorme sonrisa curvó la boca de Joneta.

—Sí que lo hace.

Sombría, Arabelle observó cómo la niña se alejaba dando saltitos, la mente de esta ya inmersa en su siguiente plan.

—Es una muchacha muy considerada.

Las suaves palabras de la madre hicieron que Arabelle mirara hacia ella.

—Sí, tan reflexiva como su madre. Tu hija es muy afortunada de tenerte.

Un rubor tocó las curtidas mejillas de Marie, pero también el orgullo.

—Ven —dijo, poniéndose de pie—. El estofado debe de estar a punto. Tenemos que poner la mesa; los hombres tendrán hambre.

Joneta saltó a su lado mientras Arabelle caminaba hacia la sólida cabaña.

¿Cómo sería vivir una existencia tan sencilla?

No, sencilla no, una vida complicada por los deseos de un hombre y un país en guerra, pero contra las adversidades de la vida se habían labrado un hogar y, contra todo pronóstico, habían encontrado el amor.

Capítulo 10

Blair se recostó en la mesa, la conversación que habían tenido le hizo añorar los tiempos en los que había cenado con sus hermanos. Le vino a la memoria el recuerdo de Keir cambiando la cerveza de Neilan por agua para lavar cuando habían roto el ayuno, y de cómo Neilan lo había vomitado todo. Sin dudar de quién haría semejante travesura, Neilan había acorralado a Keir, pero el hermano menor ya había huido hacia la entrada.

Los bramidos de Neilan mientras corría tras su hermano aún resonaban en la mente de Blair. Al igual que los aullidos de risa de los caballeros dentro de la gran sala, y luego el grito de Keir desde fuera cuando habían oído un fuerte chapoteo. Con el orgullo en la cara, Neilan había arrastrado a Keir al interior empapado de pies a cabeza.

Con el corazón encogido, Blair metió la mano en el bolsillo y tocó la punta de la flecha de Keir, que había guardado de la hoguera bajo las cataratas. Habían fallado por horas.

Quizá fuera lo mejor. ¿Cómo habría explicado que vivía? Y si lo hubiera hecho, ¿le habría perdonado Keir su intento de asesinato de la esposa de su hermano? En aquel momento, había permitido que sus acciones fueran gobernadas por el odio, a expensas de aquellos a los que amaba. Demasiado tarde había aprendido que la vida no siempre era tan clara, e incluso las intenciones más nobles podían destruirte.

—¿Quieres más para comer? —le preguntó Marie mientras le tendía una rebanada de pan.

—No —respondió Blair—. La comida ha sido excelente. Le doy las gracias.

—Yo también estoy llena —añadió Caitlin cuando la mujer se volvió hacia ella.

—Nunca he visto a dos personas comer tan poco —espetó Marie.

Las dos cejas rojas se alzaron en señal de alegría mientras Fergus reía.

—¿Veis lo que me hace pasar mi mujer? Siempre me asegura que debería comer más. La razón por la que paso tanto tiempo cortando troncos.

Un ceño fruncido esculpió la expresión de Marie, una suave censura llena de nada más que de amor.

Caitlin sonrió, su rostro relajado y dorado dentro del resplandor del hogar, y Blair saboreó su felicidad. El color del vestido resaltaba el verde de sus ojos, y él apreció la intrincada trenza tejida en su pelo.

—¿Irás de caza mañana? —le preguntó Marie a su marido. Las sombras parpadearon en el rostro de Fergus cuando sus ojos se encontraron con los de Blair.

—No. Antes del anochecer, divisé una banda de ingleses más allá del quemadero. —Se volvió hacia su esposa—. Mañana, Joneta y tú os quedaréis cerca de la casa.

«Y él y Caitlin también tendrían cuidado en su viaje», se juró Blair.

La silla crujió cuando Fergus la arrastro para ponerse en pie, y luego asintió en dirección a Blair.

—Después del día que han tenido y otro que aún os queda, estaréis deseando dormir.

¿Esposa? Blair abrió la boca para corregir al hombre, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Atónito por lo acertadas que sonaban las palabras del campesino, se quedó mirando a la mujer que le había hecho sentir más que ninguna otra.

Joneta colocó su muñeca a su lado y Caitlin sonrió. Ese simple gesto le robó el aliento a Blair. ¿Cómo sería pasar cada tarde con ella, compartir los sinsabores del día o, tras terminar las tareas, llevarla a su cama?

La imagen de ella embarazada de su hijo susurraba en su mente, el brillo en su rostro, el vínculo formado entre ellos que nadie podría romper.

—Dormiréis en el desván —dijo Fergus, interrumpiendo sus pensamientos.

Curioso por saber qué respondería Caitlin a la oferta del escocés, Blair ignoró su expresión turbada.

Ante el silencio de Blair, el calor quemó las mejillas de Arabelle. ¿Por qué no declinaba la generosa oferta? No estaban casados.

Inquieta, arqueó una ceja hacia Blair, y él le dedicó una cálida sonrisa. Era un fanfarrón. Bien entonces. Arabelle sacudió la cabeza ante el fornido escocés.

—No ocuparemos su cama.

—Debéis hacerlo —señaló Fergus—. Nos ofenderíamos si no aceptarais nuestra oferta.

¿Por qué Blair no decía nada? Arabelle le envió otra mirada de pánico.

—Nosotros...

—Estamos agradecidos —terminó de decir Blair.

Fergus asintió, luego se dirigió a la puerta y se volvió.

—Me ocuparé de las ovejas antes de irme a la cama. —La puerta se cerró tras él con un sólido golpe.

Marie le dedicó a Arabelle una sonrisa cómplice. Tarareando, se levantó y empezó a recoger la mesa. Arabelle se inclinó más hacia Blair.

—¿En qué estás pensando? —susurró—. No podemos quitarles la cama.

Blair se levantó.

—Ayudaré a su marido. —Con un guiño, se dirigió a la puerta.

Dios bendito. Arabelle recogió lo que quedaba en la mesa. Con las manos tan llenas como sus pensamientos sobre la noche que se avecinaba, siguió a la mujer al exterior.

La vergüenza la invadió. Por muy equivocados que estuviera, ella tampoco admitiría la verdad. Si lo hacía, perdería su última y preciosa noche con Blair.

La luz de las velas acarició el cuerpo de Caitlin, le guio mientras Blair la llevaba lentamente al límite. Le tapó la boca y reclamó cada gemido, saboreando cada uno de sus estremecimientos mientras lo cabalgaba hasta alcanzar su liberación. En un momento dado, él se impulsó con fuerza y encontró la suya. Los dos cuerpos se fundieron en uno solo. Él se dio la vuelta, la atrajo hacia sí y le estampó un suave beso en la boca.

—Eres increíble —susurró, y luego la besó a lo largo de la curva de su mandíbula.

—Y tú —susurró ella con un medio gemido—, e insaciable.

Le pellizcó el pezón.

—Solo contigo.

Bajo el parpadeo de la llama, el brillo que había en sus ojos por culpa del placer se desvaneció, dando paso a la preocupación.

El jugueteo del momento se había desvanecido. Blair apartó los mechones de pelo que protegían su rostro.

—¿Qué ocurre?

—Es una tontería.

—Si hace que tus ojos estén tristes, no lo es. —La mirada de Caitlin se suavizó, pero permaneció en silencio. Él le acarició la mejilla con el pulgar—. Cuéntame qué pasa.

—¿Viste las tres cruces que hay sobre la colina?

—Sí.

—Cada una es por un bebé perdido. —Le acarició la mejilla.

—Es trágico, pero por desgracia es algo común Una realidad de la vida que vivimos.

—Pero tienen tumbas —susurró ella. Sus palabras sonaban ásperas.

—Las tienen —convino él, confundido por sus palabras.

—Y una madre. Una madre que los quería mucho. —Las lágrimas empañaron sus ojos—. ¿No lo ve? Nunca serán olvidados. En un orfanato no hay familia. —Su respiración se estremeció—. Y entre los fríos muros, cuando los niños mueren, son olvidados. Desechados como si fuesen basura.

Y él lo comprendió. Dada su juventud, la idea de que alguien se preocupara por un niño perdido le resultaba extraña, pero el concepto la conmovía. Toda su vida había estado sola, su matrimonio no había sido más que una farsa. Su marido, un hombre que se había aprovechado de una muchacha desesperada. Nunca había sido amada de verdad.

Blair reclamó su boca en un beso suave, dolorido. Deseoso de poder darle más.

Caitlin se separó, con preguntas atormentando sus ojos.

—¿Por qué no le dijiste a Fergus que no estamos casados? —Él acarició su piel sedosa.

—Es egoísta, pero quería hacer el amor contigo en una cama. Mañana llegaremos a mi destino. Allí nos separaremos. —El silencio se extendió entre ellos. Él tiró del último mechón de pelo de su trenza y lo extendió sobre la almohada de plumas—. ¿Me perdonas por haber permitido que creyeran esa mentira?

Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—No debería. —Blair arqueó una ceja.

—Tampoco te oí decirles tú la verdad. ¿Por qué?

—No tiene importancia. —Se rio entre dientes.

—Lass, parece que eres tan culpable como yo.

—No tiene gracia.

—No —dijo él, acercándose para deslizar su dedo por su resbaladiza calidez—. Está lejos de ser una cuestión de broma. —Ante su suave gemido, se burló de ella, acariciándola hasta que su cuerpo se estremeció.

—No puedo otra vez tan pronto —jadeó ella mientras él aumentaba el ritmo. Con placer, él le demostró que estaba equivocada.



Arabelle se movió y chocó contra Blair. En la oscuridad, solo rota por la vela casi apagada, se acurrucó contra su musculoso calor y se abrazó a los recuerdos de cómo habían hecho el amor a lo largo de toda la noche. Con demasiada facilidad se había acostumbrado a que él estuviera a su lado; a su protección, a las simples discusiones que eran cualquier cosa menos eso.

¿Cómo de fácil sería ceder, desear cada día la noche, compartir con Blair cada uno de sus deseos, cada uno de sus sueños y cada uno de sus anhelos? Ella se aquietó.

Por favor, ella lo amaba.

El aire abandonó de golpe sus pulmones, la enormidad de su realización le robaba cada uno de sus pensamientos. Arabelle luchó contra el pánico y, lo que era más chocante, encontró la necesidad. Un dolor desesperado que solo Blair podía llenar.

Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras miraba fijamente a un hombre que se había vuelto demasiado importante. Un hombre que debería ser su enemigo pero que, contra todo pronóstico, le había robado el corazón.

Excepto que él no la amaba. El arrepentimiento le raspó la garganta. Al menos, uno de ellos tenía sentido común. Pero ella le importaba, y eso era peligroso. No, no se entretendría en analizar sus sentimientos por ella. No permitiría que su mente imaginara un futuro entre ellos, ni la idea de tener hijos. Pero, por primera vez en su vida, lo deseó.

Con el corazón dolorido por lo que nunca podría ser, Arabelle miró por una rendija de la pared hacia el exterior. La oscuridad se aferraba al cielo, pero toques de color púrpura anunciaban el día que se avecinaba.

Independientemente de lo que ella quisiera, esta no era su vida. No era más que un papel temporal que debía representar.

Una que ahora terminaba.

Sir Cressingham esperaba la entrega del escrito junto con la información que había reunido. Por mucho que le doliera traicionar a Blair, si no le llevaba al tesorero escocés lo que le había prometido, él la tacharía de criminal y ella viviría el resto de su vida huyendo.

Arabelle se retrajo, abrazando el entumecimiento, dudando de que alguna vez volviera a sentirse completa. Con cuidado, buscó el documento encuadernado en cuero entre el montón de ropa que tenía a su lado.

—Mmmm. —Se quedó paralizada.

Blair se movió, su brazo llegó hasta donde ella se había tumbado momentos antes. Su corazón se rompió. Incluso dormido, él la buscaba.

Pasaron largos segundos. Lo vio fruncir el ceño; luego, su cuerpo se relajó y de nuevo comenzó a roncar.

Con la llegada del alba, su mente empezaba a despertarse. Debía darse prisa. Con el pulso acelerado, Arabelle palpó a lo largo de los pliegues de su ropa.

Un suave golpe contra el muslo de Blair le hizo fruncir el ceño. La bruma de su mente empezó a despejarse. Caitlin. Imágenes de su cuerpo cuando él la había reclamado le recorrieron como aceite caliente; de su exploración, de cómo había florecido bajo su tacto. Sonrió. Pronto se irían, pero él haría el amor con ella una última vez.

Apartó los restos del sueño a un lado y abrió los ojos. Perfilada por la llama de la vela, Caitlin se arrodilló junto a su cadera. Por todos los dioses, la muchacha sería su muerte, pero moriría como un hombre feliz.

Le tendió la mano.

Su cuerpo se endureció, le dolía su tacto, el inmenso placer que estaba por llegar.

En lugar de eso, ella pasó por delante de él y le levantó las ropas. ¿Qué demonios? Blair se puso totalmente alerta.

Con minuciosidad metódica, buscó entre sus ropas. ¿Qué buscaba? Recordó su interés por el escrito cuando se le había caído del bolsillo por el camino.

La oscuridad le revolvió las tripas.

—Caitlin.

Ella dio un respingo. El jadeo que soltó era el de alguien culpable que había sido atrapado. Con una risa nerviosa, se acomodó de nuevo sobre sus rodillas.

—No sabía que estabas despierta.

Un frío silencio se instaló entre ellos, en desacuerdo con sus pensamientos eróticos de momentos antes.

—¿Qué estabas buscando?

—Un lazo para sujetarme el pelo.

Una mentira, traicionada por el nerviosismo que teñía su voz.

—Quiero la verdad.

—¿La verdad? —repitió ella, con el dolor y la sorpresa grabados en el rostro—. Te la acabo de decir. —Ella vaciló—. Blair, ¿qué ocurre? Lo que dices no tiene sentido.

—En eso estamos de acuerdo —respondió él, y rezó para que sus sospechas fueran falsas.

—Mamá. —La voz de Joneta resonó desde el piso de abajo—. Creo que están despiertos.

—Es temprano. No los despiertes —murmuró Marie en voz baja.

—Pero está saliendo el sol.

—Shhh —respondió su madre.

—Vístete —le susurró Blair a Caitlin con voz ronca—. Tenemos que irnos.

—No, espera. —Ella se revolvió bajo su atuendo, luego levantó una delgada tira de cuero de debajo de una pierna de sus pantalones—. Aquí, lo encontré. —En la escasa luz, la cautela arrugó su rostro—. No estoy segura de lo que ocurre, pero soy inocente de lo que sea que crees que he hecho.

Se quedó mirando la sencilla corbata, se agarró los corpiños y se los puso.

—¿Blair? Por favor, me estás asustando.

¡Maldita fuese toda esta situación! Molesto consigo mismo, agarró sus pantalones. Su afirmación era cierta. Después del increíble amor que habían hecho durante la noche, ¿por qué había supuesto lo peor? ¿Y por qué seguía sintiendo como si algo estuviera mal? Sin embargo, la muchacha merecía una disculpa.

Extendió la mano, agradecido cuando ella acudió a sus brazos. Su cuerpo tembló contra el suyo, y el sentimiento de culpa aumentó. Apretó un beso sobre su frente.

—Lo siento, muchacha. Estoy de los nervios. —Peinó con sus dedos el cabello de ella—. Hoy voy a llegar a mi destino.

Ella se echó hacia atrás.

—Eso debería complacerte, no causarte disgustos.

—Ojalá fuese tan sencillo.

—No lo entiendo.

Tampoco podía explicárselo. Decirle lo que ella le hacía sentir solo haría más difícil la despedida.

—Una vez que lleguemos, me aseguraré de que te lleven a donde desees. —Hizo una pausa. Tenía el corazón oprimido—. Dudo que nos veamos después.

—Les oigo hablar otra vez, mamá.

—Ve fuera —susurró Marie—. Recógeme flores frescas.

Tras un dramático suspiro, resonó el chirrido de la puerta. Salvo por los suaves pasos de Marie, se hizo el silencio en la planta baja.

Blair acarició con sus dedos el pelo de Caitlin y le dedicó una sonrisa tensa.

—Ojalá tuviéramos tantos problemas como la pequeña.

Ella asintió, con la mirada cautelosa. Se apretó la túnica entre las manos.

—Por mucho que anhele quedarme, es hora de que partamos.

—¿No estás enfadado conmigo? —Ella vaciló—. Debería habértelo preguntado antes de rebuscar entre tus ropas.

—No, tengo muchas cosas en la cabeza. —Por mucho que deseara encontrar la paz, un nudo de duda permanecía instalado en la garganta.

—Te echaré de menos —dijo ella.

La angustia en su voz coincidía con la suya. La atrajo hacia sí para darle un largo beso, saboreando su suavidad, el sabor que era únicamente suyo.

—Yo también te echaré mucho de menos. —Más de lo que jamás podría admitir.

Le acarició el cuello, se llevó la punta de su pecho a la boca y la saboreó por última vez. Con un gemido la apartó.

—Vístete, muchacha.

El endiablado brillo en sus ojos mientras, con seductora lentitud, se levantaba la bata, la sujetaba bajo sus pechos, enmarcando lo que él había saboreado, saboreado durante toda la noche. Apretó los dientes.

—Deprisa, muchacha.

Como si era posible, sus movimientos se ralentizaron. La picardía que había en sus ojos le aseguraba que era muy consciente del efecto que tenía sobre él. Se puso la bata y dejó los lazos sueltos; su cuerpo medio protegido, medio expuesto a su vista.

¡Maldita sea! Duro como una roca y dolorido por la necesidad que tenía de ella, la cogió y la arrojó debajo de él.

Mientras presionaba su cuerpo sobre el suya, se le escapó una risita.

—¿Qué haces?

—Te estás burlando de mí —susurró él.

—No lo hago —susurró ella.

Como si su afirmación o el anhelo que había en su voz ayudaran. Le dio un beso sólido, deseando arrancarle la bata y clavársela hasta el fondo. Con mucho esfuerzo, se contuvo.

—Adelante —gruñó Blair mientras se liberaba y se tiraba de la túnica, consciente de que estaría empalmado todo el día pensando en ella.

Con una sonrisa melancólica, terminó de ponerse la bata.

Momentos después, con la sangre aún caliente recorriéndole el cuerpo, Blair descendió por la escalera.

Cada movimiento de Caitlin, cada paso que daba, lo volvía loco.

—Anoche dijisteis que os irías al amanecer —comentó Marie tras intercambiar los buenos días. Puso un fardo envuelto en tela sobre la mesa—. Es carne seca y pan para vuestro viaje.

—Mi agradecimiento —dijo Blair.

—¿Romperás el ayuno con nosotros antes de partir? —preguntó Marie.

—No —respondió Blair—. Pero estamos agradecidos por todo lo que usted y su marido han hecho por nosotros.

Con el corazón palpitante, Arabelle colocó su mano sobre la de Blair.

—Yo también estoy agradecida.

—Si alguna vez volvéis por aquí —dijo Marie—, nuestra puerta está siempre abierta.

—Sí —añadió Fergus mientras se ponía al lado de su esposa.

—Es muy amable de su parte —dijo Arabelle.

—Si puedes —pidió Marie—, por favor, despídete de Joneta. Se le rompería el corazón si te fueras sin verla.

Sin proponérselo, las lágrimas quemaron los ojos de Arabelle.

—Por supuesto. —Marie sonrió.

—La pequeña tiene una forma de ser que te roba el corazón.

—Sí que lo hace. La echaré de menos. —Arabelle se recompuso, estremecida al comprobar que sus palabras eran ciertas. Durante toda su vida se había asegurado de que nunca le importara, pero desde que había conocido a Blair, todas sus barreras se habían derrumbado. Después de su partida, ¿podría reconstruir alguna vez sus muros emocionales?

Abrumada por la emoción que sentía, y un tanto insegura, Arabelle salió al exterior y se encontró con el sol deslizándose por el horizonte. Una ligera capa de rocío se aferraba a la hierba. La luz púrpura brillaba en cada brizna, dando al campo un resplandor mágico y aire fresco.

Entre las briznas de sol que se asomaban entre las hojas, divisó a Joneta sentada en la colina, cerca de los árboles que protegían las cruces.

Con el corazón encogido, miró a Blair.

—Solo será un momento.

—Debemos darnos prisa.

—Lo sé. No tardaré.

El rico aroma de la tierra llenaba cada una de sus respiraciones mientras caminaba entre el vaivén de la hierba cargada de humedad. Las frondosas briznas dejaban rastros húmedos contra el dobladillo de su vestido.

Arabelle lanzó una mirada disimulada a Blair. Aunque él se había disculpado con ella, había respondido a sus burlas, ella había llegado a comprender que pensaba las cosas largo y tendido. Reflexionaba sobre sus sospechas, las dejaba reposar en su mente.

Gracias a Dios, había escondido la corbata de cuero en su mano y luego la había retirado como si acabara de encontrarla. No podía demorarse más. De algún modo, en las próximas horas debía tomar la orden y escapar.

La culpa abrumaba a Arabelle. Después de hacer el amor con Blair, ¿podría robarle?

¿Tenía otra opción? Si no conseguía la cédula, viviría huyendo y temiendo por su vida.

El suelo se curvó hacia arriba. A medida que Arabelle se acercaba a los árboles, el suave zumbido del niño llegó hasta ella y una sonrisa le tocó la boca.

Con la cabeza inclinada en señal de concentración, Joneta sostenía varios dientes de león mientras seguía recogiendo más. Sus robustos tallos entrelazados en su mano, la muñeca colgando bajo su otro brazo.

Una imagen que Arabelle atesoraría para siempre. Se detuvo a varios pasos de distancia.

—Joneta.

La niña se volvió. La felicidad cubrió su rostro. Se levantó de un salto, las flores flotando en su mano.

—¡Mira lo que he recogido!

—Ya veo. —Se encontró con la niña a medio camino y se arrodilló frente a ella—. Son preciosas.

Su sonrisa se amplió mientras se las tendía.

—¡Son una sorpresa para ti!

Arabelle luchó por no derrumbarse mientras atraía a la niña para darle un abrazo.

—Te lo agradezco. Nunca te olvidaré.

Joneta se puso rígida en sus brazos.

Confundida, se echó hacia atrás, sorprendida por el ceño fruncido de la chica.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué es eso?

Ella se volvió. Un destello de luz cruzó el campo entre las sombras oscuras de los árboles. Arabelle se aquietó. Santo Dios, no eran sombras, sino caballeros. Por el estandarte, eran ingleses.

Con el corazón palpitándole en el pecho, se puso en pie, mirando hacia donde Blair la esperaba cerca de la cabaña del labrador. El terreno más bajo le impedía ver la amenaza. Si gritaba, alertaría a los caballeros de que habían sido vistos.

—¿Sabes lo que es eso? —preguntó Joneta ingenua.

Temblorosa, Arabelle cogió la mano de la niña.

—Vamos a enseñarle a tu madre las hermosas flores. —Intentó mantener la voz firme—. —Le encantarán. Debemos darnos prisa antes de que se marchiten. —Empezó a avanzar a paso ligero. «Por favor, Dios, ¡que lleguemos a la cabaña del hortelano antes de que ataquen los ingleses!»

—Mira allí —dijo la niña cuando empezaban a bajar la colina—, parecen caballeros.

—Así es. —Ella mantuvo la calma y siguió avanzando—. Debemos decírselo a tu padre.

Joneta saltó a su lado.

—¿Crees que son hombres amables? —El retumbar de cascos sonó desde el otro lado del

campo.

¡Los caballeros se dirigían a la cabaña del campesino!

—¡Blair! —Se giró hacia ella—. ¡Caballeros ingleses! —Arabelle los señaló—. ¡Al otro lado del campo!

Blair sacó su espada y le hizo señas para que retrocediera.

—¡Coge a Joneta y escóndete! —Esprintó hacia la cabaña.

—Ven. —Con el miedo azotándola, Arabelle condujo a Joneta colina arriba hacia el muro de árboles.

El golpeteo de los cascos golpeando la tierra aumentaba. La niña empezó a llorar.

—Quiero ir a casa.

A esta velocidad, nunca llegarían al bosque. Arabelle cogió a Joneta por los hombros.

—Debemos escondernos. Tus padres querrían eso. ¿Lo entiendes?

Las lágrimas surcaron el rostro de la niña, pero asintió.

—¡Bien, ahora corre! —El estruendo de las pezuñas aumentó, ahogando el golpe de su corazón contra el pecho. Miró hacia atrás. Las llamas salían disparadas del tejado de paja. ¡Los bastardos habían prendido fuego a la cabaña! ¿Por qué? Fergus y Marie no les habían hecho nada en el pasado, salvo darles comida y agua.

Divisó a Blair y Fergus poniéndose a cubierto detrás de un carro. ¿Dónde estaba Marie?

Las llamas en el tejado crecían, arqueándose hacia el cielo mientras muchas más se arrastraban por los laterales de la casa.

La furia se acumuló sobre el miedo mientras Arabelle avanzaba. La línea de árboles se alzaba ante ellas. Si llegaban al bosque, podría esconder a Joneta.

El contingente se acercó a la cabaña. Ella escudriñó a los caballeros. Veinte hombres. Blair y Fergus eran dos, los superaban ampliamente en número.

Las briznas de hierba húmeda golpeaban sus pies.

—Sigue corriendo —instó Arabelle.

—Me duelen las piernas.

—Lo sé.

Los caballeros del campo de abajo ensancharon su línea y guiaron a sus caballos en un amplio arco.

Estaban formando una maniobra para atacar.

Un grito resonó en el campo. Dos caballeros apuntaban hacia ella y Joneta.

¡Por todos los dioses, las habían visto!

Los dos hombres se separaron de la línea y galoparon hacia ellas.

—¡Agárrate! —Arabelle levantó a la niña del suelo y echó a correr.

Los cascos golpeaban detrás de ellas. Una flecha pasó a toda velocidad, clavándose en el

suelo a un paso de distancia.

Joneta gritó.

Otra flecha pasó como un rayo, se clavó en un árbol cercano.

¡No lo iban a conseguir! Arabelle dejó a la niña en el suelo.

—Corre. Escóndete en lo profundo del bosque. Pase lo que pase, ¡no mires atrás!

Las lágrimas surcaron el rostro de la niña.

—No quiero dejarte.

—¡Vete! —A su orden, la niña retrocedió dando tumbos—. ¡Deprisa!

Joneta se dio la vuelta y huyó, las piernas de su muñeca rebotando bajo su brazo.

Furiosa, Arabelle echó mano de su cuchillo mientras otra flecha pasaba siseando por su lado. Podría morir, pero malditos fueran, mantendría a raya a los caballeros hasta que Joneta se hubiese escondido.

El grito de Joneta la hizo girar.

Como a cámara lenta, la joven se estampó contra el suelo. Su vestido voló por los aires y luego se arrugó sobre su forma inmóvil.

—¡Joneta! —Arabelle corrió hacia ella. La niña yacía inmóvil.

Un grito quedó atrapado en su garganta mientras Arabelle se detenía a trompicones. ¡Dios, no!

De los pliegues de tela que cubrían el cuerpo de la niña surgió el astil de una flecha.

Capítulo 11

El grito de Caitlin rasgó el aire.

Con el corazón palpitante, Blair se giró. Buscó en la loma por donde habían cabalgado los dos caballeros que se habían separado del contingente, directos hacia Caitlin y Joneta.

La loma estaba desnuda.

¿Estaban muertas? Después de presenciar la habilidad de Caitlin con la espada, se aferró a la creencia de que aún vivían. Miró hacia los mechones de césped que cubrían un escondite bajo tierra donde yacía Marie. Si tan solo el tiempo hubiera permitido a Caitlin y a la niña volver corriendo.

El estruendo de los cascos golpeó contra la tierra cuando el contingente principal se cerró sobre ellos.

Miró a través de los listones de madera desgastada y maldijo para sus adentros. El carromato tras el que se escondían él y Fergus les daría segundos como mucho.

Una flecha en llamas pasó disparada por su lado y se hundió en la cabaña del campesino. Un humo oscuro comenzó a surgir a su alrededor. El tejado de paja, que había ardido momentos antes, temblaba ahora bajo las voraces llamas. Las chispas llovían por el aire. El hedor del hollín y el creciente calor eran sofocantes.

Varias flechas más pasaron azotando.

Contra la marejada de humo y los gritos de los caballeros, Blair preparó su espada.

—Cuando estén a menos de dos cuerpos, cogeré a uno con una daga y luego usaré mi espada.

Fergus asintió.

—Como yo.

Eso suponía cuatro de dieciocho. No, no pensaría en las probabilidades. Si moría, sería matando a los bastardos.

Los cascos golpeaban el césped como si fueran truenos. La línea de caballeros ingleses se acercaba.

—¿Listos? —llamó Blair.

Fergus levantó su daga.

—Sí.

Una flecha se alojó a un palmo de Blair. Otra se clavó en el carro. Las sombras de los hombres que se acercaban parpadeaban en los listones.

—¡Ahora! —Con las armas en la mano, Blair rodó lejos de la carreta. Se puso en pie de un salto, apuntó y luego lanzó.

El caballero más cercano cayó de su caballo.

Con un grito de guerra, Blair apuntó su espada y cargó. Otro caballero, pero a unos pasos de distancia, hizo girar su montura.

Blair se lanzó hacia delante, blandiendo la espada. El acero resonó con un violento rasguño. Clavó la espada en el corazón del hombre.

El shock onduló en el rostro del hombre. Con un grito ahogado, cayó de su montura.

Con los ojos desorbitados, el caballo del caballero se encabritó.

Blair cogió las riendas, giró sobre su lomo y enfiló con fuerza para enfrentarse a su siguiente agresor. El dolor le abrasó la espalda. Se golpeó contra la cruz de la montura. Otra espada se le clavó en su hombro izquierdo y su visión empezó a nublarse.

Un caballero embistió a su caballo y clavó su bota en la cara de Blair.

El dolor destrozó a Blair mientras caía de su montura, golpeándose contra el suelo. Con el cuerpo dolorido, echó mano a su espada.

Una sonrisa áspera esculpió el rostro de su último enemigo mientras desmontaba a varios pasos de distancia. El caballero soltó las riendas, levantó una mano hacia los otros que se habían acercado.

—Acabad con el otro escocés —ordenó el caballero—. Yo despacharé a este derrochador.

¡Bastardo arrogante! Con un grito de guerra, Blair se limpió la sangre que le manchaba la vista y se puso en pie. Su cuerpo se estremeció.

—Fuera de aquí, malnacido —les gritó Fergus a los caballeros que lo atacaban. El acero raspó. Sonó un gruñido.

Por el rabillo del ojo, Blair vio a un caballero retroceder a trompicones, cayendo al suelo.

Otro hombre menos. Se centró en su atacante.

El inglés cargó.

Blair se encontró con la hoja de su agresor, retorció su espada. Antes de que el hombre pudiera zafarse, empujó al caballero hacia atrás.

La furia ensombreció la expresión del guerrero mientras recuperaba el equilibrio. El caballero se lanzó hacia delante, sus golpes despiadados.

Blair recibió los golpes, con cada impacto haciendo mella en su cuerpo ya exhausto. El calor del edificio en llamas le abrasaba la espalda, el humo le obstruía la garganta. Al siguiente asalto, desvió el golpe del hombre, aunque a duras penas.

Otro goteo de sangre emborronó su visión.

Maldición, no cedería. Los músculos chillaron mientras apuntaba con su espada al caballero, que se balanceaba. El acero afilado se encajó contra el hueso.

El rostro del otro hombre cambió del dolor a la furia. Las fosas nasales se le abrieron cuando levantó de nuevo su espada.

Un cuerno sonó al otro lado del campo. El caballero miró hacia el oeste.

Blair siguió su mirada, deteniéndose. Otro contingente cabalgaba a través del campo.

El caballero inglés maldijo.

A pesar de su visión borrosa, Blair distinguió el estandarte del conde de Crampton. Era Keylan, ¡su hermano!

—¡A las armas! —rugió el caballero que tenía delante. Este le lanzó a Blair una mirada furiosa—. Volveré para acabar con tu lamentable culo. —Salió disparado hacia su caballo, se balanceó y pateó su montura para unirse a sus hombres, que formaban una línea.

Blair tropezó tras él.

—¡A la carga! —ordenó el caballero inglés. La tierra voló mientras avanzaba.

El estruendo de los cascos de los rebeldes atacantes creció hasta convertirse en una andanada que retumbaba en los oídos. Al primer choque de acero, Blair se volvió. Vio a Fergus tendido en el suelo y se acercó tambaleándose.

—Vienen los rebeldes —dijo Blair.

Con el cuerpo hecho un amasijo de cortes y magulladuras, Fergus se volvió hacia donde se escondía Marie. El césped yacía intacto.

—Gracias a Dios. —La preocupación fue patente en su rostro mientras escudriñaba la loma.

—¿Joneta?

—La encontraré. —Blair rezó para que ella, al igual que Caitlin, viviera. Asintió con la cabeza—. Ve con tu mujer.

El escocés empezó a levantarse, pero se desplomó.

Blair agarró a Fergus, sus maltrechos músculos se rebelaron ante el peso extra. Sobre piernas temblorosas, el escocés se empujó para liberarse. Se puso en pie a duras penas.

—Encuentra a Joneta. Yo… Fergus murmuró una maldición. Tenía el rostro demacrado y áspero, como si hubiera envejecido diez veranos de golpe—. Debo saberlo.

—Sí —respondió Blair, comprendiendo el miedo del otro hombre. Incluso con la habilidad de Caitlin, bien sabía él cuáles eran las probabilidades de encontrar a alguna de las dos con vida.

En el campo resonaba el familiar grito de los caballos, el choque de las espadas y las maldiciones de los hombres. La lujuria de la batalla cantaba en su lengua, el impulso de correr hacia el cuerpo a cuerpo, de clavar su espada en el corazón de otro bastardo inglés.

Pero si lo intentaba, habiendo perdido demasiada sangre y apenas pudiendo mantenerse en pie, bien podría morir desangrado antes de llegar a la lucha. Sin embargo, por mucho que Blair quisiera unirse a los MacKintosh, en su estado debilitado sería más un estorbo para sus hermanos que una ayuda.

Y ver vivo a un hombre que creían muerto les daría qué pensar. En el fragor de la batalla, la vacilación invitaba a la muerte. Exhaló un suspiro. Keylan y sus hombres superaban en número a los ingleses. El encuentro con sus hermanos llegaría pronto.

Blair se concentró en el montículo. Debía encontrar a Caitlin y a la niña.

Mareado, agotado y con los músculos rebelándose a cada paso, se obligó a subir la colina. A mitad de camino, la hierba ante él se desdibujó. Jadeante, se detuvo, con el hombro pegajoso de sangre, las lápidas a lo lejos eran un oscuro presagio. Apretó los dientes y siguió avanzando.

En lo alto de la colina, a través del rollo de hierba, un destello de ropa llamó su atención. No, no era ropa, sino un cuerpo.

¡Caitlin!

Corrió, ignorando el dolor, el pinchazo de la roca en sus botas, cómo cada montículo irregular de tierra amenazaba con derribarlo. El fragor de la batalla a su paso se fundía con el golpeteo de su sangre, el grito del acero sonaba en cadencia con sus temores.

A varios pasos de distancia, a través de la mancha de sangre y sudor, distinguió los colores ingleses. Con el pecho agitado, tropezó hasta detenerse. Era uno de los dos caballeros que habían cabalgado hacia Caitlin. La daga que portaba estaba incrustada en su garganta. Miró hacia abajo. La espada del hombre había desaparecido.

A través de una visión nublada, escudriñó la hierba y la maleza que bordeaban el bosque.

Nada.

Maldita sea. ¿Dónde estaba el otro caballero? ¿Se había reunido con los demás o, furioso por haberle quitado la vida a su camarada, la había perseguido y matado? No, ella había cogido la espada del caballero muerto.

La posibilidad de que vivieran existía.

Con el corazón palpitante, Blair siguió adelante. Cerca del borde de los árboles, el rojo manchaba una roca. ¡No! Blair avanzó a trompicones.

Sobre la copa de un árbol caído yacía otro cuerpo.

Con la garganta apretada, rodeó el tocón desgastado. Por todos los dioses, era el segundo caballero, con la espada del primero incrustada en el pecho.

Lágrimas de alivio quemaron sus ojos. Su cuerpo tembló y se agarró a una raíz retorcida que se inclinaba hacia arriba. Luchó por mantener el equilibrio mientras asimilaba la enormidad del acto de Caitlin con una sola mano.

Gritos lejanos se fundieron con el tintineo del acero. Un grito de guerra escocés rasgó el aire.

Con el corazón palpitante, Blair se volvió. Los hombres de Keylan estaban haciendo un rápido trabajo con los ingleses. Gracias a Dios. Ahora tenía que encontrar a Caitlin y a Joneta.

Con el cuerpo dolorido, avanzó. ¿Hasta dónde habían llegado? ¿Alguna de las dos estaba herida? Por favor, que hubiera ocurrido lo imposible, que ninguna resultara herida.

A pesar del dolor que sentía, la adrenalina lo mantenía en movimiento. El bosque se alzaba ante él. Tropezó con las sombras, luchando por mantenerse consciente.

—¡Caitlin! —Su débil grito resonó en el bosque como una pobre broma contra la batalla que se libraba más allá—. ¡Caitlin!

Las sombras se aferraron a él mientras se adentraba en el bosque, las hojas empapadas manchando las gotas de sangre que traspasaban su túnica.

—¡Retirada! —gritó alguien en la distancia.

Blair se volvió. A través de los quiebros de los árboles, captó destellos de los caballeros ingleses que huían hacia el lado opuesto del campo.

Un grito de guerra se elevó en el aire cuando varios de los caballeros de Keylan se dieron a la persecución; los rebeldes se desvanecieron en el mar verde. El resto del contingente de Keylan cabalgó hacia la casa en llamas donde Blair había dejado a Fergus para ayudar a su esposa. Su hermano se aseguraría de que estuvieran bien atendidos.

Blair se volvió, apartando obstáculos a su paso. El gemido de un niño resonó delante. Empujó hacia delante.

—¿Caitlin?

—¿Blair?

El alivio que sintió al escuchar su voz calmó sus desgarradas emociones. Tropezó hacia delante.

Detrás de un matorral, vio a Caitlin de pie con Joneta en brazos y un astil de flecha que sobresalía de los pliegues de la ropa de la niña.

¡Dios no!

—¿Joneta?

—Está bien. —Con la niña acunada contra ella, Caitlin salió de entre los matorrales; las lágrimas surcando la mugre y la mancha de sangre en sus mejillas—. Cuando la vi por primera vez, pensé lo mismo. La flecha dio en el pecho de madera de la muñeca. —Una débil sonrisa se tambaleó en sus labios—. Joneta no la dejaba marchar.

—Mamá —gimoteó la niña.

Caitlin depositó un beso en la frente de la niña.

—Está bien. —Le dedicó a Blair una mirada interrogante. Su miedo era fácil de leer. Él asintió.

—Están vivos.

—Gracias a Dios. Yo… —Su rostro palideció—. —Estás herido.

—Un poquito.

Ella frunció el ceño.

—Es más que un poco. Te atenderé cuando volvamos a la cabaña.

—Ya no está.

El crudo vacío de las palabras de Blair empalagó a Arabelle. Angustiada, miró a través de los árboles, donde el humo se arremolinaba en un abandono despiadado mientras las llamas devoraban el hogar de esta familia. A pesar de la guerra y la tragedia, la felicidad había florecido allí.

Hasta ahora.

Toda su vida había conocido el vacío y el dolor; había aprendido a enterrar profundamente sus emociones, a prohibirse sentir o preocuparse. Pero Blair había cambiado eso. Ahora, parecía

que la tormenta de emociones que él había desatado la consumiría. Despojaría sus bien construidas defensas.

Arabelle aferró con fuerza a la niña. El hombre al que amaba estaba herido y sangrando, una familia destruida. Su ira creció. Fergus y Marie no habían dado a los ingleses más que agua y comida. Su pago, la destrucción de su hogar.

Las lágrimas le quemaban los ojos, pero las apartó. Esto era la guerra. Lo que los ingleses habían hecho no era más que una muestra de lo que traería su traición a Blair. Al pensar en el juramento que le había hecho a Sir Cressingham, las náuseas se agolparon en sus entrañas.

Joneta enterró su cara contra el cuello de Arabelle, las lágrimas de la niña estaban calientes en contraste su piel.

—Quiero a mamá.

—Lo sé. —Al menos, los padres de la niña vivían. Joneta aún no comprendía que la familia era el mayor regalo que se podía tener. Un tesoro que ni el tiempo ni el dinero podían comprar. Arabelle se arrodilló y colocó a la niña ante ella sobre una roca cubierta de musgo. Con un hábil movimiento, retiró la flecha de la muñeca y se la devolvió a la niña.

—Te llevaremos a…

El retumbar de cascos retumbó en el aire. Las ramas crujieron.

Arabelle miró hacia atrás. Cogió a Joneta en brazos.

—¡Más caballeros!

Blair contempló a los jinetes que se acercaban. Su cuerpo se relajó.

—Son los rebeldes. Estamos a salvo. —Pero a medida que los jinetes se acercaban a ellos, su rostro palideció.

Si estaban a salvo, ¿entonces qué pasaba?

—¿Blair?

—No digas nada —susurró.

Con los nervios de punta, Arabelle dejó a la niña en el suelo.

—Joneta, ve detrás del árbol. Escóndete allí hasta que te diga que salgas.

—No —dijo Blair con el dolor ribeteando su voz—, ella está… —Palideció, se apretó el hombro—. No corre peligro.

Por la convicción que reflejaba su rostro, era un hecho que creía. Entonces, ¿por qué detectó un atisbo de temor? Inquieta, Arabelle levantó a Joneta en brazos.

—¿Los conoces? —preguntó, manteniendo la calma por el bien de la niña.

Un músculo se contrajo en su mandíbula. Los golpes de los cascos se hicieron más cercanos.

Blair se agitó, tropezó con las sombras y se agarró a una rama.

—Blair...

—Estoy bien.

No lo estaba, maldita sea. Arabelle se giró.

Las hojas crujieron cuando un enorme caballero atravesó la arboleda montado en un corcel negro. Se detuvo. Unos penetrantes ojos verdes se clavaron en la niña que llevaba en brazos y luego se dirigieron a Arabelle.

—Nos dijeron que estaría aquí —declaró el hombre—, con una niña.

El poder de su mirada la estremeció; poseía un aura de completa autoridad. El pelo negro enmarcaba las duras líneas de su rostro que caía sobre unos hombros bien musculados. Pero la profesional que había en ella se centró en su espada, exquisita en su sencillez, el discreto diseño de una elaborada por un maestro.

Arabelle miró hacia su escudo; su diseño era un cantón azul, junto con una espada inclinada sobre su punta y sosteniendo una corona imperial propiamente dicha. El escudo de armas del conde de MacKintosh. Un escalofrío la recorrió. ¿Era este el noble que Blair había reconocido? ¿Conocía a los MacKintosh? ¿Eran amigos? Sin estar segura de nada, asintió.

Los palos crujieron cuando otro guerrero, con el pelo tan negro como el primer hombre, cabalgó y se detuvo a la izquierda del formidable caballero. Una amenazadora cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda. Unos ojos tan duros como feroces se posaron en ella, y luego se desviaron hacia el noble que estaba a su lado.

—Veo que habéis encontrado a la muchacha y a la niña —dijo el segundo hombre.

—¿Las habéis encontrado? —bramó otro hombre. Este apareció a caballo, con el pelo rubio moteado de barro y la cara marcada por el sudor, la sangre y la confianza. Su corcel resopló al detenerse a la derecha del primer noble.

Unos ojos tan oscuros como los del propio diablo la observaban.

—Sí —respondió el noble.

Arabelle se adelantó.

—La niña está bien —comentó, rezando para que Blair estuviera en lo cierto al darle su confianza a estos hombres—. Pero no es ella la que necesita vuestra ayuda.

Los fieros caballeros miraron hacia su lado, fruncieron el ceño.

—Quienquiera que esté oculto más allá, que dé un paso al frente.

Sorprendida por su petición, se volvió, luego comprendió qué quería decir. Blair estaba parcialmente protegido por los árboles.

—Lass, ¿quién se esconde más allá? —preguntó el hombre de pelo rubio. Su tono firme, pero tranquilizador.

Ella abrió la boca para hablar, pero Blair sacudió la cabeza. Mientras avanzaba tambaleándose, a Arabelle comenzó a dolerle el corazón. Aquel hombre testarudo y orgulloso no podía andar.

Sobre piernas temblorosas, Blair entró en el claro.

—Por los ojos de Dios —jadeó uno de los caballeros. Confundida, Arabelle se volvió.

El noble se lo quedó mirando con incredulidad.

—¿Blair?

Una combinación de alegría e incredulidad recorrió el rostro del hombre de pelo rubio.

—Estás… —sacudió la cabeza—, estás vivo.

El alivio parpadeó en el rostro del caballero de la cicatriz, seguido de la ira.

—¡Por los ojos de Dios! —Saltó de su montura.

Joneta gritó.

El rebelde placó a Blair.

—Basta —gritó Arabelle.

El puño del enorme caballero conectó con la cara ya hinchada de Blair. La cabeza de este se echó hacia atrás, con los ojos oscurecidos por el dolor.

El guerrero volvió a clavar su puño en la mejilla de Blair. El miedo desgarró a Arabelle.

—¡Basta!

Mientras el feroz caballero retiraba el puño para asestar otro golpe, Arabelle dejó a Joneta en el suelo.

Sin tener en cuenta el tamaño del hombre, ni a los otros dos caballeros que estaban desmontando, se lanzó sobre la espalda del guerrero y le rodeó el cuello con el brazo.

—¡Suéltalo! —Ella apretó su agarre y fue recompensada por un jadeo masculino.

El hombre de pelo negro rugió mientras se enderezaba.

—¡Maldita sea! —Intentó sacudírsela de encima.

Ella lo sujetó con fuerza.

—¡Deja en paz a Blair!

—¡Quitadme de encima a esta maldita! —atronó el guerrero de pelo negro. Unas manos, fuertes pero suaves, le agarraron los brazos.

Arabelle luchó por liberarse.

—¡Matará a Blair! —gritó mientras los otros dos hombres la tiraban hacia atrás.

El hombre de pelo oscuro con la cicatriz en la mejilla izquierda se enderezó y lanzó una mirada de disgusto a Blair.

—No lo voy a matar, no tendría tanta suerte. Las alimañas se las arreglan para sobrevivir.

La furia que había en sus palabras aterrorizó a Arabelle. Luchó contra el agarre de los hombres. Nada de esto tenía sentido.

—Blair dijo que vosotros nos ayudaríais.

—Sí —respondió el hombre de pelo negro con el rostro en carne viva por la violencia—. A ti y a la niña. —Miró hacia donde yacía Blair—. Sobre él, estoy lejos de haber tomado una decisión.

—¿Por qué? —preguntó Arabelle, no entendía nada.

Con un gemido, Blair arqueó una ceja hinchada. Unos ojos llenos de dolor la observaban.

—Porque… —carraspeó—, me creían muerto.

Capítulo 12

Arabelle miró incrédula a Blair, que yacía tendido en el suelo.

—¿Te creían muerto?

—Sí —jadeó Blair—. Un destino que me merecía.

Con todo el cuerpo tembloroso, miró al enorme guerrero que se cernía sobre Blair. Un músculo se contrajo bajo la cicatriz tallada en la mejilla izquierda del caballero. Que pensase, de forma errónea, que Blair había muerto no le importaba. Estaba gravemente herido y había perdido demasiada sangre. Fuera quien fuera este caballero, no volvería a tocar a Blair.

Furiosa, luchó por liberarse.

—Uno pensaría que los hombres que Blair creía que nos ayudarían estarían encantados de saber que está vivo. —Unas manos firmes la sujetaron con fuerza—. ¡Suélteme! —exigió.

El guerrero que estaba sobre Blair se volvió. Sus ojos color cobalto la miraban la evaluaron.

Sin vacilar, el hombre que la tenía fuertemente agarrada aflojó el agarre.

Libre, corrió al lado de Blair y se arrodilló. Moretones frescos yacían sobre los que se ya oscurecían, dándole un feo tono púrpura. Miró con fijeza al feroz caballero, cuya mirada sostenía la suya, sin indicios de querer disculparse.

—Tócale de nuevo y te mataré.

La sorpresa parpadeó en el rostro del guerrero; luego, unos ojos sagaces la estudiaron, su boca se elevó.

Blair emitió una tos áspera, se impulsó sobre los codos, temblando.

—Neilan, la muchacha que amenaza con matarte es la señorita Caitlin.

Los ojos del intimidante caballero se clavaron en Blair. Sus fosas nasales se abrieron.

—¿Cómo puedes estar vivo? Te vi morir.

Un escalofrío recorrió a Arabelle mientras atendía el hombro de Blair.

—¿Cómo ha podido verte morir?

El arrepentimiento se instaló en el rostro ensangrentado de Blair. Recorrió con la mirada a los hombres que tenía delante.

—La muchacha no sabe nada.

¿Nada? Arrancó una tira de su bata para asegurar la herida. En nombre de Dios, ¿qué estaba pasando?

—Por si no os habéis dado cuenta —dijo Arabelle, sorprendida por poder controlar su voz —. Blair está gravemente herido. Después de toda la sangre que ha perdido, no sé cómo sigue respirando.

El caballero, presentado como Neilan, ofreció un poco de compasión.

La ira estalló en su interior ante el silencio del otro caballero.

—No te conozco, pero...

—Hermanos —susurró Blair—. Son mis hermanos.

—¿Hermanos? —Sus manos se quedaron quietas sobre otra tira desgarrada de su vestido. Su nombre era Blair Cleary, no MacKintosh. Sir Cressingham se lo había dicho, al igual que Blair cuando se conocieron. ¿Cómo podían ser hermanos?

Luchando por mantener la calma, notó cierto parecido entre los tres recién llegados, pero poco con Blair. Pero, al no haber nadie que lo contradijese, debía ser cierto.

¡Dios del cielo! Los MacKintosh eran conocidos, temidos por los ingleses.

¿Y Blair era su hermano?

—Mi nombre completo —dijo Blair—, es Blair Cleary MacKintosh. Después de que me creyeran muerto, dejé de usar el apellido MacKintosh.

—La flecha que encontraste en la cueva… —preguntó ella.

—Es de Keir —respondió Blair.

El hombre de pelo rubio le hizo un gesto seco con la cabeza.

—¿Hermanos? —gruñó—. No te mereces llamarnos así.

Arabelle entrecerró los ojos ante el feroz guerrero, su asombro sofocado por la ira, independientemente de su nombre.

—No debería hablar.

—Tiene suerte de que hablar sea todo recíbelo que va a recibir de nuestra parte —afirmó el formidable caballero.

—Caitlin, te presento a Sir Neilan —susurró Blair.

Los duros ojos del hombre de pelo negro se fijaron en ella. Asintió con la cabeza.

El noble se adelantó, sus ojos verdes claros demostraban una intensidad desconcertante.

—Keylan MacKintosh, conde de Crampton —Asintió a Blair—. Sí, estás en lo cierto; él no debería hablar.

No sabía qué decir. ¡Por todos los dioses! ¿Este poderoso lord escocés y consejero personal de William Wallace, un hombre tan respetado como temido, era hermano de Blair? A parte de los que lideraron la rebelión, solo dos hombres habían alcanzado un estatus tan venerado, Wulfe y Dubh Duer.

Excepto que Wulfe y Dubh Duer eran hombres que ocultaban su identidad tras la fábula de un nombre. Por Sir Cressingham sabía que Blair era Dubh Duer. Los susurros afirmaban que Wulfe era un lord inglés que se había unido a la causa rebelde.

Con el corazón palpitante, Arabelle luchó por mantener la calma, centrando su atención en limpiar y luego cubrir otra de las heridas de Blair. ¿Alguno de los hombres la había reconocido de alguna de sus anteriores misiones en Escocia? Por culpa de su indignación, ¿se le había escapado su acento inglés? No, si sus hermanos tenían alguna sospecha, con su brutal franqueza, ya se habrían enfrentado a ella.

Respiró hondo y pasó a la siguiente herida de Blair. Ellos no sabían que ella trabajaba para Sir Cressingham.

Sir Cressingham.

El juramento que le había hecho al tesorero de la administración inglesa parecía un borrón. Su plan de ganarse la confianza de Blair, descubrir quién, dentro del círculo del rey Eduardo, lo había traicionado, tomar la escritura, escabullirse y borrar a Blair de su mente, se había torcido bastante.

Sintió un nudo en la garganta. Pero, cuando ella había hecho ese juramento, no había conocido el amor.

Enamorada de un escocés. Enamorada del hombre al que le habían pagado para traicionar. ¿Podría, realmente, cumplir su misión? Si no lo hacía, ¿qué pasaría con la furia de Sir Cressingham? ¿Qué pasaría con los hombres a los que pagaría para que la persiguieran? Pero, si lo hacía, ¿qué pasaría con la indignación de Blair cuando supiera la verdad?

El cansancio la invadió. Necesitaba calmarse, pensar en una estrategia. Recuperar fuerzas. Después de luchar contra los dos caballeros ingleses para salvar a Joneta, y tras encontrar a Blair gravemente herido, sus pensamientos estaban desbocados.

—Lass —dijo lord Crampton con su profundo tono de voz cargado de preocupación—. ¿Estás bien? —El calor acarició el rostro de Arabelle. Ella anudó la última tira de tela.

—Bien, pero agotada. —Nada más lejos de la verdad, pero el cansancio alimentaba las pesadillas que estrangulaban su mente. Con los miembros temblorosos, se puso en pie e hizo una breve reverencia—. Mi señor. —Un tirón en su bata la hizo mirar hacia abajo.

Con los brazos levantados, los ojos aterrorizados de la niña se encontraron con los suyos.

—Oh, Joneta. —Arabelle levantó a la niña en brazos. Con un llanto, la niña apretó la cabeza contra la curva de su cuello y escondió la cara en él. Con el corazón dolorido, acarició los rizados mechones de la niña. Arabelle se encontró con la mirada de la noble.

—Tiene miedo y necesita estar con sus padres.

Lord Crampton asintió.

—Su madre también está desesperada por ver a la muchacha. —Sir Keir se adelantó—. Pueden cabalgar conmigo.

—No, tú llevarás a Blair —afirmó Sir Neilan—. Ellas cabalgarán conmigo.

Arabelle lanzó una mirada fría al arrogante escocés.

—Muchas gracias, Sir Neilan, pero puestos a elegir entre cabalgar con usted o caminar, prefiero caminar.

La diversión parpadeó en el rostro de Sir Keir y la expresión de Sir Neilan se ensombreció. El ominoso escocés miró hacia donde yacía Blair, y luego su mirada se deslizó hacia ella.

—Parece que ha encontrado una mujer que te merece.

—Yo no soy su mujer. —Ella inclinó la mandíbula—. Blair me salvó la vida cuando varios caballeros ingleses estaban a punto de violarme.

El rostro de Sir Neilan palideció.

—Perdóneme. Parece que he permitido que la ira guiara mis palabras.

Turbada por su disculpa, sacudió la cabeza, aferrándose a su primer pensamiento coherente.

—Usted no lo sabía.

—Basta. —Lord Crampton se acercó y se arrodilló frente a su hermano—. Hablaremos más cuando cuiden de Blair. —Se echó a Blair al hombro, se levantó y se dirigió a su corcel.

Arabelle acompañó a Sir Keir hasta su montura con Joneta en brazos. Al menos, cabalgaría con el hombre más gentil de los tres.

¿En serio?

Ni mucho menos. Aunque su voz retumbaba un deje de tranquilidad, su cuerpo estaba entrenado para la guerra. Examinó a los tres guerreros. Cada hombre por sí solo era una amenaza, pero juntos eran una fuerza que pocos podían superar.

Y eran los hermanos de Blair.

Cada momento en compañía de estos hombres invitaba al peligro. Pero ella deseaba permanecer al lado de Blair para asegurarse de que viviría.

Estaba actuando como una tonta enamorada. ¿Dónde estaba la mercenaria que había tramado encontrarse con Blair, que había montado una falsa violación con caballeros ingleses para ganarse la confianza del rebelde? Un escalofrío la recorrió entera. Existía, pero la mujer de antes yacía enterrada bajo una montaña de emociones que no tenían cabida en su vida.

El pequeño cuerpo de Joneta temblaba en sus brazos. Arabelle la estrechó contra sí, comprendiendo su dolor, la humedad de sus propias lágrimas manchando sus mejillas. Las enjugó. La imposibilidad de tener el amor de Blair era una penitencia que le tocaría pagar. Una penitencia que la perseguiría para siempre.

El viento acarició la hierba cuando la montura de Sir Keir se separó de los árboles. El aroma de la tierra empañado por los posos del humo.

Arabelle escrutó la colina. Más allá de las cruces, las llamas lamían los maderos expuestos. Nadie intentó apagar el fuego. ¿Por qué iban a hacerlo? Con el contorno carbonizado de los orgullosos maderos convertidos en un esqueleto, cualquier posibilidad de salvar la casa estaba perdida desde hacía mucho tiempo.

Cuando se acercaban a los restos calcinados, Marie vino corriendo hacia ellos. Sir Keir se detuvo.

El pecho de Arabelle se contrajo al pasarle a Joneta a la frenética mujer.

Marie estrechó a su hija contra su pecho. Unos ojos llenos de lágrimas se alzaron para encontrarse con los de Arabelle.

—Has salvado la vida de mi hija. —La angustia arrugó su frente cuando vio a Blair—.

¡Oh, Dios!

—Está vivo —afirmó Lord Crampton.

El alivio barrió el rostro de Marie mientras señalaba a su lado.

—Llévenlo al pozo. Es donde están tratando a los otros hombres heridos.

Lord Crampton pateó su montura hacia donde sus caballeros trabajaban para atender a los suyos. El cuerpo de Blair estaba flácido contra el suyo.

Sir Keir y Sir Neilan lo siguieron.

Cuando se detuvieron, dos caballeros se apresuraron hacia el corcel de su señor. El reconocimiento apareció en los rostros de ambos hombres.

—Es Sir Blair —jadeó el más cercano.

—Sí —afirmó Lord Crampton—. Necesita ser atendido inmediatamente. —Ambos hombres se inclinaron.

—Sí, mi señor.

—No. —Sir Neilan desmontó y se puso delante de los hombres—. Yo cuidaré de él.

Atónita, Arabelle vio cómo el peligroso escocés tomaba a Blair en brazos con infinito cuidado y luego se alejaba con su hermano.

Sir Keir se agachó.

—¿No te sorprende que Sir Neilan cuide de tu hermano?

Con un encogimiento de hombros, Sir Keir levantó a Arabelle para dejarla en el suelo.

—No. Una vez que Blair esté curado, volverán a enfrentarse.

—¿De verdad? —preguntó incrédula—. ¿Quieres decir que volverán a pelear?

—Sí, pero una vez curado, Blair dará lo mejor de sí. —Los hoyuelos parpadearon en su rostro—. Es lo que hacen los hermanos.

Su cabeza daba vueltas.

—¿Sir Keir?

—¿Sí?

—¿Qué hizo para enfadar tanto a Sir Neilan?

Sir Keir vaciló, luego la miró de forma pensativa.

—Intentó matar a la esposa de Neilan.

Varias horas después, mientras trabajada junto a Sir Neilan mientras este atendía a Blair, Arabelle había aprendido un poco más sobre por qué Blair había intentado hacer daño a la esposa

de su hermano. Por mucho que Sir Neilan la irritara, por muy tensa que fuera su conversación, su respeto por él mientras trabajaban se intensificó.

Sir Neilan se frotó la cara, los ojos cansados escrutando a Blair.

—Poco más podemos hacer.

—Su respiración es estable —dijo Arabelle.

—Es bueno que se esté calmando. —Sir Neilan estiró la espalda.

—Así es. Ha perdido mucha sangre.

Sir Neilan se encontró con su mirada.

—Usted cuida de él.

La confianza que había en su afirmación la cogió desprevenida. Ella se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho, me salvó la vida.

Unos ojos sagaces la estudiaron con detenimiento.

—Tal vez, pero la ternura que ha demostrado en las últimas horas mientras me ayudaba, me asegura que sus sentimientos por él son profundos.

—¿Cómo no iban a serlo después de que él arriesgara su vida para salvar la mía?

—Es interesante lo a la defensiva que se pone cuando hablo de sus sentimientos hacia Blair.

Él tenía razón. Agotada, había permitido que sus emociones la guiaran. Desde luego, no era un rasgo apto para una de las mejores mercenarias de Inglaterra. ¿O acaso esa mujer ya no existía? La intensa mirada de sir Neilan la enervó aún más.

—Creía que le odiaba —apuntó Arabelle. Necesitaba cambiar de tema.

Sir Neilan gruñó.

—Blair no ha visto todo lo que mi puño puede hacer, pero no es de mis sentimientos de lo que hablamos. Son de los suyos.

—¿Por qué habrían de importarle?

—¿Por qué lo pregunta? —replicó Sir Neilan.

Nerviosa, se puso en pie.

—No respondo ante nadie sobre a mis sentimientos, especialmente ante usted.

—¿Ante nadie? —dijo Sir Neilan. Sus ojos la evaluaban como si pudiera ver a través de cada una de sus mentiras.

Arabelle retrocedió.

—Iré a buscar agua.

—No la tomaba por una cobarde.

Ella fulminó con la mirada al peligroso rebelde.

—Atienda a su hermano, es en lo que es bueno. —Arabelle giró sobre sus talones y caminó

hacia el pozo con las emociones revueltas, odiando su debilidad cuando se trataba de Blair y despreciando aún más la traición que una vez había planeado.

Maldecía la escritura. Podía regresar ante Sir Cressingham, revelarle la ubicación del escondite rebelde, y luego alegar que habían sido atacados por ladrones y que ella había logrado escabullirse sin tiempo para robar el escrito. ¿Pero la creería? Nunca había fracasado en una misión.

Ante las piedras pulcramente apiladas que albergaban el pozo, agachó la cabeza al pensar en Blair; en la ira y el dolor que sentiría una vez que supiese la verdad. Era poco realista suponer que, de algún modo, él no se enteraría de que ella era una mercenaria, o descubriría cuál era su papel en su vida. Con sus contactos, lo averiguaría.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. ¡Maldita sea!

—Lass.

El profundo rebuzno de Sir Neilan la puso rígida.

—Váyase. —Unas piernas musculosas aparecieron a la vista—. No pretendía hacer daño con mis preguntas.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿No? ¿No pretendía husmear? ¿No está acostumbrado a abrirse camino hasta encontrar las respuestas que busca?

Ante su airada réplica, la admiración brilló en los ojos de la rebelde.

—Me han acusado de ser un poco enérgico. —Arabelle entrecerró la mirada.

—Es usted un hombre muy frustrante. Su mujer debe de ser una santa.

—Lo es. Y sí, es un maldito grano en el culo —convino Sir Keir mientras se acercaba y se colocaba a su lado—. Pero ama a Blair tanto como le desea la muerte.

Abrumada por aquellos hombres, dio un paso atrás.

—Voy a quedarme al lado de Blair. —Anduvo hacia allí.

—Lass. —Al oír la voz de Sir Neilan, se volvió. Señaló con la cabeza una bolsa de agua llena que había cerca de la base del pozo—. Has venido a por agua, ¿no?

Ante el toque de humor que bañaba su voz, ella frunció el ceño, cogió la bolsa y caminó hacia donde yacía Blair.

Mientras se alejaba a toda prisa, Keir se cruzó de brazos.

—¿Qué piensas de la muchacha? —Neilan gruñó.

—Ella lo ama.

—Sí, eso pensaba yo también. —Keir se frotó la barbilla—. ¿Viste cómo le cosió los cortes?

—Ya ha hecho antes este trabajo.

—Tampoco me he perdido cómo ha desviado la conversación sobre sí misma. —La inquietud se apoderó de Neilan—. Algo en la muchacha me tiene nervioso.

Su hermano menor sonrió, dejando caer la mano a su lado.

—Creo que es tu enfado con Blair lo que te desborda.

Sombrío, Neilan sacudió la cabeza.

—Cuando estaba pegando a Blair, ¿recuerdas cómo saltó sobre mi espalda e intentó asfixiarme?

—Sí.

—Rodeada por tres caballeros, la mayoría de las mujeres habrían gritado. Sin embargo, la muchacha no vaciló en su ataque. Su agarre sobre mi cuello era firme.

Neilan hizo una mueca.

—Una lass no entrenada no conoce tal defensa. —Keir se aquietó.

—¿Qué estás queriendo decir?

Neilan estudió a Caitlin mientras se arrodillaba junto a Blair.

—No estoy seguro —dijo al fin—, pero hasta que no esté seguro de que se puede confiar en ella, la mantendré vigilada.

Un tenso silencio se instaló entre ellos. Tras un largo momento, Keir puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—Blair ha vuelto. —Tragó saliva con dificultad—. ¿Puedes creerlo?

Las emociones se agolparon como un puño en el pecho de Neilan.

—Tengo miedo de creerlo, casi tanto como a la reacción de mi mujer cuando sepa que Blair está vivo.

Capítulo 13

El hedor a madera quemada y a muerte contaminaba el aire mientras Arabelle trabajaba junto a Marie ayudando a los escoceses heridos. Con los nervios de punta, miró hacia donde Sir Neilan ayudaba a Fergus a recoger los bienes que habían sobrevivido de la casa calcinada. Sus sombríos contornos enmarcados en la luz de la tarde.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Desde su enfrentamiento con Sir Neilan esa mañana, había mantenido las distancias. ¿Cómo había podido creer que Blair no era como sus hermanos? En apariencia, tal vez, pero su mente aguda y su inteligencia igualaban a las de los otros hermanos MacKintosh. Cada uno de ellos era decidido, feroz en su pasión y completamente peligroso.

Al oír la firme pisada de unas botas sobre la tierra, miró a su lado.

La fatiga cubría el fuerte rostro de lord Crampton junto con la preocupación.

—¿Cómo está Sir Eoin? —le preguntó a Marie mientras trabajaba junto a Arabelle para vendar la herida de su caballero.

—Tiene uno o dos tajos profundos —respondió Marie—. —Se curará.

—Excelente.

Marie hizo un último nudo en el vendaje, se levantó y se retorció las manos.

—Mi señor, nos queda poca comida que ofrecerles a usted y a sus hombres.

—No es necesario. —Lord Crampton escudriñó el campo con un lento barrido—. Usted y su familia viajarán con nosotros a mi casa. Vaya con su esposo, recojan lo que deseen llevarse.

El alivio barrió su rostro.

—Es muy generoso por su parte, mi señor.

—Vaya, pronto partiremos.

—Sí, mi señor. —Vaciló como si quisiera decir algo más. Luego, levantando a Joneta en brazos, Marie se dirigió ladera arriba hacia las cruces.

—Por todos los dioses —exhaló el conde—, le dije a la muchacha que fuera con su marido. —Comenzó a andar tras ella.

—No lo haga —le pidió Arabelle.

Lord Crampton se giró. Unos penetrantes ojos verdes se clavaron en ella.

—¿Que no lo haga? —La autoridad que teñía su voz le aseguraba que pocos se atrevían a cuestionarle. Arabelle se puso en pie.

—Sus hijos están enterrados allí. Ella solo va a despedirse.

Unos ojos sagaces miraron la figura de la mujer que se alejaba.

—Ya veo.

¿De veras? ¿Podría el conde comprender realmente la necesidad de Marie de despedirse de aquellos a los que había dado la vida, sus hijos ahora sepultados en la tierra? Una necesidad maternal que ella nunca antes habría considerado. Recordó la interacción de Lord Crampton con sus hermanos. Cómo, sin dudarlo, había ayudado a Blair y su preocupación por cada uno de los que estaban bajo su mando. Sí, el conde era un hombre que entendía a la familia, un hombre que se preocupaba por los suyos, un rasgo infundido también en Blair.

—Es usted un hombre amable. —Arabelle se calmó. No había querido decir esas palabras en voz alta.

El conde arqueó una ceja oscura. Su intensa mirada era tan potente como la de su hermano.

—¿Cuánto falta para que partamos? ——Rezó para que su pregunta guiara sus pensamientos hacia otra parte, pero como si percibiera su intención, la estudió un momento más.

Al oír el eco de unos cascos, Arabelle se volvió para encontrarse con Sir Neilan cabalgando hacia ellos. Por todos los dioses, con enfrentarse a un hermano ya era suficiente.

—Quédese —dijo lord Crampton cuando ella empezó a retroceder.

Un escalofrío la recorrió.

—Tengo tareas que completar.

—Pueden esperar. —No era una petición. Sir Neilan detuvo su montura.

—Todos los hombres han sido atendidos.

—Excelente —respondió Lord Crampton—. Corre la voz de que partiremos hacia el castillo de Rivenlochs a toda prisa.

—Sí. —La sagaz mirada de Sir Neilan se posó en ella, y luego se dirigió a su hermano. Con una cortante inclinación de cabeza, se alejó.

Gracias a Dios que se había ido.

—El corazón de Neilan está en el lugar correcto, pero a veces las emociones guían sus acciones. —Lord Crampton hizo una pausa—. Eso no lo hace severo, sino bondadoso.

Arabelle le sostuvo la mirada.

—Un hermano lo vería así.

Una sonrisa seca tocó las ásperas líneas de su boca.

—Puede que Neilan tuviera razón: usted es la pareja perfecta para Blair.

Ella permaneció en silencio. No sabían que ella amaba a Blair, pero les costaría poco sacar a la luz un secreto que nunca debían conocer.

—¿De dónde viene? —preguntó Lord Crampton.

Aunque la pregunta parecía fácil, sabía que buscaba información. Una estratagema que ella había utilizado a menudo.

—¿Por qué?

—Tengo curiosidad. Detecté un acento y solo intentaba ubicarlo.

Con la garganta seca, Arabelle luchó por mantener la calma. Cuando le había gritado antes a Sir Neilan, se le debió de escapar su falso acento.

—He viajado mucho.

—Tal vez sea esa la razón por la que no puedo determinar de qué región viene.

Pero lo intentaría. Con su mente aguda, le daría vueltas al hecho hasta desvelar el secreto. Para entonces, ella estaría muy lejos.

—Usted también nos acompañará a mi castillo. Este país es inseguro para una mujer sola.

¿Inseguro? Quedarse con los hermanos representaba una amenaza mucho mayor, pero ella había despertado el interés del conde y no podía permitirse llamar más su atención.

—Es usted generoso, mi señor.

—¿Lo soy? —El desafío acechaba bajo su pregunta.

Bien, que no recubrieran sus palabras. Ella inclinó la barbilla.

—No le pedí su protección.

—Un hecho del que soy muy consciente.

—Sin embargo, la da a pesar de todo. Sus palabras no eran una oferta, sino una orden.

El respeto brilló en los ojos de Lord Crampton.

—Si le hubiera pedido que viajara conmigo a mi casa, se habría negado.

—Encuentro poco útil a los hombres que ejercen su poder para satisfacer su curiosidad.

—Blair es mi hermano. Usted es importante para él, lo que le hace importante para mí.

¿Importante para Blair? Ahí tenía ella sus dudas.

—No soy más que una mujer a la que ha salvado.

—Y una mujer a la que también quiere.

Contuvo la oleada de ira. No le haría ganar nada y solo aumentaría la curiosidad del conde. Al igual que Blair, no era un hombre al que se pudiese manipular.

—Cuando los conocí —dijo Arabelle—. creí que se parecía poco a Sir Blair.

Él arqueó una ceja oscura.

—¿Y ahora?

—Con la gran cantidad de arrogancia que mostráis cada uno de ustedes, sí que sois hermanos.

—Es arrogante, un hecho que harías bien en recordar. —Se balanceó sobre su corcel—. Prepárense para partir. —Lord Crampton se alejó al galope.

—El arrogante fanfarrón —murmuró ella.

—Y un hombre con el que solo un tonto se atrevería a cruzarse. —Ante las débiles

palabras de Blair, la emoción la embargó. Se arrodilló a su lado y apartó mechones de pelo de su magullado rostro.

—Estás despierto. —Tenía un aspecto lamentable, pero gracias a Dios estaba vivo—. Toma. —Ella le acercó la bolsa de agua de cuero a los labios.

Tras varios tragos, con la mano temblorosa, apartó la bolsa.

—Tomaré tus palabras hacia Keylan también como un cumplido.

El calor inundó su rostro.

—Deberías. —Su corazón se contrajo ante el cansancio que envolvían sus facciones. Las profundas líneas ribeteadas de dolor.

—¿Cuánto… ¿Cuánto tiempo he dormido?

—La mayor parte del día —contestó Arabelle—. No es que tus desmayos sean lo que yo consideraría dormir.

Blair miró la bola de color naranja en el cielo e hizo una mueca.

—Keylan debe de estar preocupado para partir tan tarde.

Una preocupación bien fundada.

—Los ingleses volverán.

—Sí, y esta vez con un contingente mayor. —Las líneas de tensión esculpían su rostro mientras se sentaba—. Cuando el rey Eduardo se entere del ataque de hoy, no me sorprendería que el bastardo siga el retorcido camino de Arnulf y ordene ahorcar a más escoceses.

Arabelle permaneció en silencio, muy consciente del reciente acto despreciable del juez inglés Arnulf de Southhampton. Presa del pánico por la sublevación de los escoceses, el juez inglés había solicitado que todos los escoceses destacados acudieran a un cara a cara en Ayre. Cuando los escoceses entraron en el edificio fueron apresados, amordazados y colgados de las vigas. Para regocijo de Southhampton, más de trescientos sesenta escoceses habían caído presos de su estratagema.

Sí, cuando el rey Eduardo se enterase de que los hombres de lord Crampton habían doblegado a su exiguo contingente inglés, daría sin duda órdenes de masacrar a más escoceses, aunque para ello tuviera que incendiar pueblos enteros, como había hecho en Berwick.

Asqueada por ese pensamiento, se centró en Blair; un hombre decidido a ganar la libertad de su país sin importar el coste.

—Debes permanecer quieto. Has perdido demasiada sangre para estar moviéndote.

Se movió hasta alcanzar una posición más cómoda.

—Y perderé más con el viaje que nos espera. —Extendió la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara—. Debería haberte hablado de mis hermanos antes de este día, que me creían muerto.

El pesar en su voz la conmovió.

—¿Por qué? No somos más que dos personas cuyas vidas se han cruzado. —Ella luchó por sofocar sus emociones—. Dos personas que, al final, seguirán su propio camino.

—¿Lo haremos?

Un dolor creció en el pecho de Arabelle.

—Sí —susurró—. No puede ser de otra manera.

Él le levantó la barbilla.

—¿No puede ser? —La emoción la asaltó y se soltó. Blair le cogió la mano—. Caitlin. —La culpa se deslizó a través de ella.

—Déjalo estar.

—No puedo. Maldición, ¿crees que yo deseaba esto? ¿Que quería encontrarte? No tiene sentido; una relación con cualquiera en este momento de mi vida no es una opción en la que pueda pensar.

Sus sentidas palabras la estremecieron aún más. Sintiéndose demasiado, Arabelle intentó soltarse.

Él la sujetó con fuerza.

—Nunca funcionará.

—¿Por qué, porque no lo permitirás? —Ella dio la bienvenida al torrente de ira.

—Sí. —Se hizo el silencio entre ellos.

Los nervios le hicieron temblar a Arabelle cuando se encontró con su mirada.

—¿Y ahora qué? —Como si lo supiera.

Blair soltó su mano, inseguro de si estaba enfadado consigo mismo por haberla presionado o frustrado porque Caitlin ni siquiera considerara un futuro los dos juntos. Dios sabía que cuando hacían el amor los sentimientos que ella le inspiraba no tenían parangón con ninguno que él hubiera experimentado jamás.

¿Por qué la presionaba? ¿No se había advertido a sí mismo a lo largo de su viaje que una relación entre ellos no era posible? Al menos, uno de ellos tenía más cerebro que un asno.

El cansancio se apoderó de él.

—¿Y ahora qué? —Blair repitió.

—No lo sé. —Sí, se había equivocado al presionarla, al expresar sus deseos.

—Mis hermanos querrán una explicación de por qué estoy vivo: es lo menos que se merecen.

Unos ojos esmeralda lo observaron.

—Sir Neilan dijo que intentaste matar a su esposa.

El dolor de aquel día, un año atrás, le oprimió el pecho. Consumido por el odio, por un pasado brutal, se había centrado en la nacionalidad de Lady Marjorie, pasando por alto a la auténtica mujer que llevaba dentro. Era justa, honesta y amaba a su hermano Neilan.

Caitlin sacudió la cabeza.

—No, ya has hablado demasiado. Necesitas descansar. —La excusa le tentó a permanecer en silencio, pero no era un cobarde.

—Es verdad. Intenté matar a la mujer de Neilan, Marjorie, porque intentaba protegerlo.

—¿Proteger a Sir Neilan de una mujer? —La incredulidad y la confusión acunaron sus palabras. Él asintió.

—Por extraño que te parezca. Era porque la mujer es inglesa.

—¿Inglesa? —Su rostro palideció. Frunciendo el ceño, miró hacia donde cabalgaba Neilan —. No puedo creer que se casase con una inglesa.

Blair gruñó.

—Si se le hubiera preguntado antes de conocerla, mi hermano habría estado de acuerdo. Neilan había viajado a Inglaterra para secuestrar a su hermano, un acaudalado lord. Cuando llegó a su casa, su hermano estaba ausente. Con los rebeldes desesperados por conseguir monedas y creyendo que los hermanos estaban unidos, Neilan secuestró a Lady Marjorie en su lugar.

—¿Se casó con su cautiva?

El asombro en su rostro coincidía con el suyo cuando se había dado cuenta de que Neilan se estaba enamorando de la muchacha.

—Sí.

—¿Pero por qué la odiaba? No era culpa suya que fuera inglesa.

Blair suspiró.

—Sí, una lección que aprendí demasiado tarde. —Se había dado cuenta de esa verdad durante los meses que había tardado en recuperarse de su herida casi mortal. Cogió la mano de Caitlin y la acercó a su pecho—. Cuando tenía ocho años, mi familia fue atacada por los ingleses. Conseguí escapar. —Y se había condenado desde entonces por haber sobrevivido.

—¿Perdiste a toda tu familia?

Tragó con fuerza, todavía atormentado por la sangre derramada; los gritos de su familia mientras yacían moribundos.

—Sí.

—¿Conocías a los MacKintosh de antes?

—Mi padre salvó la vida de la madre de los hermanos MacKintosh en una redada — explicó Blair—. Después de que mataran a mis padres, cuando los MacKintosh se enteraron de los asesinatos, me adoptaron como suyo, me dieron su apellido. Yo también incluí el mío, Blair Cleary MacKintosh. O, lo hice hasta este año pasado.

Con el rostro pálido, sacudió la cabeza.

—Oh, Dios, lo siento mucho.

Él enroscó sus dedos sobre la mano de ella.

—Desde entonces han pasado muchos años.

—Pero uno no olvida.

Sus palabras sombrías resonaron entre ellos. Sí, habiendo crecido en un orfanato, y luego casándose con un bastardo sin amor que se había aprovechado de sus emociones destrozadas, ella entendía lo que se sufría al perder a alguien.

—Pero —continuó—, eso no explica por qué tus hermanos te creían muerto.

—No lo hace. —Tragó saliva con fuerza, arrepintiéndose de lo que había hecho—. Atrapado en sus sentimientos por lady Marjorie, que entonces era cautiva de Neilan, mi hermano ignoró mi advertencia de que, por ser inglesa, no era digna de su amor. Así que me las arreglé para que Lady Marjorie creyera que podía escapar. Esa noche, cuando se escabulló del castillo de Rivenlochs, la seguí con la intención de impedir que Neilan se casara jamás con ella.

—¿Planeaste matarla?

—Sí, y casi lo conseguí —admitió. Necesitaba limpiar su alma de su pecado. Era importante que Caitlin y sus hermanos comprendieran la razón de sus actos. Se movió, jadeó ante la bofetada de dolor que sintió. El sudor brotó de su frente y se secó la frente—. Apenas la había alcanzado cuando Neilan nos encontró. Cuando amenacé a lady Marjorie con un cuchillo, se me echó encima.

Abrió los ojos de golpe.

—¿Tu hermano intentó matarte?

Al oír el retumbar de cascos, miró para ver a Neilan deteniéndose ante ellos. Blair asintió y miró a Caitlin.

—Neilan estaba protegiendo a Lady Marjorie, una mujer a la que amaba. Durante la lucha, mi daga cayó al suelo, encajada contra una roca. Al forcejear, rodé sobre la hoja.

—Así que ésa fue la razón por la que tus hermanos te creyeron muerto —susurró. Caitlin sacudió la cabeza—. ¿Cómo es que viviste?

—Un hecho que yo también tendría curiosidad por saber —dijo Neilan mientras desmontaba.

Blair se encontró con la dura mirada de su hermano.

—El guardia que enviasteis para que mandara mi cuerpo al castillo de Rivenlochs aquel día me era leal. Debí moverme, gemir, algo, que le delató que aún vivía. Por culpa del dolor, no sabía hacia dónde cabalgaba, ni me importó. Por suerte, caí en la negrura. Más tarde, cuando desperté, supe que estaba en la cabaña de su primo. El guardia me explicó que había cavado y llenado una tumba, y luego informó a todos de que era la mía.

Neilan gruñó.

—Y creyendo que nos era leal, ni a mí, ni a Keylan, ni a Keir se nos ocurrió cuestionar sus palabras. —Tensó los labios—. ¿Dónde está?

—Cabalgando bajo los colores de Sir Andrew de Moray. —Neilan gruñó.

—Y ahí es donde debería quedarse.

Blair no dijo nada más. Para Neilan, el escocés lo había traicionado, aunque su acto había salvado la vida de Blair. Conocía bien la capacidad de Neilan para guardar rencor. ¿Le perdonaría de verdad alguna vez su hermano? ¿Merecía siquiera tal absolución? Sin estar seguro de nada, se puso en pie. El dolor le recorría el cuerpo y sus piernas amenazaban con ceder.

Caitlin corrió a su lado y lo agarró del brazo en señal de apoyo.

—¿Qué estás haciendo? Debes descansar hasta que partamos.

—Por eso estoy aquí. —Neilan miró a Caitlin con el rostro duro—. Debes montar en el carro con la mujer y el niño.

En lugar de echarse atrás, ella se mantuvo firme.

—Dada la gravedad de sus heridas, Blair también debería viajar allí. Si hay poco espacio, yo montaré.

Neilan frunció el ceño.

—No te darán tu propio caballo.

La dureza de las palabras de su hermano puso a Blair de los nervios.

—Caitlin, ve a ayudar a Marie y a Joneta a guardar las últimas pertenencias. —Ella vaciló.

—Blair…

—Ve. —Blair asintió—. Todo irá bien.

La duda parpadeó en su rostro. Con una última mirada fría a Neilan, se dirigió hacia donde Marie estaba empaquetando sus pertenencias en un carro.

Pasaron varios largos segundos. Neilan se cruzó de brazos.

—Una muchacha interesante. Dice que la salvaste de unos caballeros ingleses.

—Sí. Me topé con los malditos bastardos que estaban a punto de violarla. —Neilan entrecerró los ojos.

—¿Los mataste?

—Sí.

—Bien.

Por un momento, una sensación de camaradería se instaló entre ellos, una muestra del vínculo que deseaba recuperar.

—Caitlin no merece tu ira —dijo Blair—. Ella trató de protegerme cuando creyó que eras una amenaza.

—Lo hizo. —Los ojos de su hermano se endurecieron—. Para que lo sepas, si hubiera querido matarte hace un año, el acto ya estaría hecho.

—Sin embargo, me permitiste vivir.

—Una decisión que aún cuestiono. —Neilan vaciló—. No sé si podré encontrar perdón para ti.

La emoción raspó la garganta de Blair. Asintió. El silencio se extendió entre ellos.

—¿Confías en ella?

—¿Confiar en ella? —Blair frunció el ceño—. Una pregunta extraña.

—Tal vez, pero una que has preferido no responder.

Sus dudas persistentes revolotearon por su mente: su habilidad con la espada, su calma durante una pelea, su búsqueda entre sus pertenencias.

—No es una respuesta que pueda dar así tan fácil.

—¿Te acuestas con una muchacha sobre la que tienes dudas?

—¡No digas eso! —Blair dio un paso hacia él. Apretó los dientes mientras luchaba por mantener la consciencia—. Si tuviera todas mis fuerzas, te daría una paliza.

—Lo intentarías. —El cansancio marcaba la voz de su hermano, en desacuerdo con el desafío. Se frotó la frente—. Una vez curado, ¿por qué no regresaste al castillo de Rivenlochs?

Ante el recordatorio de su hogar, la culpa invadió a Blair. ¿Cuántas veces se había preguntado lo mismo?

—Y si lo hubiera hecho, ¿me habrías perdonado? ¿Habrías aceptado mis disculpas?

Neilan exhaló un duro suspiro.

—No, habría intentado matarte.

—¿Y ahora? —preguntó Blair—. Aquí estoy ante ti y admito que estaba equivocado.

—Estoy pensando.

Por mucho que admirara la honestidad de Neilan, señalaba el abismo que había entre ellos. Pero tenía que intentar salvarla.

—Tu ira hacia mí no es más de lo que yo siento por mí mismo. Los meses en los que estuve convaleciente por culpa del dolor me dieron tiempo para pensar, para darme cuenta del grave error que había cometido contra Marjorie, contra ti y contra mi familia. —Tragó con fuerza —. Me alejé, no por miedo, sino porque no podía entender cómo podrías perdonarme. Dudo que alguna vez pueda perdonarme a mí mismo.

Neilan escrutó el campo, donde los hombres habían empezado a montar.

—Creo que necesito tiempo para decidirme. En cuanto a Marjorie —se encaró con Blair—, si ella te perdona no me corresponde a mí decidirlo.

—Me parece justo. —Era más de lo que él podría haber esperado. Blair se movió y sus dedos chocaron contra el cuero curtido. ¡La escritura! En el caos del día, por increíble que fuera, lo había olvidado—. Neilan, debo comunicarme con el obispo Wishart inmediatamente.

—Con el obispo Wishart, ¿por qué?

Blair sacó el escrito enfundado en cuero, que estaba manchado por la suciedad y curtido por la humedad.

—Debo advertirle que Warenne se prepara para reunir fuerzas con Cressingham antes de finales de julio.

El rostro de su hermano palideció.

—Dios santo, no puede ser.

—Yo también me quedé atónito con la noticia. Creí que poco podría hacer volver a Warenne a Escocia.

—No me refería a eso.

—¿A qué? —preguntó Blair, confundido por la expresión de pura incredulidad que había en el rostro de su hermano.

—Es por eso por lo que estamos aquí.

Nada tenía sentido.

—¿El obispo te envió a reunirte conmigo?

—Sí. No. —Neilan sacudió la cabeza—. ¡Por mi espada! Antes de que el obispo se rindiera a los ingleses, envió un mensajero a Keylan diciéndole que te había enviado en una misión peligrosa y que esperaba tu llegada, junto con el hecho de que llevarías noticias importantes. El obispo dio instrucciones a Keylan para que te interceptara antes de que llegaras al castillo de Roxburgh.

El terror lo atravesó.

—¿Wishart está en manos inglesas?

—Sí, se rindió al igual que Robert Bruce y William Douglas.

—Dios no —susurró Blair—. ¿Qué vamos a hacer?

Unos ojos sombríos sostuvieron los suyos.

—Llevarle esta información a Wallace como ordenó el obispo.

Su mente dio vueltas a mil pensamientos. Entonces, uno extraño cayó en primer plano.

—Espera, dijiste que no sabíais que yo estaba vivo. —preguntó Blair, aún más confuso—, ¿y, sin embargo, el obispo Wishart escribió mi nombre en el escrito a Keylan?

Su hermano hizo una mueca.

—Sí, escribió un nombre, pero no era Sir Blair Cleary.

La inquietud recorrió a Blair. Levantó la mirada hacia la evaluadora de su hermano.

—¿Y qué nombre usó el obispo Wishart?

Unos ojos cobalto lo atravesaron. Pasó un largo segundo.

—Dubh Duer.

Capítulo 14

El crujido de la madera acompañaba a cada traqueteo cuando las ruedas del carro tropezaban con otro surco. Arabelle se agarró al costado de la madera erosionada, su otra mano sobre el hombro de Blair para aminorar su sacudida. La luz fracturada de la luna que se derramaba a través de una gruesa capa de nubes dejaba al descubierto la blancura del rostro de Blair.

El ritmo que Lord Crampton había marcado era agotador a pesar de la espesura de la noche. Con los caballeros ingleses a punto de regresar a donde yacían masacradas sus tropas, la medida del señor rebelde era prudente. Arabelle, por supuesto, no deseaba quedarse y arriesgarse a que alguno de los caballeros de Sir Cressingham que regresara la reconociera.

Puso su palma sobre la frente de Blair. Frunció el ceño cuando la encontró caliente.

—¿Cómo se encuentra?

Al oír la voz de Sir Keir, Arabelle se volvió. Tallado en la franja de luz de la luna, el hermano que ella había sabido que era el menor cabalgaba a un paso de la carreta.

—Por fin está dormido, pero su piel se calienta con cada hora que pasa. —Keir frunció el ceño mientras escudriñaba a su hermano, tendido sobre las ropas atadas—. Estamos a pocas horas del castillo de Rivenlochs. Hasta que lleguemos, asegúrate de que tenga mucha agua. —Empujó a su montura al galope, dirigiéndose hacia donde Lord Crampton dirigía a sus hombres.

Rezó para que llegaran pronto. Con la pérdida de sangre, Blair había seguido empeorando durante la noche. Cada hora que pasaba alimentaba su miedo, y su tardanza en responder a sus preguntas lo avivaba aún más. El anuncio anterior de Keir de que habían enviado a un hombre por delante para avisar al sanador de su llegada subrayó su preocupación.

Con suavidad, inclinó la cabeza de Blair hacia arriba. Arabelle le acercó la bolsa de agua a la boca y le ayudó a beber varios sorbos. Con cuidado, lo tumbó de nuevo, luego se dejó caer contra los listones. Cada giro de la rueda, cada crujido del carro, alimentaba sus nervios.

A lo lejos, volutas de púrpura dibujaban un sutil contorno de las montañas que los rodeaban mientras seguían subiendo.

Amanecer.

Por favor, Dios, que lleguemos pronto al hogar de Lord Crampton. Arabelle se aquietó. ¿En qué estaba pensando? No podía permitirse el lujo de quedarse para atender a Blair. Debía escapar antes de que entraran en la fortaleza de los MacKintosh.

¡La orden!

Dividida entre el deber, abandonar su misión y estar huyendo el resto de su vida, miró a su alrededor.

Marie dormía cerca de la parte delantera del carromato con Joneta acurrucada contra su costado con el pulgar metido en la boca. Fergus cabalgaba delante con los hombres de Lord Crampton. Aparte del caballero que guiaba los caballos que tiraban del carromato, nadie más cabalgaba cerca.

Con facilidad, ella podía escabullirse con el escrito antes de que nadie se diera cuenta. La culpa la inundó ante la idea de robar la misiva del cuerpo inerte de Blair. Debería sentirse aliviada. ¿No se había preocupado de cómo recuperaría el documento?

Pero con sus sentimientos por Blair tan profundos, la toma del escrito significaba una traición. Como si revelar el túnel rebelde bajo la montaña a Sir Cressingham o el escondite tras las cataratas no lo fueran también.

El carro se sacudió, avanzando con estrépito. Las nubes cortaron los retazos de luz de la luna y el amanecer que luchaba, arrojando el bosque a un abismo ominoso.

Mareada, envuelta en la oscuridad, Arabelle se puso de rodillas. ¿Tenía realmente otra opción? Si se quedaba, cuando Blair supiera la verdad, la odiaría.

Con la mano temblorosa, odiándose a sí misma por este acto condenatorio, llevó la mano hacia la túnica de Blair, donde le había visto deslizar el documento.

Él gimió.

Ella se tiró hacia atrás. Otro rayo de luz de luna parpadeó a través del bosque, haciendo de su silueta una sombra contra la negrura. Dios del cielo, ¿por qué dudaba? Él estaba inconsciente; no era como si fuera a atraparla. Volvió a extender la mano, volvió a dudar.

Arabelle apretó la mano. Odiaba esta sensación de impotencia, de no querer hacerle daño a Blair. Pero debía recuperar el escrito ahora y escapar. Una vez estuvieran dentro de las puertas del castillo de Rivenlochs, un sanador permanecería al lado de Blair y se perdería cualquier oportunidad de reclamar la misiva.

¡Maldita fuese toda la situación! Negándose a seguir pensando, levantó la túnica de Blair. Con dedos temblorosos, Arabelle deslizó las manos por debajo.

No estaba allí.

¡Imposible! Ella ayer vio la escritura. Con dedos suaves, tanteó de nuevo el tejido.

Nada.

Las posibilidades se agolparon en su mente. En el fragor de la batalla, la pelea con su hermano, Lord Crampton llevando a Blair a la carreta, o cualquier número de acontecimientos posteriores, el escrito podría haberse caído. De ser así, ¿alguien lo había encontrado? ¿Quizá uno de los hermanos? En cualquier caso, no estaba aquí.

¿Y ahora qué? Miró hacia donde unos tiernos dedos de luz con bordes púrpura acariciaban los árboles. No quedaba tiempo, debía partir sin el escrito.

En silencio, reunió los pocos objetos que necesitaría. La daga en su muslo pesaba, la bolsa de agua asegurada alrededor de su cintura aún más. Arabelle se enjugó una lágrima. No iba a abandonar a Blair. Sir Keir había declarado que llegarían pronto, y una enfermera esperaba para atenderle.

La culpa la hizo mirar hacia atrás.

—Lo siento, Blair. Nunca podré ser lo que tú quieres. —Con el corazón dolorido, se inclinó hacia delante y depositó un beso en su boca—. Te quiero. —Antes de que pudiera cambiar de opinión, se arrastró hacia la parte trasera del carromato.

—¿Vas a alguna parte, muchacha?

Ante la ronca acusación en la voz de Sir Neilan, Arabelle se aquietó. Había estado tan absorta en su decisión que no lo había oído subir. Con el pulso acelerado, se volvió lentamente.

Unos ojos duros y acusadores la observaban desde el otro lado del carromato.

—yo…

—Continúe —la instó él. Su demanda cargada de sospecha —Es una explicación que tengo curiosidad por oír.

Cada golpe de los cascos sobre la tierra resonaba como una sentencia condenatoria. Ella luchó por mantener la calma.

—Sir Keir me informó de que pronto llegaríamos a su casa. —Él arqueó una ceja escéptico. ¡Piensa!—. Estaba recogiendo mis pocas pertenencias antes de llegar.

Resopló con incredulidad. Los indicios del amanecer dejaban al descubierto los duros ángulos de su rostro. Las sombras otorgaban un atractivo feroz a un guerrero ya de por sí intimidante. Un hombre que por sus acciones le recordaba mucho a Blair.

Por mucho que Sir Neilan maldijera a Blair, lo quería y lo protegería con su vida.

La bola de miedo que llevaba dentro se ablandó.

—Si es posible —dijo contra el telón de fondo de sacudidas y golpes—, deseo quedarme con Blair mientras se recupera.

—Sí, te quedarás con nosotros, muchacha. En cuanto dónde, exactamente, esa es otra cuestión.

Arabelle retrocedió para acomodarse junto a Blair. Se negó a que Sir Neilan viera su miedo.

—Está inconsciente.

—Será atendido. —Unos ojos sagaces la estudiaron—. No sé a qué juego juega, pero sepa esto: es peligroso.

—No juego a nada.

—Eso creo. Sea lo que sea a lo que juega —añadió él. Su voz sonaba ronca—. Es muy real.

Ella luchó por mantener la calma. Él sospechaba que ella había intentado escabullirse del carromato.

Pasaron varios minutos. Con el aleteo de sus fosas nasales, Sir Neilan le dirigió una mirada desdeñosa. Luego continuó cabalgando junto al carromato, con un duro gesto en la mandíbula.

Arabelle miró hacia el otro lado del carromato, donde dormían Joneta y su madre. Había sido una tonta por permitir que su corazón la hiciera demorarse. Ya no más. A la primera oportunidad, escaparía.

Una vez que los escoceses descubrieran su verdadera identidad, nada la salvaría. Ni siquiera los sentimientos autoproclamados de Blair.

En el cielo gris de la mañana, comenzó a caer una suave niebla. Se respiraba un aire de expectación, el presentimiento de algo inmenso. El camino ante ellos se estrechaba, ambos lados enmarcados por pinos densos que ahogaban la luz. El golpe de los cascos resonó a su alrededor. El sendero se hizo más empinado, en ángulo, abriéndose paso como si ascendiera a los cielos.

Una suave brisa susurraba a la vida. El aroma de las hierbas silvestres llenaba el aire; un aroma potente y limpio que la recorría con cada respiración. A través de la penumbra del denso bosque apareció un respiro.

La carreta avanzó chirriando, vacilante al avanzar por un terreno irregular.

A medida que subían más alto, la densa franja de árboles se partió como si se abriera una puerta.

Se le cortó la respiración y Arabelle solo pudo mirar. Abajo, un inmenso lago se curvaba dentro de la tierra desgastada por el tiempo. Sus orillas envueltas en un verde exuberante y las colinas que lo rodeaban vestidas por el denso bosque. En el extremo sur sobresalía una península. Forjado sobre su robusta franja, un castillo se alzaba en orgulloso desafío. Un castillo que podría haber sido sacado de las páginas del Rey Arturo. Un castillo que podía proteger tanto como encarcelar.

La llovizna saturaba el aire y las nubes colgaban bajas. El lúgubre escenario añadía una intensidad ominosa al paisaje de abajo.

La aprensión la invadió. Era fácil imaginar a Lord Crampton gobernando estas tierras implacables, un hombre respaldado por sus hermanos, rebeldes que cultivaban su propia marca de respeto.

Cuando había conocido a Blair, le había parecido intimidante, un hombre diferente a la mayoría. Ahora, se daba cuenta de que su ingenio, fuerza e intensidad habían sido perfeccionados por su familia. Él pertenecía a esta tierra despiadada, estaba labrado de su suelo, de su sangre.

Mientras que ella no pertenecía a ninguna parte.

Sombría, contempló el único camino. El único camino de entrada. O de salida.

Un movimiento en el lejano paseo de la muralla captó su atención. Guardias haciendo sus rondas, guardias que aseguraban la protección del castillo, que se asegurarían de que ella no escapara.

La frialdad se deslizó a través de Arabelle y se frotó las manos sobre los brazos.

—Es el castillo de Rivenlochs —declaró Sir Neilan.

Arabelle se puso rígida.

—Es magnífico. —E intimidante, un hecho que él bien conocía. Ella escudriñó los muros labrados, piedra de cantera que había costado un enorme esfuerzo transportar hasta este lugar estratégico—. Parece de influencia normanda.

Él gruñó.

—Tiene buen ojo. En efecto, fue construido por los normandos y ha pasado de generación

en generación desde entonces. —El orgullo marcaba su voz, la de un hombre respaldado por la familia, un hombre que conocía sus raíces.

Raíces en desacuerdo con el vacío que ella llamaba su vida. Se acomodó cerca de Blair, deseó saborear un vínculo así. No, con el fango de su vida, los engaños y las mentiras, tal sueño era imposible.

—¿Ya casi llegamos? —preguntó Joneta, la voz de la niña grogui por el sueño.

Marie envió una mirada cansada hacia Arabelle, luego rozó la mejilla de su hija con una mano tierna.

—Sí.

Como si fuera un potro probando sus nuevas piernas, Joneta se impulsó y se asomó. Con los ojos muy abiertos por la emoción, se volvió hacia Arabelle.

—¡Mira, un castillo! —Arabelle forzó una sonrisa—. ¡Es tan enorme! —La niña casi bailó en el carro. Oteó el espeso bosque—. ¿Hay dragones?

—No hay dragones, pequeña —respondió Sir Neilan, la dulzura de su voz cogió a Arabelle por sorpresa. Si se lo hubieran preguntado, ella habría dudado de que existiera un lado más amable en este fiero caballero. Parecía que sus bruscos modales estaban reservados para aquellos en los que no confiaba.

Nerviosa, posó su mano sobre la frente de Blair. El sudor cubría su rostro, pálido con indicios de fiebre. Gracias a Dios pronto llegarían a un sanador.

La cresta de la colina se hizo más pequeña a medida que descendían por la empinada ladera. Los árboles del bosque daban paso a los campos. Al oír el áspero chirriar de las ruedas sobre la piedra, se armó de valor, consciente de que atravesaban la calzada que conducía al castillo de Rivenlochs.

—¿Caitlin?

Al oír la voz cascajosa de Blair, Arabelle miró hacia abajo. Unos ojos color avellana, drogados por el dolor y el cansancio, la observaban.

Su pecho se contrajo con el amor que este hombre le inspiraba. Ella deslizó un mechón perdido de su frente.

—¿Cómo estás?

—Mi garganta —susurró.

—Toma. —El agua chapoteó cuando ella le ayudó a tomar un sorbo.

Con una tos, se apartó, dejó caer la cabeza contra el fardo atado con tela.

—¿Cuánto falta para llegar al castillo de Rivenlochs?

—Entonces estás despierto —dijo Neilan.

Al oír la voz de su hermano, Blair giró la cabeza. Hizo una mueca.

—Eso parece.

Neilan gruñó.

—Dormir y comer te vendrá bien.

Lo harían, pero por el momento, ninguna de las dos cosas era su mayor preocupación.

—Marjorie estará allí. —Las palabras le salieron a trompicones, pero Blair necesitaba decir su nombre, prepararse para la reunión que se avecinaba, su justificado enfado. La boca de Neilan se tensó.

—Sí. Mi esposa no te estará esperando. —Ni ninguna otra persona dentro del castillo de Rivenlochs. Todos me creen muerto.

Neilan acarició el cuello de su montura, lanzó a su hermano una mirada especulativa.

—Keir se ha casado desde que te fuiste.

¿Keir se ha casado?

—¿Con quién?

—Lady Grisell Cumming.

—Pero ella le dejó una semana antes de que se casaran. Keir juró… —Blair cerró los ojos, luchó contra el palpitar de su cabeza, luego los abrió—. No tiene sentido.

—No debería. Pero confía en que Keir se meta en el fango y salga como un candelabro pulido. Una historia que dejaré que el muchacho le cuente. —Neilan vaciló—. Deberías saber que Keylan también ha tomado esposa, una noble inglesa. Es una buena muchacha, por la que daría mi vida para defenderla.

Bajo su calmada expresión, Blair oyó la amenaza. Sus hermanos le permitían entrar en el castillo de Rivenlochs, pero aún no se había ganado su confianza. Tampoco podía culparlos.

—Descansa. Le diré a Keylan que estás despierto. —Neilan dio una patada a su montura.

Los cascos repiquetearon sobre la piedra mientras cabalgaba hacia delante.

Blair suspiró. Todos sus hermanos se habían casado. La noticia era otro duro recordatorio del tiempo que había pasado y de los preciosos momentos perdidos. Sin embargo, de algún modo, dentro del caos que era su vida, había encontrado a Caitlin. Se recompuso. Tal vez la encontró, pero con su vida entregada a recuperar la libertad de Escocia, debía dejarla marchar.

Necesitado de tocarla, estrechó su mano, sorprendido de encontrarla fría. Blair le echó un vistazo.

Con el rostro pálido, miraba fijamente al castillo de Rivenlochs.

—¿Qué ocurre?

—Es imponente —susurró ella, como si pronunciar las palabras en voz alta fuera a desatar un hechizo.

Los recuerdos de la primera vez que había contemplado la fortaleza normanda se repitieron en su mente. Era un hogar forjado por hombres implacables, poderosos señores que habían ayudado a labrar el destino de Escocia. En lugar de nerviosismo, le había invadido el orgullo. Pero había llegado a este formidable castillo como un muchacho aceptado, no como una mujer cuya vida a cada paso yacía destrozada.

—Serás bienvenida —le dijo.

—¿Lo seré? —Los ojos nerviosos seguían sin parecer convincentes.

—Lord Crampton regresa —retumbó la voz de un centinela cuando se acercaban al puente levadizo.

Tanto el orgullo como la aprensión llenaron a Blair. Sus hermanos sabían que vivía, pero aún no se había enfrentado a Marjorie.

Los cascos resonaron como truenos cuando los caballeros de Keylan cruzaron a caballo el puente levadizo. Los muros forjados se cerraron, arqueados hacia el cielo para raspar las nubes oscurecidas por la lluvia. Pasó una brisa, rica en olor a agua.

La oscuridad los envolvió mientras la carreta rodaba bajo el pórtico. Luego, una lúgubre luz dejó al descubierto a una multitud de hombres y mujeres que convergían dentro del castillo para dar la bienvenida a su señor y a sus hombres.

Pero no a un hombre que había intentado matar a la esposa de su hermano.

La ansiedad crecía en su interior, robándole la capacidad de moverse; solo podía sentir, lamentar la tragedia de aquel día un año atrás, lamentar las acciones de un hombre impulsado por el odio que había comprendido su error demasiado tarde.

Blair tragó con fuerza. Cuando la gente del castillo de Rivenlochs descubriera que vivía, por favor, que encontraran en su corazón la forma de ofrecerle perdón. Que sus hermanos le permitieran regresar era el primer paso, pero poco más. Lo que ocurriera ahora revelaría si el castillo de Rivenlochs volvería a ser su hogar.

—¡Keylan! —exclamó una mujer.

El cálido acento inglés hizo que Blair se girara.

Una mujer esbelta, con el pelo dorado como el ámbar trenzado en una delicada trenza y una diadema de oro enmarcando su cabeza, corría hacia su hermano mayor. En un hábil movimiento, Keylan desmontó, atrajo a la mujer entre sus brazos y la atrapó en un beso feroz.

La esposa de Keylan, la noble inglesa de la que le había hablado Neilan.

Blair esperó el revolcón de ira, la amargura que siempre había sentido cuando se trataba de los ingleses. Al observar a la inglesa en brazos de su hermano, Blair no encontró más que arrepentimiento. Por haber permitido que la amargura guiara sus actos, se había perdido llegar a conocer a la mujer que le había robado el corazón a Keylan. Si se había ganado el respeto de su hermano, debía de ser sin duda una mujer increíble.

El carro se detuvo. Varios caballeros comenzaron a descargar sus escasas pertenencias, mientras otros dos ayudaban a Marie y a Joneta a echar pie a tierra.

—¡Grisell! —Keir saltó de su montura y corrió hacia la hermosa mujer, con el rostro enmarcado por un cabello del color del *whisky* añejo. Su hermano menor atrapó a la mujer y la hizo girar. Con su rostro encendido por la risa, capturó su boca, el profundo vínculo entre ellos era una prueba más del tiempo que Blair había perdido.

—¡Neilan!

Ante el familiar y lírico acento inglés, Blair se aquietó. Marjorie. Mientras yacía en la cama recuperándose, había repetido sus malas decisiones, cómo su odio había impedido que su mente viera lo bueno que había en ella.

Ahora, llegaba su destino.

¿Sería ella capaz de perdonarle? Con una plegaria en los labios, Blair se volvió.

El pelo castaño resbaló de la trenza finamente tejida de Marjorie mientras ella corría hacia Neilan, con su sonrisa llena de amor, la alegría de un matrimonio fuerte.

Los caballeros se reunían con sus familias, los escuderos conducían a los caballos hacia el establo y los niños bailaban al lado de sus madres esperando ver a sus padres.

Todo alrededor de Blair se desvaneció. Con una fascinación desgarradora, observó el momento en que Marjorie se percató de su existencia, el instante en que la alegría de su rostro se hizo añicos.

La multitud se separó mientras Marjorie corría hacia su marido. Mientras se acercaba, en un movimiento suave, Neilan se inclinó y subió a su mujer sobre su corcel para reclamar su boca.

—Blair. —La voz de Caitlin resonó como a una legua de distancia. Ella no comprendía la enormidad de este momento. No podía—. Eres su familia.

Con la garganta seca, negó con la cabeza.

—Después de lo que he hecho —susurró—, no soy nada.

Como para respaldar sus palabras, Neilan rompió el beso y susurró algo en el oído de su esposa.

Marjorie se quedó paralizada. Sus dedos aferraron los hombros de él y un escalofrío recorrió su esbelta figura. Luego, con una lentitud desgarradora, su rostro se levantó, se volvió hacia Blair, sus ojos ambarinos oscuros.

Como si el tiempo se hubiera borrado, el pasado retrocedió. El día exacto.

La hora exacta.

—¡No! —Marjorie intentó saltar al suelo.

Neilan la sujetó con fuerza.

—Tranquila, cariño —le instó, lanzando a Blair una mirada de advertencia.

—Sacadlo de aquí —exigió Marjorie.

La multitud de alrededor se quedó en silencio. Los murmullos se extendieron entre los espectadores.

—No hará daño a nadie —afirmó Neilan.

—¡Lo hará! —Marjorie se esforzó por saltar al suelo. Neilan la sujetó con fuerza.

—Intentará matarme. ¿Y nuestro hijo? No se puede confiar en él.

Sus palabras furiosas hirieron el alma de Blair. ¿Un hijo? Neilan no le había hablado de ningún hijo. ¿Qué más le había ocultado? El último fragmento de esperanza en el perdón de Marjorie se ennegreció hasta convertirse en volutas de ceniza.

Ella se sacudió, luchó por apartarse.

—¡Suéltame!

Neilan le agarró la cara.

—Voy a llevarte dentro. Confía en mí, esposa, estás a salvo. —La ternura guio sus

movimientos mientras desmontaba.

¡No! El pánico se apoderó de Blair cuando Neilan dejó a su esposa en el suelo y se dirigió hacia la torre del homenaje. Esta era su única oportunidad de suplicar perdón. Una vez que Marjorie entrara, no le permitiría volver a verla. Aunque ella nunca lo perdona, él tenía que intentarlo.

—¡Marjorie! —La voz cruda de Blair hendió el silencio como una espada mal afilada. Los ojos de Neilan se clavaron en Blair.

El dolor gritó a través del cuerpo de Blair mientras se empujaba hacia arriba. La madera maltrecha le arañó las rodillas, pero se arrastró hasta el extremo del vagón. En un movimiento borroso para su mente, bajó al suelo y se estabilizó sobre la tierra desgastada.

Caitlin se tiró al suelo, agarrándolo del brazo.

—Blair, ¿qué estás haciendo? Has perdido demasiada sangre. Tú...

—Quédate aquí —dijo él sin dejar de mirar a Marjorie. Caitlin no comprendía la importancia de este momento. Se soltó de su agarre.

—Iré contigo —dijo Caitlin.

Con los ojos vidriosos de ira y una pizca de miedo, Marjorie lo observó.

—No. Esto debo hacerlo solo. —Sobre piernas temblorosas, Blair dio un paso adelante, apretando los dientes contra el dolor. La gente se desdibujó ante él. Por pura determinación, dio otro paso.

Neilan se tensó, su cuerpo se inclinó para proteger a Marjorie, que estaba a su lado.

Un murmullo se extendió entre la multitud. Uno a uno, los que estaban dentro de la torre cayeron en un silencio, concentrados en Blair. Ojos, duros y condenatorios, lo observaban. Susurros maldecían cada uno de sus pasos.

Blair aceptó su recelo, comprendió su ira. Si hubiera estado en su lugar, habría hecho lo mismo. Seguro de nada, siguió adelante.

Capítulo 15

A varios pasos de distancia, con la visión borrosa, Blair se detuvo, jadeando.

—Ma… Marjorie.

Marjorie se enderezó, con los ojos ardiendo.

—¡Aléjate! —El dolor golpeó la cabeza de Blair.

—Tengo que hablar contigo.

—¡Por todos los dioses! —Neilan se puso delante de su mujer—. ¡Basta!

Keylan se acercó a Neilan y dirigió una mirada preocupada a Marjorie, que estaba al lado de su marido.

—Ahora no es el momento —le dijo a Blair.

El pánico se apoderó de Blair.

—Marjorie, por favor, escúchame.

Con el rostro pálido, Marjorie negó con la cabeza.

—Déjanos. —La aspereza cubrió sus palabras, revelando un odio tan grande que mancharía los bancos de una iglesia. Lágrimas de rabia resbalaron por sus mejillas mientras se encaraba a su marido—. ¡Júrame que lo mantendrás alejado de nuestro hijo!

—Marjorie —empezó Neilan.

—Júralo.

¿Ella creía que él le haría daño a ella o a su hijo? El corazón de Blair se rompió. La culpa y el arrepentimiento por sus acciones se duplicaron.

—No os haría daño ni a ti ni a tu hijo. Nunca.

Marjorie se volvió. El desprecio que marcaba su rostro desgarró el alma de Blair. Keylan se interpuso entre ellos.

—Neilan, lleva a Marjorie adentro.

—Sí. —Neilan le lanzó una dura mirada a Blair. Como un lobo que protege a su compañera, la acercó a su cuerpo y caminaron hacia el torreón.

Keir se movió al lado de Keylan, su expresión gélida subrayaba dónde residía su lealtad.

La pérdida asfixiaba a Blair, una cortina tan negra que le costaba respirar. ¿Acaso no había traído suficiente tragedia a los que amaba? Aunque muchos lo despreciaban, ninguno más que él mismo. Más tonto era él por haber albergado la idea de encontrar de algún modo el perdón.

La negrura lo amenazaba. Luchó por recobrar la consciencia, braceó con los pies para mantenerse en pie.

—No necesito más que un caballo y me iré.

¿Un caballo? Era testarudo zoquete con cabeza de mula. Arabelle se puso al lado de Blair y fulminó con la mirada a Lord Crampton.

—Dime, ¿tendrá la muerte de su hermano sobre su conciencia?

Blair la cogió del brazo.

—Caitlin.

—Apenas se mantiene en pie. —Arabelle tiró de su brazo para liberarse del débil agarre de Blair—. Dime, ¿permitirá que su hermano se marche?

Unos penetrantes ojos verdes se clavaron en ella.

Ella se mantuvo firme. La vida de Blair estaba en juego. Sin un sanador, moriría. Incluso con la atención adecuada no había garantías.

La ira se agitó en los ojos de Lord Crampton, pero para sorpresa de todos, también el respeto. Asintió a los dos caballeros que se encontraban más cerca.

—Llevad a Sir Blair a su cámara —ordenó, sin apartar la mirada de ella.

—¡Maldita sea! —Blair se revolvió—. No necesito...

—¡Ahora! —retumbó la voz de Keylan.

—Sí, mi señor —dijo el hombre que estaba más cerca. Se apresuraron a colocarse al lado de Blair.

Débil, sus heridas habían empezado a sangrar, Blair fue medio conducido, medio llevado a rastras al torreón.

El alivio recorrió el rostro a Arabelle. Gracias a Dios. Se puso en marcha tras él.

—Espera, Caitlin. —La voz de Lord Crampton la envolvió con fría finalidad.

Con el corazón palpitante, se enfrentó al poderoso lord. El silencio descendió entre ellos como una guillotina.

—Deseo estar con Sir Blair. —El conde se cruzó de brazos.

—Un sanador lo espera. —Y ella comprendió.

—Nunca ibas a permitir que abandonara el castillo de Rivenlochs, ¿verdad? Solo querías que sufriera preguntándose si alguna vez volvería a ser aceptado.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Lord Crampton.

—Es mi hermano. —Ella vaciló.

—Y es afortunado de tenerlo.

—Dudo que él esté de acuerdo con esa afirmación ahora mismo —replicó lord Crampton —, ni lo estará durante mucho tiempo. Tiene muchas cosas que superar.

Cierto, pero a pesar de los retos, los hermanos de Blair no lo dejarían de lado sin más.

—Id —les dijo el conde a los que lo rodeaban—. Dadles la bienvenida a casa a nuestros caballeros. Los que no tengan familia, que atiendan a los heridos.

Los susurros se entrelazaron con el suave sonido de los pasos mientras la gente de dentro del patio se dispersaba.

—Keir —dijo Lord Crampton—. Supervisa a los heridos y asegúrate de que todos sean atendidos.

—Sí. —Con una mirada cautelosa a Arabelle, el hermano menor estrechó la mano de su esposa y la atrajo con él.

A lo lejos, las risas llenaban el aire junto con los gritos excitados de los niños. Como si todo fuese normal. Arabelle asintió en dirección al conde.

—Le debo una disculpa, mi señor. Fue impropio desafiarle. Pero, para proteger a Sir Blair, volvería a hacerlo. —Él arqueó una ceja. Arabelle se adelantó—. Aunque sea hermano de Blair, le agradezco que cuide de él cuando él mismo no lo espera, ni siente que lo merezca.

—¿Y usted siente que se lo merece? —preguntó una mujer que se encontraba al lado de Lord Crampton.

Atrapada por la tensión entre Blair y lord Crampton, no había reparado en aquella regia mujer que estaba junto al señor de la torre del homenaje. El calor subió por las mejillas de Arabelle.

—Señorita Caitlin —dijo el conde con voz sombría—. Esta es mi esposa, la condesa de Crampton.

Arabelle hizo una breve reverencia.

—Mi señora.

Los ojos lavanda la estudiaron, la inteligencia era patente en su potente interior. Estaba a la altura de su poderosa compañera, otro eslabón desalentador dentro de los MacKintosh.

—Sí, creo que Sir Blair merece ser aceptado y mucho más. Desde que intentó matar a la esposa de Sir Neilan, ha vivido avergonzado. —Arabelle hizo una pausa—. Lamenta su traición con cada aliento.

—Parece sincera —afirmó la noble. Arabelle levantó la mandíbula—. Nunca he conocido a un hombre más honorable.

—Blair significa mucho para usted. —Aunque pronunciadas en voz baja, la convicción pesaba en las palabras de la condesa.

Sentimientos que Arabelle no podía negar, pero su amor por Blair era privado, un hecho que ni siquiera él conocía. El cansancio se deslizó por ella, borrando el agudo ingenio que necesitaba de forma tan desesperada.

—Sir Blair es un hombre muy bondadoso —dijo Arabelle—. Un hombre que ha cometido errores. Errores que lamenta y que de verdad desea reparar.

—Blair salvó a la señora Caitlin de los caballeros ingleses hace varios días —explicó el conde.

Enderezó la espalda con temperamento.

—No intente explicar mis sentimientos como gratitud. Se necesita poco esfuerzo para ver el increíble hombre que es Sir Blair. Su lealtad, honestidad e integridad. —Agotada, Arabelle luchó por refrenar su ira—. ¿Cree que fue fácil para él alejarse, apartarse de la familia, de la gente que ama? Ha pagado un gran coste por sus malas decisiones.

Lord y Lady Crampton absorbieron su arrebato con tranquilo interés.

—En el escaso tiempo que lo ha conocido —continuó diciendo lord Crampton—, ha aprendido mucho sobre Blair, más que la mayoría. Un hecho que me intriga.

Arabelle estaba segura de que así era. Eran conocimientos que ella no había querido dar, pero tampoco le permitiría que menospreciara a Blair.

El silencio zumbaba con tensión, un desafío sin palabras.

Tras una mirada curiosa a su marido, la condesa dedicó a Arabelle una sonrisa amable.

—Caitlin, debe de estar agotada. Esposo mío, la llevaré a una cámara para que descanse.

La boca de Lord Crampton se tensó.

El conde no la quería cerca de su esposa, lo que convenía perfectamente a los planes de Arabelle.

—No es necesario, milady. Solo necesito agua, pan y queso y me pondré en camino.

La sorpresa apareció en su rostro.

—Está agotada, su fino vestido estropeado, y tampoco puedo permitir que se adentre sola en los peligros que hay fuera de los muros del castillo.

Si tan solo Lady Crampton comprendiera los peligros a los que ya se había enfrentado, que era una de las mejores mercenarias de Inglaterra, su amabilidad se convertiría en odio.

Arabelle negó con la cabeza.

—No, yo...

—Se quedará —dijo Lord Crampton. No era una petición—. Todos deseamos conocerla mejor.

En efecto.

—Esposo —dijo la condesa—, ha sido una mañana agitada para todos nosotros. Ve a ver a tu hermano y yo me aseguraré de que la señora Caitlin se instale en una cámara.

El conde vaciló.

—¿Ocurre algo, esposo mío?

—Ven a verme una vez hayas terminado. —Con el ceño fruncido, la condesa asintió.

El conde le dio a su esposa un duro y breve beso, le susurró algo al oído y después se dirigió hacia la torre del homenaje.

Arabelle exhaló un suspiro, sintiendo su marcha como una tormenta evadida. Pero ella no había escapado, simplemente había obtenido un indulto.

—No les caigo bien a los hermanos de Sir Blair, un hecho que debería saber.

La condesa se volvió.

—Mi marido y sus hermanos son hombres formidables, a menudo difíciles de entender, pero se preocupan, aman profundamente y lucharían los unos por los otros hasta el final. A menudo, su rudeza no es más que un escudo.

—Rasgos que Sir Blair comparte —replicó Arabelle.

—Lo hace —dijo, mirando hacia el torreón donde habían llevado a Blair—, si se parece en algo a sus hermanos.

Las palabras de la noble contenían convicción, una comprensión tácita.

—Mi señora, ¿por qué me cuenta esto?

Su rostro se suavizó.

—Porque Blair le importa muchísimo, y es hermano de mi marido.

A Arabelle se le hizo un nudo en la garganta.

—Usted no sabe nada de mí.

—Entonces parece que estamos en paz. Venga, le mostraré una cámara, haré que le preparen un baño, que le traigan comida caliente y una copa de vino para saciar su sed.

Arabelle dio un paso junto a la noble, sintiéndose un fraude.

—Entiendo lo que es ser la forastera —masculló la condesa.

—¿Porque es usted inglesa? —Una sonrisa rozó su boca.

—Una de las muchas razones. Quizá con el tiempo se lo explique. Y, por favor, llámame Lady Emmaline.

—Mi señora...

—Con el tiempo —interrumpió la condesa—, creo que nos haremos amigas.

La tristeza pesó sobre Arabelle. ¿Tiempo? Por mucho que lo deseara, el tiempo ahí no lo tendría nunca, ni la amistad que se le ofrecía.

Dentro de la torre del homenaje, atravesaron el gran salón. La carne y las hierbas se cocinaban a fuego lento en ollas que colgaban sobre los fuegos. En contraste con aquel ambiente doméstico, la gente se apresuraba a atender a los heridos. Un estrado yacía en el extremo más alejado, coronado por una enorme mesa.

—Por aquí. —Lady Emmaline entró en una torreta y comenzó a subir por la escalera de caracol—. La cámara en la que te alojarás está en el segundo piso.

La luz de las antorchas iluminaba la piedra labrada. La luz dorada pálida iluminaba los tapices colgados a lo largo de las paredes.

Arabelle aminoró la marcha.

—Son preciosos.

—Regalos de mi marido después de casarnos.

Dentro del parpadeo de luz, estudió el intrincado tejido, los ricos colores.

—Hadas dentro de un bosque. Muy inusual.

—Lo son. O lo serían en otro lugar. —Una sonrisa bordeó la boca de Lady Emmaline

mientras presionaba con los dedos la piedra partida por la mitad que llevaba al cuello.

Le vino a la mente una gema similar que llevaba Blair. ¿Eran los colgantes una tradición familiar?

—Ven. —La condesa empezó a subir los escalones, el rumor de las voces de los hombres que estaban abajo se desvaneció.

Por la expresión de la cara de Lady Emmaline mientras miraba los tapices, le encantaba Lord Crampton. ¿Cómo una noble inglesa había conocido y se había enamorado de un rebelde escocés de alto rango?

Recordó la explicación de Blair de cómo la noble que Sir Neilan había secuestrado para pedir rescate se había convertido en su esposa. ¿Tuvo la relación de lord Crampton un comienzo similar? No, nadie enviaría a un poderoso lord en misión de caballero. Aun así, algo extraño había ocurrido para permitir tal unión.

El amor que ella sentía por Blair nunca podría tener tal oportunidad.

La somnolencia se apoderó de ella, sofocando sus preguntas sobre cómo el poderoso conde había conocido a su esposa. En silencio, siguió a la regia mujer escaleras arriba.

En el segundo piso, Lady Emmaline comenzó a recorrer el pasillo.

Arabelle se detuvo, mirando hacia donde la escalera ascendía a otro piso. No era más que una prolongación de la torreta, pero una extraña calidez la atraía a ir hacia allí. ¿Habían llevado allí a Blair? ¿Sentía de algún modo que era allí donde yacía?

—¿Señorita Caitlin?

El calor manchó sus mejillas.

—Perdóname. —Inquieta por haber sido sorprendida mirando fijamente las escaleras, siguió a la condesa por el pasillo. En el camino, se cruzaron con un criado que transportaba agua y con mozos que llevaban puñados de leña.

Lady Emmaline detuvo a un muchacho que pasaba y le dio instrucciones para que trajera una tina y agua, y luego entró en una habitación cercana.

—Ésta será tu cámara.

Una cama estaba centrada contra la pared del fondo de la cámara, un atril tallado a un lado con una vela sin encender y la leña del hogar ardiendo.

El cansancio inundó a Arabelle. Por muy sencillamente adornada que estuviera, la cámara parecía un pedazo de cielo.

—Gracias, mi señora.

—Una vez que hayas tomado el baño y hayas comido, no se te molestará. —La condesa hizo una pausa—. Esta víspera, si te has despertado, serás bienvenida a unirse a nuestra cena.

Dudaba que los MacKintosh la desearan de verdad en su presencia.

—Mi agradecimiento —respondió Arabelle—, pero lo más probable es que duerma toda la noche.

—El descanso te sentará bien.

¿Descansar? Por mucho que deseara dormir, aprovechando el escudo de la noche, emprendería la huida. La comida que le trajeran para cenar le sería útil mientras viajaba.

—Antes de irme a dormir, me gustaría ver a Sir Blair. —Para decirle adiós. Lady Emmaline dudó.

—Está con una curandera. Una vez que ella se vaya, es mejor que él también descanse.

Así que eso era lo que Lord Crampton le había susurrado a su esposa, que mantuviera a Arabelle alejada de Blair. Bien entonces, ella no volvería a preguntar, pero lo vería por última vez antes de partir.



Agarrando con las manos la robusta colcha de lana de su cama, Blair apretó la madera envejecida entre los dientes mientras el curandero le punzaba. La luz amarilla de las velas dejaba al descubierto varios tajos furiosos en el hombro y el brazo, heridas que casi le habían costado la vida.

—Muerde más fuerte —le dijo el anciano con los ojos fijos en el tajo más profundo que le cruzaba el brazo izquierdo.

Blair obedeció, intentando concentrarse en otra cosa que no fuera el dolor mientras sus manos limpiaban con rapidez y luego ataban la carne seccionada.

Su expresión contenía una sombría satisfacción mientras hacía el último nudo. Ella levantó un brebaje en alto.

—Trágate esto. —El sabor acre de las hierbas le picó la lengua y tragó el agua que ella le tendió.

—Sabe a barro.

—Sí —asintió el curandero—, pero aliviará lo peor del dolor. Ahora descansa. No debes levantarte de la cama esta noche. —El curandero frunció el ceño—. Durante quince días mejor, pero te conozco desde hace demasiados años como para creer que seguirías mis indicaciones. Ni siquiera serás capaz de permanecer en cama un día. —Aunque pronunciadas con suavidad, la ira cubría sus palabras, causada por su atentado contra la vida de Marjorie.

La madera crujió al abrirse la puerta de la cámara. Keylan entró a grandes zancadas, seguido por Keir y luego por Neilan. Las expresiones adustas de sus rostros distaban mucho de ser acogedoras.

El sanador asintió a Keylan.

—Debería recuperarse, mi señor. Con el tiempo. Por ahora, no hay signos de infección.

—Gracias a Dios —dijo Keylan.

En silencio, el anciano aseguró los saquitos de hierbas, los guardó en su cesta y luego cerró la tapa.

—Si empieza a tener fiebre, mande a buscarme.

—De acuerdo —respondió Keylan.

Unos pasos suaves resonaron cuando el curandero se marchó. Cuando la puerta se cerró a su paso, sus hermanos rodearon su cama. La tensión palpitaba en la cámara.

Blair exhaló, observándolos; el ceño fruncido en sus rostros. El arrebato de Marjorie se repitió en su mente.

—No importa cuántas veces pida perdón por intentar matar a Marjorie, nunca será suficiente. —Le dolían las palabras, necesitaba decirlas. Neilan se cruzó de brazos.

—Ella se niega a verte. Una negativa que cumpliré.

A Blair se le hizo un nudo en la garganta.

—Está en su derecho. —Mientras yacía curándose en el lecho del labrador, había tenido tiempo. Meses para reconstruir sus acciones, tiempo en el que había encontrado vergüenza y autorrecriminación en su atentado contra la vida de Marjorie. Tontamente, había albergado la esperanza de que el tiempo pudiera reparar los lazos rotos con su familia. En sus cavilaciones, Marjorie había accedido a verle. Ahora, ni siquiera tenía esa esperanza.

Hasta que ella no lo perdonara, aunque sus hermanos le permitieran permanecer en el castillo de Rivenlochs, su vínculo familiar seguiría fracturado, y este nunca volvería a ser su hogar.

—Por todos los dioses, ¿cómo es que vives? —preguntó Neilan—. Te vi morir, vi la luz desvanecerse de tus ojos.

—Yo… —Un calor latía dentro de la piedra del cuello de Blair. Frunció el ceño y tocó la malaquita partida por la mitad, captó el intercambio de miradas curiosas entre sus hermanos—. Recuerdo dolor, negrura y luego despertarme. —Dejó caer la mano a su costado—. Debería haber muerto.

El silencio se alargó.

Keylan se aclaró la garganta.

—Hay un asunto urgente que no puede esperar. —Ante la seriedad de su tono, Blair se tensó. Entonces lo supo.

—La cédula.

—Sí —respondió Keylan—. Neilan me la dio. Enviaré un mensajero para llevárselo a Wallace.

—Mi agradecimiento —respondió Blair. Aún luchaba por aceptar que el obispo se había rendido a los ingleses—. Sin la guía del obispo, ¿qué hará Wallace?

Keylan compuso una mueca.

—Cuando Wallace se enteró de la rendición del obispo, envió una misiva a Andrew de Moray para que llevara sus tropas al sur. Él ignoraba que John de Warenne se preparaba para unir fuerzas con Cressingham, pero parece que Dios guio su decisión.

—Sí. —Asintió Blair, con la mente dándole vueltas a la noticia. La incorporación de las fuerzas de Moray permitiría a los rebeldes asestar un duro golpe.

Ante el silencio continuado, la tensión llenó la sala.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Keylan.

—Excepto que, como te dijo Neilan, nos enviaron a interceptar a Dubh Duer.

El cansancio se apoderó de él. Tenía mucho que explicar. Con todo detalle, Blair reveló cómo, tras recuperarse de haber estado a punto de morir, había viajado hasta el obispo Wishart, suplicado el perdón de sus pecados y rogado que se le permitiera seguir ayudando a los rebeldes. Luego habló del acuerdo del obispo, así como del nuevo nombre que había tomado: Dubh Duer.

—¿Así que te escondiste tras un alias? —La crudeza de las palabras de Keir resonó como una bofetada.

—No podía hacer otra cosa —respondió Blair.

Neilan gruñó.

—Podrías haberlo hecho. Aunque estoy orgulloso de ti por ayudar a los rebeldes, en lugar de atreverte a enfrentarte a nosotros, a decirnos la verdad, te escudaste tras un nombre falso.

Estalló la ira. Blair se levantó; se revolvió.

—¡Maldición! —dijo cuando Keylan alargó la mano, lo agarró el hombro bueno y lo estabilizó. Se enfrentó a Neilan, luchó por recobrar la consciencia, las emociones le golpeaban la mente—. Dime, Neilan, si hubieras sabido que yo seguía vida, ¿hubieras encontrado perdón después de que hubiera sacado sangre de tu mujer, de ti? Maldita sea, ¡intenté mataros a los dos! —Lo fulminó con la mirada—. Creo que no.

Un rubor tiñó las mejillas de Neilan.

—Yo…

—¿Qué? —exigió Blair, cansado del engaño, de las mentiras que lo asfixiaban como un trapo puesto sobre la boca—. ¿Qué habrías hecho? ¿No crees que mientras yacía en el lecho del labrador, los días convirtiéndose en meses, no tuve tiempo de pensar en todas las posibilidades? Tiempo de desear volver, tiempo de borrar la deshonra que asumí.

La cicatriz a lo largo de la mejilla izquierda de Neilan se tensó.

—Y tu sufrimiento, revivir cómo intentaste matar a mi esposa, ¿se supone que rectificará tus actos?

La tristeza inundó a Blair. Le temblaban las piernas, se hundió en la cama y apoyó las manos en las rodillas.

—No. No tengo más excusa que mi lealtad hacia ti.

—¿Lealtad? —Neilan gruñó—. Si intentar matar a Marjorie es un ejemplo de tu lealtad…

—Basta. —Keylan miró de un hombre a otro—. Discutir no hará más que ahondar las heridas ya hechas.

La puerta se abrió.

Sorprendido de que alguien se atreviera a interrumpir a su señor, Blair echó un vistazo.

Entró un hombre alto, su paso era seguro, su complexión la de un guerrero. El pelo castaño, sujeto con una correa de cuero, realzaba los duros ángulos de su rostro, su capa de la

lana más fina, acorde con su título: barón de Gilroyd, un acaudalado lord inglés, consejero del rey inglés en asuntos escoceses, y Henry, el hermano de Marjorie.

Los ojos del barón se clavaron en Blair y este palideció. Luego, la ira hizo que unos tajos carmesí se dibujaran en sus mejillas.

—¿Vives?

—Sí. —¿Cómo habían informado tan rápido al hermano de Marjorie? Lo último que Blair sabía era que, como consejero del rey Eduardo para los escoceses, Henry estaba en Inglaterra discutiendo con Juan de Warenne un asunto urgente. Debía de haber viajado al norte por negocios para la corona inglesa, o para los rebeldes como Wulfe.

Keylan frunció el ceño.

—Henry, creía que te habías reunido con Wallace.

—Lo estaba, pero nuestra charla fue interrumpida por una misiva de Wishart con su intención de rendirse a los ingleses. —El barón se adelantó a Blair, se detuvo, con las piernas apoyadas, el rostro esculpido con una expresión feroz—. Ni que decir tiene que con esa noticia nuestros planes cambiaron, y Wallace me hizo venir. Excepto —dijo, con la furia controlando su voz—, que no esperaba encontrar al hombre que intentó matar a mi hermana.

Capítulo 16

—¡Por dios santo! —Blair volvió a ponerse en pie de un salto; una vez más, la habitación dio vueltas. Se preparó, sostuvo la mirada condenatoria del barón de Gilroyd.

—Fui un maldito idiota por intentar matar a tu hermana. No, peor. —Su pecho se hinchó mientras luchaba por respirar, por estabilizarse contra el torrente de emociones—. Me arrepiento de todo lo de aquel día. Más de lo que jamás podrías saber.

Los ojos de Henry se entrecerraron.

—¿Una simple disculpa y esperas que te perdone?

—No. —Blair maldijo toda la situación; que alguna vez hubiera acariciado la idea de regresar al castillo de Rivenlochs o de recuperar a su familia—. No espero nada de ti ni de nadie. —El agotamiento pesaba sobre su mente, se dio cuenta de que las hierbas habían empezado a hacer efecto. Sí, rodeado de cuatro guerreros, un momento apropiado para que fuera lento de ingenio—. Me equivoqué al atacar a Marjorie.

—¿Atacar? —Neilan se movió junto a Henry—. ¡Le clavaste un cuchillo en el cuello e intentaste matarla!

La imagen se repitió como una pesadilla en la mente nebulosa de Blair.

—En aquel momento la creí indigna de ti y la quería muerta. Pero me equivoqué. —Con una tristeza desgarradora, contempló a cada uno de los hombres; hombres junto a los que había luchado, hombres con los que había compartido sus sueños. El remordimiento se le hizo un nudo en la garganta—. —No te preocupes, no me quedaré.

La cicatriz de la mejilla de Neilan se tensó.

—¿Adónde irás? —Blair soltó una carcajada seca.

—Como si dónde esté tuviera importancia. No volverás a verme, en eso tienes mi palabra, pero seguiré sirviendo a la causa de Escocia. —Dio un paso hacia la puerta; su cuerpo temblaba por el esfuerzo.

—Siéntate, maldito seas —le espetó Keylan.

Con los pies apoyados en el suelo, Blair levantó la cabeza mientras se le derrumbaba el alma.

—¿Una orden, mi señor?

Keylan frunció el ceño.

—Siéntate antes de que te caigas.

—Yo… —La habitación se desdibujó. Blair luchaba por encontrar las palabras—. Yo no…

—La negrura envolvió su mente.

Neilan cogió a Blair mientras este se desplomaba.

—Ayúdame, maldito seas, Henry.

—Yo también me alegro de verte —dijo su cuñado mientras agarraba el otro hombro de Blair. Neilan gruñó.

—Devuelve al maldito tonto a su cama. —Una vez que hubieron acomodado a Blair bajo las sábanas, Neilan miró fijamente al hombre que había intentado matar a su mujer, un hombre al que aún consideraba su hermano—. Tiene el cerebro de un imbécil.

Keir se acercó, se detuvo junto a Neilan y lanzó a su hermano una sonrisa sombría.

—Sí, pero siempre lo tuvo.

En una exhalación, Henry se puso al otro lado de Neilan.

—Me hubiera gustado retorcerle el maldito cuello, pero sería un desperdicio para un hombre apenas consciente. —Lanzó a Keylan una mirada sombría—. ¿Permitirás que se quede?

—Es nuestro hermano. —Keylan hizo una pausa—. ¿Por qué lo ha enviado Wallace aquí?

—Se niega a permitir que Wishart permanezca en manos inglesas —respondió Henry.

—Mientras él centra sus esfuerzos en los ingleses, nosotros debemos liberar al obispo.

Neilan asintió.

—Wishart es demasiado valioso para que los Sassenach se lo queden, en eso estoy de acuerdo.

—¿Adónde se han llevado al obispo Wishart? —preguntó Keylan.

—Está encarcelado en el castillo de Roxburgh —respondió Henry. Keylan compuso una mueca.

—¿Y el conde de Carrick y sir William Douglas? La misiva que Wishart envió decía que ellos también debían rendirse.

—Robert Bruce ha aceptado entregar a su hija como rehén en su lugar. —Henry hizo una pausa—. En cuanto a Sir William Douglas, parece que no se dará cuartel. Fue arrastrado al castillo de Berwick.

—No puede ser. —Keylan exhaló un duro suspiro—. Debemos liberarlo a él también. No puede permanecer en manos inglesas.

La oscuridad nubló el rostro de Henry.

—No estoy seguro de que tengamos tiempo. Douglas permanecerá en el castillo de Berwick poco tiempo. Durante mi breve encuentro con Sir Henry de Percy, me explicó que el rey Eduardo exigió que una vez que Sir William Douglas fuera capturado, debía ser encarcelado en la Torre de Londres.

—Para morir allí —gruñó Keir. Henry asintió.

—Es el deseo del rey Eduardo.

—Maldición al bastardo inglés —dijo Neilan, imaginando con demasiada facilidad el

regocijo en el rostro del rey.

—Sí —asintió Keylan—, pero, por ahora, debemos acatar las órdenes de Wallace y salvar a Wishart. Después, a menos que se nos ordene lo contrario, intentaremos salvar también a Douglas.

Neilan hizo una mueca, rezando para que tuvieran tiempo de rescatar a Douglas antes de que fuera encarcelado en la Torre de Londres.

Su cuñado se volvió hacia donde yacía Blair.

—No sé si preguntar cómo está vivo Blair o cómo ha llegado al castillo de Rivenlochs.

—Es el mensajero que Wishart nos pidió que interceptáramos —respondió Keylan. Con el rostro pálido, Henry se encontró con la mirada de Keylan.

—Wishart me dijo que el mensajero era Dubh Duer. —Hizo una pausa y miró con incredulidad—. ¿Dubh Duer es Blair? —Keylan hizo una mueca.

—Sí.

—Por los dientes de Dios —susurró Henry—. El rey Eduardo pagaría mucho por exhibir su cabeza en una pica.

Keir arqueó una ceja divertido hacia Henry.

—Una suma que el rey inglés pagaría, si no más, por el espía al que llaman Wulfe.

Los ojos castaños brillaron con humor.

—En cuanto a que exista un lord inglés que esconda su verdadero nombre tras el título de Wulfe… —esbozó Henry—. A menudo le aseguro al rey Eduardo que los cuentos sobre este noble notorio son fábulas, historias urdidas por los escoceses para infundir dudas dentro de la corona. Que, de hecho, no existe tal noble.

Neilan soltó una carcajada grosera.

—Sí, para salvar su maldito pellejo. Reza para que el bastardo nunca se entere de que tú, su Consejero para Asuntos Escoceses, eres el hombre que busca.

El silencio descendió en la cámara, cargado del conocimiento de las terribles consecuencias para aquellos que se rebelaron contra el rey Eduardo y del reto que suponía recuperar la libertad de Escocia.

Keylan sacó la misiva encuadernada en cuero y se la entregó a Henry.

El barón de Gilroyd estudió la impresión de cera rojo sangre, desvió la mirada hacia Keylan.

—Es, en efecto, el sello real.

—Sí —respondió Keylan—. La marca audaz del informante que utiliza ante las narices del rey Eduardo y la prueba de que interceptamos al mensajero que esperaba el obispo Wishart. También es la prueba de que Blair es Dubh Duer.

Henry sacudió la cabeza.

—Es increíble. Creíamos muerto a Blair y ha luchado a nuestro lado en todo momento.

La somnolencia llenó la habitación, el dolor de la vieja herida uniéndose al tajo de la

nueva. Neilan miró fijamente a su hermano desparramado sobre la cama con el rostro pálido. El tiempo había endurecido al muchacho destrozado que había acudido a ellos tras el asesinato de su familia. El tiempo había templado el dolor, pero no la ira de Blair hacia los ingleses. Con los años, su hermano adoptivo había aprendido a ocultar su indignación, a enmascararla con una ocurrencia.

Hasta que había conocido a Marjorie.

No, hasta que Neilan se había enamorado de una muchacha inglesa, una mujer que Blair había declarado en su momento que había encontrado indigna de su hermano. Por los ojos de Dios, era un lío, pero lo superarían. Blair era de la familia. Un leve latido comenzó a repiquetearle en la sien. Se frotó la frente. ¿Cómo podía contarle a Marjorie el arrepentimiento de Blair? ¿Debía hacerlo?

Keylan tomó la palabra, distrayendo a Neilan de sus inquietantes pensamientos. Su hermano mayor se encontró con la mirada de Henry.

—Blair dijo que es la confirmación de que John de Warenne se prepara para partir y reunir fuerzas con Hugh de Cressingham antes de finales de julio.

—Por todos los dioses, con la aversión del conde de Surrey por Escocia —masculló Henry —. El rey Eduardo debe haber ordenado que lo pincharan con un hierro candente para sacarlo de sus propiedades en Surrey.

—Sí —estuvo de acuerdo Neilan—. Me complacería ver que el acompañante del rey Eduardo fuera tan tonto como para cabalgar a la batalla con el conde de Surrey. Saborearía la visión de su carne sobre mi espada.

—Con su falta de entrenamiento con la espada —dijo Keir—, no podría ensartar más que un bocado en su trinchera.

—De todos modos, con su arrogancia y creyendo que la batalla ya está ganada —terminó Keylan—, me sorprendería más que no cabalgara junto al conde de Surrey.

Henry asintió.

—Estoy de acuerdo. Es una locura subestimar a Cressingham. Para ser un hombre de nacimiento ilegítimo, ha ascendido mucho hasta convertirse en el tesorero de la administración inglesa en Escocia.

—Tal vez, pero la sangre de los empobrecidos mancha los pasos del bastardo. A él no le importa. —Neilan sacudió la cabeza—. Nada detendrá al esbirro del rey en sus objetivos egoístas.

—Sí —coincidió Keir—. Es apropiado que a espaldas de Cressingham, los ingleses lo etiqueten como el Hijo de la Muerte.

—Y —añadió Neilan—, el traidor por los escoceses.

—Ambos nombres son testamentos de lo lejos que llegará Cressingham para lograr sus objetivos —afirmó Henry—, sin importar el coste.

El silencio zumbó en la sala, espeso por culpa de la tensión.

Neilan miró a Blair; el rostro de su hermano estaba ceniciento, su cuerpo marchito dentro de la cama.

—¿Y la muchacha?

La confusión oscureció la mirada de Henry.

—¿De qué mujer hablas?

—Cuando encontramos a Blair —explicó Keylan—, una mujer escocesa, señorita Caitlin Dunham, lo acompañaba. Nos dijo que Blair la salvó de ser violada por caballeros ingleses hace unos días.

—Los malditos malhechores. —Henry hizo una pausa—. ¿Dónde está ella?

—Dormida —respondió Keylan—. Y casi tan maltrecha como Blair. Cuando los caballeros ingleses atacaron la casa de un campesino, Caitlin escondió a su pequeña y más tarde luchó contra los caballeros ingleses para salvarla.

La sorpresa brilló en los ojos de Henry.

—¿Mató a dos caballeros? Parece una mujer increíble.

—Lo es. —Neilan hizo una mueca—. Quizá demasiado.

La mirada de su cuñado se entrecerró sobre él.

—Explícate.

—Cuando la encontramos —respondió Neilan—, estaba en el bosque con la hija del labrador. Blair estaba con ella, pero los árboles lo protegían de nuestra vista. Cuando vi a Blair... —Los recuerdos asaltaron la mente de Neilan. Apretó los puños, con el sabor de la ira aún fresco —. Perdí la cabeza, salté de mi montura y empecé a golpearlo. —Sacudió la cabeza—. Un hecho del que no me enorgullezco, pero solo podía pensar en cómo había intentado matar a Marjorie—.

El rojo acuchilló las mejillas de Henry.

—Comprensible.

—No, no lo entiendes —dijo Neilan, queriendo que comprendiera el mal que había cometido—. No me importó que el combate de Blair con los ingleses lo hubiera dejado gravemente herido, ni que se tambaleara ante mí, ni que su cuerpo yaciera magullado y manchado con su sangre. Ataqué. Brutalmente. En ese momento, quería a Blair muerto. — Apretó los ojos, los abrió—. Intenté matar a mi propio hermano.

—Hiciste —replicó Henry, su voz sombría—, lo que cualquier hombre en tu posición habría hecho. Lo que yo también habría intentado.

Neilan se llevó las manos a los costados.

—Eso no hace que mis acciones sean correctas.

—No —convino Henry—, pero te hace un hombre, uno que ama a su esposa, uno que no se detiene ante nada para proteger lo que es suyo. —Hizo una pausa—. ¿Y la mujer?

Con el cuerpo aún tembloroso por la emoción, Neilan levantó las manos.

—Después de empezar a golpear a Blair, en lugar de gritar como harían la mayoría de las mujeres, la señora Caitlin saltó sobre mi espalda y empezó a estrangularme con un agarre seguro.

—Después de los años que los ingleses han asolado Escocia, incendiado sus ciudades y masacrado a su gente —susurró Henry—, ¿por qué te parece extraña una mujer sepa protegerse?

—Estoy de acuerdo —replicó Neilan—, y estoy intentando deshacerme de mis preocupaciones, pero de camino al castillo de Rivenlochs la sorprendí intentando escabullirse.

Los ojos de Keylan se entrecerraron.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—¿El qué? ¿Que vi a la mujer trepando hacia la parte trasera de un carro con la bolsa de agua de Blair en la mano? ¿Que al oír mis palabras ella saltó como si atraparan a un ladrón? —Neilan gruñó—. Debería haberla dejado salir de la carreta y así haber obtenido pruebas de mis sospechas. Ahora, no tengo en qué basarme más que en su reacción y en la sensación de que algo en ella anda mal.

—Puede ser —subrayó Keylan—, pero el instinto a menudo salva la vida de un guerrero.

Neilan miró a Blair.

—Tengo curiosidad por oír tu opinión sobre ella.

—Como yo. —Keir frunció el ceño—. ¿Recuerdas cuando Blair estaba dentro del castillo disculpándose con Marjorie, cómo apenas podía mantenerse en pie? ¿Recuerdas cómo ella lo defendió como una loba lo haría con su cachorro?

—Ella también sabe —añadió Neilan—, y habla como si hubiera recibido educación. No afirma tener linaje, pero sea lo que sea, está lejos de ser común.

Henry arqueó una ceja.

—¿Crees que es de noble cuna?

—Cuando la encontramos por primera vez —explicó Keylan—, llevaba un vestido propio de la alta burguesía. Explicó que el vestido era un regalo y que ella no era más que una plebeya.

—Estoy confundido —dijo Henry—. Aparte de que Blair le salvó la vida, ¿qué importancia tiene esta mujer?

—La muchacha —refunfuñó Neilan mientras miraba a su cuñado—, está enamorada de Blair.

Las llamas que parpadeaban en la estancia saludaron a Arabelle cuando abrió los ojos. Con un bostezo, miró por la ventana. Las estrellas salpicaban el cielo, destellos de luz como si se lanzaran mil deseos.

¿Estrellas?

La manta hilada a mano cayó sobre la cama cuando ella se incorporó de un salto. ¡Había dormido todo el día! A estas alturas ya tendría que haberse ido.

¿Y qué había sido de Blair? ¿Había sucumbido a la fiebre? ¿Se estaba recuperando y se había perdido en un sueño reparador?

Un plato de comida estaba sobre una mesa cercana. La culpa se apoderó de ella mientras se levantaba, guardaba la comida en un pequeño saco y lo aseguraba bajo su bata. Antes de partir, debía saber cómo le iba a Blair, verlo por última vez.

Con el corazón dolorido, caminó hacia la puerta. Se detuvo.

La cuidadosa negativa de Lady Emmaline a permitirle ver a Blair resonó en su mente al igual que las palabras susurradas de Lord Crampton a su esposa. No, si pedía permiso para ver a Blair, no sería bienvenida. Así que no lo pediría.

Después del anterior intento de Blair de matar a la esposa de Sir Neilan, ¿estaría vigilada su cámara? ¿O, su disculpa de este día había convencido a Lord Crampton? En todo caso, era su cámara la que debía estar vigilada.

Arabelle caminó hacia la entrada. Con mano temblorosa, abrió la puerta de madera.

La luz de las antorchas iluminaba el pasillo, el parpadeo de las llamas cayendo sobre tapices montados junto a antiguas armas de guerra. No había ni un guardia a la vista. Exhaló un suspiro de alivio y luego se quedó quieta. ¿Por qué no había ningún guardia?

Los hermanos no confiaban en ella. ¿O creían que no podría escapar?

Una claraboya asegurada en la pared justo enfrente de su cámara llamó su atención. Una figura finamente tallada adornaba su empuñadura forrada en cuero. Intrigada, se acercó. No era una figura.

Era un hada.

Unas delicadas alas se abrían como para emprender el vuelo, el rostro de la mujer pícaro, sus ojos capturados en una expresión de puro deleite. La delicada talla debería parecer torpe encima del arma brutal. Pero contra todo sentido, la presencia del hada parecía correcta.

Un escalofrío la recorrió. Arabelle tocó la daga oculta asegurada contra su muslo. Afortunadamente no la necesitaba. No es que fuera tan tonta como para intentar hacerse con esa reliquia familiar. Aunque desesperada, estaba lejos de ser idiota.

Las campanas de la capilla repicaron con un tañido sombrío.

¿Qué hacía perdiendo un tiempo precioso? Necesitaba encontrar a Blair y luego escabullirse. Le vinieron a la mente los escalones que subían a la torre. ¿No habían dejado guardias en este piso porque él estaba instalado arriba?

Sin estar segura de nada, miró por última vez hacia el extremo opuesto del pasillo. No se escuchan ecos de susurros ni de movimiento por ninguna parte. Con pasos silenciosos, alcanzó la escalinata y comenzó su ascenso.

Una ventana en lo alto revelaba el cielo nocturno, el brillo de las estrellas parecía más intenso de lo habitual. Parpadeó. Seguían siendo intensas. Arabelle frunció el ceño, segura de que el cansancio jugaba con su mente.

Varios peldaños más arriba, apareció ante su vista una robusta puerta de roble. Fijada sobre ménsulas forjadas, una barra atravesaba la extensión de madera.

¡Blair! Lo habían encerrado dentro. Al menos, no lo habían arrojado al calabozo.

Con el pecho contraído, se apresuró a subir los escalones. En la puerta, tras una rápida mirada hacia atrás para asegurarse de que no venía nadie, levantó silenciosamente la barra y se

apresuró a entrar.

Se detuvo.

Los rayos de luna se arremolinaban dentro de la única ventana arqueada que había, trazos plateados que se tamizaban para iluminar la cámara como si fuera el movimiento de una mano. Cerca de la pared del fondo, había una cama adornada con una colcha cosida a mano, una mezcla única de amarillo y… Con el ceño fruncido, cruzó la habitación, pasando la mano por encima de la tela finamente hilada.

Plata.

No, un bordado de plata costaría una cantidad enorme, solo era posible para los reyes. ¿O era un regalo de la corona? Le vino a la mente la espada con el hada en la empuñadura forrada de cuero. Extrañada, intuyó que ambas cosas estaban relacionadas.

Inquieta, observó la cámara. Cerca, un espejo con marco de marfil yacía sobre una mesita. Un colgante en forma de cruz reposaba torcido sobre la madera desgastada por el tiempo, como esperando a su dueña. Una cadena colgando sobre un sencillo anillo de oro. En la pared del fondo, un tapiz finamente elaborado representaba una escena del bosque, una notable pieza similar que colgaba en la torre de abajo. Una vez más, las hadas se asomaban por entre los quiebros de las hojas.

Nunca se habría imaginado que Lord Crampton permitiera una cámara tan caprichosa en una fortaleza diseñada para la guerra.

Mientras seguía escudriñándola, una sensación de paz la invadió. Una satisfacción tan completa que podría haberse tumbado en la cama, cerrar los ojos y dormirse. Extrañada, nunca en su vida se había sentido tan aceptada, tan relajada como en ese momento.

Al oír un eco de risas, Arabelle levantó la vista. Atrapadas entre los trazos de un pincel sobre el techo, unas hadas jugaban sobre ella. Le resultaban vagamente familiares. Miró hacia el tapiz, luego de nuevo hacia arriba.

Duplicados.

Sobre el techo, el artista había recapturado las imágenes juguetonas tejidas en el tapiz. Excepto que, quienquiera que hubiera elaborado las imágenes de arriba, había dado rienda suelta a su creatividad. En lugar de simples ojos, o un atisbo de alas, aparecían hadas enteras.

Entonces, lo comprendió. Por supuesto, esta habitación pertenecía a una mujer, alguien importante para los hermanos. Eso explicaba el inesperado aire caprichoso. Este era un lugar donde abundaban los sueños. Y más importante que la riqueza de su interior era el sentimiento de amor que había en ella.

Amor.

El vacío la llenaba, un dolor por lo que nunca tendría. Arabelle se frotó los brazos. Por mucho que anhelara quedarse, tumbarse en la cama y desear que sus problemas desaparecieran, debía marcharse. El día siguiente solo le traería más complicaciones, más preguntas que nunca podría responder. Primero, debía encontrar a Blair.

—Está dos puertas más abajo de la habitación que te han dado—. Al oír la voz lírica de la mujer, Arabelle se giró.

En una silla cerca de la puerta estaba sentada una anciana que la miraba con ojos enjutos. Las llamas bailaban dentro de la chimenea y ella sostenía en su mano un bordado a medio terminar.

—No la vi cuando entré. —Ni el fuego. ¿No habría notado el parpadeo de las llamas a su llegada?

—Tu mente está un tanto turbada. —Una sonrisa calentó el rostro de la anciana—. No te preocupes, Blair está fuera de peligro.

Fuera quien fuera, los hermanos debían haber informado a esta mujer de su llegada y de la de Blair, de sus heridas, así como de cualquier cambio en su estado.

—Mi agradecimiento. —Arabelle comenzó a jugar nerviosa con sus propios dedos—. Mis disculpas, deseaba verlo y pensé que estaba aquí.

La calidez acarició la sonrisa de la mujer.

—Blair duerme. Mañana estará mejor, pero esta noche debe descansar. —La matrona dejó a un lado su delicada labor—. ¿Y qué hay de ti?

El nerviosismo se deslizó por Arabelle.

—¿Qué hay de mí?

—Es tarde para andar por ahí, especialmente para una muchacha en un castillo desconocido. —Ella arqueó una ceja—. —¿Volverás a tu habitación esta noche y encontrarás tu cama?

—Como ha dicho, es tarde. ¿Dónde más podría ir? —Pero las palabras le habían salido demasiado deprisa, y la comida guardada bajo su vestido evidenció su culpabilidad.

Arabelle captó un atisbo de tristeza en los ojos de la mujer, como si conociera sus pensamientos. Imposible.

—En efecto, ¿a qué otro lugar irías? —Asintió la anciana—. Pero ten cuidado, los secretos se tejen en la oscuridad de la noche, secretos elaborados con intenciones inocentes, pero al final, secretos que podrían destruir a cualquiera.

—Sir Neilan me tiene poca simpatía —dijo, consciente de que lo que decía la mujer solo podía referirse a él.

La tristeza se instaló en el rostro de la anciana, unas líneas envejecidas que denotaban que había afrontado muchos retos a lo largo de los años.

—Neilan es un muchacho que soporta el duro peso de la juventud como una culpa. —Hizo una pausa—. Como tú.

Temblorosa, Arabelle dio un paso atrás. ¿Qué estaba pasando? Esta mujer no podía saber nada de ella.

—Es tarde.

—Para algunos, la hora se hace larga, pero el don del tiempo permanece si así lo eliges.

Ojalá fuese tan sencillo como poder elegir. Su momento para decir la verdad había pasado hacía tiempo.

—Estoy muy cansada —dijo Arabelle—. Siento haberla molestado.

—No me has molestado. —Cogió el bordado y Arabelle captó el contorno de unas alas sobre la delicada tela. La mujer sonrió—. Esto no era más que una tarea para entretenerme hasta tu llegada.

Temblorosa, Arabelle dio otro paso atrás.

—¿Cómo sabía que yo...?

—Por todos los dioses, ¿qué haces aquí?

Ante la furiosa voz de Sir Neilan, Arabelle se giró. Con el corazón palpitante, se encaró al guerrero.

—Buscaba a Blair.

La cicatriz de su mejilla izquierda se endureció.

—¿Ah, sí? —Escudriñó la cámara y frunció el ceño.

—Estaba hablando con… —El calor besó sus mejillas, volviéndola en un tono carmesí. Había olvidado preguntarle su nombre a la anciana. Arabelle se volvió. Se quedó paralizada.

—¿Con quién? —La sospecha esculpió la voz de Neilan.

—Una anciana. Estaba sentada ante el fuego con su bordado cuando usted llegó. —Arabelle se quedó mirando la cámara vacía, su pánico iba en aumento. ¿Dónde estaba?

La ira tensó el rostro del caballero.

—No hay ni un palo de leña en esta cámara.

¿Como sino ella había podido verlo? Dios del cielo, ¿dónde había ido la mujer?

—Había fuego. Lo juro.

Sir Neilan resopló con incredulidad.

—La verdad es que estabas fuera de tu habitación. Cuando me oíste subir por la torreta, corriste y te escondiste en esta cámara creyendo que estabas a salvo.

—No.

—¿Por qué no te creo? —Su mirada la atravesó. Abrió los ojos sorprendido—. ¡Por mi espada! —Pasó junto a ella.

Arabelle se volvió.

Cerca de la cama, Sir Neilan miraba fijamente un cuenco. Dentro, había dos piedras preciosas partidas por la mitad. Enmarcada en el áspero exterior de una de las mitades, reconoció el barrido de color verde pálido, un tono que se oscurecía hasta alcanzar un profundo y tumultuoso matiz oliváceo en su centro. Una gema idéntica a la que Blair llevaba en el cuello; una gema que se había calentado en su mano cuando la había tocado. La piedra era un potente recordatorio del amor que ella y Blair habían compartido.

Aunque sentía que las piernas iban a fallarle en cualquier momento, se acercó y estudió la otra gema partida por la mitad. Aunque similar en tamaño, esta gema contenía una mezcla de gris y amarillo crudo. Nunca había visto una mezcla tan inusual.

Sir Neilan se giró. Su rostro estaba pálido.

—Te llevaré a tu habitación.

Con frío silencio, la guio fuera de la cámara, pero su agitación emocional era evidente. Antes de salir de la habitación, un parpadeo de luz procedente del techo la hizo levantar la vista. La tristeza arrugó los rostros de las hadas que momentos antes habían resplandecido de felicidad.

Sir Neilan la quería lejos de esta cámara, y ella no iba a oponerse. Cuando empezó a caminar por la entrada, Arabelle echó un vistazo al lugar donde yacía la pareja de la gema partida por la mitad de Blair. Tropezó. ¡Estaba brillando!

Como si los sabuesos del infierno la persiguieran, se apresuró a cruzar la puerta. Sir Neilan no necesitaba escoltarla fuera de esta habitación. Nunca había sentido tanto miedo en toda su vida.



Con la mente aún agitada por haber encontrado a Caitlin en la cámara de su abuela, Neilan recorrió el paseo de la muralla, demasiado alterado para ir a su cama. Al pasar junto a una almena se detuvo, mirando fijamente el granito que enmarcaba la vista iluminada por la luna que había más allá.

La imagen de la segunda piedra partida por la mitad dentro del cuenco pasó por su mente, así como la afirmación de Caitlin de haber visto a una anciana. La muchacha no sabía quién había vivido allí, pero él sí: su abuela. Por favor, no podía ser.

—¿Neilan?

Al oír la voz preocupada de su esposa, se volvió. Marjorie caminaba hacia él con su hijo acunado en brazos, los ojos abiertos y maravillados. Una sensación de plenitud lo invadió. Se acercó y puso la mano sobre su hijo.

Unos dedos suaves y diminutos apretaron su pulgar. Una sonrisa se bamboleó en sus mejillas regordetas junto con una sonrisa de ojos brillantes.

—Qué buen hijo me has dado.

El amor acarició su rostro.

—Un hijo que ahora tiene primos con los que jugar.

Neilan se encogió de hombros.

—Con dos hijas gemelas, menos mal que a Keir siempre le conquistaron las chicas.

Se rio entre dientes.

—Y también le han robado el corazón. —Neilan se encogió de hombros.

—Tal vez. —La sonrisa en los ojos de Marjorie se desvaneció.

—¿Qué ocurre, esposo mío?

Retiró la mano del agarre de su hijo y se volvió para mirar el lago iluminado por la luna. A Neilan le asaltó el recuerdo de él y sus hermanos tumbados en las lejanas orillas después de que

Keir y Blair le hubieran robado su vestimenta. La persecución, los gritos de Keir cuando había sacado la ropa de Neilan de entre los matorrales, y luego el vino que habían bebido tumbados en la orilla.

—¿Neilan?

—Hay otra piedra partida por la mitad en el cuenco de mi abuela.

—¿Qué? ¿Por qué has subido a la cámara de tu abuela? —Se volvió.

—Cuando me dirigía a la cama, vi una luz en la torreta.

—¿Nadie ha estado en la cámara?

Los nervios en su tono de voz lo pusieron aún más nervioso.

—Sí, después de la incursión de Emmaline en la habitación hace unos meses, la cámara quedó con la puerta cerrada y atrancada.

—Pero has dicho que has entrado en la cámara de la torre, ¿no?

Exhaló un profundo suspiro.

—Sí, la puerta estaba abierta. Cuando entré, encontré a la señorita Caitlin de pie ante una silla vacía, hablando.

—¿Hablando? ¿Con quién?

Neilan soltó una carcajada ronca.

—Con nadie.

—Esposo mío, lo que dices tiene poco sentido.

—Un hecho del que me doy buena cuenta. Cuando le pregunté a la muchacha con quién hablaba, me dijo que con una anciana.

Marjorie se aquietó.

—¿Se le pareció tu abuela?

—Yo no la vi.

—¿Crees que la señorita Caitlin sí la vio?

—Creo que la muchacha estaba fuera de su cámara, me oyó llegar y cuando la confrontó, se inventó una historia.

—Pero no estás seguro.

Murmuró una maldición.

—No, lo que no ayuda en nada. La sorpresa de Caitlin al verme parecía real; parecía sobresaltada cuando se volvió y no encontró a ninguna mujer sentada ante la chimenea.

Marjorie recostó a su hijo sobre su hombro, le frotó la mitad de la espalda con un lento barrido, pero Neilan percibió un ligero temblor nervioso.

—¿Qué crees que significa que tu abuela apareciera ante la señorita Caitlin?

—Significa que la muchacha estaba donde no debía. —Silencio.

—¿Neilan?

—¿Sí?

—Cuando la malaquita apareció ante… Era la forma que tenía tu abuela de hacernos saber que Blair vivía. —Su hijo eructó y, con movimientos temblorosos, Marjorie lo arropó con la mantita y luego lo recostó contra su pecho—. ¿La piedra partida por la mitad de Blair seguía dentro del cuenco?

—Sí —contestó, irritado por haber mencionado el nombre de su hermano. Ella inhaló y soltó un suspiro tembloroso.

—¿Crees que...?

—¿Que ella es la mujer destinada a Blair? —Se encogió de hombros—. No se llevó la piedra.

—¿Pero?

—Maldita sea. No quiero hablar de esto. Es una tontería. La historia de las piedras es un mito, una fábula urdida por mis hermanos para burlarse de mí cuando te secuestré.

—Tal vez. —Una sonrisa se tambaleó en su boca—. ¿Pero no te parece extraño que todas las mujeres que se han casado con un hermano MacKintosh hayan tomado la piedra partida por la mitad de su pareja?

Frunció el ceño.

—La piedra de Blair permanece en el cuenco.

—Pero dijiste que Caitlin vio a tu abuela.

—Dijo que habló con una anciana, de ahí a que la crea… —Neilan atrajo a su mujer y a su hijo entre sus brazos.

Ella apoyó la mejilla en su hombro.

—¿Qué les dirás a tus hermanos?

—No lo sé. Es un lío.

—¿Neilan? —Él se encontró con su mirada.

—¿Sí?

—¿Has dicho que había otra piedra?

—Sí. Nunca la había visto antes.

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé, pero te aseguro que hablaré con mis hermanos al amanecer. Exactamente qué les diré es otra cuestión.



La ira chispeó en los ojos de Keylan mientras permanecía en la habitación de Blair junto a la

ventana.

—¿Qué hacía la señorita Caitlin en la cámara de nuestra abuela?

Con todo lujo de detalles, Neilan les explicó a sus hermanos y a Henry los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Y cuando llegaste a la cámara de su abuela, no había nadie más en la habitación? —preguntó Henry, claramente intrigado por el nuevo giro en el misterio de la familia MacKintosh.

—No. —Neilan golpeó con los dedos la empuñadura de su daga—. Pero por la conmoción que vi en el rostro de Caitlin al volverse y no encontrar a nadie allí, es difícil descartar su afirmación como una mentira.

Keir sacudió la cabeza.

—Tuvo que ser nuestra abuela.

Neilan miró a su hermano menor.

—No quiero creerlo. He luchado toda la noche para encontrar otra razón, pero nada tiene sentido —murmuró una maldición—. La muchacha no sabe que era la cámara de nuestra abuela, ni la ha conocido nunca. Sin embargo, la describió con todo detalle.

—Entonces, parece que el espíritu de nuestra abuela sí visita la cámara —sentenció Keylan con la voz cruda por el asombro—. Y eso explicaría la reaparición de la piedra de Blair hace meses.

—Era la forma que tenía tu abuela de revelar que Blair vivía —confirmó Henry—. —Pero, para empezar, ¿por qué habría desaparecido su piedra preciosa?

—En este momento —respondió Keylan—, la única que lo sabe es nuestra abuela.

El silencio llenó la cámara mientras los hermanos compartían una mirada de acuerdo sobre lo que significaba la aparición de su abuela ante la señorita Caitlin.

Neilan frunció el ceño, no le gustaba el misterio. ¿Era Caitlin realmente para Blair? No, si ella se hubiera llevado la piedra, entonces estaría convencido.

—Pero —apuntó Neilan—, eso no explica la aparición de la otra piedra partida por la mitad dentro del cuenco, una gema que nunca antes había visto.

Keir frunció el ceño.

—¿Una segunda piedra? Todo esto es un embrollo.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Neilan—. Yo mismo atranqué la maldita cámara.

—Parece que las barreras no importan cuando nuestra abuela está implicada —apostilló Keylan.

—¿Crees que aparecerán más piedras partidas por la mitad? —Ante el ceño fruncido de Neilan, Keir levantó las manos—. No me mires así.

—En este momento —interrumpió Keylan—, nuestra necesidad más apremiante es averiguar cómo liberar al obispo Wishart, no las piedras o su importancia.

Henry se frotó la nuca. La acción nerviosa de su cuñado llamó la atención de Neilan.

—¿Qué ocurre?

Una mirada vacilante cruzó el rostro de Henry.

—¿Qué aspecto tenía la piedra? —Neilan se cruzó de brazos.

—¿Por qué?

—En mis muchos viajes al castillo de Rivenlochs a lo largo de los años —respondió Henry —, tuve el placer de conocer a tu abuela.

La mirada de Keylan se entrecerró.

—Ya lo creo.

—En una de esas visitas, ella solicitó mi presencia en privado y —se llevó las manos al cuello—, Henryme dio esta magnesita partida por la mitad.

Neilan jadeó, sintiendo un nudo en el estómago que le llegaba hasta los dedos de los pies.

—¡Es una maldita combinación perfecta!

Capítulo 17

A Blair le dolía el cuerpo y la cabeza le latía como si le hubieran golpeado con una maza. Parpadeó contra el sol de la mañana que se filtraba en su habitación.

Aunque amueblada con poco más que una cama, una mesita de noche de madera y un arcón para su atuendo, esta representaba su hogar, un lugar donde, cuando no era más que un muchacho roto, había venido y reconstruido su destrozada vida.

Observó a sus hermanos y a Henry de pie dentro de la cámara. Durante el último año su ausencia había dejado un vacío doloroso en su interior. Ahora, desesperadamente, los quería de vuelta.

Keylan murmuró una maldición ante el comentario de Neilan sobre los ingleses, arrastrando los pensamientos de Blair a la discusión que los ocupaba.

—Sí. —Se movió y el dolor le atravesó el brazo, provocando espasmos en los músculos del hombro. Con una maldición murmurada por su debilidad, se aclaró la garganta—. Con Wishart en manos inglesas, el liderazgo de Wallace es esencial si queremos detener a los ingleses.

Keylan asintió.

—Wallace está reuniendo fuerzas en el bosque de Selkirk. Andrew de Moray y sus fuerzas deberían unirse a Wallace antes de finales de agosto. Cueste lo que cueste, los ingleses no deben llegar al castillo de Stirling.

—Sí. —Estuvo de acuerdo Blair—. Debemos detenerlos antes de que crucen el Forth.

—Wallace planea establecer los ejércitos combinados al norte del puente que cruza el Forth —explicó Henry.

—Será peligroso —añadió Keir.

—Más aún si el conde de Surrey envía tropas río arriba para cruzar el río donde sesenta hombres pueden cabalgar a la par. —Neilan se encontró con la mirada de cada hombre ahí presente—. Si eligen esa táctica, no estoy seguro de que las tropas de Wallace y de Moray puedan contenerlos.

—¿Qué otra opción hay? —preguntó Blair.

Keir exhaló. —

Ninguna. A pesar de todo, lucharemos.

La sombría atmósfera asfixiaba la cámara, espesa de temores no expresados, cruda de una determinación para liberar a su país. Blair lo entendía demasiado bien. Si los ingleses reclamaban el castillo de Stirling, el sangriento terreno hasta ahora ganado por los rebeldes podía perderse.

Blair se encontró con la mirada de su hermano mayor.

—¿Has comenzado los planes para liberar a Wishart?

—Una fundación —respondió Keylan—. He enviado mensajeros a quienes conocen el torreón donde está retenido el obispo para asegurarme de que el plan es sólido.

—Deseo ayudar. —Blair sostuvo la mirada de su hermano—. Y cuando te prepares para partir, iré contigo.

—Estás demasiado débil —replicó Keylan.

—Y con tus heridas en carne viva, dueles como un cabrón —añadió Neilan.

—Eso es así —convino Blair—, pero en unos días podré cabalgar y llevar una espada tan bien como cualquier otro hombre.

—Cuando llegue el momento de partir —dijo Keylan, con ojos duros—, juzgaré si eres lo bastante fuerte.

Por mucho que Blair deseara presionar para que Keylan accediera, la decisión de su hermano era justa. Tampoco podía olvidar que permanecía en el castillo de Rivenlochs por la gracia de Keylan.

—¿Cómo le va a la señorita Caitlin? —Ante la mirada disimulada de Neilan a Keylan, Blair se tensó—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Keylan vaciló—. Duerme a pocas cámaras de distancia.

—Pero hay más —apuntó Blair, leyendo demasiado bien a sus hermanos a pesar de su año de ausencia.

Keir se aclaró la garganta y Henry le lanzó a Keylan una mirada incómoda. El nerviosismo de Blair aumentó.

—¿Qué pasa?

Neilan hizo vibrar los dedos sobre su daga.

—Anoche descubrí a la señorita Caitlin dentro de la habitación de nuestra abuela.

—Si su habitación está a pocas puertas de aquí —dijo Blair—, ¿qué razón la llevaría a ir al tercer piso?

—Una pregunta que yo mismo le hice —respondió Neilan—. La muchacha dijo que te estaba buscando.

¿Ella había intentado encontrarle? La calidez tocó el corazón de Blair, luego frunció el ceño.

—¿Por qué tendría que ir buscándome?

—Pensamos que lo mejor era que descansaras —declaró Keylan. Que descansara.

—No le dijisteis dónde estaba. ¿Por qué?

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Neilan.

—Hay algo en la muchacha que no termina de encajar.

Blair lo miró.

—Explícate.

Con todo lujo de detalles, Neilan relató su hábil ataque contra él durante su pelea con Blair y, más tarde, cómo la había encontrado arrastrándose hacia la parte trasera del carro en la oscuridad cuando se habían acercado al castillo de Rivenlochs.

—Después de que la rescatara —dijo Blair—, tiene sentido que intentara protegerme.

Neilan gruñó.

—Tal vez, pero cuando la muchacha me rodeó el cuello con sus brazos sabía lo que estaba haciendo.

Imágenes de ella matando al caballero inglés pasaron por la mente de Blair. Cuando había presenciado su habilidad con la espada, ¿no se había preguntado lo mismo? Pero era diferente. Ahora, habían hecho el amor, compartían un vínculo de confianza.

Blair sacudió la cabeza.

—Caitlin estaba aterrorizada por mi vida. Si Marjorie hubiera visto cómo te atacaban, habría hecho lo mismo.

—¿Qué hay de lo de deslizarse hacia la parte trasera del carro? —preguntó Keylan—. ¿Crees que estaba tratando de marcharse?

—Podría haber muchas razones para que se moviera silenciosa por el vagón, incluida la consideración que siente por mí —afirmó Blair, recordando sus propias acusaciones injustas dentro del palomar cuando había creído que ella buscaba el escrito—. Estaba herido y dormido. Marie y su hija dormían cerca. —Miró hacia Neilan—. La viste moverse, no abandonar el carromato.

Neilan murmuró una maldición.

—Sé lo que vi, pero sí, como has dicho, no tengo pruebas. —Le dirigió una mirada a sus hermanos y luego se encaró con Blair—. Sabemos que te preocupas por ella. Tus sentimientos pueden influir en tus pensamientos.

—Mis pensamientos no están influenciados —afirmó Blair con voz fría.

—Tal vez —añadió Keir—, ¿pero es una mujer en la que puedes confiar?

El orgullo lo poseyó.

—He puesto mi vida en manos de Caitlin a lo largo de nuestro viaje

—¿Pero confías en ella? —preguntó Keylan sin acusar.

Las dudas de Blair volvieron a su mente, y una a una fueron cayendo. Un dolor se acumuló en su corazón, como una flecha en su alma.

—Sí. —Eso y más. La realización sacudió a Blair hasta lo más profundo. Las imágenes de sus cuerpos entrelazados mientras habían hecho el amor llenaron su mente, y recordó sus conversaciones mientras la había abrazado después.

—La amo —susurró, conmocionado tanto por las palabras como por haberlas pronunciado en voz alta.

—Por mi espada —murmuró Neilan—. ¿Ni siquiera conocías tus sentimientos por la muchacha?

—No. —Blair soltó una carcajada áspera, su mente tambaleándose por la revelación—. Por todos los dioses, hasta este momento solo estaba centrado en la misión.

—Sus acciones demuestran que se preocupa por ti —dijo Keylan—, ¿pero te ama también?

—No lo sé. —La tristeza invadió a Blair—. No importa. Por mucho que me importe la muchacha, hasta que Escocia sea libre, no puedo ofrecerle garantías.

Keir gruñó.

—Como si alguno de nosotros pudiera ofrecer algo a nuestras esposas. Ahora tengo dos hijas gemelas y, sin embargo, sigo adelante con la guerra. No podemos esperar a tener cosas seguras antes de continuar con nuestras vidas.

La frustración se apoderó de Blair.

—Se dice fácilmente cuando tienes una familia que te cobija.

—Una familia que tus acciones intentaron destruir —acusó Neilan.

Blair sacudió la cabeza.

—No, una familia que busqué proteger. He explicado mis razones. —Blair hizo una pausa —. —Y entiendo que nunca podrás encontrar el perdón. —Sombrío, sacudió la cabeza—. Como he dicho antes, una vez que me encuentre lo suficientemente bien, me marcharé. Antes de irme, pido que se me permita cabalgar con vosotros para liberar al obispo Wishart.

—¿Te irás después de que te hayamos encontrado? —preguntó Keir.

—¿Encontrarme? —Blair soltó una fría carcajada—. —No, elegí revelarme.

—¿Y ahora? —preguntó Keylan.

—¿Ahora? —Blair miró fijamente a los hombres de la cámara, hermanos de su corazón—. ¿Tengo elección?

Un tenso silencio llenó la sala. Keylan lanzó una mirada a Neilan.

—Sí —dijo Neilan—. Depende de ti elegir si te quedas. Somos una familia. Se cometieron errores, pero son cosas del pasado.

—¿Me perdonas? —preguntó Blair, atónito, temeroso de repetir las palabras como si estas fueran a desaparecer.

Neilan hizo una mueca.

—Estoy trabajando en ello. No es algo en lo que pueda precipitarme ni mentir. En cuanto a Marjorie, será su decisión.

Marjorie. La mujer que era la puerta de entrada a su verdadera aceptación dentro de su familia.

—¿Crees que alguna vez me perdonará?

Neilan se encogió de hombros.

—No lo sé.

La tensión vibró dentro de la cámara. Blair tragó con fuerza, rezó para encontrar la forma de superar el mal que le había hecho. Se tocó la malaquita partida por la mitad que llevaba al

cuello, pilló a sus hermanos robándose miradas.

—¿Qué?

Keylan hizo una mueca.

—Tu malaquita.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Blair.

—Cuando creímos que habías muerto —comenzó su hermano mayor—, tu piedra partida por la mitad desapareció de la cámara de nuestra abuela.

—¿Desapareció? —preguntó Blair.

—Sí —respondió Neilan—. Hace unos meses, volvió. —Blair frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Al parecer —dijo Keir—, es una pregunta que debe responder nuestra abuela.

—Vuestra abuela está muerta —dijo Blair. Nada de esto tenía sentido. Keir asintió.

—Sí.

La esperanza se encendió dentro de Blair. ¿Era el regreso de su piedra una señal de que recuperaría a su familia?

—También debes saber —vaciló Neilan—, que cuando cada uno de nosotros conoció a la mujer que finalmente se convirtió en nuestra esposa, cada una de ellas abandonó el castillo de Rivenlochs llevándose consigo la mitad respectiva de nuestras gemas divididas por la mitad.

Esto era cada vez más confuso.

—¿Me está diciendo que Caitlin se llevó mi piedra?

—No —respondió Neilan—. La muchacha reconoció tu piedra dentro del cuenco, pero no la otra. —Señaló a Henry—. Una que le pertenece a él.

—¿Henry? —Blair miró hacia el barón—. No sabía que estaba dotado de una piedra preciosa partida por la mitad.

Keylan sacudió la cabeza.

—Tampoco ninguno de nosotros. Ahora, cuéntanos todo lo que te preocupa de la muchacha.

—No es tanto preocupación como sorpresa. —Blair relató cómo había matado al caballero durante su enfrentamiento en el sendero, y luego cómo había encontrado los cuerpos de los ingleses después de que Caitlin pusiera a salvo a Joneta; sus rápidas acciones la habían protegido tanto a ella como a la niña.

—Que matara a un caballero podría ser factible —apuntó Henry—, pero ¿que se enfrentara a dos?

Blair asintió, el orgullo por ella le llenaba el corazón.

—Al primer hombre lo abatió con su daga, al segundo utilizó la espada del otro caballero. Una mujer que protege a una niña, ¿es alguien de quien desconfiar? —Una imagen parpadeó en su mente. Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Keylan.

Quería descartar ese pensamiento, pero su hermano había preguntado y no tenía nada que ocultar.

—Mientras pasábamos la noche en la cabaña del campesino, cuando me creyó dormido, la sorprendí rebuscando entre mis ropas.

—¿Qué? —dijeron al unísono todos los hombres de la sala.

El rostro de Neilan se tensó.

—¿Estaba buscando el escrito?

—No —dijo, irritado porque creyeran lo peor y que él también lo hubiera hecho—. Cuando le pregunté, afirmó que buscaba una corbata para atarse el pelo, una que encontró un momento después.

—¿Y la creíste? —preguntó Keylan.

—Sí, fue mi propio miedo por perder la escritura lo que me invitó a dudar. —Dudas que ya no albergaba por la mujer que amaba. ¿Cómo no había reconocido antes sus sentimientos? Porque durante demasiado tiempo no había considerado posible que el amor pudiese ser para él.

Neilan gruñó.

—Cree lo que quieras, pero yo sé lo que vi. Si no hubiera hablado, la muchacha se habría escabullido del carro. Digo que no se puede confiar en ella.

La irritación se adueñó de Blair.

—Es tu ira porque una mujer te haya asaltado la que habla por ti.

—Puede ser —convino Henry—. Pero la señorita Caitlin ha visto la cédula, el sello inglés en ella.

Keylan asintió.

—Antes de dejarla libre, debemos conocer sus lealtades.

A Blair le inquietaba que sus hermanos no pudieran ver a la mujer sincera y cariñosa que había llegado a conocer.

—Ella no nos traicionaría.

—¿Puedes jurarlo por tu vida? —exigió Neilan—. ¿Por la de tus compañeros escoceses?

—Blair —apuntó Keylan—. Que tus sentimientos por ella no te cieguen ante los riesgos.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Blair.

—No lo hacen.

—Sí que lo hacen —replicó Keylan—. Si amas a alguien, independientemente de lo que desees, el corazón interfiere.

Blair quiso discutir, pero encontró sabiduría en las palabras de su hermano.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Permitir que encuentre la escritura —señaló Keylan—, y ver si de verdad la coge.

Las náuseas invadieron a Blair.

—¿Tenderle una trampa?

—Hay demasiado en juego para correr riesgos —declaró Henry sombrío.

—Pondré guardias adicionales en las salidas del castillo en caso de que ella tómela coge —dijo Keylan—, para asegurarme de que no escape.

—¿Y si lo hace? —preguntó Blair, odiando hacer tal pregunta.

—Sin caballo será fácil localizarla —respondió Keylan—. Independientemente de lo que creas sobre ella, debemos saberlo.

Blair despreció lo que le proponían. No conocían a Caitlin, ni comprendían los horrores que había superado. Que, contra todo pronóstico, se había convertido en una mujer increíble y bondadosa, a la que él había llegado a amar. Considerar siquiera estar de acuerdo con su complot apestaba a traición. Aun así, comprendía su preocupación, respetaba su cautela. Exhaló un fuerte suspiro. Asintió. Dejó que montaran una estratagema para ponerla a prueba, pero él conocía bien el resultado: ella dejaría el escrito intacto.



Sentada en el estrado del gran salón, Arabelle sorbió el último trago de su vino. El rumor de la gente que llenaba la sala mientras comían estaba lejos de calmarla, y sus miradas curiosas le resultaban inquietantes. Maldijo su fallido intento de ver a Blair antes de marcharse, pero esta mañana, en su puerta, había oído voces masculinas desde el interior. Una, la había reconocido como Neilan, las otras las de sus hermanos. No, no era tan tonta como para entrar en la guarida del león.

—¿Está lleno? —preguntó Lady Emmaline a su lado.

—Sí. —La culpa recorrió a Arabelle por el hecho de que Lady Emmaline la hubiera honrado con tal estatus como para sentarse en el estrado mientras ella rompía su ayuno. Si sabían que Sir Cressingham la había contratado, no le ofrecerían más que la frialdad del calabozo, si no la muerte.

Lady Emmaline dejó su copa sobre la mesa y sonrió.

—Eres libre de moverte por la torre del homenaje.

Asombrada por su oferta, Arabelle vaciló.

—¿Incluyendo ver a Blair?

—Si así lo deseas.

La inquietud se apoderó de Arabelle.

—¿Por qué ahora se me permite ver a Blair?

Un toque de color subió a las mejillas de la otra mujer.

—Mi marido quería que Blair descansara una noche.

Era la misma razón que le habían dada antes, pero ella tenía sus dudas. ¿Tenía que ver la decisión de lord Crampton con su reunión de esta mañana en la cámara de Blair? Tal vez estaba imaginando peligro donde no lo había. Daba igual cuál fuese la razón real del conde, podría ver a Blair por última vez.

Un remolino de rizos rubios se precipitó hacia ella. El deleite infundió a Arabelle.

—Joneta.

—Mi madre me dijo que te dejara en paz porque estás ocupada comiendo, pero me escapé cuando ella no miraba —soltó Joneta. Sus ojos brillaban de emoción—. No estás enfadada, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —La emoción inundó a Arabelle mientras sonreía a Marie, que estaba de pie a unos pasos. Tras darle un cálido abrazo a la niña, se echó hacia atrás y sorprendió a Lady Emmaline observándola con interés. Tras una breve presentación, se volvió hacia la niña —. ¿Y qué has estado haciendo desde tu llegada?

—Ayer por la tarde, una mujer nos llevó a mi madre y a mí a dar una vuelta. Y a mi padre le han encomendado una tarea. Viviremos aquí. —La voz de Joneta chillaba de emoción—. ¿No es maravilloso este castillo?

—Lo es. —Asintió Arabelle. Lord Crampton era realmente un hombre amable. Sonrió a Marie—. Y parece que habéis encontrado un nuevo hogar.

—Lo hemos hecho. —Marie asintió en dirección a la condesa—. Nuestro agradecimiento, mi señora, a usted y a su marido.

Lady Emmaline sonrió.

—Espero que disfruten viviendo en el castillo de Rivenlochs. —Se levantó e hizo un gesto a Arabelle—. Si estás lista, te mostraré la cámara de Blair.

La emoción llenó a Arabelle mientras se levantaba.

—Debo irme. —Le dio a Joneta un último abrazo—. Tu madre está esperando.

Los mechones rubios rebotaron mientras la niña se apresuraba hacia su madre. Una vez allí, se volvió hacia su anfitriona.

—Es adorable —dijo Lady Emmaline.

—Lo es. —Y Arabelle la echaría de menos cuando se marchara. Sombría, se volvió y siguió a la condesa por los escalones de la torreta. Con cada paso, su sensación de pesar se hacía más profundo. Esta sería la última vez que vería a Blair.

Un hombre alto y musculoso descendió por la escalera. El pelo castaño sujeto en la nuca enmarcaba un rostro duro y unos ojos marrones que chispeaban de inteligencia. ¿Por qué le resultaba familiar? La sangre se le heló.

¡Dios del cielo, el barón de Gilroyd! Caitlin tropezó.

Lord Gilroyd la atrapó.

—Tenga cuidado, milady. —El pánico la invadió. Por favor, Dios, no me reconozca.

—Lo siento, he sido torpe.

Con el ceño fruncido, sus ojos la estudiaban con curiosidad.

—Henry —dijo Lady Emmaline—. Aún no conoces a la señorita Caitlin. Llegó con Blair. Señorita Caitlin, tengo el placer de presentarle al Barón de Gilroyd. Es el hermano de Lady Marjorie.

Le hizo una media reverencia.

—Es un placer conocerla.

—Igualmente, mi señor. —¿Qué hacía el consejero del rey Eduardo en Escocia dentro de un bastión rebelde? Y lo que era más importante, ¿se había dado cuenta el rey Eduardo de que uno de sus asesores de mayor confianza tenía lazos rebeldes? ¿Fue él quien envió los escritos? No, no tenía mucho sentido, ya que él mismo viajaba a menudo a Escocia.

El barón frunció el ceño.

—¿Nos conocemos?

—No que yo recuerde. —No de manera formal, enmendó Arabelle en silencio. Pero ella lo había visto de lejos, admiraba su habilidad para calmar los ánimos acalorados de la gente. Con su aguda mente, pronto la ubicaría.

—Vamos de camino a ver a Blair —explicó Lady Emmaline.

—Estén advertidas —suspiró el barón—. Está intratable como un oso, prueba de que se está curando.

El rostro de Lady Emmaline se suavizó.

—Me alegra oírlo. —Miró a Arabelle—. Vámonos.

—Un placer conocerla —añadió Lord Gilroyd.

—Lo mismo digo, milord. —Con una reverencia, Arabelle se apresuró a seguir a Lady Emmaline, agradecida por haber evitado una catástrofe.

Al llegar al segundo piso, se asomó a las escaleras.

—¿De quién es la habitación que se encuentra en lo alto de la torrecilla?

La curiosidad parpadeó en el rostro de Lady Emmaline.

—La de la abuela de los hermanos. La habitación es asombrosa, ¿verdad?

Ya le había informado su marido de la visita de Arabelle a la cámara.

—Lo es, pero...

—¿Qué? —Arabelle se encogió de hombros.

—No importa.

—Por favor, me interesaría saberlo.

Sin saber por qué, Arabelle se encontró deseando compartir su experiencia con Lady Emmaline.

—Nunca he sentido tanta aceptación, sensación de paz, pero también es desconcertante.

La calidez tocó el rostro de Lady Emmaline.

—La cámara me hizo sentir lo mismo.

Imágenes parpadearon en la mente de Arabelle.

—Las hadas del techo son maravillosas, a la altura de las del tapiz. ¿Fueron hechas al mismo tiempo que los tapices que cuelgan en la torrecilla?

Las cejas de Lady Emmaline se alzaron con sorpresa.

—Lo fueron. Me sorprende que te dieras cuenta. —Se volvió hacia el pasillo—. Ven, estoy segura de que Blair desea verte.

Arabelle la siguió, reflexionando sobre lo que habían hablado. De algún modo, su experiencia en la cámara de su abuela había cambiado los sentimientos hacia ella, lo que no tenía mucho sentido. Parecía que cuanto más aprendía sobre los MacKintosh, más perpleja se quedaba.

Caminaron por el pasillo. Dos puertas más allá de donde Arabelle había dormido, Lady Emmaline se detuvo y abrió la puerta.

Un joven que estaba dentro de la entrada se inclinó.

—Mi señora. —La condesa asintió.

—Señorito William, por favor, déjenos. Después de un rato puede regresar.

—Sí, mi señora. —El joven se apresuró a salir.

—Sirve al curandero y se queda para asegurarse de que la fiebre de Blair no reaparece —explicó Lady Emmaline—. Espero que no pienses que soy descortés, pero hay deberes que debo atender.

—Entiendo —dijo Arabelle, agradecida de ver a Blair, más aún de tener tiempo a solas con él.

—No te quedes demasiado tiempo. Blair necesita descansar.

—No lo haré, mi señora.

Con una sonrisa, la condesa se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

Con los nervios de punta, Arabelle se deslizó dentro de la cámara y cerró la puerta. Cuando vio a Blair dormido en su cama, se quedó quieta. Las magulladuras estropeaban su apuesto rostro, su palidez le decía que la fiebre había hecho mella. Pero vivía, y por eso ella estaba agradecida. Deseando hablar con él, permaneció en silencio. Después de todo lo que él había soportado, ella no podía despertarlo.

Con pasos tranquilos, caminó hasta la cama y se sentó en una silla a su lado. Con mano temblorosa, apoyó la palma en la mejilla de él. Tranquila. Gracias a Dios. Acarició su piel.

Si al menos no tuviera que dejarle. Su mano se aquietó. ¿Y si le decía la verdad a Blair? Retiró la mano. No, él nunca le perdonaría su pretendida traición. Era mejor que se fuera.

—Te echaré de menos —susurró con la voz quebrada—. Pero nunca lo entenderías. —Tragó con fuerza—. No puedo quedarme. —Con el corazón dolorido, Arabelle se inclinó hacia delante, presionando con suavidad su boca sobre los labios de él—. Te quiero.

Todo su cuerpo tembló mientras se ponía en pie. Arabelle miró por última vez al hombre que amaba, al hombre que sostendría para siempre su corazón. Quizá fuera mejor que durmiera.

Las palabras desgarradas por la emoción de Caitlin resonaron en la mente de Blair como un regalo. Ella lo amaba. Le dolía decirle que él también la amaba, atraerla hacia sí y hacerle el

amor, pero su intención suavemente susurrada de marcharse cortó su respuesta.

Y después de aceptar el plan de sus hermanos para descubrir las lealtades de Caitlin, no tenía más remedio que estarse quiero.

El suave sonido de unos pasos le alertó de que ella se marchaba.

—¿Caitlin? —Ella se volvió con el rostro pálido y los ojos aún brillantes por las lágrimas no derramadas—. No te he oído entrar. —La mentira se posó en su lengua como leche cuajada.

—Estabas dormido cuando entré. No quise molestarte.

Él le tendió la mano; ella se acercó y puso sus temblorosos dedos entre los de él.

—¿Qué ocurre? —Pero él sabía, maldita sea, que ella iba a marcharse.

—Estaba preocupada por ti —dijo ella.

—Siéntate a mi lado—. —Caitlin miró hacia la puerta.

—No debería.

—No nos molestarán.

—Tienes mejor aspecto.

—Limpio, querrás decir. Los moratones desaparecerán. —Sus ojos rebosaban lágrimas—. ¿Estás llorando?

—He estado preocupada por ti.

—Ya no hay necesidad de estarlo, ¿verdad, muchacha?

Ella resopló.

—No. Perdóname, estoy siendo una tonta.

Ojalá fuese tan sencillo.

—¿Estás segura de que no hay nada más que te perturbe?

Por una fracción de segundo, el pánico destelló en sus ojos. Luego, una frágil sonrisa se tambaleó en su rostro.

—No, solo estoy cansada.

¿No? Por primera vez desde que la había conocido, se dio cuenta de que ella nunca decía «no» como la mayoría de los escoceses. «Ahí lo tienes, condenándola, muchacho, sin saber toda la verdad». Las razones podían ser muchas, incluido el tiempo que pasó en la frontera.

Nunca había mencionado la ubicación del orfanato o dónde había vivido con su marido.

—Túmbate conmigo.

Lanzó una mirada nerviosa a la entrada.

—Blair, es indecente.

—Sí. —El deseo llenó su voz. No tuvo que fingirlo—. Lo es. —Y, bien podría ser la última vez que pasaran juntos.

Ella vaciló.

—Pero estás herido y...

Él tiró de su mano.

—Ven, no haré más que abrazarte. —Ella lo miró. Estaba lejos de estar convencida.

—Bueno, tal vez un poquito solo. —En lugar de una sonrisa, la tristeza tocó su mirada, y su corazón se apretó con fuerza.

Caitlin volvió a mirar hacia la puerta, y luego, con cuidado, se tumbó a su lado.

—Me siento tonta.

Le pasó la mano por la cara, por la curva del cuello, queriendo más, queriéndolo todo.

—No eres tonta.

Ella se estremeció bajo su tacto mientras el deseo oscurecía su mirada.

—Te estás curando.

—Ya estoy mejor. —Él reclamó su boca, la tomó con intensidad. Cuando el cuerpo de ella se relajó contra el suyo, él suavizó el beso. Con un gemido, se apartó, sonrió—. Mira esto, te tengo en mi cama.

—No es una broma.

Un escalofrío lo recorrió.

—No, es todo menos eso. —Buscó su rostro mientras su mente clamaba agitada. Al menos por este momento, independientemente de dónde acabara este día, ella ahora estaba ahí con él. Y amándolo, consciente de que estaba enamorada de él, la deseaba en todos los sentidos. Blair se inclinó hacia delante y le acarició el cuello.

Ella suspiró.

—Abrirás tus heridas.

Él apartó su bata, atrajo su pecho hacia su boca.

—Dime que no quieres esto.

Caitlin le sostuvo la mirada, el deseo dentro de sus ojos atemperado por el arrepentimiento.

—No puedo.

Él ignoró esto último y se sentó.

—Espera aquí.

—¿Por qué? Blair, no deberías andar por ahí. —Le lanzó un guiño.

—Haré algo más que eso en un momento. Quédate.

Haciendo un gesto de dolor por el tirón de la piel, y un tanto mareado por el movimiento, caminó con cuidado hasta la entrada y atrancó la puerta. Aunque sabía que nadie entraría, no se arriesgaría. Y eso la tranquilizaría. Se acercó a la ventana y empujó los estremecimientos.

La luz del sol se derramó en la cámara, una seda cálida que inundó la habitación con su resplandor dorado.

Se giró, atónito al ver cómo ella yacía sobre su cama, su cabello castaño despeinado, medio

al descubierto. Nunca había tenido un aspecto tan asombroso.

—Te deseo.

Caitlin se sentó, con la bata aún abierta por el tacto de él, pareciendo el sueño de todo hombre.

—Seré tuya, siempre.

Su cuerpo se endureció hasta sentir un dolor feroz. Con pasos lentos, se acercó y se arrodilló ante ella.

—He soñado con verte a la luz, con tener tiempo para hacerte el amor, con yacer a tu lado después de que te desmorones. —Apretó un dedo sobre sus labios cuando ella quiso hablar—. No digas nada. —Él le cogió la mano, la presionó sobre su corazón—. En este momento somos solo tú, yo, y lo que tenemos juntos.

Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos.

Su corazón tembló.

—¿Eres feliz aquí conmigo? —Una lágrima rodó por su mejilla. Caitlin asintió.

Blair se inclinó hacia delante, atrapó su boca, saboreó su esencia, una dulzura únicamente suya. Con un gemido, profundizó el beso mientras le quitaba despacio la bata, apartando cada mechón hasta que ella se sentó ante él con la ropa revuelta a su alrededor en un delicado batiburrillo.

El agradecimiento lo invadió mientras se inclinaba hacia atrás.

—Mucho mejor.

—¿Mejor? Estoy desnuda.

—Lo estás.

—Pero tú estás completamente vestido.

—Un asunto que voy a arreglar. —Con movimientos tan rápidos como le permitían sus heridas, se desvistió.

—Espera —dijo ella mientras se acercaba—. Yo también quiero verte.

—Adelante, muchacha —dijo él apretando los dientes.

Con mirada pícara, sus ojos esmeralda lo escrutaron con sensual deleite. Su mirada vagó por su cuerpo. Se detuvo, ensanchándose mientras lo admiraba despacio.

Levantó los ojos preocupados.

—Recuerda lo que te dije. —Sus palabras eran tiernas, llenas del recuerdo de que, aunque una vez estuvo casada, en muchos aspectos era virgen—. Nuestra unión solo te proporcionará placer.

—No sabía que fueras tan grande.

Se rio entre dientes.

—Halágame, ¿quieres? —El rubor acarició su rostro—. ¿Me deseas tanto como yo a ti?

—Sí.

—Ven aquí. —Ella se acercó.

Con un suspiro, la levantó en sus brazos.

—¡Blair, no eres lo suficientemente fuerte!

—Shhh, si no puedo cargarte, no debería estar haciendo el amor contigo.

—¿Te conoceré alguna vez?

Él se puso serio ante sus palabras.

—Eso espero. —La desesperación se deslizó por su rostro, estremeciéndolo hasta la médula.

—Haz el amor conmigo, Blair.

Temeroso de mirar más allá, deseando que este momento fuera todo lo que había soñado, la tumbó sobre su cama y la reclamó. Se tomó su tiempo, permitió que sus manos, su cuerpo, le mostraran su amor, deseando desesperado poder utilizar también las palabras.

Cuando ella encontró su liberación, Blair se dejó ir, explotando dentro de su estrechez. Nunca se había sentido tan completo. Durante largos minutos yació dentro de ella, sus cuerpos reclamados dentro del calor del otro, espirales de polvo brillando sobre ellos como si fuera una niebla mágica.

Los ojos de Caitlin se abrieron de par en par.

—Blair.

—¿Qué pasa?

—Tu colgante, está brillando.

Levantó el colgante. Como ella había afirmado, palpitaba con una suave luz. Unos ojos nerviosos se alzaron hacia los suyos.

—¿Qué significa?

—No estoy seguro. —Recordó la charla de sus hermanos sobre la gema partida por la mitad y la mujer con la que cada uno se había casado. No, no le diría nada. Poco importaba ya que Caitlin había dejado intacta su gema partida por la mitad en la habitación de su abuela.

—Hay una cerilla con ella en la cámara de arriba —le dijo.

El relato de Neilan de haberla encontrado en la cámara de la torre resonó en la mente de Blair, así como las sospechas de su hermano.

—Sí, la habitación pertenece a nuestra abuela. Cuando cada uno de nosotros fue nombrado caballero, ella nos regaló una piedra preciosa partida por la mitad. Es malaquita. Se dice que alimenta la paz interior. —Recordó su turbulenta infancia, sus luchas desde entonces. Sí, su abuela había sido sabia en su elección. Incluso su encuentro con Caitlin había estado lleno de luchas.

Las campanas de Terce resonaron fuera. Su rostro palideció.

—¿Qué ocurre?

—Se está haciendo tarde.

—No es más que media mañana. —Ante el destello de pánico en su rostro, él lo comprendió. Incluso después de haber hecho el amor, no había cambiado nada. Ella pretendía marcharse. La pena lo desgarró, hizo añicos los fragmentos de sus esperanzas, los sueños con los que se había atrevido soñar.

Sueños de un tonto.

La ira pisoteó el dolor. Las sospechas de sus hermanos volvieron a su mente. No, aún creía que se equivocaban, creía que ella nunca compartiría secretos rebeldes con su enemigo.

Blair condenó su último papel en este acto desgarrador. Adelante, muchacho. Ella te quiere. Después de que se vaya, podrás encontrarla de nuevo y ayudarla en cualquier lucha que esté librando. Ahora es importante que le demuestres a tus hermanos que es una mujer en la que pueden confiar.

Con un suspiro, Blair se movió, dejó que las mantas se apartaran y golpeó el cuero enrollado. El escrito se cayó de la cama al suelo.

Los ojos de Caitlin se clavaron en el cuero encuadernado y manchado.

Con un gemido, recogió la misiva y la dejó sobre el borde de la mesa.

No pasó por alto que su mirada se detuvo en el escrito un instante de más.

No, por favor, déjame demostrarles que se equivocan.

—Quédate conmigo —le susurró. Al ver la vacilación en sus ojos, se encendió la esperanza. Ella se quedaría, descartaría el escrito y cualquiera que fuera su importancia.

Pasó un largo segundo.

La tristeza ensombreció la calidez de sus ojos.

—No puedo. Además —dijo con falso brillo resonando en su voz—, el muchacho al que han enviado para que se siente junto a ti regresará en cualquier momento. —Caitlin apartó las mantas, su cuerpo desnudo resplandecía.

Con el corazón dolorido, rezó para que cuando ella se fuera, lo hiciera con las manos vacías.

Pero, en efecto, había llegado la hora de la verdad.

—Estoy cansado.

—Has hecho demasiados esfuerzos.

—Tal vez. —Forzó una sonrisa—. Pero bien que ha valido la pena cualquier daño causado. —Blair la atrajo contra él. La angustia se agolpó en su garganta. Que se equivocara. Rezó para que solo fuera una muchacha luchando por volver a sentir, no una espía tras una orden. Con un suspiro, cerró los ojos y fingió dormir.

Pasaron largos segundos. El choque de los caballeros que practicaban en el exterior resonaba en la distancia. Se levantó una brisa de verano, su flujo sedoso se coló en la cámara para barrer su piel.

No se movió.

—¿Blair? —susurró Caitlin.

Él permaneció en silencio, no hizo ni un movimiento, nada que delatara que estaba alerta.

—Blair, ¿estás despierto?

«No toques la escritura», suplicó en silencio. Que en esto se demuestre que mis hermanos están equivocados.

La cama se movió. La frialdad rozó su piel donde ella se había tumbado. La suave almohadilla de sus pasos se distanció, luego se detuvo. Un roce, luego un suave crujido. La puerta se cerró con un suave golpe.

Rezando para que la escritura permaneciera en su sitio, Blair abrió lentamente los ojos. Con el pulso acelerado, miró hacia la mesa y se le partió el corazón.

El escrito había desaparecido.

La indignación se mezcló con el dolor. Maldición, la atraparía. Blair se impulsó hacia arriba. El mareo lo inundó. Apretando los dientes, luchó contra la ola de negrura.

Y fracasó.

Capítulo 18

En la entrada de la torreta, Arabelle se detuvo y se volvió hacia la puerta de Blair. La culpa la embargó. Cuando había aceptado esta misión de Sir Cressingham, no era más que una misión como tantas otras en su pasado. Una vez completada, se marcharía y se centraría en la siguiente sin pensar en nada más.

Salvo que desde el primer momento Blair había derribado sus defensas. No era el hombre frío y despiadado que ella había esperado. Con cada día que pasaba, su resistencia hacia él se había desmoronado. Luego, tontamente, se había enamorado.

Imágenes de él dormido hacía unos instantes recorrieron su mente. La creía una mujer en la que podía confiar, una mentira que ella había alimentado para conseguir un objetivo. No, peor que una mentira, ella había utilizado su indignación por el inglés para crear una mujer a la que él no pudiera negarse.

La escritura en su mano ardía como si estuviera en llamas.

Arabelle cerró los ojos. El pergamino encuadernado no representaba más que la vergüenza, el vacío de su vida. Una vida que se había esforzado en construir. Una vida que ahora detestaba con cada aliento. Luchó contra la oleada de pánico que la invadía por dejar al hombre que amaba, por su traición definitiva.

Las lágrimas le quemaron la garganta mientras se daba la vuelta y empezaba a bajar los escalones de la torreta. Ante el tapiz, se detuvo. Una sonrisa triste tocó su boca. Era extraño, antes le había parecido que el intrincado tejido estaba fuera de lugar dentro de esta formidable fortaleza. Ahora, las hadas tenían todo el sentido para ella.

Tampoco habría imaginado que un hombre tan formidable como lord Crampton se ablandaría hacia una mujer que debería ser su enemiga. Sin embargo, de algún modo se había enamorado de lady Emmaline y la había reclamado como esposa.

Parecía que Sir Neilan también había superado increíbles adversidades para hacer de su cautiva su esposa. Aunque aún no había oído la historia de Sir Keir sobre cómo había conocido y se había casado con su esposa, supuso que coincidiría con los viajes inesperados de sus hermanos.

La melancolía la invadió. ¿Quién habría creído que el castillo de Rivenlochs, una fortaleza rebelde que debería infundir miedo, inspiraba en cambio esperanza? Pero por mucho que deseara estar con Blair, nada podría reparar su decepción.

Miró hacia los escalones en espiral. ¿O ¿podría enmendarlo? Al menos en parte.

Si devolvía el escrito antes de partir del castillo de Rivenlochs, Blair no sospecharía de su traición. Entonces, ella podría desaparecer de su vida y dejar reparada al menos una parte de su

fechoría. Cuando buscara a Caitlin Dunham, no encontraría a nadie.

En cuanto a Sir Cressingham, cuando no regresara, la tacharía de traidora y pondría precio a su cabeza. Un riesgo que ella estaba dispuesta a correr.

Después de años de representar diferentes papeles, se forjaría otro personaje, inventaría un nuevo nombre y zarparía hacia Francia. O, tal vez, se escabulliría a España. En cualquier caso, nunca podría regresar a Inglaterra o a Escocia.

Se dirigió hacia la habitación de Blair. Aunque él nunca podría ser suyo, rezó para que algún día Blair encontrara una mujer que lo amara como se merecía.

Los ecos de las voces de Sir Neilan y Sir Keir se elevaron por la torreta.

Por Dios, ¡nunca llegaría a tiempo a la cámara de Blair! Tampoco podía permitir que la encontraran con la escritura. Con el corazón palpitante, subió corriendo los escalones de la torre.

La puerta de la cámara de la torre estaba abierta y la luz del sol inundaba la habitación. Arabelle se detuvo, un escalofrío le recorrió la piel. Era como si la habitación de su abuela le diera la bienvenida.

—No estoy nada convencido —gruñó sir Neilan.

—Yo tampoco —coincidió Sir Keir.

¡Estaban subiendo! Entró corriendo en la cámara y se aplastó contra la pared detrás de la puerta. La fría piedra presionó contra su espalda mientras esperaba a ser descubierta.

Pasaron largos segundos.

Las voces de los hermanos se desvanecieron.

Arabelle se echó hacia delante. Habían entrado en el pasillo del segundo piso. Una puerta crujió. Silencio.

¿Estaban con Blair? No, si iban a verlo, lo encontrarían dormido y le dejarían descansar. En cualquier caso, estaban demasiado cerca para intentar devolverle el escrache. ¿Y ahora qué? Debía encontrar la manera antes de marcharse.

Con una exhalación temblorosa, Arabelle salió de detrás de la puerta. La cámara estaba vacía, sin rastro de la anciana que había hablado con ella la noche anterior. Además, el hogar yacía ennegrecido. Ni cenizas ni una brasa fría reposaban en su interior.

¿Había imaginado también a la mujer? No, ella había visto a la anciana, había hablado con ella. Por la expresión atónita de Sir Neilan cuando ella había la describió, había creído que estaba loca.

El cansancio se apoderó de Arabelle y se frotó la frente. Tal vez lo estuviera. En ese momento, no estaba segura de nada excepto del hecho de que debía irse, dejar atrás a Caitlin Dunham sin dejar rastro.

—Arabelle Cranley —susurró, probando su nombre contra su lengua. Sonaba raro. Soltó una risa áspera. Tanto tiempo había interpretado diferentes papeles para sus misiones que incluso su verdadero nombre le sonaba extraño. Sin proponérselo, había cortado los lazos de su pasado. Arabelle Cranley ya no existía. ¿Importaba realmente su verdadera identidad?

Se quedó quieta. Sí.

Porque Blair le había enseñado a amar, a querer a un hombre a su lado y, sobre todo, a desear lo imposible.

La emoción le apretó el pecho mientras escrutaba las hadas tejidas en el tapiz y las que estaban en el techo. Sus rostros permanecían vacíos, carentes de expresión, como si la otra noche su mente le hubiera jugado una mala pasada.

—¡Vienen los jinetes! —retumbó la voz de un hombre desde el exterior. Arabelle se apresuró hacia la ventana arqueada.

Un pequeño contingente cabalgaba de dos en dos por el estrecho camino que conducía al castillo. Al otro lado, los caballeros acampaban en la ladera mientras seguían llegando más hombres desde el denso bosque.

¿Estaba Lord Crampton planeando otro asalto contra las tropas inglesas? Estudió al hombre seguro de sí mismo que lideraba el pequeño grupo.

¡Dios del cielo, Sir Charles de Raytons!

Se le heló la sangre. Nunca olvidaría su encuentro con el párroco de Bothwell, tío de sir Andrew de Moray. En aquel momento, había interpretado un personaje más, pero si se encontraba con Sir Charles, un hombre de agudo ingenio, la reconocería.

Los cascos repiquetearon sobre la madera cuando los rebeldes cabalgaron bajo la puerta de entrada. El castillo se inundó con el eco de caballos y hombres mientras los escuderos corrían a coger los caballos de los caballeros mientras los que estaban dentro del castillo de Rivenlochs se reunían para recibir al pequeño grupo.

El conde de Crampton se acercó a Sir Charles de Raytons, con el rostro duro. Los líderes se estrecharon las manos y luego el conde indicó a Sir Charles que se dirigiera hacia la torre del homenaje.

Temblorosa, Arabelle dio un paso atrás. Un resplandor procedente de la esquina captó su atención. La otra mitad de la gema de Blair.

—Es tuya.

En un suspiro, Arabelle se giró. La cámara estaba vacía. No había nadie.

Su mente le estaba jugando una mala pasada. Estaba cansada, sobreexcitada, aterrorizada.

Sin estar segura de nada, miró el cuenco. La otra mitad de la gema de Blair palpitaba. Como guiada por una fuerza, cruzó la cámara. La tristeza la invadió cuando levantó la malaquita. Su calor palpitaba contra su piel, ofreciéndole un extraño consuelo.

Un dolor creció en su corazón. Esto era una parte de Blair, un recordatorio del amor que había encontrado con él. Aunque nunca lo tendría a él, podía tener esto. Antes de que pudiera cambiar de opinión, deslizó la gema en su bolsillo y salió a toda prisa de la cámara.

En la entrada del segundo piso, echó un vistazo al pasillo. Estaba vacío. Contuvo la respiración y se deslizó hasta pasar.

—¡Caitlin! —gritó la voz excitada de una niña cuando se detuvo en la abertura del gran salón.

—Joneta —dijo Arabelle, luchando por esbozar una sonrisa. Con la boca seca, escrutó la enorme sala, agradecida por el molino de gente—. ¿Dónde está tu madre?

Una sonrisa curvó las mejillas de la querubín mientras acunaba a su muñeca contra el pecho.

—Está fuera ayudando con el lavado. ¿Te gustaría verla?

Un alboroto en la entrada llamó la atención de Arabelle.

Lord Crampton y Sir Charles de Raytons entraban a grandes zancadas en el gran salón.

¡No podía dejar que Sir Charles la viera! Arabelle asintió a la muchacha.

—Sí, me encantaría.

Ignorante de su pánico, Joneta sonrió.

—Por aquí. —La niña saltó por un pasillo lateral y luego salió por una puerta trasera.

El olor a pan flotaba en el aire junto con hierbas y otros aromas sabrosos mientras salían del torreón. Más allá de los edificios, los caballeros obstruían su vista, sus rostros cansados por el viaje. Las armas de arcilla se aferraban a sus espaldas; las dagas estaban aseguradas a sus cinturas. Hombres preparados para la guerra. Hombres que darían su vida por vencer. Hombres como Blair.

Joneta se volvió.

—Caitlin, ¿vienes?

Si tan solo pudiera quedarse, si tan solo sus días pudieran llenarse de tareas mundanas y cada una de sus noches pasarla en los brazos de Blair.

Con la respiración agitada, Arabelle se arrodilló ante la niña.

—Debo irme, pero necesito que me hagas un gran favor. —Forzó una sonrisa—. ¿Lo harás por mí?

Joneta asintió, sus rizos rebotando con encantada inocencia.

Con mano temblorosa, Arabelle retiró el escrito. Presionó el cuero encuadernado dentro de la mano de la niña y luego curvó los dedos sobre la parte superior.

—Esconde esto. Por ahora, no se lo digas a nadie. Después de las campanadas de Vísperas, llévale esto a Sir Blair.

La emoción brilló en los ojos de la niña.

—¿Es un regalo?

La emoción la inundó.

—Sí. —Pero en su ira al encontrar que la escritura había desaparecido, Blair solo vería que ella le había traicionado. Una situación demasiado tarde para repararla. Quizá fuera lo mejor.

—Ya lo sé —exclamó Joneta—, ¡es como el cuento de las hadas!

Con la mente hecha un lío y la única necesidad de escapar, Arabelle asintió, lejos de comprender las divagaciones de la niña.

—Prométemelo. Júrame que no se lo enseñarás a nadie y que no se lo entregarás a Sir Blair hasta después de las campanadas de Vísperas.

—Lo juro. —Los ojos verdes se arremolinaron de emoción cuando Joneta deslizó el escrito

bajo los pliegues de la manta que cubría a su muñeca. La muchacha vaciló. El deleite se desmoronó en tristeza en su rostro—. ¿Por qué te vas?

—Es complicado. —Un eufemismo.

—¿Volverás? —Ella sacudió la cabeza.

—No lo creo. —Arabelle abrazó a la niña en un fuerte abrazo, deseando que los tiempos fueran diferentes, que pudiera compartir su vida con Blair—. Nunca te olvidaré.

Una lágrima rodó por la mejilla de Joneta.

—No quiero que te vayas.

—A mí también me gustaría quedarme. —Arabelle enjugó la lágrima de la niña—. Pero no siempre podemos tener lo que deseamos.

Bufó.

—¿Como cuando mi madre enterró a mi hermano?

A Arabelle se le rompió el corazón.

—Sí. —Sobre piernas temblorosas se puso en pie—. Debo irme, pero que sepas que te echaré terriblemente de menos. Y, después de que le des la orden a Sir Blair, dile… —Ella luchó por mantener el control—. Dile que le quiero.

Sombría, Joneta asintió.

Antes de derrumbarse, Arabelle fue hasta donde se secaba un tendedero de ropa, se quitó una vieja capa y se puso el atuendo. Con los pasos pausados de quien trabaja en el castillo, se dirigió a la entrada. Estaba abarrotado de gente, algunos cargando suministros para los rebeldes acampados fuera mientras otros aseguraban cuerdas sobre las cargas ya amontonadas. Cerca de la puerta de entrada, hombres y mujeres caminaban junto a carretas cargadas con sacos de comida. Manteniendo la cabeza inclinada, Arabelle se metió entre el grupo.

Cuando pasaron junto al puente levadizo, columnas de polvo salieron de las ruedas, envolviéndola a ella y a los demás en una neblina. Arabelle se enjugó los ojos, agradecida por la bruma que la ocultaba. Cada paso estaba cargado de miedo, con cada paso más cerca de la huida.

Una vez que el grupo llegó a la orilla, entre el rodar de los carros, los resoplidos de los caballos y la oleada de caballeros que seguían llegando, Arabelle se escabulló rápidamente. En el linde del bosque, dentro de un denso bosquecillo de árboles, se topó con un escudero que ataba a una yegua a la rama de un pequeño árbol.

Con practica facilidad, noqueó al escudero, ocultó su cuerpo entre una densa espesura y lo cubrió con la capa robada. Con el número de caballeros que había cerca, el escudero estaría a salvo hasta que volviera en sí.

Con pasos tranquilos y apresurados, condujo al caballo más adentro de la densa maraña. En lo alto de la empinada ladera, a través de la hilera de abetos, divisó el castillo de Rivenlochs, donde Blair aún dormía, donde poco antes habían hecho el amor y donde, aunque solo fuera por un rato, ella había encontrado el amor.

El caballo se movió y ella soltó la rama. Gruesas agujas de pino se balancearon hacia atrás y le cortaron la vista. Un recordatorio apropiado de que su tiempo ahí había pasado.

Ahora, debía llegar a un puerto.

Con facilidad, se balanceó sobre la yegua. El fragante lecho de agujas y tierra absorbió el repiqueteo de los cascos mientras ella serpenteaba por el bosque. Cuando llegó a un claro, impulsó a su montura al galope sin mirar atrás.



—Blair.

Ante la voz ronca de Keylan, Blair se obligó a abrir los párpados. Los rayos rojo anaranjados de la puesta de sol que se desvanecía entraron en su habitación, el aroma de la noche de verano y el venado asado formaban una mezcla maravillosa. Un recuerdo le roía la mente, algo importante que debía recordar. Buscó, pero se le escapaba.

—Blair —repitió Keylan.

—Estoy despierto —refunfuñó Blair mientras vadeaba la neblina de su mente, arañando el pensamiento. Miró hacia la mesa y se quedó helado.

El escrito había desaparecido.

Lo invadieron los recuerdos de intentar ir a por Caitlin, y luego la negrura. Se había desmayado. Blair echó un vistazo, encontró a sus hermanos y a Henry en ominoso silencio a su lado. No hicieron falta palabras; el disgusto en los rostros de los hombres coincidía con el suyo.

—Se lo llevó —susurró Blair. Keylan asintió.

—Sí.

Un dolor se acumuló en su interior, quitándole todo el calor hasta que Blair se quedó vacío. Frío.

—¿Dónde está?

La ira brilló en los ojos de Neilan.

—No estamos seguros.

—¿Qué? —Blair se incorporó. Le asaltó el mareo. Ignoró los dolores que venían con la curación y se concentró en su indignación.

—Sir Charles de Raytons llegó con un gran contingente poco después de que la dejáramos esta mañana. —Keylan lanzó una mirada a Henry y frunció el ceño—. Durante la conmoción, desapareció.

—¿Crees que se ha marchado? —preguntó Blair.

—Tengo guardias rastreando todo el castillo —respondió Keylan—, pero con cada entrada bien vigilada, creo que ella sigue dentro.

Blair miró la mesa vacía. Por mucho que quisiera estar de acuerdo, una parte de él intuía lo contrario.

—Sí, la encontraremos —asintió Blair con más confianza de la que sentía.

¡Los ingleses no podían enterarse de la existencia de su informante!

No había querido creer que Caitlin aceptaría la orden, no había querido creer las dudas de sus hermanos. Maldición, habían hecho el amor, ella se había entregado a él de la forma más íntima. Sin embargo, al parecer, a la primera oportunidad, como Neil había sospechado, ella había aceptado la orden.

¿Quién era esta mujer a la que amaba?

Ella le había susurrado que lo amaba. ¿Era eso también una mentira?

Furioso, Blair se sentó, balanceó los pies en el suelo y se puso en pie. Otra oleada de mareo lo asaltó, amenazaba con tirarlo al suelo. Se concentró en su ira, decidido a encontrarla, a conocer la verdad.

—Por Cristo —dijo Keylan—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Buscarla.

—Ni de coña —espetó Neilan—. No te preocupes, atraparemos a la muchacha. Lo juro por mi vida.

Henry cruzó los brazos sobre el pecho.

—Con la llegada de la oscuridad y el puente levadizo levantado, ella está encerrada dentro.

—Además —dijo Keylan—, Sir Charles ha pedido reunirse contigo. —Blair se encontró con la mirada de su hermano mayor.

—Como a mí, a Sir Charles le sorprendió saber que Dubh Duer era mi hermano. —Keylan hizo una mueca—. —Ya que consideras necesario moverte, baja una vez que estés vestido.

Con la mente hecha una nebulosa, Blair asintió.

—Me quedaré a ayudarte —dijo Keir. Blair sacudió la cabeza.

—No.

Keir vaciló. Con el ceño fruncido, siguió a sus hermanos a la salida.

Solo y sobre piernas inseguras, Blair caminó hacia la ventana. Las nubes rozaban el cielo en delicadas volutas. El sol, una furiosa llamarada naranja, descendía sobre el horizonte. ¿En qué más había mentido Caitlin?

Las campanas de Vísperas resonaron.

Contra el cielo cada vez más oscuro, brotaron hogueras en la orilla.

—Maldita sea, ¿dónde estás?

Un suave golpe sonó en su puerta.

—Entra —gruñó, suponiendo que un sirviente traía agua fresca o comida. La puerta se abrió y unos grandes ojos verdes se asomaron al interior.

Sorprendido al ver a la pequeña muchacha, Blair se adelantó.

—¿Joneta?

—¿Puede venir aquí, Sir Blair?

Confundido, se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

—Me parece que es tarde para que estés por aquí. —Echó un vistazo al pasillo, sorprendido de encontrarlo vacío—. ¿Dónde está tu madre, muchacha?

La niña se agitó ante él.

—Ella cree que estoy dormida.

—Como deberías estar. Es tarde.

—Pero lo prometí —se apresuró a decir. La frialdad lo invadió.

—¿Qué prometiste, muchacha?

Unas manos pequeñas levantaron su muñeca envuelta en una manta. Joneta desenvolvió el tejido, dejando al descubierto el escrito encuadernado en cuero.

Caitlin lo había cogido y luego lo había devuelto. ¿Qué significaba eso? Una pregunta mejor: ¿Por qué se lo había llevado?

—¿De dónde lo has sacado? —Mantuvo su voz ligera, libre de ira.

—La señorita Caitlin. —Con un tirón, la niña sacó el cuero enrollado y se lo tendió—. Me dijo que se lo diera después de las campanadas de Vísperas.

Cogió el cuero encuadernado y lo comprobó. El sello sobre la escritura permanecía intacto. El alivio lo invadió. Al menos su informante dentro del castillo del rey Eduardo estaba a salvo, al igual que las noticias que este transmitía. Sus hermanos y Henry se sentirían aliviados.

—Y buena tarea has hecho —dijo Blair.

La muchacha se inquietó.

—Hay más.

—¿Más? —La esperanza se encendió en su pecho. ¿Le esperaba Caitlin abajo?

—Sí. Me dijo que le dijera que le quería. —Ella se inclinó hacia él de forma conspiratoria —. Es una tontería porque ya lo sabía.

Él tragó con fuerza.

—¿Dónde está?

La tristeza tiró de las comisuras de su boca.

—Se fue.

—¿Al torreón?

Joneta sacudió la cabeza.

—No. Esta mañana la vi ponerse una capa y atravesar la puerta con los hombres y mujeres que caminaban junto a los carros llenos de provisiones.

—Gracias.

La muchacha se volvió para marcharse. Vaciló.

—¿Sir Blair?

—¿Sí, muchacha?

—La señorita Caitlin dijo que no pensaba volver. —Incapaz de hablar, asintió.

Tras una reverencia, Joneta se apresuró por el pasillo.

Con el corazón roto, Blair cerró la puerta. Se puso el atuendo, ignorando los dolores; el dolor de mover sus miembros doloridos. Se reuniría con Sir Charles de Raytons y entregaría a Keylan la cédula, pero no le diría a su hermano que ella había abandonado el castillo. Después, partiría en busca de Caitlin, solo.

Por mucho que deseara la ayuda de sus hermanos, la carga de encontrarla y de obtener respuestas sobre su interés en el escrito recaía sobre él.



La bofetada hizo retroceder a Arabelle. Los caballeros que la sujetaban de los brazos impidieron que se desplomara contra el suelo. El sabor cobrizo de la sangre le llenó la boca mientras se sobreponía al dolor.

—Sir Blair Cleary y yo fuimos sorprendidos en una incursión inglesa. —Sacudió la cabeza para despejar la mente, el agotamiento sesgaba sus pensamientos. Ese mismo agotamiento había hecho que no viera a los caballeros ingleses escondidos entre la maleza. La habían capturado con facilidad y la habían llevado ante Sir Hugh de Cressingham—. Sir Blair fue asesinado. —Una mentira, pero esperaba estar muy lejos antes de que el tesorero de la administración inglesa en Escocia descubriera la verdad.

Con el rostro enrojecido, Sir Cressingham se levantó a empujones de su enorme asiento dorado y se dirigió hacia donde los guardias la sujetaban con fuerza. Con los párpados hinchados y la papada hundida por la grasa, se detuvo a un paso de distancia.

—¿Dónde está la orden?

—No he encontrado ninguna.

—Mientes —atronó Sir Cressingham.

A través del rugido de dolor ella sacudió la cabeza.

—Es la verdad. Lo juro.

La malicia se encendió en sus ojos hinchados.

—Arabelle Cranley, eres aclamada como una de las mejores mercenarias de Inglaterra, una mujer que nunca ha fallado en una misión, una mujer por la que pagué el rescate de un rey para que se hiciera amiga de Dubh Duer. Ahora, tras una trampa para reunirte con Sir Blair Cleary, que dejó a cuatro de mis caballeros muertos, ¿te atreves a decirme que has fracasado? —Su mano salió disparada.

El dolor estalló en su cráneo.

—¿Dónde está?

—Muerto —respondió, hundiéndose en la bienvenida negrura. El agua fría le salpicó la

cara. Jadeó, luchó contra el torrente de dolor.

Sir Cressingham la atrajo hacia él.

—No encontrarás indulto.

Una conmoción en el exterior la hizo volverse. Con la visión borrosa, luchó por centrarse.

Unas manos regordetas empujaron a Arabelle hacia los guardias.

Un caballero abrió la puerta de un empujón.

—Sir Cressingham, hemos capturado a Dubh Duer.

¡No! Lo había dejado dormido en el castillo de Rivenlochs. El horror la inundó cuando arrastraron a Blair al interior, su cuerpo desplomado contra los guardias que lo llevaban preso. Su rostro, una masa de color púrpura donde sus puños habían golpeado su carne.

—¡Blair! —No había querido hablar, exponer que le importaba.

Los ojos de Sir Cressingham se entrecerraron sobre ella.

—No me parece que esté muerto. ¿Qué otras mentiras me has contado?

—Caitlin, ¿qué está pasando? —ronroneó Blair.

—Parece —dijo Sir Cressingham—, que Arabelle nos la ha jugado a los dos.

Blair frunció el ceño.

—¿Arabelle?

Sir Cressingham gruñó.

—Para ser un hombre conocido por su ingenio, parece que es idiota.

La confusión manchó el rostro de Blair, sus ojos una bruma de dolor.

—Arabelle, querida —dibujó Sir Cressingham—, díselo.

Las palabras cuajaron en su garganta. Por favor, que Blair no se entere de la verdad de esta manera.

Silencio.

—Entonces permíteme que te presente. —El veneno goteando de cada una de sus palabras de Sir Cressingham—. Te presento a Arabelle Cranley. —El rostro de Blair palideció—. Una mujer aclamada como una de las mejores mercenarias de Inglaterra.

Capítulo 19

¡Dios del cielo, no! A Arabelle le dolió la expresión afligida de Blair, se esforzó por intentar explicárselo de algún modo. Ella nunca había querido que él se enterara de la verdad.

—¡Lo siento mucho! Blair…

—¡Silencio! —Ordenó Sir Cressingham.

Un guardia le tapó la boca y otro la sujetó.

La incredulidad esculpía cada línea del rostro de Blair.

—¿No… no es escocesa?

—Arabelle es inglesa. —La satisfacción rodó por las palabras del tesorero. Sir Cressingham le lanzó una mirada cáustica—. Parece que logró algo de su cometido por la moneda pagada.

La furia barrió el rostro de Blair, una ira tan dura, tan profunda, que Arabelle deseó marchitarse y morir.

—A Arabelle le pagaron para reunirse contigo —continuó Sir Cressingham, el frío disfrute de sus palabras acrecentó su remordimiento—. Para recuperar el escrito que llevabais y desvelar al que nos traiciona dentro del círculo de confianza del rey Eduardo. Pero como te tenemos a ti, ella ya no es necesaria... por ahora. —Señaló con la cabeza a los guardias—. Utilizadla como queráis, pero dejadla con vida. Me ocuparé de ella una vez que haya acabado con el rebelde.

—¡No! —gritó Arabelle. La furia brotó de los ojos de Blair. Ira que ella merecía, pero él no debía pagar por su traición—. No lo mates. Por favor.

El rostro de Sir Cressingham se ensombreció.

—¡Lleváosla! —La lujuria brilló en los ojos de los guardias.

Ella luchó contra su agarre; ellos tiraron de ella hacia atrás.

—Lo siento, Blair. Nunca debiste seguirme.

Dos guardias la sacaron a tirones y cerraron la puerta de un empujón. La luz de las antorchas cortaba la negrura, parpadeos ominosos golpeaban la noche.

El corazón le dio un golpe en el pecho. Pensó. No podía permitir que Blair muriera.

La hierba helada por la noche cedió bajo sus pasos mientras los guardias medio la guiaban, medio la arrastraban.

Con duras carcajadas, la arrastraron al interior de una habitación vacía salvo por una cama a medio hacer y una vela casi apagada. Unas manos ásperas la empujaron hacia atrás. A la turbia luz de las antorchas, captó el brillo depredador de sus ojos.

Una mano brutal agarró su bata, rasgándola.

El frío barrió sus pechos desnudos.

Las risas resonaron en la cámara. Luego descendió el silencio, un silencio tan frío y mortal que le costaba respirar.

—Quítate el vestido —ordenó el caballero más cercano—. Déjame ver lo que le diste al bastardo escocés.

—Por favor, no —susurró ella, dejando que el miedo de su juventud llenara su voz, encogiéndose hacia atrás como aterrorizada. Se agachó en medio de sus despiadadas miradas, deslizó la mano bajo los pliegues de su vestido y empuñó su daga.

El hombre más cercano le lanzó al otro una mirada de advertencia.

—Tendré a la moza primero. Sujétamela.

La repugnancia la invadió cuando el otro hombre asintió y se adelantó. «Acércate, cola de perro».

Su pie calzado recorrió el suelo, cada eco áspero con su intención.

A un palmo de distancia, Arabelle desenvainó su espada y acuchilló el cuello del hombre. Mientras él jadeaba, ella giró y clavó la daga en el corazón del otro hombre.

La conmoción arañó la cara de su agresor.

—Perra.

—No, una mujer.

Con un gemido de dolor, se desplomó en el suelo.

Arabelle liberó la hoja de un tirón, corrió hacia la puerta y se asomó a la negrura.

No había guardias.

Mientras se ataba la bata desgarrada, miró hacia el edificio donde Sir Cressingham retenía a Blair. Ella debía salvarlo. ¿Pero cómo? Sola y con solo una espada contra una sala llena de caballeros, ella representaba poca amenaza para ellos. Su mente bullía de pensamientos, ideas que desechaba tan rápido como llegaban.

Arabelle se aquietó, sabía lo que debía hacer, una elección que podría costarle la vida.

Por Blair era un riesgo que ella asumiría.

Con una plegaria por su seguridad, se adentró en la noche.

Horas más tarde, el cansancio envolvía a Arabelle cuando se encontraba en el patio del castillo de Rivenlochs. Un anillo rodeaba la luna llena baja en el cielo, en desacuerdo con el sol naciente que luchaba contra el furioso tinte gris.

Las antorchas cortaban la erosionada oscuridad, la batalla de las llamas contra la noche no era nada comparada con las furiosas miradas de los hermanos MacKintosh y el barón de Gilroyd mientras la acechaban.

El guardia a su derecha, con el brazo firmemente agarrado, asintió.

—Lord Crampton. La señorita Caitlin fue sorprendida tratando de escabullirse por la orilla

pasando por delante de los caballeros acampados allí.

El conde y sus hermanos se detuvieron ante ella, los cuatro macizos hombres formando un muro intimidatorio.

—¿Dónde está Blair?

Arabelle le sostuvo la mirada furiosa.

—Sir Hugh de Cressingham lo tiene. —Luchó por controlar sus emociones—. Cuando me fui, estaba vivo. Por favor, debes salvarlo.

Sir Neilan dio un paso adelante.

—¿Salvarlo? —Miró fijamente a su hermano mayor—. Es una maldita trampa.

Los ojos de Sir Keir se entrecerraron.

—¿Está muerto?

Sacudió la cabeza, avergonzada, mereciendo su ira y mucho más.

—Cuando escapé estaba vivo.

—¿Escapó? —Sir Neilan resopló.

—Si encontramos a Blair muerto —dijo Lord Gilroyd—, nadie te salvará.

—¿Quién eres? —Aunque hablaba en voz baja, una fría furia rodó por la voz de Lord Crampton.

Ella se enderezó.

—Arabelle Cranley.

Sir Neilan maldijo, Sir Keir la miró atónito y los ojos del conde de Crampton se entrecerraron peligrosamente.

—Una de las mejores mercenarias de Inglaterra —dijo el barón de Gilroyd con la furia grabada en cada palabra.

El orgullo que había sentido por su título, ganado con tanto esfuerzo, se marchitó bajo la realidad del daño que había hecho.

—Sí, pero ya no.

Lord Crampton arqueó una ceja escéptica.

—¿Y debemos creerte?

—Por Dios, muchacha —gruñó Neilan—, Blair yace muerto y ¿piensas escupir palabras que seremos tan tontos como para tragarnos? ¿O para seguirte hasta donde supuestamente está retenido Blair? —Su mandíbula se tensó—. ¿Para que maten a los hombres del bastardo de Cressingham?

El pánico la invadió.

—Es la verdad. Lo juro. Si no salvas a Blair, morirá.

—Eso creo —dijo el conde—. Si el acto no está ya hecho. —Lord Crampton se acercó más —. —Lamentarás tu participación en esto. Guardias —los llamó sin apartar los ojos de ella—. Llevadla al calabozo.

—¡No! —Arabelle luchó contra el agarre de sus caballeros—. ¡Debes creerme! El conde hizo un gesto a sus hombres para que se la llevaran.

Los caballeros se pusieron en marcha, con su agarre firme.

Las lágrimas corrían por su rostro mientras clavaba los talones en la tierra. ¡Malditos sean!

—Necesitáis que os muestre dónde está Blair.

Silencio.

Los guardias continuaron.

—¡Sin mi ayuda, no podréis salvarlo! —Frenética, se retorció en su agarre y alcanzó a ver a Lady Marjorie cerca del torreón sosteniendo a su hijo con el rostro pálido. La esposa de Neilan lo había oído todo. Como si importara. O tal vez sí.

—Marjorie —llamó Sir Neilan—. Vete.

—No. —La histeria se apoderó de Arabelle. Pensar que su única oportunidad de salvar a Blair era conseguir la ayuda de la mujer a la que había intentado matar. Una vaga esperanza, pero en este momento era todo lo que tenía—. Mi señora, si no llega la ayuda, Blair morirá.

La lejanía envolvió los ojos de Lady Marjorie.

—La decisión de salvarlo no es mía.

—Pero su opinión importa suplicó Arabelle mientras los guardias la empujaban hacia delante—. Conoce el terror de ser una cautiva, de creer que tu vida está perdida.

Marjorie pasó una mano protectora alrededor de su hijo, dio un paso atrás.

—No es lo mismo.

—¿No? Como Blair, ¿no fue traicionada? —Las lágrimas quemaban la garganta de Arabelle mientras los guardias seguían llevándosela—. Blair lamenta su acto, maldice su atentado contra tu vida. En penitencia, se alejó de sus hermanos, de una familia a la que ama. Mi señora, ha pasado un año. Dígame, ¿no se ha sacrificado lo suficiente? ¿No ha llorado sus errores lo suficiente? ¿O nunca lo perdonará?

—¡Basta! —dijo Lord Crampton.

Arabelle luchó contra los guardias.

—No…

—Esperad —interrumpió Lady Marjorie.

—¡Maldita sea! —Sir Neilan se acercó furioso a su esposa—. ¡No se dejará acosar por la asalariada de Cressingham, una mujer que atrajo a mi hermano a la muerte!

Si cabe, el rostro de lady Marjorie palideció aún más. El niño en sus brazos se agitó, forcejeando.

—Lleva a nuestro hijo dentro —dijo Sir Neilan. No era una petición.

Los ojos sombríos de Lady Marjorie sostuvieron los de Arabelle.

—Ella tiene razón. Has recuperado a un hermano que lo creías muerto. En lugar de aceptar sus sinceras disculpas, de reconocer los sacrificios que hizo, me aferré a la ira.

—Blair intentó matarte —espetó Neilan.

—Tal vez —replicó lady Marjorie—, pero no fue por maldad. Te amaba, intentaba protegerte, me creía indigna de tu amor. Su pasado guio sus acciones; acciones que ahora comprende que fueron equivocadas, acciones que ahora lamenta.

La cicatriz del rostro de Sir Neilan se contrajo.

—No es el momento de discutir esto.

La expresión de Lady Marjorie se suavizó.

—Sí lo es. Desde hace mucho tiempo. —Tomando un aliento inseguro, se volvió hacia Lord Crampton—. La creo.

—Guardias, alto —ordenó Lord Crampton.

Sir Neilan giró para mirar a su hermano.

—Maldita sea.

Humillada por la fe de Marjorie, Arabelle sacudió la cabeza.

—Cómo, mi señora, cuando no he hecho más que mentirle desde el principio, entrar en su casa con nada más que intenciones engañosas.

—Creía que intentabas convencerme de que ayudaras a los hombres —preguntó Lady Marjorie.

Las emociones inundaron a Arabelle.

—Así es. Gracias, mi señora. Nunca olvidaré su generosidad.

—Está mintiendo —refunfuñó Neilan.

Lady Marjorie dirigió a su marido una mirada tranquilizadora y luego se volvió hacia el conde.

—Como he dicho, la elección no me corresponde a mí, pero si me lo pidieran, aceptaría la palabra de la señorita Arabelle y le permitiría cabalgar con vosotros para salvar a vuestro hermano.

La ira chispeó en la mirada de Lord Crampton.

Arabelle tembló, rezando para que la creencia de Lady Marjorie fuera suficiente.

—Os llevaré hasta Blair. Sin trucos, sin engaños, eso lo juro.

Las fosas nasales del conde se encendieron; luego asintió.

El barón de Gilroyd la estudió un largo momento y luego se cruzó de brazos.

—Me complacería acabar con cualquier bastardo que hiciera daño a una mujer.

Una dura sonrisa se dibujó en la boca de Sir Keir.

—Igualmente.

Con el corazón palpitante, Arabelle se volvió hacia Sir Neilan, con la mirada cruda de desagrado.

—Cabalgaré —dijo Sir Neilan con los dientes apretados—, pero no esperes que confíe en

ti.

Como si a ella le importara. Todo lo que ella quería era a Blair vivo. Las lágrimas llenaron los ojos de Arabelle.

—Mi agradecimiento.

Neilan sacudió la cabeza.

—No me des las gracias. Voy a por mi hermano.



Desparramado sobre el húmedo suelo de tierra, Blair abrió los ojos. A través de los párpados hinchados, contempló la filtración de luz vespertina bajo la entrada mientras los pasos de los guardias se desvanecían.

Con una maldición murmurada, dejó caer la cabeza y jadeó, cada bocanada le producía dolor en el pecho. No sabía cómo, pero de algún modo aún vivía. Con una mueca, probó sus brazos, sorprendido de que alguno funcionara. Levantó una pierna, ignorando el estallido de dolor, y luego levantó la otra. Ninguna de las dos estaba rota.

Por el momento.

Los caballeros de Cressingham no le habían dado más que un respiro. Querían que pensara, que temiera su regreso y la siguiente ronda de abusos. Una sonrisa irónica bordeó su boca. Era la tercera vez desde anoche que le daban de otra paliza. Se puso serio. La próxima vez que vinieran, dudaba que volviera a ver estas paredes.

A pesar de todo, no arrancarían un secreto de sus labios. El contacto rebelde dentro de la corte del rey Eduardo permanecería a salvo.

Imágenes del rostro de Caitlin… Mejor dicho, del de Arabelle, rodaron por su mente. Un dolor más allá de lo que los ingleses pudieran darle lo golpeaba. Ella le había mentido, se había acostado con él para obtener información para ese bastardo de Cressingham. Como las historias de su pasado. Mentiras, todas ellas. ¿Tenía algo de verdad lo que había salido de su boca?

Un tonto.

Ella había jugado con él, se había apresurado a utilizar sus debilidades para atraparlo en su trampa. Y él había caído, le había dado su confianza, y lo que era peor, su amor.

Recordó su mirada destruida cuando Cressingham había anunciado su plan junto con su verdadero nombre. Había oído hablar de la mercenaria Arabelle Cranley. Sus habilidades para llevar a cabo las misiones más peligrosas eran legendarias, y estaba clara cuál había la razón por la que Cressingham la había elegido para esta tarea.

Le vinieron recuerdos, los días de sus viajes con Blair, el engaño que había urdido con la sonrisa de una mujer, el amor que habían hecho. Sí, no cabía duda de por qué era una de las mejores mercenarias de Inglaterra, haría cualquier cosa, heriría a cualquiera por un maldito cuarto de penique, incluso profesar su amor.

¿Dónde estaba ahora, felicitándose tras una buena comida y contando la moneda ganada? Una parte de él deseaba aceptar que ella realmente se arrepentía de su acto, que las súplicas de Arabelle habían sido reales cuando Cressingham había ordenado que se la llevaran. Tragó con fuerza, maldiciéndose a sí mismo. Cuando se trataba de ella, ya no sabía qué creer.

Asqueado por la bazofia de mentiras, se apuntaló contra las olas de dolor. ¿Qué le habría dicho ella a Cressingham sobre los rebeldes? Había visto a Henry en el castillo de Rivenlochs. También sabía del camino de los rebeldes bajo venla cueva, y del escondite tras las cataratas. Si no avisaba a Keylan, cientos de escoceses podrían morir. Y con la posición de Henry expuesta…

Que Dios les ayudase a todos.

Con el cuerpo tembloroso, Blair se impulsó hacia arriba. Sus piernas cedieron y se desplomó en el suelo. Por pura determinación, se empujó hasta ponerse de rodillas. El sudor le corría por la cara, mezclado con la sangre, mientras se arrastraba hacia la puerta. Jadeando, arañó para alcanzar el picaporte. Su mano se cerró sobre la áspera madera. Se agarró con fuerza.

Tiró.

—¡Ábrete, bastarda! —Volvió a tirar. Se mantuvo firme.

El mareo lo inundó y Blair se deslizó hasta el suelo. Descendió la desesperanza.

—No, maldito seas. No me rendiré. —Con los dientes apretados, se agarró a la puerta y dio un tirón.

Nada.

—¡No!

Con la cabeza martilleándole, Blair se echó hacia atrás. Había ignorado sus instintos sobre Arabelle, los sutiles indicios de que algo iba mal. Maldita sea, ¿cuántas veces durante sus días juntos había permitido que la necesidad que tenía de ella pisotearan su sentido común? Ahora, debido a su negligencia, muchos escoceses morirían.

Las ramas de los árboles rasparon el edificio como dedos que arañan. Otro suave rasguño resonó cerca de la entrada. Un momento después, se repitió el suave roce de las ramas.

Entumecido, se quedó mirando la robusta madera. El viento arreciaba. Debía de avecinarse una tormenta. Una risa débil y dolorida golpeó su garganta. ¿Qué importaba eso? Aquí moriría, pero su muerte no importaba. Era la pérdida de las personas que le habían dado su confianza lo que no podía aceptar.

Blair volvió a mirar hacia la puerta. Tal vez aún existiera una oportunidad. Tras las horas de palizas, los guardias esperarían que estuviera sometido. Cuando volvieran a entrar, no esperarían un ataque.

Con las piernas gritando, Blair se puso en pie. Con la cabeza dándole vueltas, se apretó contra la pared. Entrad, bastardos.

Si existía una oportunidad de advertir a sus compañeros escoceses, la aprovecharía. Sabía que sería la última.

Un ligero golpe resonó desde el exterior.

Blair frunció el ceño. Aquello no sonaba como un árbol. ¿Guardias? ¿Por qué no irrumpían dentro como habían hecho los arrogantes bastardos tres veces antes?

La puerta emitió un sutil crujido y se abrió. Se preparó para atacar.

—¿Blair? —Ante el susurro de su hermano mayor, Blair casi cayó de rodillas.

—¿Keylan?

—Sí. —La puerta se abrió de par en par. El débil sol de la tarde perfiló a su hermano mayor mientras se apresuraba a entrar, con Neilan pisándole los talones.

—¿Dónde están los guardias? —Blair salió a trompicones. Las fosas nasales de Neilan se dilataron.

—Muertos.

Keylan se asomó por la puerta y luego miró con odio a Blair.

—Te dije que no fueras tras la muchacha.

—Esto era personal —respondió Blair.

—Si involucra a uno de nosotros, involucra a la familia —afirmó Keylan—. Vamos. Debemos darnos prisa.

Con piernas temblorosas, Blair dio un paso adelante y se desplomó. Sus hermanos lo atraparon.

—Sí —murmuró Neilan—, eres una amenaza.

Blair se mordió la lengua. No iba a descargar su rabia contra sus hermanos. A pesar del dolor, salió tambaleándose con su ayuda.

En el lateral del edificio, se apretaron contra la áspera madera, ocultándose en las sombras.

A poca distancia, en un pequeño claro al borde del bosque, unos rayos de luz fracturados dejaron al descubierto a Arabelle.

—¡Qué demonios! —siseó Blair.

—No digas nada —advirtió Neilan mientras miraba en su dirección.

¿No digas nada? En nombre de Dios, ¿qué estaba pasando? Asqueado, lo sabía. Arabelle había atraído a sus hermanos a la muerte.

—No. Es una trampa. —Blair se forzó a hablar a pesar del dolor—. ¡Ella… Ella no es escocesa, sino una mercenaria inglesa!

—Lo es. —La ira ribeteó la voz de Neilan.

—¡Maldita sea! ¿No oyes lo que te estoy diciendo? —Ante el asentimiento de Neilan, Blair lanzó una mirada incrédula a su hermano mediano—. Entonces, ¿por qué...?

—Silencio, los dos —advirtió Keylan—. Ya habrá tiempo de discutir esto cuando estemos a salvo. —Oteó sus alrededores—. Adelante.

Con sus hermanos cargando con él, se apresuraron a cruzar el campo abierto. En un grupo de maleza, se detuvieron; Blair se esforzó por recuperar el aliento.

—No puede ser —siseó Keylan. Neilan se acercó.

—¿Qué pasa?

—Mira hacia el otro extremo del campo —apuntó Keylan.

—Maldición —maldijo Neilan—. Los caballeros se dirigen a sus aposentos y pasarán cerca.

—Sí. —Keylan miró a Blair—. Nos queda poca distancia. ¿Puedes lograrlo?

Blair asintió. Si era necesario se arrastraría.

Keylan y Neilan lo cogieron de los hombros, lo ayudaron a levantarse y luego salieron disparados hacia un lugar seguro.

Un caballero inglés apareció de una tienda a poca distancia, se protegió los ojos contra la inclinación del sol.

—¡El rebelde escapa!

—¡Corred! —ordenó Keylan.

El dolor rugió a través de Blair; este impulsó su cuerpo hacia delante.

Cuando Blair y sus hermanos llegaron al borde del bosque, Arabelle sacó su arco, al igual que varios rebeldes que estaban escondidos cerca. Las flechas silbaron sobre sus cabezas, seguidas por los gritos de los ingleses heridos.

Una rama golpeó a Blair; este la apartó y siguió avanzando.

—A vuestras monturas —ordenó Keylan mientras pasaban.

Arabelle y los demás rebeldes soltaron otra andanada de flechas hacia los que los perseguían.

Gritos y alaridos indignados resonaron a su paso.

La luz fragmentada del sol giraba a su alrededor mientras corrían por el bosque. En medio de su dolorosa neblina, la furia de Blair crecía. No la quería cerca de sus hermanos. ¿Qué mentiras les habría contado para que la creyeran, para llevarlos a la muerte? Maldición, bien conocía él su pericia cuando se trataba de tergiversar verdades.

El estruendo de la maleza a su paso les alertó de que los ingleses habían llegado al bosque.

Una flecha pasó silbando. Otra pasó a un palmo de distancia y se alojó en un árbol cercano.

Blair se obligó a avanzar, le dolía el costado, todo su cuerpo amenazaba con derrumbarse.

Se abrieron paso a través de una densa espesura y Keir apareció a la vista a la cabeza de un pequeño contingente.

—Montad —ordenó Keylan.

Keir se balanceó hacia arriba y alcanzó a Blair. Un grito hizo que Blair mirara hacia atrás.

A varios pasos, un caballero inglés apuntaba con su flecha a Neilan. El miedo desgarró a Blair.

—¡No!

Ante el grito de Blair, Arabelle se volvió. Como a cámara lenta, vio a Blair lanzarse contra Neilan un segundo antes de que una flecha se hundiera profundamente en el pecho de Blair.

—¡Blair! —La furia la desgarró. Arabelle tensó su arco, soltó; el caballero que había disparado a Blair se desplomó.

—Ayudadme a subir a Blair al caballo —ordenó Lord Crampton.

Sir Neilan agarró el otro hombro de Blair, lo levantó hacia Sir Keir. Los ingleses se abrieron paso entre los árboles.

—¡Vamos! —gritó Lord Crampton mientras subía a su corcel.

Sir Neilan montó, agarró a Arabelle por la cintura, la arrastró ante él y clavó los talones en su montura. Volaron terrones de tierra mientras su bayo se adelantaba.

Ella se aferró con fuerza mientras los árboles pasaban azotando. A una legua de distancia, galoparon hacia una cresta espesa de abetos. Como si se abriera una puerta, cabalgaron a través de ella. Una inmensa roca sobresalía ante ellos, y dentro de una grieta se abría una gran brecha.

Sin vacilar, el conde y sus hombres entraron al galope. El último de su grupo se detuvo y luego cubrió apresuradamente la entrada.

Mientras sus hombres trabajaban, lord Crampton giró su montura, clavando en Arabelle su ominosa mirada, clara su amenaza. Nunca le permitiría la libertad de revelar este escondite rebelde. Era una preocupación infundada. Con el engaño como un sabor asqueroso en su lengua, ella nunca revelaría este secreto.

A través de los fragmentos de luz menguante, Arabelle miró a Blair; lo encontró desplomado en los brazos de Sir Keir. El miedo la desgarró.

—¿Está...?

—Está vivo. —La angustia oscureció la mirada de Sir Keir—. Apenas. Si no lo ve pronto a un sanador, morirá.

Capítulo 20

El tenue brillo de las estrellas marcaba el cielo mientras Arabelle, colocada detrás de lord Gilroyd, cabalgaba hacia el castillo de Rivenlochs. Sir Neilan no había refunfuñado por el traslado. Con su hermano rescatado, no quería saber nada más de ella. Un asunto en el que ambos estaban de acuerdo.

Miró la forma desplomada de Blair. Las largas horas de cabalgata durante toda la noche le habían pasado factura. A la luz gris del amanecer pudo ver la palidez de su rostro.

«Ya casi hemos llegado, aguarda, por favor».

—Llega Lord Crampton —bramó un guardia desde el paseo de la muralla.

El constante retumbar de los cascos sobre la madera resonó cuando cruzaron el puente levadizo, luego pasaron al galope por debajo del pórtico y entraron en el patio. En el interior, entre el parpadeo de las llamas, los esperaban los caballeros. A diferencia de antes, ahora la miraban con desconfianza.

El conde detuvo su caballo e hizo un gesto con la cabeza a sus hermanos.

—Llevad a Blair a su cámara. —Miró hacia uno de sus hombres—. Sir Malcolm, trae al curandero.

—Sí, mi señor. —Sir Malcolm se apresuró a marcharse.

Agotada, Arabelle permaneció callada mientras los hermanos de Blair lo llevaban a la torre del homenaje. Deseaba desesperadamente estar a su lado.

—Si vive, será gracias a ti.

Ante el solemne comentario de Lord Gilroyd, se volvió.

—Si muere, es porque lo he traicionado.

El barón asintió, con rostro adusto.

—Un hecho que ni los hermanos de Blair ni yo olvidaremos.

—No deberías. —Las emociones amenazaban a Arabelle mientras oteaba el castillo de Rivenlochs. Una fortaleza escocesa sostenida por hombres unidos por la fuerza de la familia, por la lucha para recuperar su país y por el amor.

Era el hogar de Blair.

Aunque existía división entre Blair y su familia, con el tiempo las heridas sanarían y él podría reconstruir los cimientos de una vida en la que pudiera volver a encontrar la felicidad. Por ello, Arabelle daría gracias.

Lord Gilroyd desmontó y la dejó en el suelo.

Se volvió hacia la torre del homenaje, con la imagen del cuerpo maltrecho de Blair demasiado clara.

—Arabelle. —Al oír la voz de Lady Marjorie, se volvió. Bajo la luz de las antorchas, la esposa de Neilan estaba de pie en los escalones del torreón, la tensión en su rostro le decía a Arabelle que la mujer no había dormido esa noche. Su preocupación era otro pecado más que añadir a la enorme lista de Arabelle.

Con el corazón palpitante, Arabelle hizo una reverencia.

—Mi señora.

Con el cuerpo tembloroso, Lady Marjorie se acercó.

—Has salvado al hermano de mi marido.

—No —dijo Arabelle—. Mi engaño no hizo más que poner en peligro a Sir Blair, a tu marido y a su familia.

—Puede —estuvo de acuerdo Lady Marjorie—, pero elegiste regresar al castillo de Rivenlochs para exponer la verdad a pesar de arriesgar tu vida. En cuanto a que mi familia se enfrente a los ingleses, no es la primera ni la última vez que lo hacen.

La culpa se aferró a Arabelle.

—Mi hazaña dista mucho de ser heroica, mi señora. Regresé porque amo a Blair.

—A pesar de todo, estás a salvo. —Lady Marjorie asintió—. Entremos. Ha sido una larga noche y estás cansada.

Como lo estaba Lady Marjorie. No se había ganado ninguna de las amables palabras de esta mujer.

Lord Gilroyd atrajo a su hermana en un fuerte abrazo. Luego, en silencio, caminaron hacia la torre del homenaje. Tras entrar en el gran salón, la esposa de Neilan se dirigió a la torrecilla.

Atónita, Arabelle miró a lady Marjorie.

—¿Creías que te arrojaríamos a las mazmorras? —preguntó.

—Me he ganado unos aposentos tan lúgubres, mi señora. —No, en verdad, su traición podía ganarle la muerte.

—No mentiré, es algo que consideramos —afirmó Lord Gilroyd—. Aunque se le permitirá vagar libremente. Quedan demasiadas preguntas por hacer.

—Preguntas, mi señor, que responderé —dijo Arabelle. El barón asintió.

En silencio, Arabelle los siguió por la escalera de caracol. Fuera de la cámara donde había dormido antes, se detuvieron.

El barón habló en privado con su hermana y luego dio un paso atrás.

—Ha sido una larga noche para ti, Marjorie. Ve y descansa. Me aseguraré de que la señorita Arabelle sea atendida.

Con el rostro pálido, Lady Marjorie miró hacia donde resonaba la voz de Sir Neilan desde el interior de la cámara de Blair.

—Por todos nosotros. —Asintió a su hermano—. Gracias, Henry. —Se alejó por el pasillo.

La inquietud se apoderó de Arabelle cuando el poderoso señor la siguió al interior de su cámara.

Cerró la puerta, impidiendo cualquier vía de escape.

—Esta es mi familia. Los protegeré por cualquier medio que sea necesario. —Se inclinó hacia delante hasta quedar a un palmo de distancia, sus palabras cargadas de amenaza, sus ojos color avellana fieros de intención—. Mataría por ellos sin dudarlo.

Ella levantó la mandíbula.

—Como yo.

—¿Y debo creerte?

—Te he dado pocas razones para hacerlo —convino Arabelle—, pero le juro que no ofrezco ninguna amenaza.

Lord Gilroyd se cruzó de brazos, su expresión sombría.

—Palabras fáciles de pronunciar, pero ¿tienen algo de verdad?

Ella permaneció en silencio. ¿Qué podía decir? En su lugar, ella sentiría la misma ira, albergaría las mismas dudas. La emoción le raspaba el alma. Una familia era todo lo que ella había soñado: gente que se preocupaba, gente que daría su vida para protegerse unos a otros.

Durante varios segundos, la estudió.

—Por primera vez desde la supuesta muerte de Blair, mi hermana ha empezado a curarse. —Hizo una pausa—. Gracias a ti. Porque le dijiste de lo que ninguno de nosotros se atrevió a decirle.

—¿Qué, que Blair lamenta desesperadamente haber atentado contra la vida de su hermana? ¿No ve que le importa, que haría cualquier cosa por recuperar a su familia?

Exhaló y su armazón de guerrero se relajó.

—Si me lo hubieran preguntado antes de que Blair reapareciera, habría estado en desacuerdo. Ahora, habiéndolo observado, siendo testigo de la sinceridad de sus acciones y sus palabras, estoy de acuerdo. Independientemente de mis sentimientos, lo importante es lo que cree mi hermana. —Lord Gilroyd hizo una pausa—. Si usted no se hubiera enfrentado a Marjorie, ella se habría aferrado a su creencia de la intención de Blair, su dolor y su miedo cegándola ante la verdad o la capacidad de recuperarse por completo alguna vez.

—No pinte mis acciones como valor —dijo Arabelle—. Lo que le dije a Lady Marjorie fueron para salvar a Blair. Los horrores de presenciar cómo los ingleses mataban a su familia le robaron la infancia. Ese mismo odio guio sus decisiones hacia tu hermana. Sus acciones fueron equivocadas, un error que él admite. Creo que debería dársele una oportunidad para recuperar a su familia.

El barón arqueó una ceja con curiosidad.

—¿Y qué hay de usted?

Cogida desprevenida por su pregunta, por la necesidad que sentía por Blair y su anhelo de una oportunidad de felicidad que nunca pudo tener, negó con la cabeza.

—Encontraré mi propio camino.

—¿En Inglaterra?

La frialdad de su pregunta dejaba pocas dudas sobre sus sospechas.

—No, nunca volveré allí.

—¿Adónde irás?

Ella arqueó una ceja.

—¿Si se me permite abandonar el castillo de Rivenlochs?

Unos ojos sagaces la estudiaron.

—Usted sabe quién soy. Considerando sus acciones pasadas, ¿cómo podemos creerte los MacKintosh o yo?

Un destino que se había ganado.

—¿Cuánto tiempo me retendrán aquí?

—No lo sé. Por ahora, hay demasiado en juego para permitirle la libertad. —El barón dio un paso atrás—. Un guardia permanecerá al pie de la torreta. No intente salir.

Como si pudiera escabullirse sin conocer el estado de Blair.

—Váyase a dormir. —El barón salió y cerró la puerta.

Sola, las piernas de Arabelle amenazaban con ceder. El agotamiento y la culpa pesaban sobre ella mientras se tambaleaba hacia la cama. Ansiaba ir junto a Blair, permanecer a su lado, pero los hermanos se negaban a permitírselo. Con el corazón dolorido, se arrodilló ante la cama y cruzó las manos en señal de oración.

Una lágrima se bamboleó por su mejilla y goteó sobre la cama. Resopló.

—Por favor, deja vivir a Blair.

Un calor palpitó en su bolsillo.

Agitada, sacó la piedra partida por la mitad. Brillaba dentro de su palma como si fuera un regalo.

¿Un regalo?

No, había robado lo que no le correspondía. Otro mal que debía enmendar. Sobre piernas temblorosas, se puso en pie, cruzó hasta la puerta y la abrió con un tirón.

El pasillo estaba vacío.

Si intentaba salir, un guardia bloqueaba la entrada a la torreta de abajo, pero ella tenía acceso a la cámara superior. El cansancio lastró sus pasos mientras subía a la torreta.

La primera luz del alba le dio la bienvenida a la cámara.

Con piernas tambaleantes, entró y caminó hasta el cuenco. Sus dedos temblaron cuando colocó la piedra partida por la mitad cerca de la otra.

—Te devuelvo a tu hogar —susurró Arabelle. Otra lágrima resbaló por su mejilla. Tonta. No era más que una piedra preciosa, un objeto inanimado tallado en la tierra. Aunque no tenía sentido, sintió como si le arrancaran una parte de ella.

—Eso es porque es tuya.

Al oír el susurro de la anciana, Arabelle se giró.

La anciana estaba de pie ante ella, con la tristeza entretejida en su rostro, una mujer que Sir Neilan afirmaba que ya no existía.

—Sir Neilan cree que mi espíritu vive —explicó la mujer—. Pero se opone al hecho de que tú me ves y el motivo.

Arabelle cerró los ojos.

—No, usted no está aquí. —El agotamiento había provocado esta ilusión.

—No, muchacha, no es una ilusión.

Con el cuerpo tembloroso, Arabelle miró a través de las pestañas. La anciana permanecía ahí.

Se armó de valor. Esta mujer, ya fuese real o una ilusión, necesitaba entenderla.

—Blair y su gema pertenecen aquí. Este es su hogar, no el mío. Que haya dado grandes pasos para recuperar a su familia es una bendición. Si vive…

Se le escapó un sollozo, luego otro. La tormenta de emociones que había retenido tanto tiempo dentro acabaron derramándose. Mientras luchaba por controlarse, la habitación giraba a su alrededor. Arabelle se llevó la mano a la cabeza, luchando por concentrarse. A duras penas y tambaleándose, consiguió llegar a la cama.

Una sonrisa triste torció su rostro curtido mientras miraba hacia abajo.

—Duerme, hija mía. Ha pasado demasiado tiempo desde que encontraste de verdad el descanso.

La suave voz se enroscó alrededor de Arabelle como una mano tierna.

—No —susurró—. Debo regresar a mi cámara. No puedo quedarme aquí. —La somnolencia pesaba sobre ella. Incapaz de formar un pensamiento coherente, se acurrucó en la cama. Una sensación de paz la llenó. Desde lo alto, las hadas la miraban. Y juró que vio a una sonreír.

El curandero guardó las hierbas, una mueca pesaba sobre su rostro enjuto. Asintió a Lord Crampton.

—Sir Blair está gravemente enfermo. Peor aún, muestra signos de fiebre.

—¿Vivirá? —preguntó Keylan. A Neilan se le formó un nudo en el estómago.

—No lo sé —respondió—. Solo el tiempo lo dirá.

El crujido de la puerta hizo que Neilan mirara hacia la entrada. Marjorie estaba de pie en el umbral.

—Ve a nuestra habitación. Estaré allí cuando pueda.

Con el rostro pálido, su esposa entró.

—Deseo ver a Blair. —Keylan asintió hacia el sanador.

—Déjanos.

Este lanzó una mirada insegura entre ellos, aseguró la última bolsa de hierbas y se apresuró a salir.

Un tenso silencio llenó la cámara.

—Blair está gravemente enfermo. No sabemos si podrá… —Neilan murmuró una maldición. La angustia oscureció los ojos de Marjorie.

—Dios, no.

Neilan cogió la mano de su mujer y la estrechó entre las suyas.

—Vete, por favor.

—Me gustaría quedarme —pidió Marjorie—. Aunque solo sea un rato.

Ante el rumor de las voces, Blair se obligó a abrir los ojos. Un golpeteo en su cráneo recompensó sus esfuerzos. Su visión era borrosa. Por pura voluntad, se concentró. Se aquietó.

—¿Marjorie? —Ante el áspero susurro de Blair, ella se giró. Con pasos vacilantes, cruzó la habitación.

—Estoy aquí.

A pesar del dolor, la emoción invadió a Blair mientras miraba fijamente a la mujer que había intentado matar.

Respiró hondo, la agitación en sus ojos luchando con la ansiedad.

—Lo siento —forzó Blair, dudando de que algo pudiera limpiar su alma—. Nunca volveré a intentar hacerte daño. Eso te lo juro.

—Cuando te creí muerto, me sentí aliviada. —La voz de Marjorie tembló; Neilan se acercó a su lado y le agarró el hombro. Marjorie le lanzó una mirada de agradecimiento y luego se encaró con Blair—. Cuando cabalgaste por primera vez a través de las puertas, estaba tan furiosa como asustada. El terror de tu atentado contra mi vida me dejó débil. Por eso, te odié. Por eso, te quería muerto.

—¿Y ahora? —preguntó Blair, su pregunta no era más que un áspero jadeo.

Marjorie sacudió la cabeza.

—Como la señorita Arabelle señaló, tus acciones han sido guiadas por las tragedias de tu pasado.

—¿Arabelle? —Blair vaciló—. ¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Es una mujer interesante —respondió Marjorie—, y te quiere mucho.

—¿Me-me quiere? —gruñó con disgusto—. Ella me traicionó.

—Lo hizo —convino Marjorie—. Pero también se enfrentó a tus hermanos, lo admitió todo, su verdadero nombre y que fue contratada por Cressingham. Arriesgó su vida para salvar la tuya.

Con la cabeza martilleándole, Blair se dio la vuelta.

—No deseo hablar de ella.

—¿Por qué? —preguntó Marjorie—. ¿Porque alguien en quien confiabas no hizo más sino utilizarte? ¿No te dio más que falsas palabras para lograr su objetivo?

—Sí —siseó. Encontró en la ira que sentía un punto de apoyo—. Nada de lo que dijo era verdad. —Incluyendo sus sentimientos por él, y eso era lo que más le dolía.

—¿Crees que tú eres inocente?

Ante la mordacidad de las palabras de Marjorie, se encontró con su mirada. La vergüenza lo inundó al recordar su propio engaño cuando Neilan había traído a Marjorie ante ellos como su cautiva. Blair le había hablado con respeto disimulando su indignación; había tramado mantenerlos separados a ella y a Neilan. Cuando eso había fracasado, había secuestrado a Marjorie con la intención de quitarle la vida.

Humillado, Blair sacudió la cabeza.

—No. El camino de Arabelle es uno que yo también he recorrido.

Un espeso silencio llenó la cámara mientras sus hermanos presenciaban su vergüenza.

—¿La perdonarás? —preguntó Marjorie.

La extrañeza de su pregunta golpeó a Blair, pero le ofrecería la verdad.

—¿Perdonarla? ¿Cómo, cuando no sé si podré volver a confiar en ella?

—Y eso —susurró Marjorie con la voz quebrada—, es exactamente lo que yo siento.

Neilan atrajo a su esposa contra sí, le acarició el pelo mientras sus silenciosos sollozos llenaban la cámara.

—Vete —murmuró—. Ya has dicho bastante.

Ella se soltó de su agarre, se encaró a Blair, su mirada era feroz.

—No. Debo saber por qué recibiste una flecha dirigida a Neilan, por qué le salvaste la vida.

La emoción le obstruyó la garganta.

—Porque Neilan es mi hermano, el padre de un hermoso hijo, esposo de una mujer increíble a la que agravié.

Una lágrima rodó por su mejilla. Se la secó.

—¿Blair? —Ante el susurro nervioso de Marjorie, intentó hablar, pero la somnolencia le pesaba demasiado, como si una mano le oprimiera el pecho, y todo su cuerpo parecía arder—. ¿Blair?

A través de la bruma del dolor, la voz de Marjorie parecía cada vez más frenética. Blair intentó hablar, hacer que su boca funcionara, pero nada salía por ella. Una sensación de fatalidad le invadía, una angustia que inundaba cada uno de sus pensamientos. Cansado, estaba tan cansado. Agradecido, se rindió al puro agotamiento, cerró los ojos y sucumbió a la negrura.

Neilan maldijo.

—Se ha desmayado. —Marjorie puso la mano sobre la frente de Blair.

—Tiene fiebre.

Las palabras del sanador retumbaron en la mente de Neilan. Se encontró con las miradas preocupadas de sus hermanos y se volvió hacia su esposa.

—Marjorie, espérame en nuestra habitación. Por favor.

Ella vaciló. Luego, como si comprendiera que él necesitaba hablar con sus hermanos en privado, se marchó.

Cuando la puerta se cerró, Keylan se puso al lado de Neilan.

—El destino de Blair no es tu carga.

—Por mi espada, recibió esa flecha ensangrentada que iba destinada a mí. —La culpa lo abrasó mientras se enfrentaba a sus hermanos—. Como hizo nuestro padre en mi juventud, y murió para protegerme. Ahora, no sabemos si Blair vivirá. —Cerró los ojos, los abrió—. Por mi espada, dos veces debería haber sido yo quien yaciera en mi lecho de muerte.

La ira se encendió en los ojos de Keir.

—Blair no ha muerto.

—No —ronroneó Neilan—. Aún está aquí.

Blair se movió, el sudor cubría su frente. Movió la cabeza de un lado a otro.

—Caitlin.

Neilan se arrodilló junto a la cama y apoyó la palma de la mano en la frente de Blair.

Un calor ardiente lo recibió.

—Blair.

Las palabras de su hermano eran confusas.

—Mandaré llamar a la curandera —apuntó Keylan.

—¿Qué hará? —Neilan se puso en pie, furioso porque no podía hacer otra cosa que dejar que su hermano se consumiera por la fiebre, que muriera—. Ella le ha dado hierbas para aliviar el dolor. Hará falta tiempo y un milagro para curar sus heridas. —El silencio descendió sobre la cámara.

—¿Caitlin? —susurró Blair.

Neilan murmuró una maldición mientras se dirigía a la puerta.

—Te vendrá bien estar con Marjorie —dijo Keylan.

En la puerta, Neilan se volvió.

—No es a ella a quien voy a ver.

—¿A quién, entonces? —preguntó Keylan.

—A Arabelle. —Neilan cerró la puerta y se dirigió a su cámara, sin saber si estaba más enfadado con Blair por haberle quitado la flecha ensangrentada o con Arabelle por estar aliada con su enemigo. En la cámara de Arabelle, abrió la puerta de un empujón y entró.

Vacía.

Oteó el pasillo. Con un guardia al pie de la torreta, no podía haber escapado. Maldita sea, ¿dónde estaba? Le vino a la mente un pensamiento escandaloso. La ira se agitó. No, ¡no se atrevería!

Neilan echó a correr por el pasillo y luego subió las escaleras de la cámara de la torre de dos en dos. Que Dios la ayudara si la encontraba dentro.

Arriba, la puerta permanecía abierta.

Irrumpió en la entrada con la mente enardecida.

Enmarcada en el brillo del sol, la muchacha yacía dormida en la cama de su abuela. Enroscada en su mano yacía la piedra partida por la mitad de Blair.

¡Maldita sea! Se acercó. Debería arrancarle la piedra preciosa de la mano.

¡Era inglesa y no tenía lugar en su casa!

—Una creencia que Blair también tuvo una vez sobre Marjorie.

Al oír el susurro de la voz de su abuela, Neilan se giró. Con el corazón golpeándole el pecho, recorrió la cámara. Estaba vacía, pero ardía un fuego en la cámara que momentos antes había permanecido vacío. Había oído su voz, como si las palabras le fueran dirigidas con una sonrisa.

La vergüenza lo invadió. Sí, cuando Blair había conocido a Marjorie, había creído que ella no tenía cabida en su casa ni en la vida de Neilan. ¿Acaso Arabelle no había arriesgado su vida para salvar a Blair regresando al castillo de Rivenlochs? Tragó saliva con fuerza. Al igual que Blair, estaba equivocado.

—Lo entiendo —les dijo Neilan a las hadas del techo—. Pero eso no significa que me guste.

Un destello parpadeó dentro de los ojos del hada que llevaba el vestido verde oscuro, y luego se desvaneció.

Las llamas del hogar desaparecieron. Murmuró una maldición.

—Arabelle. —Se movió.

Maldita sea. Por muy tentado que estuviera de levantarla, Neilan le tocó con suavidad el hombro.

Los ojos de Arabelle se abrieron de golpe. Confusión, luego reconocimiento.

—¡Sir Neilan! —Salió disparada de la cama con los ojos muy abiertos por el pánico—. No pretendía quedarme aquí. Solo vine a devolverle a Blair la piedra partida por la mitad.

Él frunció el ceño.

—¿La que tienes en la mano? —Arabelle bajó la mirada y el rojo acuchilló sus mejillas.

—La devolveré ahora. —Por la espada, se estaba haciendo un lío.

—La piedra no importa. Blair tiene fiebre. No sabemos si vivirá. —Su rostro palideció.

—Por favor, debo verle.

La desesperación de sus palabras no lo conmovió. Pero si su presencia ayudaba a Blair, que así fuera.

—Por favor, se lo ruego…

—No hace falta que me lo pidas. —Neilan hizo una mueca—. Por eso he venido.

Capítulo 21

El miedo se adueñó de Arabelle mientras Sir Neilan la escoltaba por la torreta, borrando las últimas briznas de sueño. No, Sir Neilan se equivocaba. Blair viviría. Aunque bien sabía ella que la vida no ofrecía garantías.

Con el rostro sombrío, el feroz escocés recorrió el pasillo.

Fuera de la cámara, se hizo a un lado y le indicó que se acercara.

Arabelle entró. El empalagoso aroma de la sangre llenaba el aire, acompañado del hedor de la enfermedad.

Lord Crampton estaba de pie junto a la cama de su hermano, junto a Sir Keir, con la desesperación haciendo estragos en sus rostros.

Agitada, su mirada se clavó en Blair; el sudor le manchaba la cara mientras se removía dentro de la cama y empezaba a divagar.

—¿Mi señor? —Su voz temblaba.

—Blair ha estado preguntando por ti. Esperábamos... —Lord Crampton lanzó una mirada sombría a Sir Neilan—. Esperábamos que tu presencia lo calmara.

Una esperanza vana, en verdad.

—No, milord. Después de las mentiras que le he contado, soy la última persona a la que desearía ver.

Sir Neilan gruñó.

—Yo también lo creo, pero en su delirio pregunta por ti.

—¿Por mí? —El disgusto en los rostros de los hombres le aseguró que la afirmación del fiero caballero era cierta. Sobre piernas inseguras, cruzó la cámara.

—Un guardia permanecerá fuera si necesitas algo —dijo Lord Crampton—. Si el estado de Blair cambia, dínoslo.

Dios del cielo.

—Después de todo lo que he hecho, ¿me confiáis a Blair?

—Lo hacemos por nuestro hermano. —Con una mirada sombría, el conde y sus hermanos salieron de la cámara. El suave golpe de la puerta resonó a su paso.

Luchando por mantener el control de sus emociones, Arabelle se hundió en la silla.

—¿Blair? —Blair movió la cabeza de un lado a otro y de sus labios salieron palabras confusas—. Blair, soy Arabelle. —Con los dedos temblorosos, ella puso su mano sobre la de él.

La calidez invadió su palma, una oleada de calor malsano. El terror se deslizó por ella.

—Blair. —Por favor, Dios, que él la oyera—. Blair, estoy aquí.

Un ceño fruncido arrugó su frente.

—¿Caitlin?

—Sí —respondió ella con el corazón roto. Quería a Caitlin, una mujer que creía honesta, una mujer con la que había encontrado la paz. No a Arabelle. No a la traidora. Bien. Si era a Caitlin a quien él quería, ella se la daría.

Ignorando la llamada del sueño, Arabelle habló de su viaje, de las risas que habían compartido. Tras los primeros minutos, se calmó. Mientras permanecía tumbado, el acierto de este momento la llenó. Qué fácil era imaginarse compartiendo los meses, los años venideros. Tiempo que había perdido a causa de su traición.

Una nube se deslizó sobre el sol y sumió la habitación en lúgubres sombras. Las campanas de la iglesia empezaron a repicar.

Contó cada repique. Las seis, hora de las oraciones del mediodía. ¿Oraciones? ¿Cómo se atrevía a pensar en Dios después de las numerosas mentiras que le había contado a Blair? Pero si le pedía perdón a Blair, ¿se lo daría?

Una lágrima resbaló por su mejilla.

No, ella no se había ganado nada más que el odio de Blair. Pasaron largos minutos. Aunque no cambiaría nada, le pareció importante ofrecerle a Blair una confesión.

Rayos dorados llenaron la habitación cuando ella tomó su mano, estrechándola entre las suyas.

—No sé cómo empezar. Te he dicho muchas mentiras desde nuestro primer encuentro. —Exhaló un suspiro—. Un encuentro que planeé.

Le dolía el corazón por contar cómo había conspirado con los caballeros ingleses, cómo había utilizado el odio de Blair hacia ella. Ella sabía que, atrapado en su indignación por la violación de una mujer escocesa, él la salvaría sin dudarlo. El afán por proteger a una extraña era inmenso.

—Excepto que se suponía que no debía enamorarme de ti. —El calor se deslizó a través de ella al recordar su tacto. Y, vergüenza—. Blair, nunca estuve casada. Nigel nunca existió. Tampoco era virgen, porque en mi juventud me violaron. —Cogió aire, siguió adelante—. El hombre al que quise fue el padre Lawrenz, un sacerdote que conocí cuando vivía en el orfanato. Era un faro de luz y, por primera vez en mi vida, empecé a creer que existía el bien y, gracias a las lecciones que me dio, creí que podría construir una vida, tal vez incluso encontrar el amor. —Tragó saliva con dificultad—. Un día, cuando me apresuraba a reunirme con el padre Lawrenz, atravesé un callejón. Lo encontré muerto. Asesinado por un penique.

Oscuros recuerdos la asaltaron, pero los apartó. Luchó por no ahogarse en los horrores de su pasado.

—En ese momento, mientras yacía ante mí dentro de un charco de su propia sangre, la esperanza huyó. Me di cuenta de que nadie me protegería salvo yo misma, y juré no volver a preocuparme por nadie, nunca más. Un voto que mantuve... hasta que llegaste tú. —Se enjugó

una lágrima—. Y aunque no lo creas, tengo sueños. Sueños que antes de conocerte no me habría atrevido a tener.

Una sonrisa vaciló en su boca mientras las imágenes brillaban en su mente.

—Deseo ayudar a los huérfanos, mostrarles que el bien existe, enseñarles como el padre Lawrenz hizo conmigo, así como darles esperanza. —Se le borró la sonrisa—. Entiendo que los sueños de nuestra vida juntos, de nuestros hijos, nunca sucederán. —Luchó por mantener la compostura—. Pero, por un momento, aunque frágil, los sostuve. Por eso te doy las gracias.

Con todo el cuerpo tembloroso, Arabelle se inclinó hacia delante y depositó un suave beso en la boca de Blair.

—Te quiero, Blair Cleary MacKintosh. Aunque no recuerdes mis palabras, te las digo. —Agotada, se echó hacia atrás, resopló—. Mírame. Se supone que debo compartir historias para hacerte dormir, y sin embargo divago como una vieja perdida.

Tenía ganas de dormir, pero por el bien de Blair se obligó a permanecer despierta. Durante el resto del día, compartió las historias que había oído a los bardos, así como las de lugares intrigantes vistos en sus viajes.

Bajo los rayos anaranjados del atardecer, la palidez de Blair seguía siendo la misma, pero el hecho de que siguiera durmiendo, dando a su cuerpo el descanso que tanto necesitaba, reforzaba su esperanza.

Un rasguño de la puerta hizo que Arabelle se volviera.

Lord Crampton entró y le hizo un gesto para que permaneciera sentada.

—¿Cómo se encuentra?

—Aún duerme, milord.

El conde escrutó el rostro de su hermano, asintió.

—Está agotado. Mi familia se turnará con Blair durante toda la noche. Eres libre de volver a tu cama.

A Arabelle se le formó un nudo en la garganta. Una vez que Blair recuperara la salud, si se producía ese milagro, le exigiría que se marchara.

—Si es posible, mi señor, me gustaría quedarme.

El poderoso noble la estudió un largo momento, miró a Blair, que dormía tranquilamente.

—Aunque dudo en concederte tal favor, por esta noche, si tu presencia le permite descansar, tal vez sea lo mejor. —Con una solemne inclinación de cabeza, se marchó.

Humillada, tragó saliva con fuerza. Saborearía este momento, pues no vendría ningún otro.

Pasaron las horas. Con la noche filtrándose en el cielo, Blair empezó a removerse.

Arabelle levantó la manta de donde él la había arrojado y lo arropó con ella.

—Descansa.

—Yo... —Con los ojos cerrados, Blair empezó a moverse, sus palabras eran indescifrables.

—Quédate quieto —lo instó ella.

Su cuerpo se sacudió; sus ojos se movieron rápidamente bajo los párpados.

—Blair, por favor, quédate quieto. Se te aflojarán las vendas. —Se retorció en la cama.

Arabelle miró hacia la puerta. ¿Debía mandar llamar a sus hermanos? Si lo hacía, no volvería a ver a Blair. Desesperada, rezando para que sirviera de algo, se sentó en la cama y luego se tumbó junto a él.

Una maldición murmurada salió de entre sus labios; él giró la cabeza. Luego, poco a poco, empezó a tranquilizarse.

Ella se acurrucó más cerca, su calor la envolvió. Cuando vio que él volvía a dormirse, Arabelle cerró los ojos con un suspiro de agradecimiento y sucumbió al agotamiento que pesaba sobre su mente.



La luz del sol inundó sus párpados y Arabelle hizo un gesto de dolor. Con un sobresalto abrió los ojos. El sol de la mañana llenaba la habitación. Se incorporó. Dios santo, ¡había dormido junto a Blair toda la noche! Miró hacia la puerta. ¿Qué habían pensado sus hermanos o sus esposas? ¿La habían visto?

Arabelle posó la mano sobre la frente de Blair. Aún estaba muy caliente, pero estaba seca. La fiebre había remitido y su rostro conservaba un matiz de color. Gracias a Dios. Al oír el sonido de la puerta, se levantó de la cama.

Una mujer esbelta con el pelo color *whisky* entró seguida de Lady Marjorie.

—Mi señora. —Arabelle tiró de su vestido para recolocarlo. Se dio por vencida—. Yo… —¿Cómo se explicaba lo obvio? El calor se deslizó por sus mejillas—. Me quedé dormida.

La ternura bañó el rostro de Lady Marjorie.

—Eso vimos mi marido y yo anoche cuando vinimos a ver a Blair. Parecías tan agotada que no tuve valor para molestarte. —Marjorie asintió a la mujer que estaba a su lado—. Lady Grisell, esta es la señorita Arabelle Cranley.

Unos curiosos ojos ambarinos la estudiaron.

—He oído hablar mucho de usted y lamento que no nos hayan presentado hasta ahora. Sir Keir es mi marido.

Arabelle recordaba haber visto a la mujer en el patio cuando había llegado.

—El curandero llegará enseguida —dijo Lady Marjorie.

La razón por la que había venido era despertar a Arabelle y evitarle la vergüenza adicional de ser encontrada en la cama de Blair.

—Muchas gracias. —La última bruma del sueño se desvaneció de su mente, y con esa claridad y la determinación tácita en sus rostros, ella lo comprendió todo—. Aun así, ha venido a hacerme preguntas, ¿verdad?

—Sí —confirmó Lady Marjorie—. Sabemos que regresaste por Blair, pero ¿por qué dejaste atrás el escrito?

El arrepentimiento invadió a Arabelle mientras miraba de una mujer a otra.

—Porque ya no soy la persona que Sir Cressingham contrató. Si me hubiera conocido a lo largo de los años, no me habría creído capaz de cambiar. Entonces conocí a Blair. —Se le formaron lágrimas en los ojos; las maldijo, luchando por apartarlas—. Lady Marjorie, comprendo su desconfianza y aversión hacia Blair, pero también comprendo sus razones. Es un buen hombre. Aunque maltrecho, su corazón es enorme. No hace nada a medias, ama con una ferocidad que nunca he visto.

Lady Grisell tomó la mano de Lady Marjorie en señal de apoyo.

La esposa de Neilan le dedicó a su cuñada una sonrisa de agradecimiento y luego se volvió hacia Arabelle.

—Admito que tener a Blair en el castillo de Rivenlochs es difícil, pero ayer por la noche recibió una flecha destinada a Neilan. Salvó la vida de mi marido. —Los ojos grises se entrecerraron con convicción—. ¿Sabes por qué? Porque Blair quería que yo fuera feliz, que Neilan estuviera con su familia. —Las lágrimas empañaron sus ojos—. No estoy orgullosa de mi miedo, ni de desearle de nuevo la muerte, pero, aunque la rabia y el dolor aún bullen en mi interior, Blair ha demostrado que es sincero.

Arabelle se aquietó.

—¿Le dará otra oportunidad?

—Sí —susurró Marjorie.

La puerta se abrió. Entró la esposa del conde. Arabelle hizo una reverencia.

—Señora Emmaline.

—Señorita Arabelle. —La esposa de Lord Crampton saludó con la cabeza a las otras dos mujeres, luego miró la cama—. ¿Cómo está Blair?

—Le ha bajado la fiebre —contestó Arabelle.

El alivio barrió el rostro de Lady Emmaline.

—Gracias a Dios. ¿Cómo te encuentras tú, Arabelle?

—Bien, mi señora.

El roce de unos pasos hizo que todos miraran hacia atrás. El curandero, cargado con un cesto de hierbas, entró. Los ojos legañosos se abrieron con sorpresa, y luego se posaron en Blair, que yacía profundamente dormido.

—Le ha bajado la fiebre —informó Arabelle.

El alivio barrió las envejecidas líneas del rostro del curandero.

—Una buena señal. Parece que vivirá.



El sol surcaba el cielo de la mañana como un lavado de promesas hechas, de esperanza dadas. Arabelle aferró la piedra tallada bajo su mano en la ventana de Blair. La esperanza que Lord Crampton le había dado. Una fuente improbable, considerando que solo unos días antes él la había visto como su enemiga.

Pero, la víspera pasada, él, sus hermanos y lord Gilroyd la habían interrogado de forma extensa sobre los ingleses. Después de que ella hubiera respondido a todo lo que le habían preguntado, y de que les hubiera informado de algo más, el conde había despedido a todos los presentes en la cámara excepto a ella.

A solas, lord Crampton le había advertido que después de los secretos ingleses que había expuesto, Sir Cressingham pagaría una generosa cantidad por verla muerta. Una advertencia que ella había reconocido. Luego la había sorprendido preguntándole qué quería hacer. Pillada desprevenida, había soltado su deseo de ayudar a los huérfanos. La sorpresa había parpadeado en su mirada, pero había accedido a ayudarla.

La tristeza la recorrió mientras retiraba la mano de la piedra. Por mucho que deseara permanecer en el castillo de Rivenlochs, para estar con Blair, sus mentiras habían truncado tal opción. Tampoco podía quedarse con la piedra de Blair, a pesar de los deseos de la abuela, o de su propio deseo. Una sensación de pérdida aún la llenaba sin la gema partida por la mitad sobre su persona, pero había hecho bien en devolverla a la cámara de la torre esa mañana temprano.

El resoplido de los caballos resonó desde abajo.

Arabelle miró por la ventana. Cerca del establo, un gran bayo estaba preparado, una yegua ruana cerca. Qué irónico que Sir Neilan la escoltara hasta la abadía, un día de camino hacia el norte. Ella podría vivir allí en paz, podría cumplir sus sueños de ayudar a los niños cuyas vidas la guerra había destrozado. Excepto que su corazón permanecería aquí con Blair.

Luchó contra las lágrimas mientras contemplaba a Blair dormir plácidamente en su cama. Había seguido mejorando desde ayer por la mañana. Sin fiebre, pronto despertaría. Lo mejor era que se hubiera ido mucho antes.

—Los caballos están listos —anunció Lady Marjorie en voz baja desde la entrada.

—Mi agradecimiento, milady —susurró Arabelle.

La esposa de Neilan entró.

—En cuanto Blair despierte, le explicaré que te has marchado y, como me pediste, no le diré dónde estás.

Arabelle tragó con fuerza.

—Yo… La participación de Blair en el plan para rescatar al obispo Wishart lo mantendrá ocupado.

—Lo hará.

¿Blair pensaría alguna vez en ella? Sí, pero la ira empañaría sus pensamientos, una ira que nunca superaría. Con el corazón destrozado, echó una última mirada anhelante, memorizó el más

leve indicio de hoyuelos, la cicatriz que cruzaba su frente, la sombra de una barba.

Siempre te querré.

—Estoy lista. —Arabelle se dio la vuelta y caminó hacia la puerta sin mirar atrás.



Arabelle dejó en el suelo el cesto de la ropa sucia lleno de ropa limpia. El viento azotaba a su alrededor mientras cogía la bata que había encima y la sujetaba al robusto cordel de cáñamo. Era difícil creer que hubieran pasado quince días desde que había llegado a la abadía, o lo fácil que había sido adaptarse al sencillo estilo de vida de allí. Cogió otra bata.

Los sonidos de los niños jugando pincharon el vacío dentro de su alma. Aunque no eran sus hijos, su vida tenía un propósito. Ayudar a los niños huérfanos le había permitido aceptar por fin su pasado y la muerte del sacerdote al que había adorado. En cuanto a Blair, por mucho que lo añorara, al menos aquí había encontrado satisfacción, y aquí viviría el resto de sus días.

Sonrió ante el vaivén de la hierba y el repiqueteo de las hojas en los árboles. Ninguna de las hermanas le había preguntado por su pasado, ni ella lo sacaría a relucir. Su deseo de ayudar era sincero y ellas, agradecidas, lo aceptaron. Para ella, cobijo y comida era un buen intercambio.

Cuando Arabelle se inclinó para recoger la siguiente prenda empapada, una sombra oscureció la cesta. Una sonrisa rozó su boca. ¿Qué niño necesitaba ahora su ayuda? Se volvió.

Unos ojos color avellana la atravesaron.

Retrocedió dando tumbos.

—¡Blair! —Su complexión de guerrero se alzaba sobre la de ella.

—¿Pensaste que no iría a por ti?

—Yo… No. No deberías estar aquí —dijo ella. Con los ojos encendidos, Blair le cogió la mano.

—Ven.

El pánico aumentó, las miradas curiosas de los demás la agitaron aún más.

—¡Déjame ir!

—Si lo hiciera, sería un idiota.

Sin estar segura de nada, ella lo siguió mientras él se dirigía a la capilla. Una vez dentro, la guio hasta un banco.

—Siéntate.

El incienso y la mirra perfumaban el aire mientras ella miraba fijamente al hombre que había creído que nunca volvería a ver. Con el corazón palpitante, luchó por mantener la calma, demasiado consciente de que estaban solos.

—¿Qué haces aquí? Se supone que tú y tus hermanos estáis planeando liberar al obispo

Wishart.

—Sólo siéntate.

Con la boca seca, se sentó.

—Pero el obispo...

—Se han hecho planes. Pronto cabalgaremos para llevar a cabo la tarea. —Blair se cruzó de brazos. La luz de las velas enmarcaba la ira acuchillada en su rostro—. ¿Por qué pediste que no me dijeran adónde habías ido?

Se le oprimió el pecho.

—¿No es obvio? —Un músculo palpitó en su mandíbula.

—Dímelo.

Se aferró el banco desgastado por el tiempo y tragó con fuerza.

—Después de enterarte de que era una mercenaria inglesa, me despreciaste. ¿Cómo no ibas a hacerlo? No podía quedarme, mi presencia solo te traería más dolor. Que supieras de mi paradero solo te disgustaría.

Blair le cogió la mano.

—Cuando me desperté y supe que te habías ido, ignoré la sensación de pérdida, me aseguré a mí mismo que debía sentirme aliviado de que te hubieras ido de mi vida. —Enroscó sus dedos con los de ella—. Pero con cada día que pasaba el dolor en mi pecho crecía y me di cuenta de que no era de mis heridas, sino de mi corazón.

—Blair…

—No, déjame terminar. —Exhaló un profundo suspiro—. Mientras yacía allí curándome, cuando el tiempo hizo que solo quedara una pequeña molesta que era capaz de soportar, me di cuenta de que me había equivocado al aferrarme a mi ira cuando tú habías sacrificado tu vida para salvar la mía.

Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Fue mi traición la que puso en peligro tu vida.

—Lo fue, pero un error que enmendaste.

Ella retiró la mano, limpiándose la lágrima.

—No me reclames justicia. Fue mi codicia de dinero, mi ansia de peligro lo que me guio para engañarte.

—Tal vez entonces, pero si ahora Cressingham te ofreciera la misma tarea, ¿aceptaría?

La ira se encendió en sus ojos.

—¡Por supuesto que no!

Blair sonrió, apreciando la fina indignación en su rostro. La muchacha era asombrosa, su pasión y determinación cualidades que él saborearía para siempre.

—No me hace gracia.

—A mí tampoco. —Sus palabras eran sombrías—. Con el paso de las semanas, has

cambiado. Como lo he hecho yo. Me di cuenta de que mi ira hacia ti después de tu acto desinteresado estaba equivocada. —Blair exhaló—. Tras la muerte de mis padres, me aferré a mi ira, permití que cortara mi vínculo con los MacKintosh, hombres que me habían acogido en su casa, que me habían tratado como a un hermano. Con tu ayuda, recuperé ese vínculo. No, es una locura aferrarse a la oscuridad, un error que no volveré a cometer.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Me perdonas? —susurró.

—Sí. —La emoción se agolpó en su garganta—. Con el paso de los días, los sueños invadieron mi mente, los de una muchacha asustada y sola, una muchacha que había soportado la brutalidad del hombre. También, los de una mujer que buscaba el perdón, una mujer que deseaba ayudar a los niños que también habían perdido a sus familias. —Al ver el rubor que subía por sus mejillas, sonrió—. Creía que los recuerdos no eran más que sueños. Cuando Marjorie me dijo que habías permanecido toda la noche a mi lado durante mi fiebre, me di cuenta de que era a ti a quien había oído, no a los susurros de mi mente.

—Blair, yo...

—¿No fue así?

Arabelle agachó la cabeza.

Blair le cogió la barbilla, le levantó la cara hasta que sus ojos se encontraron.

—Y, en mi sueño, la mujer me dijo que me amaba.

Otra lágrima se tambaleó, resbalándose por su mejilla.

—¿Lo haces? —susurró.

—Sí.

—Gracias a Dios. —Con una áspera exhalación, la atrajo hacia sí en un beso acalorado, uno sazonado con pasión, uno entregado con desesperación por tenerla en su vida. Lentamente, Blair se apartó, miró con fijeza a la mujer que había tocado su vida, la mujer que le había permitido curarse y la mujer que le había ayudado a recuperar a su familia—. Te quiero, Arabelle Cranley.

Las lágrimas se deslizaron sin control por su rostro.

—No merezco tu amor.

—Sí, mereces eso y mucho más. —Él vaciló—. ¿Arabelle?

—¿Sí?

Con el cuerpo tembloroso, Blair se arrodilló ante ella, retiró de su cuello la malaquita partida por la mitad que colgaba de una cadena.

Ella miró hacia su cuello.

—¿El regalo de tu abuela?

—No. —Sacó la mitad correspondiente de debajo de su túnica—. Esta gema es la otra mitad. La mandé hacer en forma de colgante para regalársela al deseo de mi corazón, a la mujer que estaba destinado a amar. —Le apartó un mechón de pelo de la cara, el parpadeo de las velas cálidas sobre sus mejillas como una caricia dorada—. Arabelle, eres la mujer que me salvó

cuando ya no quedaba esperanza, que me enseñó a amar cuando creía que no existía el amor. En la casa de Dios te pido que te cases conmigo.

Los ojos esmeralda se abrieron de par en par con maravillosa incredulidad.

—¿Quieres que me case contigo?

—Arabelle, tú eres mi vida y la mujer que llena todos mis sueños. Cásate conmigo y te juro que solo te mostraré amor.

Ella asintió, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Sí! ¡Oh, sí!

Él se puso en pie, pasó el colgante a juego por su cabeza y reclamó su boca, su amor borrando las últimas briznas de vacío que había dentro de su corazón. No, Arabelle no era una amenaza, sino su destino.

Notas

[1] Los trews (Truis o Triubhas) son ropa de hombre para las piernas y la parte inferior del abdomen, una forma tradicional de pantalones de tartán de la vestimenta de las Tierra Altas.

[2] Los fey son seres mágicos que viven en los bosques.